

El Rey de Amarillo

Robert W. Chambers



FUNDACIÓN
Carlos Slim

El Rey Amarillo

Chambers, Robert W.

Cuento

Se reconocen los derechos morales de Chambers, Robert W.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

EL SIGNO AMARILLO

Rompen las olas neblinosas a lo largo de la costa,
Los soles gemelos se hunden tras el lago,
Se prolongan las sombras
En Carcosa.

Extraña es la noche en que surgen estrellas negras,
Y extrañas lunas giran por los cielos,
Pero más extraña todavía es la
Perdida Carcosa.

Los cantos que cantarán las Híades
Donde flamean los andrajos del Rey,
Deben morir inaudibles en la
Penumbrosa Carcosa.

Canto de mi alma, se me ha muerto la voz,
Muere, sin ser cantada, como las lágrimas no derramadas
Se secan y mueren en la
Perdida Carcosa.

El canto de Cassilda en El Rey de Amarillo
Acto 1º, escena 2ª

I. QUE COMPRENDE EL CONTENIDO DE UNA CARTA SIN FIRMA ENVIADA AL AUTOR

¡Hay tantas cosas imposibles de explicar! ¿Por qué ciertas notas musicales me recuerdan los tintes dorados y herrumbrosos del follaje de otoño? ¿Por qué la Misa de Santa Cecilia hace que mis pensamientos vaguen entre cavernas en cuyas paredes resplandecen desiguales masas de plata virgen? ¿Qué había en el tumulto y el torbellino de Broadway a las seis de la tarde que hizo aparecer ante mis ojos la imagen

de un apacible bosque bretón en el que la luz del sol se filtraba a través del follaje de la primavera y Sylvia se inclinaba a medias con curiosidad y a medias con ternura sobre una pequeña lagartija verde murmurando: «¡Pensar que esta es una criatura de Dios!»?

La primera vez que vi al sereno, estaba de espaldas a mí. Lo miré con indiferencia hasta que entró a la Iglesia. No le presté más atención que la que hubiera prestado a cualquier otro que deambulara por el parque de Washington aquella mañana, y cuando cerré la ventana y volví a mi estudio, ya lo había olvidado. Avanzaba la tarde, como hacía calor, abrí la ventana nuevamente y me asomé para respirar un poco de aire. Había un hombre en el atrio de la iglesia y lo observé otra vez con tan poco interés como por la mañana. Miré la plaza en que jugueteaba el agua de la fuente y luego, llena la cabeza de vagas impresiones de árboles, de senderos de asfalto y de grupos de niñas y ociosos paseantes, me dispuse a volver a mi caballete. Entonces, mi mirada distraída incluyó al hombre del atrio de la iglesia. Tenía ahora la cara vuelta hacia mí y, con un movimiento totalmente involuntario, me incliné para vérsela. En el mismo instante levanté la cabeza y me miró. Me recordó de inmediato a un gusano de ataúd. Qué era lo que me repugnaba en el hombre, no lo sé, pero la impresión de un grueso gusano blancuzco de tumba fue tan intensa y nauseabunda que debe de haberle mostrado en mi expresión, porque apartó su abultada cara con un movimiento que me recordó una larva perturbada en un nogal.

Volví a mi caballete y le hice señas a la modelo para que reanudara su pose. Después de trabajar un buen rato, advertí que estaba echando a perder tan deprisa como era posible lo que había hecho. Cogí una espátula y quité con ella el color. Las tonalidades de la carne eran amarillentas y enfermizas; no entendía cómo había podido dar unos colores tan malsanos a un trabajo que había resplandecido antes de salud.

Miré a Tessie. No había cambiado y el claro arrebol de la salud le teñía el cuello y las mejillas; fruncí el ceño.

—¿He hecho algo malo? —preguntó.

—No... he estropeado este brazo y, no sé cómo pude haber ensuciado de este modo la tela —le contesté.

—¿No estoy posando mal? —insistió.

—Pues, claro, perfectamente.

—¿No es culpa mía entonces?

—No, es mía.

—Lo siento muchísimo —dijo ella.

Le dije que podía descansar mientras yo aplicaba trapo y aguarrás al sitio corroído de la tela; ella empezó a fumar un cigarrillo y a hojear las ilustraciones del *Courier Français*.

No sé si tenía algo el aguarrás o era defecto de la tela, pero cuanto más frotaba, más parecía extenderse la gangrena. Trabajé como un castor para quitar aquello, pero la enfermedad parecía extenderse de miembro en miembro de la figura que tenía ante mí. Alarmado, luché por detenerla, pero ahora el color del pecho cambió y la figura entera pareció absorber la infección como una esponja absorbe el agua. Apliqué vigorosamente espátula y aguarrás pensando en la entrevista que tendría con Duval, que me había vendido la tela, pero pronto advertí que la culpa no era de la tela ni de los colores de Edward.

«Debe de ser el aguarrás —pensé con enfado— o bien la luz del atardecer ha enturbiado y confundido tanto mi vista, que no me es posible ver bien.»

Llamé a Tessie, la modelo, que vino y se inclinó sobre mi silla llenando el aire con volutas de humo.

—¿Qué ha estado usted haciendo? —exclamó.

—Nada —gruñí—. Debe de ser el aguarrás.

—¡Qué color más horrible tiene ahora! —prosiguió—. ¿Le parece a usted que mi carne se parece a un queso Roquefort?

—No, claro que no —dije con enfado—. ¿Me has visto alguna vez pintar de este modo?

—¡Por cierto que no!

—Entonces!

—Debe de ser el aguarrás, o algo —admitió.

Se puso una túnica japonesa y se acercó a la ventana. Yo raspé y froté hasta cansarme; finalmente cogí los pinceles y los hundí en la tela lanzando una gruesa expresión cuyo tono tan solo llegó a oídos de Tessie.

No obstante, no tardó en exclamar:

—¡Muy bonito! ¡Jure, actúe como un niño y arruine sus pinceles! Lleva tres semanas trabajando en ese estudio y ahora ¡mire! ¿De qué le sirve desgarrar la tela? ¡Qué criaturas son los artistas!

Me sentí tan avergonzado como de costumbre después de un exabrupto semejante, y volví contra la pared la tela arruinada. Tessie me ayudó a limpiar los pinceles y luego marchó bailando a vestirse. Desde detrás del biombo me regaló consejos sobre la pérdida parcial o total de la paciencia, hasta que creyendo quizá que ya me había atormentado lo bastante, salió a suplicarme que le abrochara el vestido por la espalda, donde ella no alcanzaba.

—Todo ha salido mal desde el momento en que volvió de la ventana y me habló del horrible hombre que vio en el atrio de la iglesia —declaró.

—Sí, probablemente embrujó el cuadro —dije bostezando.

Miré el reloj.

—Son más de la seis, lo sé —dijo Tessie arreglándose el sombrero ante el espejo.

—Sí —contesté—. No fue mi intención retenerte tanto tiempo.

Me asomé por la ventana, pero retrocedí con disgusto. El joven de la cara pastosa estaba todavía en el atrio. Tessie vio mi ademán de desaprobación y se asomó.

—¿Es ese el hombre que le disgusta? —susurró.

Asentí con la cabeza.

—No puedo verle la cara, pero parece gordo y blando. De todas maneras —continuó y se volvió hacia mí— me recuerda un sueño... un sueño espantoso que tuve una vez. Pero —musitó mirando sus elegantes zapatos— ¿fue un sueño en realidad?

—¿Cómo puedo yo saberlo? —dije con una sonrisa.

Tessie me sonrió a su vez.

—Usted figuraba en él —dijo—, de modo que quizá sepa algo.

—¡Tessie, Tessie! —protesté—. ¡No te atrevas a halagarme diciendo que sueñas conmigo!

—Pues lo hice —insistió—. ¿Quiere que se lo cuente?

—Adelante —le contesté encendiendo un cigarrillo.

Tessie se apoyó en el antepecho de la ventana abierta y empezó muy seriamente:

—Fue una noche del invierno pasado. Estaba yo acostada en la cama sin pensar en nada en particular. Había estado posando para usted y me sentía agotada, no obstante, me era imposible dormir. Oí a las campanas de la ciudad dar las diez, las once y la medianoche. Debo de haberme quedado dormida aproximadamente alrededor de las doce, porque no recuerdo haber escuchado más campanadas. Me parece que apenas había cerrado los ojos, cuando soñé que algo me impulsaba a ir a la ventana. Me levanté abriendo el postigo, me asomé. La calle Veinticinco estaba desierta hasta donde alcanzaba mi vista. Empecé a sentir miedo; todo afuera parecía tan... ¡tan negro e inquietante! Entonces oí un ruido lejano de ruedas a la distancia, y me pareció como si aquello que se acercaba era lo que debía esperar. Las ruedas se aproximaban muy lentamente y por fin pude distinguir un vehículo que avanzaba por la calle. Se acercaba cada vez más, y cuando pasó bajo mi ventana me di cuenta que era una carroza fúnebre. Entonces, cuando me eché a temblar de miedo, el cochero se volvió y me miró. Cuando desperté estaba de pie frente a la ventana abierta estremecida de frío, pero la carroza empenachada de negro y su cochero habían desaparecido. Volví a tener ese mismo sueño el pasado mes de marzo y otra vez desperté junto a la ventana abierta. Anoche tuve el mismo sueño. Recordará cómo llovía; cuando desperté junto a la ventana abierta tenía el camisón empapado.

—Pero ¿qué relación tengo yo con el sueño? —pregunté.

—Usted... usted estaba en el ataúd, pero no estaba muerto.

—¿En el ataúd?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? ¿Podías verme?

—No; solo sabía que usted estaba allí.

—¿Habías comido Welsh rarebits o ensalada de langosta? —empecé yo riéndome, pero la chica me interrumpió con un grito de espanto.

—¡Vaya! ¿Qué sucede? —pregunté al verla retroceder de la ventana.

—Él... el hombre de abajo del atrio de la iglesia... es el que conducía la carroza fúnebre.

—Tonterías —dije, pero los ojos de Tessie estaban agrandados por el terror. Me acerqué a la ventana y miré. El hombre había desaparecido—. Vamos, Tessie —la animé—, no seas tonta. Has posado demasiado; estás nerviosa.

—¿Cree que podría olvidar esa cara? —murmuró—. Tres veces vi pasar la carroza fúnebre bajo mi ventana, y tres veces el cochero se volvió y me miró. Oh, su cara era tan blanca y... ¿blanca? Parecía un muerto... como si hubiera muerto mucho tiempo atrás.

Convencí a la muchacha de que se sentara y se bebiera un vaso de Marsala. Luego me senté junto a ella y traté de aconsejarla.

—Mira, Tessie —dije—, vete al campo por una semana o dos y ya verás como no sueñas más con carrozas fúnebres. Pasas todo el día posando y cuando llega la noche tienes los nervios alterados. No puedes seguir a este ritmo. Y después, claro, en lugar de irte a la cama después de terminado el trabajo, te vas de pícnic al parque Sulzer o a El Dorado o a Coney Island, y cuando vienes aquí a la mañana siguiente te encuentras rendida. No hubo tal carroza fúnebre. No fue más que un tonto sueño.

La muchacha sonrió débilmente.

—¿Y el hombre del atrio de la iglesia?

—Oh, no es más que un pobre enfermo como tantos.

—Tan cierto como me llamo Tessie Rearden, le juro, señor Scott, que la cara del hombre de abajo es la cara del que conducía la carroza fúnebre.

—¿Y qué? —dije—. Es un oficio honesto.

—Entonces, ¿cree que sí vi la carroza fúnebre?

—Bueno —dije diplomáticamente—, si realmente la viste, no sería improbable que el hombre de abajo la condujera. Eso nada tiene de raro.

Tessie se levantó, desenvolvió su perfumado pañuelo y cogiendo un trozo de goma de mascar anudado en un ángulo, se lo metió en la boca. Luego, después de ponerse los guantes, me ofreció su mano con un franco:

—Hasta mañana, señor Scott.

Y se marchó.

A la mañana siguiente, Thomas, el botones, me trajo el Herald y una noticia. La iglesia de al lado había sido vendida. Agradecí al cielo por ello. No porque yo siendo católico, tuviera repugnancia alguna por la congregación vecina, sino porque tenía los nervios destrozados a causa de un predicador vociferante, cuyas palabras resonaban en la nave de la iglesia como si fueran pronunciadas en mi casa y que insistía en sus erres con una persistencia nasal que me revolvía las entrañas. Había además un demonio en forma humana, un organista que interpretaba los himnos antiguos de una manera muy personal. Yo clamaba por la sangre de un ser capaz de tocar la doxología con una modificación de tonos menores solo perdonable en un cuarteto de principiantes. Creo que el ministro era un buen hombre, pero cuando berreaba: «Y el Señorrr dijo a Moisés, el Señorrr es un hombre de guerrra; el Señorrr es su nombre. Arrrderá mi irrra y yo te matarré con la espada», me preguntaba cuántos siglos de purgatorio serían necesarios para expiar semejante pecado.

—¿Quién compró la propiedad? —pregunté a Thomas.

—Nadie que yo conozca, señor. Dicen que el caballero que es propietario de los apartamentos Hamilton estuvo mirándola. Quizás esté por construir más estudios.

Me acerqué a la ventana. El joven de la cara enfermiza estaba junto al portal del atrio; solo verlo me produjo la misma abrumadora repugnancia.

—A propósito, Thomas —dije—, ¿quién es ese individuo allá abajo?

Thomas resopló por la nariz.

—¿Ese gusano, señor? Es el Sereno de la iglesia, señor. Me exaspera verlo toda la noche en la escalinata, mirándolo a uno con aire insultante. Una vez le di un puñetazo en la cabeza, señor... con su perdón, señor...

—Adelante, Thomas.

—Una noche que volvía a casa con Harry, el otro chico inglés, lo vi sentado allí en la escalinata. Molly y Jen, las dos chicas de servicio, estaban con nosotros, señor, y él nos miró de manera tan insultante, que yo voy y le digo: «¿Qué está mirando, babosa hinchada?» Con su perdón, señor, pero eso fue lo que le dije. Entonces él no contestó y yo le dije: «Ven y verás cómo te aplasto esa cabeza de puddin.» Entonces abrí el portal y entré, pero él no decía nada y seguía mirándome de ese modo insultante. Entonces le di un puñetazo pero, jaj!, tenía la cara tan fría y untuosa que daba asco tocarla.

—¿Qué hizo él entonces? —pregunté con curiosidad.

—¿Él? Nada.

—¿Y tú, Thomas?

El joven se ruborizó turbado y sonrió con incomodidad.

—Señor Scott, yo no soy ningún cobarde y no puedo explicarme por qué eché a correr. Estuve en el Quinto de Lanceros, señor, corneta en Te-el-Kebir y me han disparado a menudo.

—¿Quieres decir que huiste?

—Sí, señor, eso hice.

—¿Por qué?

—Eso es lo que yo quisiera saber, señor. Agarré a Molly del brazo y eché a correr, y los demás estaban tan asustados como yo.

—Pero ¿de qué tenían miedo?

Thomas rehusó contestar de momento, pero el repulsivo joven de abajo había despertado tanto mi curiosidad, que insistí. Tres años de estadía en América no solo habían modificado el dialecto cockney de Thomas, sino que le habían inculcado el temor americano al ridículo.

—No va usted a creerme, señor Scott.

—Sí, te creeré.

—¿No va a reírse de mí, señor?

—¡Tonterías!

Vaciló.

—Bien señor, tan verdad como que hay Dios lo golpeeé, él me agarró de las muñecas, y cuando le retorcí uno de los puños blandos y untuosos, me quedé con uno de sus dedos en la mano.

Toda la repugnancia y el horror que había en la cara de Thomas debieron de haberse reflejado en la mía, porque agregó:

—Es espantoso. Ahora cuando lo veo, me alejo. Me pone enfermo.

Cuando Thomas se hubo marchado, me acerqué a la ventana. El hombre estaba junto al enrejado de la iglesia con las manos en el portal, pero retrocedí con prisa a mi caballete, descompuesto y horrorizado. Le faltaba el dedo medio de la mano derecha.

A las nueve apareció Tessie y desapareció tras el biombo con un alegre «Buenos días, señor Scott». Cuando reapareció y adoptó su pose sobre la tarima, empecé para su deleite una tela nueva. Mientras trabajé en el dibujo, permanecí en silencio, pero no bien cesó el rasgado de la carbonilla y cogí el fijador, comenzó a charlar.

—¡Pasamos un momento tan agradable anoche! Fuimos a Tony Pastor's.

—¿Quiénes?

—Oh, Maggie, ya sabe usted, la modelo del señor Whyte, y Rosi McCormick —la llamamos Rosi porque tiene esos hermosos cabellos rojos que gustan tanto a los artistas— y Lizzie Burke.

Rocié la tela con el fijador y dije:

—Bien, continúa.

—Vimos, a Kelly y a Baby Barnes, la bailarina y... a todo el resto. Hice una conquista.

—¿Entonces me has traicionado, Tessie?

Ella se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Es Ed Burke, el hermano de Lizzie. Un perfecto caballero.

Me sentí obligado a darle algunos consejos paternales acerca de las conquistas, que ella recibió con sonrisa radiante.

—Oh, sé cuidarme de una conquista desconocida —dijo examinando su goma de mascar—, pero Ed es diferente. Lizzie es mi mejor amiga.

Entonces contó que Ed había vuelto de la fábrica de calcetines de Lowell, Massachusetts, y que se había encontrado con que ella y Lizzie ya no eran unas niñas, y que era un joven perfecto que no tenía el menor inconveniente en gastarse medio dólar para invitarlas con helados y ostras a fin de festejar su comienzo como dependiente en el departamento de lanas de Macy's. Antes que terminara, yo había empezado a pintar, y adoptó nuevamente su pose sonriendo y parloteando como un gorrión. Al mediodía ya tenía el estudio bien limpio y Tessie se acercó a mirarlo.

—Eso está mejor —dijo.

También yo lo pensaba así y comí con la íntima satisfacción de que todo iba bien. Tessie puso su comida en una mesa de dibujo frente a mí y bebimos clarete de la misma botella y encendimos nuestros cigarrillos con la misma cerilla. Yo le tenía mucho apego a Tessie. De una niña frágil y desmañada, la había visto convertirse en una mujer esbelta y exquisitamente formada. Había posado para mí durante los tres últimos años y de todas mis modelos ella era la favorita. Me habría afligido mucho, en verdad, que se vulgarizara o se volviera una fulana, como suele decirse, pero jamás advertí el menor deterioro en su conducta y sentía en el fondo que ella era una buena chica. Nunca discutíamos de moral, y no tenía intención de hacerlo, en parte porque yo no tenía muy en cuenta a la moral, pero también porque sabía que ella haría lo que le gustara muy a mi pesar. No obstante, esperaba de todo corazón que no se viera envuelta en dificultades, porque deseaba su bien y también por el egoísta motivo de no perder a la mejor de mis modelos. Sabía que una conquista, como la había llamado Tessie, no significaba nada para chicas como ella, y que tales cosas en América no se asemejan en nada a las mismas cosas en París. No obstante, yo había vivido con los ojos bien abiertos y sabía que alguien se llevaría algún día a Tessie de un modo u otro, y aunque por mi parte consideraba que el matrimonio era un disparate, esperaba sinceramente, que en este caso había un sacerdote al final de la aventura. Soy católico. Cuando oigo misa solemne, cuando me persigno, siento que todo, con inclusión de mí mismo, se encuentra más animado, y cuando me confieso, me siento bien. Un hombre que vive tan solo como yo, debe confesarse con alguien. Claro que Sylvia, era católica, y ese era motivo suficiente para mí. Pero estaba hablando de Tessie, lo que es muy

diferente. Tessie también era católica y mucho más devota que yo, de modo que, teniendo todo esto en cuenta, no había mucho que temer por mi bonita modelo mientras no se enamorase. Pero entonces sabía que solo el destino decidiría su futuro, y rezaba internamente por que ese destino la mantuviera alejada de hombres como yo y que pusiera en su camino muchachos como Ed Burke y Jimmy McCormick. ¡Dios bendiga su dulce rostro!

Tessie estaba sentada lanzando anillos de humo que ascendían al cielo raso y haciendo tintinear el hielo en su vaso.

—¿Sabes, Chavala, que también yo tuve un sueño anoche?

La observé. A veces la llamaba «la Chavala».

—No habrá sido ese hombre —dijo riendo.

—Exacto. Un sueño parecido al tuyo, solo que mucho peor.

Fue tonto e irreflexivo de mi parte decirlo, pero ya se sabe el poco tacto que tienen los pintores por lo general.

—Debo de haberme quedado dormido poco más o menos a las diez —proseguí—, y al cabo de un rato soñé que me despertaba. Tan claramente oí las campanas de la medianoche, el viento en las ramas de los árboles y la sirena de los vapores en la bahía, que incluso ahora me es difícil creer que no estaba despierto. Me parecía yacer en una caja con cubierta de cristal. Veía débilmente las lámparas de la calle por donde pasaba, pues debo decirte, Tessie, que la caja en la que estaba tendido parecía encontrarse en un carroaje acojinado en el que iba sacudiéndome por una calle empedrada. Al cabo de un rato me impacienté e intenté moverme, pero la caja era demasiado estrecha. Tenía las manos cruzadas en el pecho, de modo que no me era posible levantarlas para aliviarme. Escuché y, luego, intenté llamar. Había perdido la voz. Podía oír los cascos de los caballos uncidos al coche e incluso la respiración del conductor. Entonces otro ruido irrumpió en mis oídos, como el abrir de una ventana. Me las compuse para ladear la cabeza un tanto, y descubrí que podía ver, no solo a través del cristal que cubría la caja, sino también a través de los paneles de cristal a los lados del carroaje. Vi casas. Vi casas, vacías y silenciosas, sin vida ni luz en ninguna de ellas, excepto en una. En esa casa había una ventana abierta en el primer piso, y una figura toda de blanco miraba a la calle. Eras tú.

Tessie había apartado su cara de mí y se apoyaba en la mesa sobre el codo.

—Pude verte la cara —proseguí— que me pareció muy angustiada. Luego seguimos viaje y doblamos por una estrecha y negra calleja. De pronto los caballos se detuvieron. Esperé y esperé, cerrando los ojos con miedo e impaciencia, pero todo estaba silencioso como una tumba. Al cabo de lo que me parecieron horas, empecé a sentirme incómodo. La sensación de que algo se acercaba hizo que abriera los ojos. Entonces vi la cara del cochero de la carroza fúnebre que me miraba a través de la cubierta del ataúd...

Un sollozo de Tessie me interrumpió. Estaba temblando como una hoja. Vi que me había comportado como un asno e intenté reparar el daño.

—¡Vaya, Tess! —dije—, solo te lo conté para mostrarte la influencia de tu historia en los sueños de los demás. No pensarás realmente que estoy tendido en un ataúd, ¿no es cierto? ¿Por qué estás temblando? ¿No te das cuenta de que tu sueño y la irracional repugnancia que me produce ese inofensivo sereno de la iglesia pusieron sencillamente en marcha mi cerebro no bien me quedé dormido?

Puso la cabeza entre sus brazos y sollozó como si fuera a rompérselle el corazón. Me había portado como un imbécil. Pero estaba por superar mi propio récord. Me le acerqué y la rodeé con el brazo.

—Tessie, querida, perdóname —dije—; no tendría que haberte asustado con semejantes tonterías. Eres una chica demasiado atinada, demasiado buena católica como para creer en sueños.

Su mano se puso en la mía y su cabeza cayó sobre mi hombro, pero todavía temblaba; yo la acariciaba y la consolaba.

—Vamos, Tess, abre los ojos y sonríe.

Sus ojos se abrieron con un lánquido lento movimiento y se encontraron con los míos, pero su expresión era tan extraña que me apresuré a reanimarla otra vez.

—Fue una patraña, Tessie, no creerás que todo esto podrá acarrearte algún mal.

—No —dijo, pero sus labios escarlatas se estremecieron.

—¿Qué sucede, entonces? ¿Tienes miedo?

—Sí, pero no por mí.

—¿Por mí, entonces? —pregunté alegramente.

—Por usted —murmuró en voz casi inaudible—. Yo... yo lo quiero a usted.

En un principio me eché a reír, pero cuando comprendí lo que decía, un estremecimiento me atravesó el cuerpo y me quedé sentado como de piedra. Esta era la culminación de las tonterías que llevaba cometidas. En el momento que transcurrió entre su réplica y mi contestación, pensé en mil respuestas a esa inocente confesión. Podía desecharla con una sonrisa, podía hacerme el desentendido y decirle que me encontraba muy bien de salud, podía manifestarle con sencillez que era imposible que ella me amase. Pero mi reacción fue más veloz que mis pensamientos, y cuando quise darme cuenta ya era demasiado tarde, porque la había besado en la boca.

Aquella noche fui a dar mi paseo habitual por el parque de Washington pensando en los acontecimientos del día. Me había comprometido a fondo. No podía echarme atrás ahora, y miré de frente a mi futuro. Yo no era bueno, ni siquiera escrupuloso, pero no tenía intención de engañarme a mí mismo o a Tessie. La única pasión de mi vida yacía sepultada en los soleados bosques de Bretaña. ¿Estaba sepultado para siempre? La Esperanza clamaba: «¡No!» Durante tres años había esperado el ruido de unos pasos en mi umbral. ¿Sylvia se había olvidado? «¡No!», clamaba la Esperanza.

Dije que no era bueno. Eso es verdad, pero con todo no era exactamente el villano de la ópera cómica. Había llevado una vida fácil y atolondrada, recibiendo de buen grado el placer que se me ofrecía, deplorando, a veces lamentando con amargura, las consecuencias. Solo una cosa, con excepción de mi pintura, tomaba en serio, y aquello yacía ocultado, si no perdido, en los bosques bretones.

Era demasiado tarde ahora para lamentar lo ocurrido en el día. Tanto si fue lástima, como si fue la súbita ternura que produce el dolor o el más brutal instinto de la voluntad satisfecha, daba igual ahora, y a no ser que deseara dañar a un corazón inocente, tenía la senda trazada ante mí. El fuego y la intensidad, la profundidad de la pasión de un amor que ni siquiera había sospechado, a pesar de la experiencia que creía tener del mundo, no me dejaban otra alternativa que corresponderle o apartarla de mi lado. No sé si me acordaba de cómo producir dolor en los demás o si hay algo en mí de lóbrego puritano, pero lo cierto es que me repugnaba negar la responsabilidad por ese irreflexivo beso, y de hecho no tuve tiempo de hacerlo antes que se abriesen las puertas de su corazón y la marejada se expandiera. Otros que habitualmente cumplen con su deber y encuentran una sombría satisfacción en hacer de sí mismos y de los demás unos desdichados, quizá habrían resistido. Yo no. No me atreví. Después de amainada la tormenta, le dije que más le habría valido amar a Ed Burke y llevar un sencillo anillo de oro, pero no quiso escucharme siquiera, y pensé que mientras hubiera decidido amar a alguien con quien no podía casarse, era preferible que fuera yo. Yo, al menos, podría tratarla con inteligente afecto, y cuando ella se cansara de su pasión, no saldría de ella mal parada. Porque yo estaba decidido en cuanto a eso, aunque sabía lo difícil que resultaría. Recordaba el final habitual de las relaciones platónicas y cuánto me disgustaba oír de ellas. Sabía que iniciaba una gran empresa para alguien tan falto de escrúpulos como yo, y temía el futuro, pero ni por un momento dudé de que ella estaría segura conmigo. Si se hubiera tratado de cualquier otra, no me habría dejado atormentar por escrúpulos. Pero ni se me ocurría la posibilidad de sacrificar a Tessie como lo habría hecho con una mujer de mundo. Miraba el porvenir directamente a la cara y veía los varios probables finales del asunto. Terminaría ella por cansarse de mí, o llegaría a ser tan desdichada que tendría que desposarla o abandonarla. Si nos casábamos, seríamos desdichados. Yo con una mujer inapropiada para mí, ella con un marido inapropiado para cualquier mujer. Porque mi vida pasada no me calificaba para el matrimonio. Si la abandonaba, quizá caería enferma, pero se recuperaría y acabaría casándose con algún Ed Burke, pero, precipitada o deliberadamente, podía cometer una tontería. Por otra parte, si se cansaba de mí, toda su vida se desplegaría ante ella con maravillosas visiones de Eddie Burke, anillos de boda, gemelos, pisos en Harlem y el Cielo sabe que más. Mientras me paseaba entre los árboles vecinos al Arco de Washington, decidí que de cualquier modo ella encontraría a un sólido amigo en mí, y que el futuro se cuidara de sí mismo.

Luego entré en la casa y me puse el traje de noche, porque la nota ligeramente perfumada que había sobre mi tocador decía: «Tenga un coche pronto a la entrada de los artistas a las once», y estaba firmada «Edith Carmichel, Teatro Metropolitan, 19 de junio de 189...»

Esa noche cené o, más bien cenamos la señorita Carmichel y yo, en el Solari y el alba empezaba a dorar la cruz de la iglesia Memorial cuando entré en el parque de Washington después de haber dejado a Edith en Brunswick. No había un alma en el parque cuando pasé entre los árboles y cogí el sendero que va de la estatua de Garibaldi al edificio de los apartamentos Hamilton, pero al pasar junto al atrio de la iglesia vi una figura sentada en la escalinata de piedra. A pesar mío, me estremecí al ver la hinchada cara blancuzca y apresuré el paso. Entonces dijo algo que pudo haberme estado dirigido o quizás solo estuviera musitando para sí, pero que semejante individuo se dirigiera a mí me puso súbitamente furioso. Por un instante me dieron ganas de girar sobre los talones y aplastarle la cabeza con el bastón, pero seguí andando, entré en el Hamilton y fui a mi apartamento. Por algún tiempo di vueltas en la cama intentando librarme de su voz, pero no me fue posible. Ese murmullo me llenaba la cabeza como el denso humo aceitoso de una cuba donde se cuece grasa o la nociva fetidez de la podredumbre. Y mientras me revolvía en mi lecho, la voz en mis oídos parecía más clara y distante, y empecé a entender las palabras que había murmurado. Me llegaban lentamente, como si las hubiera olvidado y por fin pudiera comprender su sentido. Había articulado:

—¿Has encontrado el Signo Amarillo?

—¿Has encontrado el Signo Amarillo?

—¿Has encontrado el Signo Amarillo?

Estaba furioso. ¿Qué había querido decir con eso? Luego, dirigiéndole una maldición, cambié de postura, y me quedé dormido, pero cuando más tarde desperté estaba pálido y ojeroso, porque había vuelto a soñar lo mismo de la noche pasada y me turbaba más de lo que quería confesarme.

Me vestí y bajé al estudio. Tessie estaba sentada junto a la ventana. Cuando yo entré se puso de pie y me rodeó el cuello con los brazos para darme un beso inocente. Tenía un aspecto tan dulce y delicado que la volví a besar y luego me fui a sentar frente al caballete.

—¡Vaya! ¿Dónde está el estudio que empecé ayer?

Tessie parecía confusa, pero no respondió. Comencé a buscar entre pilas de telas mientras le decía:

—Apresúrate, Tess, y prepárate; debemos aprovechar la luz de la mañana.

Cuando por fin abandoné la búsqueda entre las otras telas y me volví para registrar el cuarto, vi que Tessie estaba de pie junto al biombo con las ropas todavía puestas.

—¿Qué sucede? —le pregunté—. ¿No te sientes bien?

—Sí.

—Apresúrate, entonces.

—¿Quiere que pose como... como he posado siempre?

Entonces comprendí. Se presentaba una nueva complicación. Había perdido, por supuesto, a la mejor modelo de desnudo que había conocido nunca. Miré a Tessie. Tenía el rostro escarlata. ¡Ay! ¡Ay! Habíamos comido el fruto del árbol del conocimiento y el Edén y la inocencia original ya eran sueños del pasado... quiere decir, para ella.

Supongo que notó la desilusión en mi cara, porque dijo:

—Posaré, si lo desea. El estudio está detrás del biombo. He sido yo quien lo ha puesto allí.

—No —le dije—, empezaremos algo nuevo.

Y fui a mi armario y elegí un vestido morisco resplandeciente de lentejuelas. Era un traje auténtico y Tessie se retiró tras el biombo encantada con él. Cuando salió otra vez, quedé atónito. Sus largos cabellos negros estaban sujetos en su frente por una diadema de turquesas y los extremos llegaban rizados hasta la faja resplandeciente. Tenía los pies calzados en unas bordadas babuchas puntiagudas, y la falda del vestido, curiosamente recamada de arabescos de plata, le caía hasta los tobillos. El profundo azul metálico del chaleco bordado en plata y la chaquetilla morisca en la que estaban cosidas refulgentes turquesas, le sentaban maravillosamente. Avanzó hacia mí y levanté la cabeza sonriente. Deslicé la mano en el bolsillo, saqué una cadena de oro con una cruz y se la coloqué en la cabeza.

—Es tuya, Tessie.

—¿Mía? —balbució.

—Tuya. Ahora ve y posa.

Entonces, con una sonrisa radiante, corrió tras el biombo y reapareció en seguida con una cajita en la que estaba escrito mi nombre.

—Tenía intención de dársela esta noche antes de irme a casa —dijo—, pero ya no puedo esperar.

Abrí la caja. Sobre el rosado algodón, había un broche de ónix negro en el que estaba incrustado un curioso símbolo o letra de oro. No era arábigo ni chino, ni como pude comprobar después no pertenecía a ninguna de las escrituras humanas.

—Es todo lo que tengo para darle como recuerdo.

Me sentí molesto, pero le dije que lo tendría en alta estima y le prometí llevarlo siempre. Ella me lo sujetó en la chaqueta, bajo la solapa.

—¡Qué tontería, Tess, comprar algo tan bello! —le dije.

—No lo he comprado —dijo riendo.

—¿De dónde lo has sacado?

Entonces me contó que lo había encontrado un día al volver del acuario de la Batería y que había hecho publicar un aviso en los periódicos y que por fin perdió las esperanzas de encontrar al propietario del broche.

—Fue el invierno pasado —dijo—, el mismo día en que tuve por primera vez ese horrible sueño de la carroza fúnebre.

Recordé el sueño que había tenido la pasada noche, pero no dije nada, y en seguida la carbonilla empezó a revolotear sobre la nueva tela, y Tessie permaneció inmóvil en la tarima.

III

El día siguiente fue desastroso para mí. Mientras trasladaba una tela enmarcada de un caballete a otro, mis pies resbalaron en el suelo encerado y caí pesadamente sobre ambas muñecas. Tan grave fue la luxación sufrida que resultó inútil intentar sostener el pincel, examinando dibujos y esbozos inacabados hasta que, ya desesperado me senté a fumar y a girar los pulgares con fastidio. La lluvia que azotaba los cristales y tamborileaba sobre el techo de la iglesia me produjo un ataque de nervios con su interminable repiqueteo. Tessie cosía sentada junto a la ventana, y de vez en cuando levantaba la cabeza y me miraba con una compasión tan inocente, que empecé a avergonzarme de mi irritación y miré a mi alrededor en busca de algo en qué ocuparme. Había leído todos los periódicos y todos los libros de la biblioteca, pero por hacer algo me dirigí a la librería y la abrí con el codo. Conocía cada volumen por el color y los examiné a todos pasando lentamente junto a la librería y silbando para animarme el espíritu. Estaba por volverme para ir al comedor, cuando me sorprendió un libro encuadrado en amarillo en un rincón de la repisa más alta de la última biblioteca. No lo recordaba y desde el suelo no alzaba a descifrar las pálidas letras sobre el lomo, de modo que fui a la sala de fumar y llamé a Tessie. Ella vino del estudio y se encaramó para alcanzar el libro.

—¿Qué es? —le pregunté.

—El Rey de Amarillo.

Quedé estupefacto. ¿Quién lo había puesto allí? ¿Cómo había ido a parar a mis aposentos? Hacía ya mucho que había decidido no abrir jamás ese libro, y nada en la tierra podría haberme persuadido a comprarlo. Temiendo que la curiosidad me tentara a abrirlo, ni siquiera lo había mirado nunca en las librerías. Si alguna vez experimenté la curiosidad de leerlo, la espantosa tragedia del joven Castaigne, a quien yo había conocido, me disuadió de enfrentarme con sus malignas páginas. Siempre me negué a

escuchar su descripción y, en verdad, nadie se aventuró nunca a comentar en alta voz la segunda parte, de modo que no tenía conocimiento en absoluto de lo que podrían revelar esas páginas. Me quedé mirando fijamente la ponzoñosa encuadernación amarilla como habría mirado a una serpiente.

—No lo toques, Tessie —dije—. Baja de ahí.

Por supuesto, mi admonición bastó para despertar su curiosidad y antes que pudiera impedírselo cogió el libro y, con una carcajada, se fue bailando al estudio con él. La llamé, pero ella se alejó dirigiendo una torturadora sonrisa a mis imponentes manos y yo la seguí con cierta impaciencia.

—¡Tessie! —grité entrando en la biblioteca—, escucha, hablo en serio. Deja ese libro. ¡No quiero que lo abras!

La biblioteca estaba vacía. Fui a ambas salas, luego los dormitorios, a la lavandería, la cocina y, finalmente, volví a la biblioteca donde inicié un registro sistemático. Se había acurrucado, pálida, y silenciosa, junto a la ventana reticulada del cuarto del almacenaje de arriba. A primera vista me di cuenta que su necesidad había sido castigada. El Rey de Amarillo estaba a sus pies, pero el libro estaba abierto en la segunda parte. Miré a Tessie y vi que era demasiado tarde. Había abierto El Rey de Amarillo. Entonces la tomé de la mano y la conduje al estudio. Parecía obnubilada, y cuando le dije que se tendiera en el sofá me obedeció sin decir palabra. Al cabo de un rato sus ojos se cerraron y la respiración se le hizo regular y profunda, pero no me fue posible descubrir si dormía o no. Durante largo rato me quedé sentado en silencio junto a ella, en el cuarto de almacenaje jamás frecuentado, cogí el libro amarillo con la mano menos herida. Parecía pesado como el plomo, pero lo llevé al estudio otra vez y sentándome en la alfombra junto al sofá, lo abrí y lo leí desde el principio al fin.

Cuando debilitado por el exceso de las emociones, dejé caer el volumen y me recosté fatigado contra el sofá, Tessie abrió los ojos y me miró.

Habíamos estado hablando cierto tiempo con opacada y monótona tensión cuando advertí que estábamos comentando El Rey de Amarillo. ¡Oh, qué pecado, haber escrito semejantes palabras... palabras que son claras como el cristal, límpidas y musicales como una fuente burbujeante, palabras que resplandecen y refulgen como los diamantes envenenados de los Medicis! ¡Oh, la malignidad, la condenación más allá de toda esperanza de un alma capaz de fascinar y paralizar a criaturas humanas con tales palabras! Palabras que comprenden el ignorante y el sabio por igual, palabras más preciosas que joyas, más apaciguadoras que la música celestial, más espantosas que la muerte misma.

Seguimos hablando sin prestar atención a las sombras que se espesaban, y ella me estaba rogando que me deshiciera del broche de ónix negro en que estaba curiosamente incrustado lo que, ahora lo sabíamos, era el Signo Amarillo. Nunca sabré por qué me negué a hacerlo, aunque en esta hora, aquí, en mi habitación, mientras

escribo esta confesión, me gustaría saber qué me impidió arrancar el Signo Amarillo de mi pecho y arrojarlo al fuego. Estoy seguro de que deseaba hacerlo, pero Tessie me lo imploró en vano. Cayó la noche y transcurrieron las horas, pero aún seguíamos hablando quedo del Rey y la Máscara Pálida, y la medianoche sonó en los chapiteles brumosos de la ciudad hundida en la niebla. Hablamos de Hastur y Cassilda mientras afuera la niebla rozaba los ciegos paneles de las ventanas como el oleaje de las nubes avanzaba y se rompía sobre las costas de Hali.

La casa estaba ahora acallada y ni el menor sonido de las calles brumosas quebrantaba el silencio. Tessie yacía entre cojines, su rostro era una mancha gris en la penumbra, pero tenía sus manos apretadas en las mías y yo sabía que ella sabía y que leía mis pensamientos como yo los suyos, porque habíamos comprendido el misterio de las Híadas y ante nosotros se alzaba el Fantasma de la Verdad. Entonces, mientras nos respondíamos el uno a la otra, velozmente, en silencio, pensamiento tras pensamiento, las sombras se agitaron en la penumbra que nos rodeaba y a lo lejos en las calles distantes oímos un sonido. Cada vez más cerca, se escuchó el lóbrego crujido de ruedas, cada vez más cerca todavía, y ahora cesó afuera, ante la puerta. Me arrastré hasta la ventana y vi una carroza fúnebre empenachada de negro. El portal, abajo, se abrió y se volvió a cerrar; me arrastré temblando hasta la puerta y le eché la llave, pero no había candado ni cerradura que pudiera impedir el paso de la criatura que venía en busca del Signo Amarillo. Y ahora la oía avanzar muy lentamente por el vestíbulo. Y ahora estaba a la puerta y los candados se pudrieron a su tacto. Ahora había entrado. Con ojos que se me saltaban de las órbitas trate de escudriñar en la oscuridad, pero cuando entró en el cuarto, no la vi. Solo cuando la sentí envolverme en su frío abrazo blando grité y luché con furia mortal, pero tenía las manos inutilizadas y me arrancó el broche de ónix de la chaqueta y me golpeó en plena cara. Entonces, al caer, oí el grito leve de Tessie y su espíritu voló al encuentro de Dios, y mientras caía deseé poder seguirla, porque sabía que el Rey de Amarillo había abierto su andrajoso manto y ahora solo era posible implorar ante Cristo.

Podría decir más, pero al mundo no le serviría de nada. En cuanto a mí, estoy más allá de toda ayuda o esperanza humanas. Mientras yazgo aquí escribiendo, sin preocuparme de si moriré o no, antes de terminar, veo al doctor que recoge sus polvos y frascos con un vago ademán dirigido al buen cura que tengo junto a mí; entonces comprendo.

Sentirán curiosidad por conocer los detalles de la tragedia... esos del mundo exterior que escriben libros e imprimen millones de periódicos, pero no escribiré ya más, y el padre confesor sellará mis últimas palabras con el sello sagrado cuando su santo oficio haya sido cumplido. Los del mundo exterior podrán enviar a sus vástagos a hogares desdichados o casas visitadas por la muerte, y sus periódicos se cebarán en la sangre y las lágrimas, pero en mi caso sus espías tendrán que detenerse ante el

confesonario. Saben que Tessie ha muerto y que yo agonizo. Saben que la gente de la casa, alarmada por un grito infernal, se precipitó a mi cuarto y encontró a un vivo y dos muertos; pero no saben lo que voy a decir ahora; no saben que el médico dijo señalando un horrible bulto descompuesto que yacía en el suelo... el lívido cadáver del sereno de la iglesia:

—No tengo teoría alguna, ninguna explicación. ¡Este hombre debe de haber muerto hace meses!

Creo que me muero. Desearía que el cura...

EL REPARADOR DE REPUTACIONES

Ne raillons pas les fous; leur folie dure
plus longtemps que la nôtre... voilà
toute la différence.

|

A fines del año 1920 el gobierno de los Estados Unidos había prácticamente completado el programa adoptado durante los últimos meses de la administración del presidente Winthrop. El país gozaba aparentemente de tranquilidad. Todo el mundo sabe cómo se solucionaron las cuestiones de Aranceles y Trabajo. La guerra con Alemania, consecuencia de que ese país invadiera las islas de Samoa, no dejó cicatrices visibles en la república, y la ocupación temporaria de Norfolk por el ejército invasor había sido olvidada en la alegría de las repetidas victorias navales y el ridículo apremio de las fuerzas del general von Gartenlaube en el estado de Nueva Jersey. Las inversiones cubanas y hawaianas habían dado un beneficio de un ciento por ciento y bien valía el territorio de Samoa su costo como estación de aprovisionamiento de carbón. El estado de defensa del país era estupendo. A todas las ciudades costeras se les había suministrado una fortificación en tierra; el ejército, bajo la paternal mirada del Personal General, organizado de acuerdo con el sistema prusiano, había aumentado a 300.000 hombres con una reserva territorial de un millón; y seis magníficos escuadrones de cruceros y acorazados patrullaban las seis estaciones de los mares navegables, dejando una reserva de energía holgadamente adecuada para el control de las aguas territoriales. Los caballeros del Oeste por fin tuvieron que reconocer que era necesario contar con un colegio para la formación de diplomáticos como es necesaria una escuela de derecho para la formación de abogados. En consecuencia, ya no nos representaron en el extranjero patriotas incompetentes. La nación era próspera. Chicago, por un momento paralizada después del segundo gran incendio, se había levantado de sus ruinas, blanca e imperial, y más hermosa que la ciudad blanca que se había construido como juguete en 1893. En todas partes la buena arquitectura

reemplazaba la mala y aun en Nueva York un súbito anhelo de decencia había barrido una gran parte de los existentes horrores. Las calles se habían ensanchado y se pavimentaron e iluminaron de manera adecuada, se plantaron árboles, se abrieron plazas, se demolieron las estructuras elevadas y se hicieron rutas subterráneas para sustituirlas. Los nuevos edificios gubernamentales y cuarteles eran espléndidas piezas arquitectónicas y el prolongado sistema de muelles de piedra que rodeaba por completo la isla se convirtieron en parques que resultaron un don de Dios para la población. El subsidio del teatro y la ópera estatales produjo su propia recompensa. La Academia Nacional de Diseño de los Estados Unidos no difería de las instituciones europeas de la misma especie. Nadie envidiaba al secretario de Bellas Artes, ni su posición en el gabinete ni su ministerio. El secretario de Forestación y Preservación de la Fauna lo pasaba mucho mejor gracias a un nuevo sistema de Policía Montada Nacional. Habíamos obtenido provecho con los últimos tratados celebrados con Francia e Inglaterra; la exclusión de los judíos nacidos en el extranjero como medida de autopreservación nacional, el establecimiento del nuevo estado negro independiente de Suanee, el control de la inmigración, las nuevas leyes sobre la naturalización y la gradual centralización del poder en el ejecutivo fueron todas medidas que contribuyeron a la calma y la prosperidad nacionales. Cuando el Gobierno solucionó el problema indio y escuadrones de una caballería de exploradores indios con sus trajes nativos reemplazaron a las lamentables organizaciones sumadas a regimientos reducidos al mínimo por un exsecretario de Guerra, la nación suspiró con profundo alivio. Cuando, después del colosal Congreso de Religiones, el fanatismo y la intolerancia quedaron sepultadas y la bondad y la tolerancia empezaron a unir las sectas contendientes, muchos creyeron que había llegado el milenio de felicidad y abundancia, cuando menos en un nuevo mundo, que después de todo es un mundo de por sí.

Pero la autopreservación es la ley primera, y los Estados Unidos tuvieron que contemplar con desvalida pena cómo Alemania, Italia, España y Bélgica se debatían en la angustia de la Anarquía mientras Rusia, vigilante desde el Cáucaso, se inclinaba para atraparlas una por una.

En la ciudad de Nueva York el verano de 1899 quedó señalado por el desmantelamiento de los Ferrocarriles Elevados. El verano de 1900 viviría en la memoria de los neoyorkinos por largos períodos; ese año se eliminó la estatua de Dodge. El siguiente invierno empezó la agitación para el anulamiento de las leyes que prohibían el suicidio, que dio su fruto final el mes de abril de 1920, cuando la primera Cámara Letal del Gobierno se inauguró en el parque de Washington.

Ese día venía andando por la avenida Madison desde la casa del doctor Archer, donde había estado por mera formalidad. Desde que me había caído del caballo cuatro años atrás, padecía de dolores de vez en cuando en la nuca y en el cuello, pero

desde hacía meses me habían desaparecido, y el doctor me despidió ese día diciéndome que ya no tenía de qué curarme. Apenas valía la pena pagar sus honorarios para que me lo dijera; yo ya lo sabía. No obstante, no le guardé rencor por el dinero. Lo que me molestaba era el error que había cometido al principio. Cuando me recogieron del pavimento donde yacía sin conocimiento y alguien misericordioso le disparó una bala en la cabeza a mi caballo, fui llevado a lo del doctor Archer, y él considerando afectado mi cerebro, me internó en su hospicio privado donde me vi obligado a seguir un tratamiento por insanía. Por fin decidió que me había recuperado y yo, que sabía que mi mente había estado siempre tan sana como la suya, si no más, «pagué mis derechos de matrícula» como él lo llamó, por broma, y me fui. Le dije, sonriente, que ya me las pagaría por su error, y él rio de buen grado, y me pidió que lo visitara de vez en cuando. Así lo hice en la esperanza de un posible ajuste de cuentas, pero no me dio la oportunidad, y yo le dije que esperaría.

La caída del caballo no tuvo por fortuna malas consecuencias; por el contrario, mi carácter mejoró. De un joven ciudadano ocioso, me convertí en alguien activo, enérgico, atemperado y sobre todo, oh, por sobre todo ambicioso. Solo una cosa me perturbaba, me reía de mi propia intranquilidad pero me perturbaba.

Durante mi convalecencia había comprado y leído por primera vez *El Rey de Amarillo*. Recuerdo que después de haber leído el primer acto pensé que era mejor no seguir adelante. Me puse en pie y arrojé el libro al hogar; el volumen dio contra la rejilla y cayó abierto a la luz del fuego. Si no hubiera tenido un atisbo de las palabras de apertura del segundo acto, jamás lo habría terminado, pero cuando me incliné, para recogerlo, fijé los ojos en la página y, con un grito de terror, o quizá de alegría, tan intenso era el sufrimiento de cada uno de mis miembros, lo arrebaté de los carbones y me arrastré tembloroso a mi dormitorio donde lo leí y lo releí, y lloré y reí y temblé presa de un horror que todavía me asalta a veces. Esto es lo que me perturba, porque no puedo olvidarme de Carcosa donde estrellas negras lucen en los cielos; donde las sombras de los pensamientos de los hombres se alargan en la tarde, cuando los soles gemelos se hunden en el lago de Hali; y mi memoria cargará para siempre con el recuerdo de la Máscara Pálida. Ruego a Dios que maldiga al escritor, como el escritor maldijo al mundo con esta su hermosa, estupenda creación, terrible en su simplicidad, irresistible en su verdad: un mundo que ahora tiembla ante el Rey de Amarillo. Cuando el gobierno francés incautó los ejemplares de la traducción recién llegada a París, Londres, por supuesto, tuvo ansiedad por leerlo. Se sabe perfectamente cómo el libro se difundió como una enfermedad infecciosa de ciudad en ciudad, de continente a continente, prohibido aquí, confiscado allá, denunciado por la prensa y el pulpito, censurado aun por los más avanzados anarquistas literarios. Ningún principio definido había sido violado en esas malignas páginas, ninguna doctrina promulgada, ninguna convicción ultrajada. No era posible juzgarlo de

acuerdo con ninguna de las normas conocidas; sin embargo, aunque se reconocía que la nota del arte supremo había resonado con El Rey de Amarillo, todos sentían que la naturaleza humana no podía soportar la tensión, ni medrar con palabras en las que acechaba la esencia del más puro veneno. La simple banalidad e inocencia del primer acto provocaba que el golpe se asestara después con un efecto más espantoso.

Era, recuerdo, el 13 de abril de 1920 cuando se estableció la primera Cámara Letal del Gobierno en el extremo sur del parque de Washington, entre la calle Wooster y la Quinta Avenida al Sur. La manzana, que anteriormente había comprendido un montón de viejos edificios deteriorados utilizados como cafés y restaurantes para extranjeros, había sido adquirida por el gobierno en el invierno de 1898. Los cafés y restaurantes franceses e italianos fueron demolidos; toda la manzana fue rodeada de un enrejado dorado y convertida en un adorable jardín con prados, flores y fuentes. En el centro del jardín se levantaba un pequeño edificio blanco de arquitectura severamente clásica y rodeado de macizos de flores. Seis columnas jónicas sostenían el techo y la única puerta era de bronce. Un espléndido grupo de mármol que representaba a «Los Hados», obra de un joven escultor americano, Boris Yvain, que había muerto en París cuando solo tenía treinta y tres años.

Se estaban celebrando las ceremonias de inauguración cuando yo cruzaba la plaza de la Universidad y entré en el parque. Me abrí camino entre la silenciosa multitud de espectadores. Pero fui detenido en la calle Cuarta por un cordón policial. Un regimiento de lanceros de los Estados Unidos rodeaba la Cámara Letal. En una tribuna elevada que daba al parque de Washington estaba el gobernador de Nueva York y, detrás de él, estaban agrupados el alcalde de Nueva York, el inspector general de policía, el comandante de las tropas estaduales, el coronel Livingston, auxiliar militar del presidente de los Estados Unidos, el general Blount, comandante de la Isla del Gobernador, el mayor Hamilton, comandante de la guarnición de Nueva York y Brooklyn, el almirante Buffby de la flota del río del Norte, el cirujano general Lanceford, el personal del Hospital General Gratuito, los senadores Wyse y Franklin de Nueva York, y el comisionado de Obras Públicas. La tribuna estaba rodeada por un escuadrón de húsares de la Guardia Nacional.

El gobernador estaba terminando su respuesta al breve discurso del cirujano general. Oí que decía:

—Las leyes que prohibían el suicidio y sancionaban cualquier intento de autodestrucción han quedado sin efecto. El gobierno ha considerado conveniente reconocer el derecho que tiene el hombre a poner fin a una existencia que se le haya vuelto intolerable sea por padecimiento físico o por desesperación mental. Se considera que la comunidad resultará beneficiada si se saca del medio a gente semejante. Desde la promulgación de esta ley, el número de suicidios en los Estados Unidos no ha aumentado. Ahora que el gobierno ha decidido establecer una Cámara

Letal en cada ciudad, pueblo o aldea del país, queda por ver si esa clase de criaturas humanas de cuyas desanimadas filas, nuevas víctimas de la autodestrucción caen día tras día, aceptará el alivio que se le procura. —Hizo una pausa y se volvió hacia la Cámara Letal. El silencio en la calle era absoluto—. Allí una muerte indolora aguarda a quien no soporte ya los dolores de su vida. Si anhela la muerte, que la busque allí. —Luego volviéndose rápidamente hacia el auxiliar de la Casa Presidencial, dijo—: Declaro inaugurada la Cámara Letal —y enfrentado una vez más a la vasta multitud, exclamó con clara voz—: Ciudadanos de Nueva York y de los Estados Unidos de América, por mi intermedio el gobierno declara inaugurada la Cámara Letal.

La solemne quietud fue quebrantada por áspera voz de comando, el escuadrón de húsares desfiló tras el carro del gobernador, los lanceros giraron y formaron a lo largo de la Quinta Avenida para aguardar al comandante de la guarnición, y la policía montada los siguió. Yo abandoné la multitud para contemplar boquiabierto la Cámara Letal de mármol blanco y, cruzando la Quinta Avenida al Sur, caminé a lo largo del lado oeste de esa transitoria vía pública hasta la calle Bleecker. Luego me volví a la derecha y me detuve delante de una deslucida tienda que tenía un cartel que decía:

HAWBERK, ARMERO

Miré la puerta de entrada y vi a Hawberk ocupado en la pequeña tienda en el extremo del recinto. Él levantó la vista en el mismo instante y, al verme, exclamó con su profunda voz cordial:

—¡Pase usted, señor Castaigne!

Constance, su hija, salió a mi encuentro cuando crucé el umbral y me tendió su bonita mano, pero observé el rubor de la desilusión en sus mejillas y supe que era otro el Castaigne que ella esperaba, mi primo Louis. Me sonréí ante su confusión y la felicité por el estandarte que estaba bordando de acuerdo con el modelo de un plato esmaltado. El viejo Hawberk estaba remachando las gastadas grebas de una antigua armadura y el ¡ting! ¡ting! ¡ting! del pequeño martillo sonaba agradablemente en la curiosa tienda. En seguida dejó el martillo a un lado y empezó a trabajar afanoso con una pequeña llave de tuerca. El suave sonido de la malla hizo que un estremecimiento de placer me recorriera todo el cuerpo. Me encantaba escuchar la música del acero contra el acero, el dulce choque del mazo contra las piezas del muslo y la melodía de la cota de malla. Esa era la única razón por la que iba a ver a Hawberk. Él nunca me había interesado personalmente, ni tampoco Constance, salvo porque estaba enamorada de Louis. Esto por cierto ocupaba mi atención e incluso a veces me mantenía despierto por la noche. Pero sabía en mi corazón que todo saldría bien y que yo solucionaría el futuro de ambos como esperaba solucionar el de mi buen doctor, John Archer. Sin embargo, jamás se me habría ocurrido visitarlos si no fuera, como dije, por la intensa fascinación que ejercía el tintineante martillo. Me estaba sentado horas escuchando y escuchando y cuando un rayo de sol perdido daba sobre el acero

con incrustaciones, la sensación era casi demasiado aguda como para poder soportarla. Fijaba la mirada con ojos dilatados de placer que ponía en tensión cada uno de mis nervios casi a punto de quebrarse, hasta que algún movimiento del viejo armero interrumpía el rayo de luz; entonces, todavía secretamente excitado, me inclinaba hacia atrás y escuchaba otra vez el sonido del paño de pulir, ¡suish! ¡suish! ¡suish!, que quitaba la herrumbre de los remaches.

Constance trabajaba con el bordado sobre las rodillas deteniéndose de vez en cuando para examinar más de cerca el modelo del plato esmaltado del museo Metropolitan.

—¿Para quién es? —pregunté.

Hawberk explicó que, además de haber sido designado armero de las armaduras atesoradas en el museo Metropolitan estaba también a cargo de varias colecciones pertenecientes a ricos coleccionistas. Esta era la greba que faltaba de una famosa armadura que un cliente suyo había rastreado hasta una pequeña tienda de París en el Quai d'Orsay. Él, Hawberk, había negociado y adquirido la greba y ahora el juego de la armadura estaba completo. Dejó a un lado el martillo y me leyó la historia del juego rastreada hasta 1450, de propietario a propietario, hasta que fue adquirido por Thomas Stainbridge. Cuando se vendió su soberbia colección, este cliente de Hawberk compró el juego, y desde entonces se inició la búsqueda de la greba que faltaba hasta que, casi por accidente, se la localizó en París.

—¿Siguió con la búsqueda con tanta persistencia sin certidumbre de que la greba existiera todavía? —le pregunté.

—Pues claro —contestó él tranquilamente.

Entonces, por primera vez experimenté un interés personal por Hawberk.

—¿Tenía algún valor para usted? —aventuré.

—No —contestó riendo—, el placer de hallarla fue mi recompensa.

—¿No tiene ambición de enriquecerse? —le pregunté sonriendo.

—Mi única ambición es ser el mejor armero del mundo —contestó con gravedad.

Constance me preguntó si había presenciado las ceremonias de la Cámara Letal. Ella había visto pasar a la caballería por Broadway esa mañana y había tenido deseos de ver la inauguración, pero su padre quería que el estandarte quedara terminado y ella por tanto se había quedado en casa.

—¿Vio a su primo allí, señor Castaigne? —preguntó con un muy ligero temblor de sus suaves pestañas.

—No —repliqué despreocupadamente—. El regimiento de Louis está haciendo maniobras en el condado de Westchester.

Me puse de pie y cogí el sombrero y el bastón.

—¿Subirá a ver otra vez al lunático? —preguntó riendo el viejo Hawberk. Si Hawberk supiera cómo odio la palabra «lunático», no la emplearía en mi presencia.

Despierta ciertos sentimientos en mí que no quiero explicar. No obstante, le contesté serenamente:

—Creo que veré al señor Wilde uno o dos minutos.

—Pobre hombre —dijo Constance meneando la cabeza—, debe de ser duro vivir solo año tras año, pobre, tullido y casi demente. Es muy bondadoso de su parte, señor Castaigne, visitarlo tan a menudo como lo hace.

—Creo que es malvado —observó Hawberk, empezando otra vez con su martillo. Escuché el dorado sonido sobre las placas de la greba; cuando hubo terminado, le contesté.

—No, no es malvado, ni es en absoluto demente. Su cabeza es una cámara de maravillas de la que puede extraer tesoros por los que usted y yo daríamos años de nuestras vidas.

Hawberk rio.

Yo continué, algo impaciente:

—Conoce historia como nadie más podría hacerlo. Nada, por trivial que parezca escapa a sus investigaciones, y su memoria es tan absoluta, tan precisa en los detalles, que si se supiera en Nueva York que existe semejante hombre, no podría honráselo lo suficiente.

—Tonterías —murmuró Hawberk buscando en el suelo un remache que se le había caído.

—¿Son tonterías —pregunté logrando reprimir lo que sentía—, son tonterías cuando dice que los faldares y las musleras del juego de armadura esmaltado comúnmente conocido como el «Príncipe Blasonado» puede encontrarse entre un montón de tratos teatrales herrumbrados, cocinas rotas y desechos de traperos en un desván de la calle Pell?

A Hawberk se le cayó el martillo, pero lo recogió y preguntó con suma calma cómo sabía yo que faltaban los faldares y la muslera izquierda del «Príncipe Blasonado».

—No lo sabía hasta que el señor Wilde me lo mencionó el otro día. Dijo que se encontraban en el desván del 998 de la calle Pell.

—Tonterías —exclamó, pero advertí que la mano le temblaba bajo el delantal de cuero.

—¿Es esto también una tontería? —pregunté complacido—. ¿Es una tontería que el señor Wilde se refiera a usted como al marqués de Avonshire y a la señorita Constance...?

No terminé porque Constance se puso en pie de un salto con el terror escrito en cada una de sus facciones. Hawberk me miró y alisó lentamente su delantal de cuero.

—Eso es imposible —observó—, puede que el señor Wilde sepa muchas cosas...

—Sobre armaduras, por ejemplo, y el «Príncipe Blasonado» —interrumpí sonriendo.

—Sí —continuó lentamente—, sobre armaduras también —tal vez—, pero se equivoca respecto del marqués de Avonshire quien, como lo sabe usted, mató al calumniador de su esposa hace años y se fue a Australia donde no la sobrevivió mucho tiempo.

—El señor está equivocado —murmuró Constance. Tenía los labios blancos, pero su voz era dulce y serena.

—Convengamos, si lo queréis, que en esta circunstancia el señor Wilde se equivoca.

II

Subí los tres deteriorados tramos de escalera que tan a menudo había subido antes y llamé a una pequeña puerta al extremo del corredor. El señor Wilde abrió la puerta y entré.

Después de echar doble cerrojo a la puerta y empujado contra ella una pesada cómoda, vino y se sentó junto a mí mirándome fijamente a la cara con sus ojuelos de color claro. Media docena de nuevos rasguños le cubrían la nariz y las mejillas, y los alambres de plata que le sostenían las orejas artificiales estaban fuera de lugar. Pensé que nunca le había visto tan espantosamente fascinante. No tenía orejas. Las artificiales, que estaban ahora perpendiculares en relación con los finos alambres, eran su única debilidad. Estaban hechas de cera y pintadas de un rosa de conchilla, pero tenía el resto de la cara amarilla. Mejor habría hecho en concederse el lujo de adquirir algunos dedos artificiales para su mano izquierda, que carecía en absoluto de ellos, pero eso no parecía molestarle y se contentaba con las orejas de cera. Era extremadamente pequeño, apenas más alto que un niño de diez años, pero con los brazos magníficamente desarrollados y los muslos tan anchos como los de un atleta. Sin embargo, lo que el señor Wilde tenía de más notable era que un hombre de inteligencia y conocimientos tan maravillosos tuviera semejante cabeza. Era plana y puntiaguda como las cabezas de muchos de esos desdichados que la gente encierra en asilos para débiles mentales. Muchos lo llamaban loco, pero yo sabía que era tan cuerdo como yo.

No niego que fuera excéntrico; la manía que tenía por esa gata a la que atormentaba hasta que ella le saltaba a la cara como un demonio era por cierto una excentricidad. Nunca pude entender por qué tenía ese animal ni qué placer encontraba en encerrarse con la maligna y lúgubre bestia. Recuerdo una vez, al levantar la vista del manuscrito que estaba estudiando a la luz de una vela de sebo, vi

al señor Wilde en cuclillas inmóvil sobre el asiento de la silla, con los ojos inflamados de excitación, mientras la gata, que había abandonado su lugar junto a la estufa, se le acercaba arrastrándose. Antes que yo pudiera moverme, se echó de vientre contra el suelo y se agazapó, tembló y le saltó a la cara. Aullando y echando espuma por la boca rodaron por el suelo una y otra vez, arañándose y dando zarpazos hasta que la gata lanzó un aullido y fue a esconderse bajo el armario; el señor Wilde se tendió de espaldas con los miembros contraídos y temblorosos como las patas de una araña agonizante. Era excéntrico.

El señor Wilde había subido a su alta silla, y después de examinarme la cara, cogió un ajado libro mayor y lo abrió.

—Henry B. Matthews —leyó—, tenedor de libros en Whysot & Whysot y Compañía, comerciantes de ornamentos eclesiásticos. Se presentó el 3 de abril. Reputación dañada en el hipódromo. Conocido como estafador. Reputación por reparar el 1º de agosto. Anticipo cinco dólares.

Volvió la página y recorrió con los nudillos sin dedos las columnas densamente escritas.

—P. Greene Dusenberry, ministro de los Evangelios, Fairbeach, Nueva Jersey. Reputación dañada en el Bowery. Por reparar tan pronto como sea posible. Anticipo 100 dólares.

Tosió y agregó:

—Se presentó el 6 de abril.

—Entonces no está usted necesitado de dinero, señor Wilde —inquirí.

—Escuche —volvió a toser—. Señora C. Hamilton Chester, de Chester Park, ciudad de Nueva York. Se presentó el 7 de abril. Reputación dañada en Dieppe, Francia. Por reparar el 1º de octubre. Anticipo 500 dólares.

«Nota: C. Hamilton Chester, capitán del Avalanche de los Estados Unidos regresa con el Escuadrón de los Mares del Sur el 1º de octubre.»

—Bien, pues —dije—, la profesión de Reparador de Reputaciones es lucrativa.

Sus ojos descoloridos buscaron los míos.

—Solo quería demostrar que estoy en lo cierto. Usted dijo que era imposible tener buen éxito como Reparador de Reputaciones; que aun si lo tenía en ciertos casos, me costaría más de lo que ganaría. Hoy tengo empleados a quinientos hombres mal pagados, pero que trabajan con un entusiasmo posiblemente nacido del miedo. Estos hombres provienen de todas las capas y matices de la sociedad; algunos son aún pilares de los más exclusivos templos sociales; otros son puntal y orgullo del mundo financiero; otros, en fin, gozan de un dominio indiscutido en el mundo de «la Fantasía y el Talento». Elijo a mi antojo entre los que contestan a mis anuncios. Es bastante fácil, todos son cobardes. De modo que ya ve usted, los que tienen a su cargo la reputación de sus conciudadanos figuran en mi nómina de pagos.

—Puede que se vuelvan contra usted —sugirió.

Se frotó las orejas mutiladas con el pulgar y ajustó los sustitutos de cera.

—No lo creo —murmuró reflexivo—. Rara vez tengo que aplicar el látigo, solo en una ocasión en realidad. Además aprecian sus honorarios.

—¿Cómo aplica el látigo? —le pregunté.

Por un momento, fue espantoso mirarle la cara. Sus ojos menguaron hasta convertirse en un par de chispas verdes.

—Los invito a venir a sostener una pequeña charla conmigo —dijo con voz suave.

Un golpe a la puerta lo interrumpió y su cara volvió a adoptar una expresión amable.

—¿Quién es? —preguntó.

—El señor Steylette —fue la respuesta.

—Venga mañana —contestó el señor Wilde.

—Imposible —empezó el otro, pero una especie de ladrido emitido por el señor Wilde lo silenció.

—Venga mañana —repitió.

Oímos que alguien se alejaba de la puerta y volvía por el corredor.

—¿Quién es ese? —pregunté.

—Arnold Steylette, propietario y jefe de redacción del Nueva York, el periódico de la ciudad.

Tamboreó sobre el libro mayor con sus manos sin dedos añadiendo:

—Le pago muy mal, pero él se considera beneficiado.

—¡Arnold Steylette! —repetí asombrado.

—Sí —dijo el señor Wilde tosiendo con autosatisfacción.

La gata, que había entrado en el cuarto mientras él hablaba, lo miró y refunfuñó. Él bajó de la silla y agachándose en el suelo cogió a la criatura entre los brazos y la acarició. La gata dejó de gruñir y empezó un prolongado ronroneo cuyo timbre parecía aumentar mientras él la acariciaba.

—¿Dónde están las notas? —pregunté. Él señaló la mesa y por centésima vez recogí el paquete del manuscrito titulado «LA DINASTÍA IMPERIAL DE AMÉRICA».

Una por una examiné las gastadas páginas, gastadas solo por mis propias manos, y aunque lo sabía todo de memoria, desde el principio «Cuando desde Carcosa, las Híades, Hastur y Aldebarán» hasta «Castaigne, Louis de Calvados, nacido el 19 de diciembre de 1877», leí con arrebatada atención ansiosa, deteniéndome de vez en cuando para leer fragmentos en voz alta y demorándome especialmente en «Hildred de Calvados, hijo único de Hildred Castaigne y Edythe Landes Castaigne, primero en sucesión, etcétera, etcétera».

Cuando terminé, el señor Wilde asintió con la cabeza y tosió.

—Hablando de su legítima ambición —dijo—, ¿cómo van las cosas entre Constance y Louis?

—Ella lo ama —contesté simplemente.

La gata en sus rodillas se volvió y le dio con la zarpa en los ojos, y él la arrojó y se subió a la silla que había en frente de mí.

—¡Y el doctor Archer! Pero ese es un asunto que puede solucionar cuando lo deseé —añadió.

—Sí —contesté—, el doctor Archer puede esperar, pero es ya hora de que vea a mi primo Louis.

—Es hora —repitió él. Entonces cogió otro libro mayor de la mesa y recorrió sus páginas rápidamente.

—Estamos ahora en comunicación con diez mil hombres —musitó—. Podemos contar con cien mil dentro de las primeras veintiocho horas y en cuarenta y ocho horas el estado se levantará en masse. El país sigue al estado, y a la porción que no lo haga, me refiero a California y el Noroeste, más le habría valido no ser nunca habitada. No les enviaré el Signo Amarillo.

Me fluyó la sangre a la cabeza, pero solo contesté:

—Escoba nueva barre bien.

—La ambición de César y Napoleón empalidece ante la que no le es posible descansar en tanto no se haya apoderado de las mentes de los hombres y controlado sus pensamientos aún no concebidos —dijo el señor Wilde.

—Está usted hablando del Rey de Amarillo —dije roncamente con un estremecimiento.

—Es un rey al que han servido emperadores.

—Me complace ser su servidor —contesté.

El señor Wilde estaba sentado frotándose las orejas con la mano mutilada.

—Quizá Constance no lo ama —sugirió.

Iba a contestar, pero la súbita irrupción de música militar desde la calle ahogó mi voz. El vigésimo regimiento de dragones, antes apostado en Mount St. Vicent, volvía de las maniobras en el condado de Westchester, a sus nuevos cuarteles al Oeste del parque de Washington. Era el regimiento de mi primo. Era un bonito grupo de individuos con ajustadas chaquetas celestes, elegantes morriones de piel y blancas calzas de montar con doble listado amarillo en las que sus piernas parecían modelarse. Escuadrón por medio estaba armado de lanzas de cuyas puntas de metal colgaban pendones amarillos y blancos. Pasó la banda ejecutando la marcha del regimiento, luego el coronel y los soldados: los caballos llenaban la calzada que resonaba bajo sus cascos mientras sus cabezas se alzaban y bajaban al unísono y los pendones flameaban en las puntas de las lanzas. Las tropas, que cabalgaban con la bella silla inglesa, lucían pardas como bayas al regresar de la incruenta campaña entre las granjas de

Westchester, y la música de sus sables contra las espuelas y el tintinear de las espuelas y las carabinas me deleitaron. Vi a Louis que cabalgaba con su escuadrón. Era un oficial tan guapo como el que más. El señor Wilde, que se había subido a una silla, lo vio también, pero no dijo nada. Louis se volvió y miró directamente la tienda de Hawberk al pasar, y pude ver que el rubor teñía sus tostadas mejillas. Creo que Constance debió de haber estado a la ventana. Cuando las últimas tropas hubieron pasado resonantes y los últimos pendones se desvanecieron al Sur, de la Quinta Avenida, el señor Wilde bajó de la silla y arrastró la cómoda desde delante de la ventana.

—Sí —dijo—, es ya hora de que vea a su primo Louis.

Quitó los cerrojos de la puerta y yo recogí mi bastón y mi sombrero y salí al corredor. Las escaleras estaban oscuras. Tanteando a mi alrededor, puse el pie sobre algo blando que gruñó y escupió; dirigí contra el gato un golpe asesino, pero mi bastón se hizo astillas contra la balaustrada, y el animal se escurrió dentro de la habitación del señor Wilde.

Al pasar otra vez por delante de la puerta de Hawberk, vi que trabajaba todavía en la armadura, pero no me detuve, y saliendo a la calle de Bleeker, seguí por ella hasta Wooster, esquivé los terrenos de la Cámara Letal y cruzando el parque de Washington, fui directamente a los cuartos que ocupaba en el Benedick. Allí comí cómodamente, leí el Herald y el Meteor y por último fui a la caja fuerte de mi cuarto y puse en funcionamiento la combinación de tiempo. Los tres minutos y tres cuartos, necesarios para que se abra la cerradura de operación temporal, son para mí momentos de oro. Desde el momento en que pongo en funcionamiento la combinación hasta el momento en que cojo la perilla y abro las sólidas puertas de acero, vivo el éxtasis de la expectativa. Esos momentos deben de ser como los que se pasan en el Paraíso. Sé lo que he de hallar al cabo del límite del tiempo. Sé lo que la maciza caja fuerte guarda en seguro para mí, para mí tan solo, y el exquisito placer de la espera apenas es superado cuando la caja se abre y levanto desde su lecho de terciopelo una diadema del más puro oro cuajada de diamantes. Hago esto todos los días y sin embargo la alegría de esperar y después tocar la diadema solo parece acrecentarse con el paso de los días. Es una diadema para un Rey entre reyes, para un Emperador entre emperadores. El Rey de Amarillo la despreciaría quizá, pero su real servidor la llevará.

La sostuve en mis brazos hasta que la alarma de la caja fuerte sonó con aspereza, y entonces, con ternura y orgullo, la puse en su sitio y cerré las puertas de acero. Volví lentamente a mi estudio que mira al parque de Washington, y me apoyé en el antepecho de la ventana. El sol de la tarde se vertía por mis ventanas y una brisa gentil movía las ramas de los olmos y los arces del parque, cubiertos ahora de capullos y de brotes. Una bandada de palomas giraba en torno a la torre de la iglesia Memorial, a veces posándose en el techo de mosaicos púrpura, otras descendiendo en la fuente de los lotos frente al arco de mármol. Los jardineros trabajaban en los macizos de flores

alrededor de la fuente y la tierra recién removida olía dulce y aromática. Una cortadora de hierba, tirada por un pesado caballo blanco, resonaba a través del verde césped y carros de riego vertían lluvias de rocío sobre los senderos de asfalto. Alrededor de la estatua de Peter Stuyvesant, que en 1897 reemplazó a la monstruosidad que supuestamente representaba a Garibaldi, jugaban niños al sol de la primavera, y niñas jóvenes empujaban cochecitos con atolondrada desconsideración por sus ocupantes de mejillas de pastel, lo cual quizás se explicara por la presencia de media docena de elegantes dragones que lánguidamente ocupaban ociosos los bancos. A través de los árboles, el Arco en Memoria de Washington resplandecía como plata al sol, y más allá, en el extremo este del parque, los cuarteles de piedra gris de los dragones y los establos de la artillería de granito blanco estaban plenos de vida colorida y móvil.

Miré la Cámara Letal en la esquina opuesta del parque. Unos pocos curiosos se demoraban todavía alrededor de la barandilla de hierro dorado, pero dentro del terreno los senderos estaban desiertos. Miré las fuentes que murmuraban y refulgían; los gorriones habían descubierto ya este nuevo refugio acuático y los cuencos estaban hacinados con la presencia de estas avecillas de plumas empolvadas. Dos o tres pavos reales blancos avanzaban picoteando por los prados y una paloma de color pardo estaba posada tan inmóvil en el brazo de uno de los Hados, que parecía formar parte de la piedra esculpida.

Cuando me volvía distraídamente, una ligera commoción en el grupo de curiosos demorados en torno a las puertas atrajo mi atención. Había entrado un hombre joven y avanzaba con largos pasos nerviosos por el sendero de grava que llevaba a las puertas de bronce de la Cámara Letal. Se detuvo un momento ante las Parcas, y cuando alzó la cabeza hacia esas tres misteriosas caras, la paloma levantó vuelo, giró por un instante y se dirigió luego hacia el este. El joven apretó las manos contra su cara y luego, con un gesto indefinible subió saltando los escalones de mármol, las puertas de bronce se cerraron tras él y media hora más tarde los curiosos se retiraron con paso indolente y la paloma asustada volvió a ocupar su sitio en el brazo de la Parca.

Me puse el sombrero y fui a dar un paseo por el parque antes de la cena. Mientras cruzaba el sendero central, pasaba un grupo de oficiales y uno de ellos exclamó:

—¡Hola, Hildred!

Y vino a estrecharme la mano. Era mi primo Louis, que se sonreía y se daba golpecitos en las espuelas con el látigo de montar.

—Acabo de volver de Westchester —dijo—; estuve haciendo vida bucólica; leche y quesón, ya sabes, jóvenes ordeñadoras con cofia que dicen «vaya» y «no lo creo» cuando les dices que son bonitas. Muero por una comida decente en Delmonico's. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada —le respondí en tono amable—. Vi la llegada de tu regimiento esta mañana.

—¿De veras? Yo no te vi. ¿Dónde estabas?

—A la ventana del señor Wilde.

—¡Oh, diablos! —empezó con impaciencia—. ¡Ese hombre está loco de atar! No entiendo por qué tú...

Vio cuán molesto me sentía yo con su exabrupto y me pidió perdón.

—De veras, viejo —dijo—, no es mi intención denigrar a un hombre a quien estimas, pero por mi vida, no entiendo qué diablos encuentras en común con el señor Wilde. No es de buena prosapia, para decirlo con amabilidad; es espantosamente deformé; tiene la cabeza de un loco criminal. Tú mismo sabes que ha estado en un asilo...

—También yo —lo interrumpí con calma.

Louis pareció turbado y confundido por un momento, pero se repuso y me palmeó el hombro con cariño.

—Tú estabas completamente curado —empezó, pero lo interrumpí de nuevo.

—Supongo que quieras decir sencillamente que se reconoció que jamás padecí de locura.

—Claro, eso... eso es lo que quise decir —dijo riendo.

Me disgustó su risa porque la sabía forzada, pero asentí con la cabeza alegramente y le pregunté a dónde iba. Louis miró a sus colegas oficiales que habían llegado casi a Broadway.

—Teníamos intención de probar un cóctel Brunswick pero, para decirte la verdad, estaba ansioso por encontrar una excusa para ir a ver a Hawberk en cambio. Ven, te convertiré en mi excusa.

Encontramos al viejo Hawberk atildadamente vestido con un nuevo traje de primavera a la puerta de su tienda, respirando un poco de aire.

—Había decidido llevar a Constance a dar un paseíto antes de la cena —respondió a la impetuosa andanada de preguntas que le dirigió Louis—. Pensábamos caminar por la terraza del parque a lo largo del río del Norte.

En ese momento apareció Constance, que empalideció y enrojeció sucesivamente cuando Louis se inclinó sobre sus deditos enguantados. Yo traté de excusarme alegando un compromiso en el distrito residencial, pero Louis y Constance no quisieron saber nada de ello y me di cuenta que esperaban que me quedara para distraer la atención del viejo Hawberk. Después de todo no vendría mal que vigilara a Louis, pensé, y cuando llamaron un coche en la calle Spring, subí a él tras ellos y me senté junto al armero.

La hermosa línea de parques y terrazas de granito que miraban a los muelles a lo largo del río del Norte, que se construyeron en 1910 y se terminaron en el otoño de

1917, se había convertido en uno de los paseos más populares de la metrópolis. Se extendían desde la Batería hasta la calle 190 mirando al noble río y ofreciendo una magnífica vista de la costa de Jersey y las Tierras Altas al otro lado. Aquí y allá, esparcidos entre los árboles, había cafés y restaurantes, y dos veces por semana las bandas de la guarnición tocaban en los kioscos montados en los parapetos.

Nos sentamos al sol en el banco al pie de la estatua ecuestre del general Sheridan. Constance inclinó su sombrilla para ampararse los ojos del sol, y ella y Louis empezaron a murmurar una conversación imposible de seguir. El viejo Hawberk, apoyado en su bastón con cabeza de marfil, encendió un excelente cigarro, cuyo igual rehusé cortésmente y sonréí con vacuidad. El sol estaba bajo sobre los bosques de Staten Island y la bahía se había teñido de tintes dorados reflejados de las velas calentadas por el sol de los barcos en el puerto.

Bergantines, goletas, Yates, torpes transbordadores con un enjambre de gente en la cubierta, líneas de transportes ferroviarios con coches de carga pardos, azules y blancos, vapores majestuosamente sólidos, vapores volanderos declassés, barcos de cabotaje, dragas, chalanas y, por todas partes en la bahía, descarados pequeños remolcadores que resoplaban y silbaban oficiosos; estas eran las naves que se agitaban por las aguas soleadas hasta donde la vista podía alcanzar. En sereno contraste con los precipitados veleros y vapores, una silenciosa flota de blancos buques de guerra estaba inmóvil a mitad de la corriente.

La alegre risa de Constance me arrancó del ensueño.

—¿Qué está usted mirando tan fijamente? —preguntó.

—Nada... la flota. —Me sonréí.

Entonces Louis nos dijo cuáles eran los barcos señalando cada uno en relación con la posición que ocupaban respecto del viejo Fuerte Red en la Isla del Gobernador.

—Esa cosita en forma de cigarrillo es un torpedero —explicó—; hay cuatro más cerca. Son el Tarpán, el Halcón, el Zorro de Mar y el Pulpo. Los cañoneros más arriba en la corriente son el Princeton, el Champlain, el Agua Serena y el Erie. Al lado están los cruceros Farragut y Los Ángeles y más allá los acorazados California y Dakota, y el Washington que es el buque insignia. Esos dos pedazos de metal achatados anclados allí junto al castillo William son los monitores de doble torre blindada: el Terrible y el Magnífico; detrás está el espolón, Osceola...

Constance lo miraba con profunda aprobación en sus hermosos ojos.

—Cuántas cosas sabes para ser un soldado —dijo, y todos nos unimos a la risa que siguió a sus palabras.

Luego Louis se puso en pie, nos hizo una señal con la cabeza y ofreció el brazo a Constance; se alejaron paseando a lo largo del muro del río. Hawberk los observó por un momento y luego se volvió hacia mí.

—El señor Wilde estaba en lo cierto —dijo—. Encontré los faldares y la muslera izquierda que faltaban del «Príncipe Blasonado» en un inmundo altillo de desperdicios de la calle Pell.

—¿998? —pregunté con una sonrisa.

—Sí.

—El señor Wilde es un hombre muy inteligente —observé.

—Quiero reconocerle un descubrimiento de tanta importancia —continuó Hawberk—. Y tengo intención que se sepa que tiene derecho a la fama por él.

—Él no se lo agradecerá —dije con brusquedad—; por favor, no hable del asunto.

—¿Sabe usted el valor que tiene? —preguntó Hawberk.

—No, cincuenta dólares quizás.

—Está evaluado en quinientos, pero el propietario del «Príncipe Blasonado» dará dos mil dólares a la persona que complete el juego; esa recompensa también pertenece al señor Wilde.

—¡No la quiere! ¡La rechaza! —respondí con enfado—. ¿Qué sabe usted del señor Wilde? No le hace falta el dinero. Es rico... o lo será... más rico que nadie con excepción de mí. ¿Qué nos importa el dinero entonces... qué nos importará, a él y a mí, cuando... cuando...?

—¿Cuando qué? —preguntó Hawberk atónito.

—Ya lo verá —dije otra vez en guardia.

Me miró atento, como solía hacerlo el doctor Archer, y supe que pensaba que estaba mentalmente enfermo. Quizás fue una suerte para él que no empleara la palabra lunático en ese instante.

—No —contesté a su inesperado pensamiento—, no estoy mentalmente perturbado; estoy tan cuerdo como el señor Wilde. No quiero explicar todavía lo que tengo entre manos, pero se trata de una inversión que rendirá más que mero oro, plata y piedras preciosas. Asegurará la felicidad y la prosperidad de un continente... sí ¡de un hemisferio!

—Oh —dijo Hawberk.

—Y finalmente —continuó con más calma— asegurará la felicidad del mundo entero.

—¿Y de paso su propia felicidad y la del señor Wilde?

—Exacto. —Sonréí. Pero lo habría estrangulado por asumir ese tono.

Me miró en silencio por un rato y luego dijo con suma gentileza:

—¿Por qué no abandona sus libros y sus estudios, señor Castaigne, y se va de vacaciones a las montañas? A usted le gustaba pescar. La pesca de truchas resulta muy interesante.

—Ya no me interesa la pesca —respondí sin el menor asomo de fastidio en la voz.

—Solía gustarle todo —continuó—: el atletismo, la navegación, la caza, los caballos...

—Nunca más me gustó cabalgar desde mi caída —dije con calma.

—Ah, sí, su caída —dijo apartando la mirada de mí.

Pensé que todas estas tonterías habían durado ya lo bastante, de modo que llevé la conversación otra vez al tema del señor Wilde; pero me examinaba el rostro nuevamente de un modo muy ofensivo.

—El señor Wilde —repitió—. ¿Sabe lo que hizo esta tarde? Bajó las escaleras y clavó un letrero sobre la puerta de entrada junto a la mía; decía:

SR. WILDE
REPARADOR DE REPUTACIONES
3^a Campanilla

¿Sabe qué puede significar «reparador de reputaciones»?

—Lo sé —dije reprimiendo la ira que sentía por dentro.

—Oh —dijo otra vez.

Louis y Constance se nos acercaron lentamente y nos preguntaron si no queríamos acompañarlos. Hawberk consultó su reloj. En el mismo momento una nube de humo salió de las casamatas del castillo William y el estrépito del cañonazo de la tarde resonó sobre el agua y su eco fue devuelto desde las Tierras Altas a la otra orilla. La bandera descendió deprisa por el asta, las cornetas sonaron en las blancas cubiertas de los buques de guerra y la primera luz eléctrica se encendió en la costa de Jersey.

Cuando volvía a la ciudad con Hawberk, oí que Constance le decía algo a Louis en voz baja que no me fue posible entender; pero Louis, también en voz baja, le dijo «Querida mía» como réplica; y una vez más, mientras andaba por delante con Hawberk a través de la plaza, oí un susurro «tesoro» y «mi Constance», y supe que había llegado el momento casi de discutir muy importantes asuntos con mi primo Louis.

III

Una mañana de mayo muy temprano, estaba frente a la caja fuerte probándome la corona. Los diamantes refulgían como el fuego cuando me miré en el espejo y el pesado oro batido ardía como un halo en torno de mi cabeza. Recordé el grito de agonía de Camilla y las terribles palabras que resonaron en las penumbras calles de Carcosa. Eran las últimas líneas del primer acto y no me atrevía a pensar en lo que seguía... no me atrevía a hacerlo ni siquiera al sol de primavera, allí en mi propio cuarto, rodeado de objetos familiares, animado por el ajetreo de la calle y las voces de

los sirvientes en el cuarto contiguo. Porque esas palabras envenenadas se habían filtrado lentamente en mi corazón, como las gotas del sudor de la muerte en las sábanas. Temblando, me quité la diadema de la cabeza y me enjugué la frente, pero pensé en Hastur y en mi propia justa ambición, y recordé al señor Wilde tal como lo había visto por última vez, con la cara desgarrada y sangrante por las garras de esa criatura del diablo, y lo que había dicho. ¡Ah, lo que había dicho! La campana de alarma de la caja fuerte empezó a sonar estridente y supe que se me había acabado el tiempo; pero no hice caso, y volviendo a ceñirme la resplandeciente corona en la cabeza, me volví desafiante hacia el espejo. Estuve largo tiempo absorbido por el cambio de expresión de mis propios ojos. El espejo reflejaba una cara como la mía, pero más blanca y tan delgada que apenas la reconocí. Y todo el tiempo repetía diciéndome entre los dientes apretados: «¡Ha llegado el día, ha llegado el día!» mientras la alarma de la caja fuerte resonaba y clamaba y los diamantes resplandecían y llameaban sobre mi frente. Oí que se abría una puerta, pero no hice caso de ello. Solo cuando vi dos caras en el espejo... solo cuando vi otra cara levantarse sobre mi hombro y otros dos ojos fijarse en los mos... Me volví como un rayo y cogí un largo puñal de la mesa de tocador, y mi primo dio un salto atrás muy pálido gritando:

—¡Hildred! ¡Por amor de Dios!

Entonces, cuando cayó mi mano, dijo:

—Soy yo, Louis. ¿No me conoces?

Guardé silencio. No podría haber hablado aunque la vida me fuera en ello. Él se me acercó y me quitó el puñal de la mano.

—¿Qué significa todo esto? —me preguntó con dulzura—. ¿Te encuentras enfermo?

—No —le contesté, pero dudo de que me haya oído.

—Vamos, vamos, viejo —exclamó—, quítate esa corona de latón y ven al estudio. ¿Vas a una mascarada? ¿Qué significa todo este oropel de teatro?

Me alegraba que pensara que la corona estaba hecha de latón y vidrio, aunque no por ello fue más de mi agrado. Le permití que me la quitara de la cabeza, pues sabía que era mejor hacerle el gusto. Arrojó la espléndida corona al aire y al cogerla, se volvió a mí sonriendo.

—Por ciento cincuenta centavos es cara. ¿Para qué es?

No le respondí, pero tomando la corona de sus manos, la puse en la caja fuerte y cerré la sólida puerta de acero. La alarma cesó en seguida su infernal tintineo. Él me observó con curiosidad, pero no pareció advertir el súbito cese de la alarma. Habló de la caja fuerte, sin embargo, como si fuera una caja de bizcochos. Por temor de que examinara la combinación, lo conduje al estudio. Louis se dejó caer en el sofá y espantó las moscas con su eterno látigo de montar. Llevaba el uniforme de fajina con

la chaqueta trencillada y la garbosa gorra, y advertí que sus botas de montar estaban salpicadas de lodo rojo.

—¿Dónde has estado? —le pregunté.

—Saltando arroyos de lodo en Jersey —me contestó—. No he tenido tiempo de cambiarme todavía; tenía prisa por verte. ¿No me ofreces una copa de algo? Estoy mortalmente cansado; he estado sobre la montura veinticuatro horas.

Le di algo de brandy que cogí de mi botiquín y él se lo bebió con una mueca.

—Esto es condenadamente malo —observó—. Te daré una dirección donde venden brandy que es brandy.

—Es lo bastante bueno para mis necesidades —dije con indiferencia—. Lo uso para frotarme el pecho.

Me miró fijamente y espantó otra mosca.

—Mira, viejo —empezó—, tengo algo que sugerirte. Hace ya cuatro años que te has encerrado aquí como un búho, sin ir nunca a ninguna parte, sin hacer nunca ejercicios saludables, sin hacer jamás maldita cosa, salvo concentrarte en esos libros de la repisa de la chimenea.

Contempló la hilera de los anaqueles.

—Napoleón, Napoleón, Napoleón —leyó—. ¡Por amor del cielo! ¿No tienes otra cosa que Napoleones aquí?

—Quisiera que estuvieran encuadrados en oro —dije—. Pero espera, sí, hay otro libro, El Rey de Amarillo.

Lo miré, fijamente a los ojos.

—¿No lo has leído? —le pregunté.

—¿Yo? ¡No, gracias a Dios! No quiero volverme loco.

Vi que lamentó lo que había dicho no bien acababa de hacerlo. Hay solo una palabra que detesto más que lunático, y esa palabra es loco. Pero me controlé y le pregunté por qué consideraba peligroso El Rey de Amarillo.

—Oh, no lo sé —dijo deprisa—. Solo recuerdo la excitación que produjo y las condenas del púlpito y la prensa. Creo que el autor se disparó un tiro después de dar a luz semejante monstruosidad, ¿no es así?

—Entiendo que todavía vive —le respondí.

—Eso es probablemente cierto —musitó—; las balas nada podrían contra un demonio de esa especie.

—Es un libro de grandes verdades —dije.

—Sí —replicó—, de «verdades» que enloquecen a los hombres y arruinan sus vidas. No me importa que el libro sea, como dicen, la misma esencia suprema del arte. Es un crimen haberlo escrito y por mi parte jamás abriré sus páginas.

—¿Es eso lo que has venido a decirme? —le pregunté.

—No —dijo—, he venido a decirte que voy a casarme.

Creo que por un momento el corazón dejó de latirme, pero seguí mirándolo a la cara.

—Sí —continuó sonriendo con felicidad—, voy a casarme con la más dulce muchacha de la tierra.

—Constance Hawberk —dije mecánicamente.

—¿Cómo lo supiste? —exclamó asombrado—. Yo mismo no lo sabía hasta esa tarde de abril en que fuimos de paseo por el malecón antes de la cena.

—¿Cuándo será? —pregunté.

—Iba a ser el próximo mes de setiembre, pero hace una hora llegó la orden de que mi regimiento se presentara en el Presidio, San Francisco. Partimos mañana al mediodía. Mañana —repitió—. Imagina, Hildred, mañana seré el hombre más feliz que haya respirado nunca en esta deliciosa tierra, porque Constance partirá conmigo.

Le ofrecí la mano para felicitarlo y él la cogió y la estrechó como el buen necio que era... o fingía ser.

—Recibiré mi escuadrón como regalo de bodas —siguió su cháchara—. El capitán y la señora Louis Castaigne, ¿eh, Hildred?

Entonces me dijo dónde se celebraría la boda y quién estaría allí y me hizo prometer que iría y sería el padrino. Apreté los dientes y escuché su cháchara juvenil sin manifestar lo que sentía, pero...

Estaba llegando a los límites de mi resistencia, y cuando él se puso en pie de un salto y, fustigando sus espuelas hasta que resonaron, dijo que se iba, no intenté retenerlo.

—Hay solo una cosa que quiero pedirte —le dije tranquilamente.

—Dila, desde ya te la prometo —dijo riendo.

—Quiero que nos encontremos esta noche para sostener una conversación de un cuarto de hora.

—Pues claro, si así loquieres —dijo algo desconcertado—. ¿Dónde?

—En cualquier parte, allí en el parque.

—¿A qué hora, Hildred?

—A medianoche.

—¡Vaya, en nombre de...! —empezó, pero se interrumpió y asintió sonriente. Lo vi bajar las escaleras y salir apresuradamente; el sable resonaba a cada uno de sus largos pasos. Dobló por la calle Bleecker y supe que iba a ver a Constance. Le di diez minutos para desaparecer y luego lo seguí llevando conmigo la corona enjoyada y la túnica en la que estaba bordado el signo amarillo. Cuando doblé por la calle Bleecker y entré por la puerta que sustentaba el letrero:

SEÑOR WILDE
REPARADOR DE REPUTACIONES
3^a Campanilla,

vi al viejo Hawberk ocupado en su tienda e imaginé que oía la voz de Constance en la sala; pero los evité y subí apresurado las temblorosas escaleras para dirigirme al apartamento del señor Wilde. Llamé a la puerta y entré sin ceremonias. El señor Wilde yacía en el suelo gruñendo con la cara ensangrentada y la ropa hecha jirones. La alfombra estaba cubierta de manchas de sangre; también la alfombra estaba desgarrada por una refriega evidentemente reciente.

—Es esa maldita gata —dijo dejando de gruñir y volviendo hacia mí sus ojos descoloridos—; me atacó mientras dormía. Creo que terminará por matarme.

Esto era demasiado, de modo que fui a la cocina y cogiendo una cuchilla de la despensa, empecé a buscar a esa bestia infernal para ajustar cuentas con ella allí mismo en ese instante. Mi búsqueda resultó infructuosa y al cabo de un rato la abandoné y volví junto al señor Wilde, de cuclillas sobre su alta silla al lado de la mesa. Se había lavado la cara y cambiado de ropa. Los grandes surcos que las garras de la gata le habían dejado en la cara estaban cubiertas con colodión, y un trapo le ocultaba la herida en la garganta. Le dije que mataría a la gata cuando me topara con ella, pero se limitó a sacudir la cabeza y a volver las páginas del libro mayor que tenía por delante. Leía nombre tras nombre de los que habían ido a verlo en relación con su reputación, y las sumas que había amasado eran sorprendentes.

—De vez en cuando ajusto las clavijas —explicó.

—Algún día una de esas personas lo asesinará —insistí.

—¿De veras lo cree? —dijo frotándose las orejas mutiladas.

Era inútil discutir con él, de modo que bajé el manuscrito titulado Dinastía Imperial de América, que por última vez bajaría en el estudio del señor Wilde. Lo leí entero, excitado y temblando de placer. Cuando terminé, el señor Wilde cogió el manuscrito y dirigiéndose al oscuro pasaje que va del estudio al dormitorio, llamó en voz baja:

—Vance.

Entonces, por primera vez, vi allí a un hombre agazapado en la sombra. Cómo no lo había visto mientras buscaba al gato, no lo sé.

—Vance, entre —exclamó el señor Wilde.

La figura se alzó y vino arrastrando los pies hacia nosotros. Nunca olvidaré la cara frente a la mía cuando la iluminó la luz que entraba por la ventana.

—Vance, este es el señor Castaigne —dijo el señor Wilde.

Antes que hubiera terminado de hablar, el hombre se arrojó al suelo ante la mesa llorando y jadeando:

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Ayúdame! Perdóname... Oh, señor Castaigne, aparte de mí a ese hombre. No es posible, no es posible que sea esa su intención. ¡Usted es diferente... sálveme! Estoy quebrantado... Estaba en un manicomio y ahora... cuando todo estaba saliendo bien... cuando me había olvidado del Rey... el Rey de Amarillo y... pero me volveré loco otra vez... me volveré loco...

Su voz se quebró en un ronquido de ahogo, porque el señor Wilde había saltado sobre él y apretaba la garganta del hombre con su mano derecha. Cuando Vance cayó esparrancado en el suelo, el señor Wilde subió ágilmente en su silla otra vez y frotando sus orejas truncadas con el muñón de su mano, se volvió hacia mí y me pidió el libro mayor. Lo bajé del anaquel y él lo abrió. Después de buscar un instante entre las páginas limpiamente escritas, tosió con satisfacción y señaló el nombre de Vance.

—Vance —leyó en alta voz—. Osgood Oswald Vance.

Al oír esa voz, el hombre tendido en el suelo levantó la cabeza y volvió una cara convulsa hacia el señor Wilde. Tenía los ojos inyectados de sangre y los labios tumefactos.

—Se presentó el 28 de abril —continuó el señor Wilde—. Ocupación, cajero del Banco Nacional de Seaforth; cumplió una pena por falsificación en Sing Sing, de donde fue trasladado al Asilo para Locos Criminales. Perdonado por el gobernador de Nueva York y dado de baja del Asilo el 19 de enero de 1918. Reputación dañada en la bahía de Sheepshead. Rumores de que vive por sobre el nivel que le permiten sus ingresos. Reputación por reparar inmediatamente. Anticipo 1.500 dólares.

«Nota: Se apropió ilícitamente de sumas que llegan a los 30.000 dólares desde el 20 de marzo de 1919; pertenece a una excelente familia y se aseguró su actual posición por influencia de su tío. Su padre es presidente del banco de Seaforth».

Miré al hombre tendido en el suelo.

—Levántese, Vance —dijo el señor Wilde con voz amable.

Vance se puso de pie como quien está hipnotizado.

—Ahora hará lo que sugiramos —observó el señor Wilde, y abriendo el manuscrito, leyó la historia entera de la Dinastía Imperial de América. Luego, en una especie de murmullo sedante, discutió algunos puntos de importancia con Vance, que estaba como aturdido. Tenía los ojos tan inexpresivos y vacíos, que pensé que había perdido el juicio y así se lo dije al señor Wilde, quien me replicó que, de cualquier modo, eso carecía de importancia. Con suma paciencia le explicamos a Vance cuál sería su parte en el asunto, y él, al cabo de un rato, pareció entenderlo. El señor Wilde explicó el manuscrito recurriendo a varios volúmenes de Heráldica para confirmar el resultado de sus investigaciones. Mencionó el establecimiento de la Dinastía en Carcosa, los lagos que conectaban Hastur, Aldebarán y el misterio de las Híadas. Habló de Cassilda y Camilla y sondeó las nubosas profundidades de Demhe y el lago de Hali.

—Los festoneados andrajos del Rey de Amarillo deben ocultar Yhtill para siempre —musitó, pero no creo que Vance lo oyera. Entonces, gradualmente, condujo a Vance por las ramificaciones de la familia imperial hasta Uoht y Thale, desde Naotalba y el Fantasma de la Verdad hasta Aldones; y luego, apartando a un lado el manuscrito y las notas, empezó a narrar la maravillosa Historia del Último Rey. Yo lo observaba fascinado y lleno de entusiasmo. Levantó la cabeza, extendió los largos brazos en un

magnífico ademán de orgullo y poder y sus ojos resplandecieron en lo profundo de sus cuencas como dos esmeraldas. Vance escuchaba estupefacto. En cuanto a mí, cuando finalmente el señor Wilde hubo terminado y señalándome gritó—: ¡El primo del Rey! — estaba mareado de excitación.

Controlándome con esfuerzo sobrehumano, le expliqué a Vance por qué yo era digno de la corona y por qué mi primo debía ser exiliado o morir. Le hice comprender que mi primo no debía jamás casarse, aun después de haber renunciado a sus pretensiones, y sobre todo no debía casarse con la hija del marqués de Avonshire e incluir así a Inglaterra en la cuestión. Le mostré la lista de mil nombres que el señor Wilde había confeccionado; cada hombre cuyo nombre figuraba en ella había recibido el Signo Amarillo, que nadie nunca se atrevería a no tener en consideración. La ciudad, el estado, la tierra toda estaban prontos a alzarse y temblar ante la Máscara Pálida.

La hora había llegado, y la gente conocería al hijo de Hastur y todo el mundo se inclinaría ante las Estrellas Negras que penden en el cielo sobre Carcosa.

Vance se apoyaba en la mesa con la cabeza sepultada en las manos. El señor Wilde dibujó un rudo esbozo en el margen de un ejemplar del Herald del día anterior con un lápiz de grafito. Era el plano de los aposentos de Hawberk. Luego escribió la orden, aplicó el sello y yo, temblando como un paralítico, firmé la primera sentencia de ejecución con mi nombre Hildred Rex.

El señor Wilde descendió al suelo y abriendo el armario, sacó del primer estante una larga caja cuadrangular. Dentro había un puñal nuevo envuelto en papel de seda y yo lo cogí y se lo alcancé a Vance, junto con la orden y el plano del apartamento de Hawberk. Entonces el señor Wilde le dijo a Vance que podía partir; y él partió arrastrando los pies como un descastado de los suburbios.

Me quedé sentado un momento observando la luz del día disolverse tras la torre cuadrada de la iglesia en Memoria de Judson, y finalmente, recogiendo el manuscrito y las notas, cogí mi sombrero y me dirigí a la puerta.

El señor Wilde me miraba en silencio. Cuando estuve en el vestíbulo, me volví. Los ojillos del señor Wilde seguían fijos en mí. Tras él, las sombras se espesaban en la luz menguante. Entonces cerré la puerta y salí a las calles oscurecidas.

No había comido nada desde el desayuno, pero no tenía apetito. Una desdichada criatura medio muerta de hambre que miraba desde la acera de enfrente de la Cámara Letal, notó mi presencia y se me acercó a contarme una historia de miseria. Le di dinero, no sé por qué, y él se alejó sin agradecérmelo. Una hora más tarde otro descastado se me acercó y soltó plañidero su historia. Yo tenía un trocito de papel en el bolsillo en el que estaba trazado el Signo Amarillo, y se lo di. Él lo miró estúpidamente por un momento y luego, dirigiéndome una mirada de incertidumbre, lo plegó con lo que parecía exagerado cuidado y se lo guardó junto al pecho.

Las luces eléctricas brillaban entre los árboles y la luna nueva refulgía en el cielo sobre la Cámara Letal. Era cansador esperar en el parque; fui desde el Arco de Mármol hasta los establos de la artillería y volví nuevamente a la fuente de los lotos. Las flores y el cristal exhalaban un perfume que me perturbaba. El surtidor de la fuente jugaba a la luz de la luna, y el musical sonido de las gotas al caer me recordaba el tintineo de la cota de mallas en la tienda de Hawberk. Pero no era tan fascinante, y el triste resplandor de la luz de la luna en el agua no producía la misma sensación exquisita de placer que la del sol en el acero pulido de un peto sobre la rodilla de Hawberk. Observé a los murciélagos que se lanzaban y giraban sobre las plantas acuáticas, pero su rápido vuelo espasmódico me ponía los nervios en punta, por lo que me aparté y volví a caminar sin rumbo de un lado a otro entre los árboles.

Los establos de la artillería estaban a oscuras, pero en el cuartel de caballería las ventanas de la oficialidad estaban brillantemente iluminadas, y las surtidas se llenaban constantemente de soldados con uniformes de fajina que llevaban paja y arneses y cestos llenos de platos de lata.

Dos veces cambió la guardia en los portales mientras yo erraba de un extremo al otro del paseo de asfalto. Consulté mi reloj. Era casi la hora. Las luces del cuartel fueron apagándose una tras otra, el portal enrejado se cerró y cada minuto o dos un oficial salía por la portezuela lateral dejando en el aire de la noche el matraque de los equipos o el tintineo de las espuelas. La plaza había quedado sumida en completo silencio. El último vagabundo sin casa había sido alejado por el policía de chaqueta gris del parque, los carroajes ya no andaban por la calle Wooster, y el único sonido que rompía la quietud eran los cascos del caballo del centinela y el sonido de su sable contra la perilla de la montura. En el cuartel los cuartos de los oficiales estaban todavía iluminados y los sirvientes militares pasaban una y otra vez por delante de las ventanas sobresalientes. En el nuevo chapitel de St. Francis Xavier sonaron las doce y, con la última triste campanada, una figura salió por la portezuela lateral junto al rastrillo, devolvió el saludo del centinela y, cruzando la calle, entró en el parque y se dirigió a la casa de apartamentos Benedick.

—Louis —lo llamé.

El hombre giró sobre sus talones con espuelas y vino derecho hacia mí.

—¿Eres tú, Hildred?

—Sí, llegas a tiempo.

Cogí la mano que me ofrecía y caminamos juntos hacia la Cámara Letal.

Él decía tonterías sobre su boda y las bondades de Constance y sus futuras perspectivas llamando mi atención sobre las charreteras en sus hombros y el triple arabesco en sus mangas y en su gorra de fajina. Creo que escuché tanto la música de sus espuelas y su sable como su cháchara infantil, y por fin nos encontramos bajo los olmos de la esquina de la calle Cuarta de la plaza frente a la Cámara Letal. Entonces se

rio y me pregunté qué quería de él. Le indiqué que se sentara en un banco bajo la luz eléctrica y me senté junto a él. Me miró con curiosidad, con la misma mirada vigilante que tanto odio y temo en los doctores. Sentí el insulto de su mirada, pero él no lo sabía y le oculté mis sentimientos.

—Bien, viejo —me dijo—, ¿qué puedo hacer por ti?

Saqué del bolsillo el manuscrito y las notas de la Dinastía Imperial de América y, mirándolo a los ojos dije:

—Te lo diré. Bajo tu palabra de soldado, prométeme leer este manuscrito desde el principio al fin sin preguntarme nada. Prométeme leer estas notas de la misma manera y prométeme que escucharás lo que te diré luego.

—Lo prometo si lo deseas —dijo amablemente—. Dame los papeles, Hildred.

Empezó a leer levantando las cejas con aire de desconcierto, lo que me hizo temblar de contenida furia. Mientras avanzaba en la lectura, se le contrajo el entrecejo y sus labios parecieron articular la palabra «pamplinas».

Luego pareció ligeramente aburrido, pero por consideración hacia mí, siguió leyendo con forzado interés, que en seguida dejó de ser un esfuerzo. Se sobresaltó cuando en las páginas densamente cubiertas de escritura llegó a su nombre, y cuando llegó al mío, bajó su papel y me miró fijamente por un instante. Pero mantuvo su palabra y reanudó la lectura, y yo dejé sin respuesta la pregunta a medias formulada que murió en sus labios. Cuando llegó al final y leyó la firma del señor Wilde, plegó el papel cuidadosamente y me lo devolvió. Le di las notas; él se apoyó en el respaldo del banco echándose atrás la gorra de fajina con el ademán infantil que tan bien recordaba de los días de escuela. Le observé la cara mientras leía, y cuando hubo terminado cogí las notas junto con el manuscrito y me las guardé en el bolsillo. Entonces desenrollé un manuscrito en que se exhibía el Signo Amarillo. Él vio el signo, pero no pareció reconocerlo, y llamé su atención sobre él con cierta aspereza.

—Está bien —dijo—. Lo veo. ¿Qué es?

—Es el Signo Amarillo —dije enfadado.

—Oh, eso es lo que es... —dijo Louis con esa voz lisonjera que el doctor Archer solía utilizar para dirigirse a mí y probablemente seguiría haciéndolo todavía si no hubiera ajustado las cuentas con él.

Reprimí la cólera y le contesté con tanta firmeza como me fue posible:

—Escucha, ¿no has empeñado tu palabra?

—Te escucho, viejo —dijo con voz tranquilizadora.

Empecé a hablar con suma calma.

—El doctor Archer, que sabía por algún conducto el secreto de la Sucesión Imperial, intentó despojarme de mi derecho alegando que la caída del caballo de hace cuatro años me había provocado deficiencia mental. Trató de internarme en su propia

casa en la esperanza de volverme loco o envenenarme. No lo he olvidado. Lo visité anoche y la entrevista fue definitiva.

Louis empalideció, pero permaneció inmóvil. Reanudé mi discurso triunfal:

—Quedan todavía tres personas por entrevistar en interés del señor Wilde y del mío propio. Ellas son mi primo Louis, el señor Hawberk y su hija Constance.

Louis se puso en pie de un salto y también yo me levanté y arrojé el papel con el Signo Amarillo al suelo.

—Oh, no me hace falta decirte lo que tengo por decir —exclamé con una risa de triunfo—. Debes cederme la corona, ¿lo oyes?, a mí.

Louis me miró con aire desconcertado, pero se recobró y dijo con bondad:

—Claro que te cedo... ¿Qué es lo que debo cederte?

—La corona —dije con enfado.

—Claro —respondió—. Te la cedo. Ven, viejo te acompañó a tus aposentos.

—No intentes jugarretas de doctores conmigo —grité temblando de furia—. No actúes como si me tuvieras por loco.

—¡Qué disparate! —contestó—. Ven, se está haciendo tarde, Hildred.

—No —grité—, debes escucharme. No puedes casarte, te lo prohíbo. ¿Lo oyes? Te lo prohíbo. Renunciarás a la corona y te recompensaré con el exilio, pero si te niegas, morirás.

Él trató de calmarme, pero yo estaba indignado por fin y sacando mi largo puñal le impedí el paso.

Entonces le dije que encontraría al doctor Archer en el sótano, degollado, y me reí en la cara cuando recordé a Vance y su cuchillo, y la orden firmada por mí.

—Tú eres el Rey —exclamé—, pero yo lo seré. Quién eres tú para quitarme el Imperio de toda la tierra habitable. Nací primo de un rey, pero ¡yo seré el Rey!

Louis estaba blanco y rígido delante de mí. De pronto un hombre vino corriendo por la calle Cuarta, entró por el portal del Templo Letal, atravesó el sendero hasta las puertas de bronce a toda velocidad y penetró en la cámara de la muerte con un grito demente. Me reí hasta derramar lágrimas, porque había reconocido a Vance, y supe que Hawberk y su hija ya no se interpondrían en mi camino.

—Vete —le dije a Louis—, has dejado de ser una amenaza. Ya nunca te casarás con Constance ahora, y si te casas con alguna otra en el exilio, te visitaré como lo hice con el doctor anoche. El señor Wilde se hará cargo de ti mañana.

Entonces me volví y me lancé como una flecha por la Quinta Avenida al Sur y, con un grito de terror, Louis dejó caer su cinturón y su sable y me siguió ligero como el viento. Lo oí cerca de mí en la esquina de la calle Bleecker y me metí por la puerta bajo el letrero de Hawberk. Gritó:

—¡Alto o disparo!

Pero cuando vio que subía corriendo las escaleras dejando atrás la tienda de Hawberk, no me siguió y lo oí que golpeaba y llamaba a su puerta, como si fuera posible despertar a los muertos.

La puerta del señor Wilde, estaba abierta y yo entré por ella gritando:

—¡Está hecho, está hecho! ¡Que se pongan en pie las naciones y contemplen a su Rey!

Pero no pude encontrar al señor Wilde, de modo que fui al gabinete y cogí la espléndida diadema de su cofre. Luego me puse la bata de seda blanca en la que estaba bordado el signo amarillo y me ceñí la corona. Por fin era Rey, Rey por mi derecho en Hastur, Rey porque conocía el misterio de las Híadas y mi mente había sondeado las profundidades del lago de Hali. ¡Yo era Rey! Los primeros trazos grises del alba levantarían una tempestad que sacudiría a los dos hemisferios. Entonces, mientras estaba allí erguido con cada nervio en el pináculo de la tensión, debilitado por la alegría y el esplendor de mis pensamientos, afuera, en el oscuro corredor, un hombre gimió.

Cogí la vela de sebo y me dirigí de un salto hacia la puerta. La gata pasó a mi lado como un demonio y la vela se apagó, pero mi largo puñal fue más rápido que ella: la oí chillar y supe que la había alcanzado. Por un momento la oí tumbarse y chocar en la oscuridad, y luego, cuando su frenesí cesó, encendí una lámpara y la levanté sobre mí cabeza. El señor Wilde yacía en el suelo con la garganta desgarrada. En un principio lo creí muerto, pero cuando miré, una chispa verde apareció en sus ojos hundidos, su mano mutilada tembló y un espasmo le estiró la boca de oreja a oreja. Por un momento mi terror y mi desesperación dieron lugar a la esperanza, pero cuando me incliné sobre él, los ojos le giraron en las cuencas y murió. Entonces, mientras me quedé paralizado de rabia y desesperación al ver mi corona, mi imperio, mis esperanzas, mis ambiciones, mi vida misma postradas allí con el amo muerto, ellos, vinieron, me agarraron por detrás y me ataron hasta que mis venas engrosaron como cuerdas y mi voz se quebró con el paroxismo de mis gritos frenéticos. Pero todavía me debatí, sangrante y furioso entre ellos, y más de un agente de policía sintió el filo de mis dientes. Entonces, cuando ya no pude moverme, se acercaron; vi al viejo Hawberk, y tras él, el rostro cadavérico de mi primo Louis y, algo más lejos, en el rincón, a una mujer, Constance, que lloraba quedamente.

—¡Ah, ahora lo veo! —chillé—. Te has apoderado del trono y el imperio. ¡Ay! ¡Ay de ti, que te has coronado con la corona del Rey de Amarillo!

[NOTA DEL EDITOR. El señor Castaigne murió ayer en el Asilo para Locos Criminales.]

LA DEMOISELLE D'YS

Mais je croy que je
Suis descendu au puits
Tenebreux auquel disoit
Heraclytus estre Verité cachée.
Hay tres cosas que son en exceso
hermosas para mí, sí, cuanto
que no conozco:
El águila en el aire; la
serpiente en la roca; un
barco en medio de la mar; y
la presencia de un hombre ante una doncella.

|

La cabal desolación de la escena empezó a tener su efecto; me senté para enfrentar la situación y, de ser posible, evocar algún hito que pudiera ayudarme a abandonar mi presente posición. Si solo pudiera encontrar el océano nuevamente, todo se aclararía, porque sabía que era posible ver la isla de Groix desde los acantilados.

Dejé el rifle en el suelo y arrodillándome tras una roca encendí una pipa. Luego consulté mi reloj. Eran casi las cuatro. Quizá me habría alejado bastante desde Kerselec desde el alba.

Encontrándome el día anterior en los acantilados bajo Kerselec con Goulven, al mirar los sombríos yermos donde ahora había extraviado mi camino, estas colinas me habían parecido casi tan niveladas como un prado, extendidas hasta el horizonte, y aunque sabía cuán engañosa es la distancia no me di cuenta que lo que desde Kerselec parecían meras hondonadas herbosas, eran grandes valles cubiertos de espinos y brezos, y lo que parecían piedras esparcidas eran en realidad enormes peñascos de granito.

—Es un mal sitio para un forastero —había dicho el viejo Goulven—; es mejor que se procure un guía.

Y yo le había contestado:

—No me perderé.

Ahora sabía que me había perdido mientras me estaba allí sentado fumando con el viento del mar en la cara. A cada lado se extendía el páramo cubierto de espinos florecidos, brezos y peñascos de granito. No había un solo árbol a la vista y mucho menos una casa. Al cabo de un rato, recogí la escopeta y dando la espalda al sol, me eché a andar nuevamente.

Era inútil seguir ninguno de los estruendosos arroyos que de vez en cuando se me interponían en el camino pues, en lugar de desembocar en el mar, iban tierra adentro a estanques cubiertos de juncos en las hondonadas de los páramos. Había seguido a varios, pero todos me condujeron a ciénagas o pequeños estanques desde donde las agachadizas alzaban vuelo piando y se alejaban en un éxtasis de pavor. Empezaba a sentirme fatigado y la escopeta me desollaba el hombro a pesar de estar doblemente forrada. El sol descendía más y más, brillando a nivel de los espinos amarillos y los estanques del páramo.

Mientras avanzaba, mi propia gigantesca sombra me guiaba pareciendo alargarse a cada paso. Los espinos rozaban mis polainas, crujían bajo mis pies, regaban la parda tierra con sus capullos, y los helechos se inclinaban y se estremecían a mi paso. Desde montecillos o brezales se escurrían conejos entre los helechos, y entre las hierbas de los pantanos se oía el graznido somnoliento de los patos salvajes. En una oportunidad un zorro se me cruzó furtivo en el camino y otra vez, al inclinarme a beber de un arroyuelo, una garza aleteó pesadamente desde los juncos a mi lado. Me volví para mirar el sol. Parecía tocar los bordes de la llanura. Cuando por último decidí que era inútil seguir avanzando y que pasaría cuando menos una noche en el páramo, me tendí en el suelo completamente agotado. El sol del atardecer llegaba oblicuo y cálido a mi cuerpo, pero empezaba a levantarse viento desde el mar y sentí que el frío me mordía a través de mis húmedas botas de caza. Altas en el cielo las gaviotas trazaban círculos y ondulaban como trocitos de papeles blancos; desde algún marjal distante llegó el canto de un sarapito solitario. Poco a poco el sol se hundió tras el llano y el resplandor crepuscular tiñó de rubor el cenit. Vi el cielo cambiar del más pálido de los oros al rosa y luego a fuego abrasador. Nubes de jejenes danzaban a mi alrededor, y alto en el aire calmo un murciélagos se zambulló y alzó vuelo. Empezaron a cerrárseme los ojos. Entonces, cuando trataba de despabilarme, un súbito crujido entre los helechos me sobresaltó. Abrí los ojos. Un gran pájaro se estremecía en el aire sobre mi cara. Por un instante me quedé mirando fijo incapaz de movimiento; entonces algo saltó a mi lado y se metió entre las malezas y el pájaro ascendió, giró y se fue en dirección de los helechos.

En un instante estuve de pie atisbando entre los espinos. Desde un grupo de brezos en las cercanías llegó el ruido de una refriega. Avancé con la escopeta apuntada, pero cuando llegué al brezal bajé el arma y me quedé inmóvil en silencioso asombro. En tierra yacía una liebre muerta y sobre la liebre se erguía un magnífico halcón con un espolón clavado en el cuello de la criatura y el otro firmemente plantado en su flanco inerte. Pero lo que me asombró no fue la mera visión del halcón posado en su presa. Había visto eso más de una vez. Fue que el halcón tenía una especie de lazo en ambos espolones, y de ellos colgaba un trocito de metal redondo como un cascabel. El ave volvió y clavó el curvo pico en su presa. En el mismo instante, pasos apresurados sonaron entre los brezos, y apareció una joven en el refugio. Sin dirigirme una mirada siquiera avanzó hacia el halcón, y pasándole la mano enguantada cubrió con una pequeña capucha la cabeza del ave y, sosteniéndola en el guantelete, se inclinó para recoger la liebre.

Pasó una cuerda en torno a las piernas del animal y ajustó su extremo a la correa de su cinturón. Luego se dispuso a desandar su camino por el refugio. Al pasar junto a mí, me quité la gorra, y ella reconoció mi presencia con una inclinación apenas perceptible. Tanto había sido mi asombro, tan hondamente sumido en admiración ante la escena que tenía ante los ojos, que no se me había ocurrido que aquí estaba mi salvación. Pero mientras se alejaba, advertí que si no quería dormir en el páramo ventoso esa noche, debía recuperar el habla sin demora. Cuando pronuncié mis primeras palabras, ella vaciló, y al ponérmele por delante, me pareció que sus hermosos ojos revelaban temor. Pero cuando le expliqué humildemente el desagradable apuro en que me encontraba, su cara se ruborizó y me miró con asombro.

—¡No habrá usted venido de Kerselec! —repitió.

Su dulce voz no tenía la menor huella de acento bretón ni ningún otro que yo conociera, sin embargo tenía algo en él que me parecía haber oído antes, algo extraño e indefinible, como el tema de una vieja canción.

Le expliqué que era americano, que no estaba familiarizado con Finistére y que estaba cazando allí para satisfacer mi afición.

—Un americano —repitió ella con los mismos extraños tonos musicales—. Nunca antes había visto a un americano.

Se mantuvo en silencio por un momento; luego mirándome, dijo:

—Si caminara durante toda la noche no podría llegar a Kerselec ahora, ni siquiera si tuviera un guía.

Sí que era esta una buena noticia.

—Pero —empecé—, si solo pudiera encontrar la choza de algún campesino para conseguir algo de comer y abrigo.

El halcón en su muñeca aleteó y sacudió la cabeza. La joven le alisó el lustroso dorso y me miró.

—Mire a su alrededor —dijo con gentileza—. ¿Puede ver el fin de estos páramos? Mire al norte, al sur, al este, al oeste. ¿Puede ver algo que no sean yermos y helechos?

—No —le respondí.

—El páramo es salvaje y desolado. Es fácil entrar en él, pero a veces los que entran no lo abandonan nunca. No hay chozas de campesinos por aquí.

—Bien —dije—, si me indica usted en qué dirección está Kerselec no me exigirá mañana más tiempo que el que me exigió venir.

Volvió a mirarme casi con expresión de piedad.

—Ah —dijo—, venir es fácil y exige horas; volver es diferente... y puede exigir siglos.

La miré asombrado, pero decidí que no entendía lo que había dicho. Entonces, antes que yo tuviera tiempo de hablar, cogió un silbato de su cinturón y lo hizo sonar.

—Siéntese y descanse —me dijo—; ha recorrido una larga distancia y está fatigado.

Se recogió las faldas plisadas y haciéndome señas de que la siguiera se abrió camino graciosamente entre los espinos hasta una roca plana entre los helechos.

—Estarán aquí en seguida —dijo, y sentándose en un extremo de la roca, me invitó a sentarme en el otro. La luz crepuscular empezaba a menguar en el cielo y una estrella solitaria titilaba débilmente en la niebla rosada. Una larga saeta aleteante de aves acuáticas se dirigía hacia el sur sobre nuestras cabezas, y desde las ciénagas nos llegaba el llamado de los chorlitos.

—Son muy hermosos... estos páramos —dijo serenamente.

—Hermosos, pero crueles con los forasteros —le respondí.

—Hermosos y crueles —repitió con aire de ensueño, hermosos y crueles.

—Como una mujer —dije estúpidamente.

—Oh —exclamó reteniendo un instante el aliento, y me miró. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos y me pareció enfadada o asustada.

—Como una mujer —repitió en voz queda—. ¡Qué crueldad decir una cosa semejante! —Luego, al cabo de una pausa, como si hablara en alta voz consigo misma—: Qué crueldad de su parte decir cosa semejante.

No sé qué clase de disculpa ofrecí por mi tonta aunque inofensiva observación, pero sí sé que parecía tan perturbada, que empecé a pensar que había dicho algo terrible sin saberlo, y recordé con horror los abismos y las trampas que la lengua francesa tiene para los extranjeros. Mientras intentaba darme cuenta de lo que podría haber dicho, a través del páramo llegó un sonido de voces y la joven se puso de pie.

—No —dijo con una huella de sonrisa en la cara pálida—, no aceptaré sus disculpas, monsieur, pero tengo que probar que se equivoca y esa será mi venganza. Mire. Allí vienen Hastur y Raoul.

Dos hombres se destacaban en el crepúsculo. Uno llevaba un saco sobre los hombros y el otro, un aro por delante como un camarero lleva una bandeja. El aro estaba ajustado con correas a sus hombros y en el círculo había posados tres halcones encapuchados que tenían campanillas tintineantes. La joven avanzó hacia el halconero y con un veloz movimiento de la muñeca, trasladó su halcón al aro donde se posó entre los compañeros que sacudieron las cabezas encapuchadas y erizaron sus plumas hasta que sus pihuelas con cascabeles resonaron nuevamente. El otro hombre avanzó e inclinándose respetuosamente cogió la liebre y la dejó caer en el saco de caza.

—Estos son mis piqueurs —dijo la joven volviéndose hacia mí con gentil dignidad—. Raoul es un buen halconero y algún día lo haré grand veneur. Hastur es incomparable.

Los dos hombres silenciosos me saludaron con respeto.

—¿No le había dicho, monsieur, que le probaría que se equivoca? —continuó—. He, pues, aquí mi venganza: tenga usted a bien que le ofrezca alimento y albergue en mi propia casa.

Antes que pudiera responderle, habló con los halconeros, que instantáneamente se pusieron en camino por el brezal, y haciéndome un gracioso ademán, ella los siguió. No sé si le hice entender cuán profundamente agradecido me sentía, pero ella parecía escucharme con agrado mientras andábamos entre el brezal bañado de rocío.

—¿No está muy cansado? —me preguntó.

En su presencia había olvidado por completo mi fatiga y así se lo dije.

—¿No le parece que su galantería es algo anticuada? —preguntó; y cuando yo la miré confundido y humillado, añadió tranquilamente—: Oh, me agrada, me agrada todo lo anticuado, y es delicioso oírlo decir cosas bonitas.

El yermo a nuestro alrededor estaba muy silencioso ahora bajo la fantasmal sábana de niebla. Los chorlitos ya no llamaban; los grillos y todas las criaturas minúsculas callaban a nuestro paso, aunque me parecía que empezaban otra vez muy lejos a nuestras espaldas. Bastante por delante los dos altos halconeros iban a largos pasos entre el brezal, y el ligero tintineo de los cascabeles de los halcones llegaban a nuestros oídos como tañidos distantes.

De pronto un espléndido perro de caza saltó de entre la niebla por delante, seguido de otro y otro más, hasta que media docena de ellos brincaban y saltaban en torno a la joven a mi lado. Ella los acariciaba y los tranquilizaba con su mano enguantada, y les hablaba con aquellos extraños términos que recordaba haber leído en viejos manuscritos franceses.

Entonces los halcones en el aro que llevaba el halconero por delante, empezaron a batir las alas y a gritar, y desde algún sitio invisible vinieron flotando por el páramo las notas de un cuerno de caza. Los perros se alejaron saltando delante de nosotros y se desvanecieron en el crepúsculo, los halcones aletearon y chillaron en su perchá y la

joven, siguiendo la canción del cuerno, empezó a cantar. Su voz sonó clara y dulce en el aire de la noche

Chasseur, chasseur, chassez encore,
Quitez Rosette et Jeanneton,
Tonton, tonton, tontaine, tonton,
Ou, pour rabattre, dès l'aurore,
Que les Amours soient de planton,
Tonton, tontaine, tonton.

Mientras escuchaba su encantadora voz, una masa gris que pronto hízose más distinta surgió frente a nosotros, y el cuerno resonó alegremente entre el tumulto de los perros y los halcones. Una antorcha brilló junto a un portal, una luz llegó desde la puerta abierta y subimos a un puente de madera que temblaba bajo nuestros pies y se elevaba crujiente y tenso tras de nosotros al cruzar el foso y entrar en un pequeño patio de piedra enteramente rodeado de muros. Por una puerta abierta vino un hombre que se inclinó en señal de saludo y ofreció a la joven a mi lado una copa.

Ella cogió la copa, la rozó con los labios y luego, bajándola, se volvió hacia mí y me dijo en voz baja:

—Sea bienvenido.

En ese momento uno de los halconeros vino con otra copa, pero antes de alcanzármela, se la ofreció a la joven, que probó su contenido. El halconero hizo ademán de cogerla, pero ella vaciló un instante y luego, avanzando hacia mí, me la ofreció de su propia mano. Sentí que era este un acto de extraordinaria gracia, pero no sabiendo muy bien qué se esperaba de mí, no la llevé a mis labios de inmediato. La joven se puso roja. Vi que debía actuar deprisa.

—Mademoiselle —tartamudeé— un forastero al que ha salvado usted de peligros que quizás él nunca conozca del todo, vacía esta copa a la salud de la más gentil y encantadora anfitriona de Francia.

—En su nombre —murmuró ella persignándose, mientras yo vaciaba la copa.

Luego, entrando por la puerta, se volvió hacia mí con un bonito ademán, y tomando mi mano en las suyas, me condujo a la casa diciendo una y otra vez:

—Es usted bienvenido, muy bienvenido por cierto, al Château d'Ys.

II

Desperté a la mañana siguiente con la música del cuerno en los oídos, y saltando del antiguo lecho, me dirigí a una ventana con cortinas en la que la luz del sol se

filtraba a través de pequeños paneles profundamente montados. Cuando miré al patio abajo, el cuerno calló.

Un hombre que podría ser el hermano de los dos halconeros de la víspera, estaba en medio de una jauría de perros de caza. Llevaba amarrado a las espaldas un cuerno curvo y en la mano tenía un largo látigo. Los perros aullaban y gemían a su alrededor con prevención; en el patio amurallado también pateaban caballos.

—¡Montad! —gritó una voz en bretón, y con estrépito de cascós los dos halconeros, con halcones en las muñecas, entraron cabalgando al patio en medio de los perros. Entonces oí otra voz que me hizo palpitármel corazón:

—Piriou Louis, lleva a los perros y no escatimes látigo ni espuela. Tú, Raoul y tú, Gastón, cuidad de que el epervier no se comporte como un niais, y si a vuestro juicio resulta mejor, faites courtoisie à l'oiseau. Jardinier un oiseau como el mué que lleva Hastur en la muñeca no es difícil, pero a ti Raoul puede que no te sea tan fácil gobernar a ese hagard. La semana pasada en dos ocasiones se irritó au vif y perdió la beccade aunque está acostumbrado al leurre. El ave actúa como un estúpido branchier. Paître un hagard n'est pas si fucile.

¿Soñaba yo acaso? El viejo lenguaje de halconería que había leído en manuscritos amarillos... el viejo francés olvidado de la Edad Media sonaba en mis oídos mientras los perros aullaban y las campanillas de los halcones servían de acompañamiento a los cascós de los caballos. Ella volvió a hablar otra vez la dulce lengua olvidada:

—Si prefieres llevar el longe y dejar tu hagard au bloc, Raoul, no pondré reparos; porque sería una lástima estropear el deporte de un día tan bello como un sors mal adiestrado. Quizá me apresuré demasiado con el ave. Exige tiempo llegar à la filière y a los ejercicios d'escap.

Entonces el halconero Raoul hizo una inclinación desde sus estribos y replicó:

—Con el beneplácito de Mademoiselle, conservaré el halcón.

—Ese es mi deseo —respondió ella—. Conozco halconería, pero tú tienes muchas lecciones que darme aún sobre Autoursede, mi pobre Raoul. ¡Sieur Piriou Louis, montad!

El cazador pasó veloz bajo una arcada y volvió al instante montado en un vigoroso caballo negro, seguido de un piqueur también montado.

—¡Ah! —exclamó ella regocijada—. ¡Rápido Glemarec René! ¡Rápido! ¡Apresuraos todos! ¡Haced sonar el cuerno Sieur Piriou!

La música argentina del cuerno de caza colmó el patio, los perros atravesaron el portal y los cascós de los caballos resonaron en las piedras del patio; fuerte en el puente, apagados de pronto, perdidos en los brezales y los helechos del páramo. El cuerno sonó más y más distante hasta que fue tan débil que el súbito canto de una alondra que alzaba vuelo lo apagó en mis oídos. Oí la voz abajo que respondía a un llamado desde dentro de la casa.

—No lamento la cacería, iré en otra ocasión. ¡Cortesía para el forastero, Pelagie, recuérdalo!

De la casa llegó una débil voz trémula:

—Courtoisie.

Me desnudé y me froté de la cabeza a los pies en la enorme tina de cerámica llena de agua helada sobre el suelo de piedra al pie de mi lecho. Luego busqué mis ropas. Habían desaparecido, pero sobre un banco había un montón de ropas que examiné con asombro. Como las mías habían desaparecido, me vi obligado a vestirme con el atuendo evidentemente dejado allí para que yo lo usara mientras mi ropa se secaba. Todo, estaba allí, gorra, calzado y una casaca de caza de tejido doméstico gris plateada; pero el vestido que se me ajustaba a la perfección y las botas sin costuras pertenecían a otro siglo; recordé el extraño atuendo de los tres halconeros en el patio. Estaba seguro que no era la vestidura moderna de sitio alguno de Francia o de Bretaña; pero solo cuando me vi en un espejo entre las ventanas advertí que estaba vestido con un traje de caza de la Edad Media y no como un bretón de la actualidad. Vacilé y cogí la gorra. ¿Bajaría con tan extraña vestimenta? No parecía haber otro remedio, pues mis prendas habían desaparecido y no había campana en la antigua cámara con qué llamar a un criado, de modo que me contenté con quitar una pequeña pluma de la gorra, abrí la puerta y bajé.

Junto al hogar en una gran estancia al pie de las escaleras, una vieja bretona estaba sentada hilando en una rueca. Me miró cuando yo aparecí y, sonriendo francamente, me deseó salud en lengua bretona, a lo cual le respondí risueño en francés. En el mismo instante apareció mi anfitriona y devolvió el saludo con una gracia y dignidad que me sobrecogió el corazón. Su adorable cabeza de oscuros cabellos rizados se coronaba de un tocado que tranquilizó toda duda acerca de la época de mi propio atuendo. Su esbelta figura resaltaba con exquisitez en el traje de caza de hilado doméstico bordado de plata y en la mano enguantada llevaba a uno de sus halcones favoritos. Con perfecta simplicidad me cogió la mano y me condujo al jardín del patio, y sentándose a una mesa, me invitó a hacer lo mismo a su lado. Entonces me preguntó con su suave y extraño acento cómo había pasado la noche y si me incomodaba llevar el atuendo que la vieja Pelagie había puesto en mi habitación mientras yo dormía. Vi mis propias ropas y calzado secándose al sol junto al muro del jardín y las detesté. ¡Qué espanto eran en comparación con la graciosa vestimenta que ahora llevaba! Se lo dije riendo, pero ella estuvo de acuerdo conmigo muy seriamente.

—Las tiraremos —dijo con voz serena. Con asombro intenté explicarle que no solo no concebía recibir ropas de nadie, aunque quizás fuera costumbre de la hospitalidad en ese sitio del país, pero que ofrecería una figura inaceptable si volvía vestido como lo estaba en aquel momento.

Ella rio y sacudió su bonita cabeza diciendo algo en francés antiguo que no entendí, y en ese momento Pelagie salió trotando al patio con una bandeja en la que había dos cuencos de leche, una hogaza de pan blanco, fruta, un plato de panales con miel y un frasco de vino de subido color rojo.

—Ya ve, no había todavía roto mi ayuno porque deseaba que comiera usted conmigo. Pero estoy hambrienta —dijo con una sonrisa.

—¡Antes moriría que olvidar una sola palabra de lo que acaba de decirme! —espeté con las mejillas ardientes—. Me creerá loco —añadí para mí, pero ella me miró con ojos resplandecientes.

—¡Ah! —murmuró—. Entonces monsieur conoce todo lo que hay por conocer de la caballerosidad...

Se santiguó y partió el pan; yo me quedé sentado mirando sus blancas manos sin atreverme a alzar mis ojos a los suyos.

—¿No come? —me preguntó—. ¿Por qué parece tan turbado?

¡Ah! ¿Por qué? Ahora lo sabía. Sabía que daría la vida por rozar con mis labios esas palmas rosadas; comprendía ahora que desde el momento en que miré sus ojos oscuros allí en el páramo la noche antes la había amado. Mi súbita gran pasión me dejó sin habla.

—¿No se siente usted cómodo? —me preguntó.

Entonces, como un hombre que pronuncia su propia sentencia le respondí en voz baja:

—No, no me encuentro cómodo porque la amo. —Como permaneció imperturbable y no me contestó, el mismo impulso movió mis labios a mi pesar y dije—: Yo, que soy indigno del menor de sus pensamientos, yo, que abuso de su hospitalidad y devuelvo su gentil cortesía con audaz presunción, la amo.

—Yo lo amo a usted. Sus palabras me son caras. Lo amo.

—Entonces la ganaré.

—Gáneme —me contestó.

Pero todo ese tiempo había estado sentado en silencio con la cara vuelta hacia ella. Y ella, también en silencio, con su dulce cara apoyada en la palma vuelta hacia arriba, estaba sentada frente a mí, y cuando me miró a los ojos, supe que ni ella ni yo habíamos hablado con lenguaje humano; pero supe también que su alma había respondido a la mía, y me levanté sintiendo un juvenil y alegre amor que se precipitaba por cada una de mis venas. Ella, con arrebolado rostro, parecía alguien recién despierto de un sueño, y sus ojos buscaron los míos con una mirada de interrogación que me llenó de deleite. Quebramos nuestro ayuno hablando de nosotros mismos. Le dije mi nombre y ella me dijo el suyo: Demoiselle Jeanne d'Ys.

Me habló de la muerte de su padre y su madre y me contó cómo los diecinueve años de su vida había transcurrido en la granja fortificada sola con su nodriza Pelagie,

Glemarec René el piqueur, y los cuatro halconeros Raoul, Gastón, Hastur y el Sieur Piriou Louis, que habían estado al servicio de su padre. Nunca había estado fuera de los páramos... nunca siquiera había visto un alma, salvo los halconeros y Pelagie. No sabía cómo había oído de Kerselec; quizá los halconeros le habrían hablado de ella. Conocía las leyendas del Loup-Garou y Jeanne la Flamme por su nodriza Pelagie. Bordaba e hilaba lino. Sus halcones y sus perros de caza eran la sola distracción que tenía. Cuando me encontró en el páramo había sentido tanto miedo que estuvo a punto de desvanecerse al oír mi voz. Había visto, es cierto, barcos en el mar desde los acantilados, pero hasta donde la vista alcanzaba, los páramos sobre los que cabalgaba estaban del todo desprovistos del menor signo de vida humana. Había una leyenda que le contara Pelagie, según la cual cualquiera que se perdiera en el yermo inexplicado no podría retornar ya nunca, porque el páramo estaba encantado. No sabía si sería cierto, nunca había pensado en ello hasta que me encontró. No sabía si los halconeros habían salido nunca del yermo o si podrían hacerlo si se lo propusieran. Los libros que había en la casa con los que la nodriza Pelagie le había enseñado a leer, tenían centenares de años.

Todo esto me contó con una dulce seriedad que rara vez se encuentra en nadie salvo en un niño. Le fue fácil pronunciar mi nombre e insistió, por ser mi nombre de pila Philip, que debía tener sangre francesa. No pareció tener curiosidad por conocer nada del mundo exterior y pensé que quizás este habría perdido su interés y su respeto por causa de las historias de su nodriza.

Estábamos todavía sentados a la mesa y ella arrojaba uvas a las avecillas del campo que se aproximaban sin temor hasta nuestros pies.

Empecé a hablar de manera vaga de partir, pero ella no quiso oírlo, y antes de yo mismo darme cuenta, le había prometido quedarme una semana y cazar con halcón y perro en su compañía. También obtuve permiso para volver otra vez de Kerselec y visitarla después de mi retorno.

—¡Vaya! —dijo con inocencia—. No sé que haría si jamás regresara.

Y yo, sabiendo que no debía despertarla con el súbito impacto que la confesión de mi amor le habría producido, me quedé sentado en silencio sin atreverme apenas a respirar.

—¿Vendrá muy a menudo? —me preguntó.

—Muy a menudo —le contesté.

—¿Cada día?

—Cada día.

—Oh —suspiró—. Soy muy dichosa... Venga a ver mis halcones.

Se puso de pie y volvió a cogerme la mano con infantil inocencia de posesión, y fuimos por entre el jardín y los árboles frutales hasta un prado de césped bordeado por un arroyo. En el prado había esparcidos unos quince o veinte tocones de árboles

parcialmente hundidos en la hierba, y en cada uno de ellos, salvo en dos, estaban posados halcones. Estaban amarrados a los tocones por correas que a su vez se ajustaban a sus patas por sobre los espolones con roblones de acero. Una pequeña corriente de puras aguas primaverales fluía por un curso serpenteante a fácil distancia de cada una de las perchas.

Las aves levantaron un clamor cuando apareció la joven, pero ella fue de una a la otra acariciando a algunas, sosteniendo a otras unos instantes en una muñeca o inclinándose para ajustar sus pihuelas.

—¿No son bonitas? —dijo—. Mire, esta es una hembra de halcón peregrino. La llamamos «innoble» porque cobra la presa en caza directa. Este es un halcón azul. En halconería lo llamamos «noble» porque se alza sobre la presa, gira y se deja caer sobre ella desde lo alto. Esta ave blanca es un gerifalte del norte. ¡También es noble! Este es un azor, y este terzuelo es un halcón-garza.

Le pregunté cómo había aprendido la antigua lengua de la halconería. No lo recordaba, pero creía que su padre debía de habérsela enseñado de muy pequeña.

Luego me llevó a otro sitio donde me mostró a los halcones jóvenes todavía en el nido.

—Se llaman niales en halconería —explicó—. Un branchier es el ave joven apenas capaz de abandonar el nido y saltar de rama en rama. El ave joven que no ha mudado todavía la pluma se llama sors, y un mué es un halcón que ha mudado la pluma en cautiverio. Cuando atrapamos a un halcón salvaje que no ha cambiado de plumaje los llamamos hagard. Raoul es quien me enseñó a preparar un halcón. ¿Le enseño cómo se hace?

Se sentó a la orilla de la corriente entre los halcones y yo me eché a sus pies para escucharla.

Entonces la Demoiselle d'Ys levantó un dedo de rosada yema y empezó con suma gravedad.

—En primer lugar hay que atrapar el halcón.

—Estoy atrapado —le respondí.

Ella rio con gracia y me dijo que mi dressage quizá no fuera fácil, pues yo era noble.

—Estoy ya domesticado —le repliqué—: con pihuela y cascabel.

Rio deleitada.

—Oh, mi valiente halcón. ¿Acudirá entonces a mi llamado?

—Soy suyo —contesté gravemente.

Ella permaneció en silencio un momento. Luego el color se le avivó en las mejillas y levantó el dedo otra vez diciendo:

—Escuche; deseo hablar de halconería.

—Escucho, condesa Jeanne d'Ys.

Pero esta vez se sumió en ensueños y su vista parecía fijada en algo más allá de las nubes de estío.

—Philip —dijo por fin.

—Jeanne —susurré yo.

—Esto es todo... eso es lo que deseaba —dijo con un suspiro—. Philip y Jeanne.

Tendió la mano hacia mí y yo la rocé con los labios.

—Gáname —pero esta vez el cuerpo y el alma hablaron al unísono.

Al cabo de un rato continuó:

—Hablemos de halconería.

—Empieza —le repliqué—; hemos atrapado al halcón.

Entonces Jeanne d'Ys cogió mi mano en las suyas y me contó cómo con infinita paciencia se le enseñaba al joven halcón a posarse en la muñeca y cómo poco a poco se acostumbraba a las pihuelas con campanillas y al chaperon a'cornette.

—Primero deben tener un buen apetito —dijo—; luego, poco a poco, les reduzco los alimentos, lo que en halconería llamamos pât. Cuando al cabo de muchas noches pasadas au bloc, que es donde se encuentran ahora estas aves, persuado al hagard que permanezca tranquilo en la muñeca, el ave está entonces preparada para que se le enseñe a ir por su alimento. Fijo el pât en el extremo de una correa o leurre, y enseño al ave a acudir a mí no bien empiezo a girar la cuerda en torno a mi cabeza. En un principio dejo caer el pât cuando el halcón viene y se lo come en tierra. Al cabo de un tiempo aprende a atrapar el leurre en movimiento mientras lo hago girar por sobre mi cabeza, o a arrastrarlo a tierra. Después de esto es fácil enseñarle al halcón a atacar una presa, recordando siempre «fiare courtoisie à l'oiseau», esto es, permitir que el ave pruebe la presa.

El chillido de uno de los halcones la interrumpió, y ella acudió a ajustar el longe que se había enrollado en torno del bloc, pero el ave siguió batiendo las alas y chillando.

—¿Qué sucede? —preguntó—; Philip ¿tú ves algo?

Miré en derredor y en un principio no vi nada que pudiera ser causa de la conmoción acrecentada ahora por el aleteo y los chillidos de todas las aves. Entonces cayó mi mirada sobre la roca plana junto a la corriente de la que la joven acababa de levantarse. Una serpiente gris avanzaba lentamente por la superficie de la piedra, y los ojos de su achatada cabeza triangular refulgían como el azabache.

—Una culebra —dijo ella con tranquilidad.

—Es inofensiva, ¿no es así? —pregunté.

Ella señaló el cuello de la negra forma en V.

—Es muerte segura —dijo—; es una áspid.

Observamos al reptil que se arrastraba lento por la tersa roca sobre la que la luz del sol formaba un amplio retazo cálido.

Iba a acercármeme para examinarlo, pero ella me asió por el brazo gritando:

—No lo hagas, Philip, tengo miedo.

—¿Por mí?

—Por ti, Philip... te amo.

La tomé en mis brazos y la besé en los labios, pero todo lo que pude decir fue:

—Jeanne, Jeanne, Jeanne.

Y mientras ella se apoyaba temblorosa en mi pecho, algo mordió mi pie entre la hierba, pero no hice caso. Entonces, otra vez algo me mordió el tobillo y sentí un agudo dolor. Miré el dulce rostro de Jeanne d'Ys y la besé; luego, con todas mis fuerzas, la alcé en brazos y la arrojé de mí. Luego, inclinándome, arranqué a la víbora de mi tobillo y le aplasté la cabeza con el taco. Recuerdo haberme sentido débil y entumecido... recuerdo haber caído a tierra. A través del creciente velo que me cubría los ojos, vi la cara de Jeanne inclinada junto a la mía, y cuando la luz de mis ojos se extinguió, todavía pude sentir sus brazos en torno a mi cuello y su suave mejilla contra mi boca contraída.

Cuando abrí los ojos, miré a mi alrededor aterrado. Jeanne había desaparecido. Vi la corriente y la roca plana; vi la víbora aplastada en la hierba a mi lado, pero los halcones y los blocs habían desaparecido. Me puse en pie de un salto. El jardín, los árboles frutales, el puente y el patio amurallado habían desaparecido. Me quedé mirando estúpidamente un montón de ruinas desmoronadas, cubiertas de hiedra y grises, a través de las cuales grandes árboles se habían abierto camino. Avancé arrastrando mi pie adormecido y en ese instante un halcón alzó vuelo desde los árboles entre las ruinas y elevándose en círculos apretados, se desvaneció entre las nubes.

—Jeanne, Jeanne —grité, pero la voz se me ahogó en los labios y caí de rodillas entre las malezas. Y, como Dios lo quiso, sin saberlo había caído delante de una capilla desmoronada tallada en piedra consagrada a nuestra Madre de los Dolores. Vi la triste cara de la virgen tallada en la piedra fría. Vi la cruz y los espinos a sus pies, y debajo leí:

ROGAD POR EL ALMA DE LA
DEMOISELLE JEANNE D'YS
QUE MURIÓ
EN SU JUVENTUD POR EL AMOR DE
PHILIP, UN FORASTERO.
A. D. 1573

Pero sobre la lápida fría había un guante de mujer, todavía cálido y fragante.

LA MÁSCARA

Camilla: Señor, deberíais quitaros la máscara.

Forastero: ¿De veras?

Cassilda: En verdad, ya es hora. Todos nos hemos despojado de los disfraces, salvo
vos.

Forastero: No llevo mascara.

Camilla: (Aterrada a Cassilda)

¿No lleva máscara? ¿No la lleva?

Acto 1. Escena 2a.

|

Aunque yo no sabía nada de química, escuchaba fascinado. Él cogió un lirio de Pascua que Geneviève había traído esa mañana de Nôtre Dame y lo dejó caer en el cuenco. Instantáneamente el líquido perdió su cristalina claridad. Por un segundo el lirio se vio envuelto de una espuma blanco lechosa que desapareció dejando el fluido opalescente. Sobre la superficie jugaron cambiantes tintes anaranjados y carmesíes y luego, lo que pareció un rayo de pura luz solar surgió desde el fondo donde se encontraba el lirio. En el mismo instante sumergió la mano en el cuenco y extrajo la flor.

—No hay peligro —explicó— si se escoge el instante preciso. Ese rayo dorado es la señal.

Me tendió el lirio y yo lo tomé en mi mano. Se había convertido en piedra, en el más puro mármol.

—Ya lo ves —me dijo—, ni la menor mácula. ¿Qué escultor podría reproducirlo?

El mármol era blanco como la nieve, pero en sus profundidades las vetas del lirio se teñían del más leve azul celeste y un ligero arrebol se demoraba en lo profundo de su corazón.

—No me preguntes la razón —dijo sonriente al advertir mi asombro—, no tengo idea de por qué se colorean las vetas y el corazón, pero siempre sucede así. Ayer hice la prueba con el pez dorado de Geneviève: helo aquí.

El pez parecía esculpido en mármol. Pero si se lo sostenía a la luz, la piedra estaba hermosamente veteada de un pálido azul, y desde cierto sitio interior surgía una luz rosada como la que dormita en el ópalo. Miré el cuenco. Una vez más parecía lleno del más puro cristal.

—¿Si lo tocara ahora? —pregunté.

—No lo sé —replicó—, pero es mejor que no hagas la prueba.

—Hay una cosa por la que siento curiosidad —dije—: ¿de dónde proviene el rayo de sol?

—Parece un verdadero rayo de sol —dijo—. No lo sé, siempre aparece cuando sumerjo un ser viviente. Quizá —continuó sonriente—, quizá sea la chispa vital de la criatura que escapa de la fuente de donde vino.

Vi que se burlaba y lo amenacé con un tiento, pero él se limitó a reír y cambió de tema.

—Quédate a comer. Geneviève llegará en seguida.

—La vi dirigirse a misa temprano por la mañana —dije— y lucía tan fresca y tan dulce como ese lirio... antes que lo destruyeras.

—¿Crees que lo he destruido? —preguntó Boris con gravedad.

Destruido, preservado... ¿quién puede decirlo?

Estábamos sentados en un rincón del estudio cerca de «Los Hados», su grupo sin acabar. Se apoyó en el respaldo del sofá dando vueltas en las manos a su cincel y mirando con fijeza su obra.

—Entre paréntesis —dijo—. He dado fin a esa vieja pieza académica Ariadna y supongo que tendré que presentarla en el Salón. Es todo lo que tengo listo este año, pero después del buen éxito que tuve con la «Madona», me da vergüenza mandar algo semejante.

La «Madona», un exquisito mármol para el que había posado Geneviève, había sido la sensación del Salón del año pasado. Miré la Ariadna. Era una magnífica pieza desde el punto de vista técnico, pero estuve de acuerdo con Boris en que el mundo esperaría de él algo mejor. Sin embargo, era imposible terminar a tiempo para el Salón ese espléndido y terrible grupo, a medias amortajado en el mármol detrás de mí. «Los Hados» tendrían que esperar.

Estábamos orgullosos de Boris Yvain. Le exigíamos y él nos exigía a nosotros por el hecho de haber nacido en América, aunque su padre era francés y su madre rusa. Todos en las Beaux Arts lo llamábamos Boris. Y, sin embargo, él solo a dos de nosotros se dirigía de esa manera familiar: a Jack Scott y a mí.

Quizás el hecho de que estuviera yo enamorado de Geneviève tuviera algo que ver con el afecto que me profesaba. No que lo hubiéramos nunca reconocido entre nosotros. Pero después que todo se hubo arreglado y ella me dijo con lágrimas en los ojos que era a Boris a quien amaba, fui a su casa y lo felicité. La perfecta cordialidad de esa entrevista no nos engañó a ninguno de los dos, siempre lo he creído, aunque para una al menos, fue un gran consuelo. No creo que él y Geneviève hablaran nunca del asunto, pero Boris lo sabía.

Geneviève era adorable. La pureza de Madona de su cara podría haberse inspirado en el Sanctus de la Misa de Gounod. Pero me alegraba siempre que abandonara ese estado de ánimo por el que la llamábamos «Maniobras de Abril». Era a menudo tan variable como un día de abril. En la mañana grave, digna y dulce; al mediodía riente y caprichosa; al atardecer, lo que menos uno esperara. La prefería así a la tranquilidad de Madona que estremecía las profundidades de mi corazón. Estaba soñando con Geneviève cuando él volvió a hablar.

—¿Qué piensas de mi descubrimiento, Alec?

—Creo que es una maravilla.

—No haré uso alguno de él, lo sabes, salvo satisfacer mi curiosidad en la medida de lo posible, y el secreto morirá conmigo.

—Sería un golpe para la escultura ¿no lo crees? Para nosotros los pintores la fotografía es más pérdida que ganancia.

Boris asintió con la cabeza mientras jugaba con el borde del cincel.

—Este nuevo descubrimiento maligno corrompería el mundo del arte. No, jamás confiaré el secreto a nadie —dijo lentamente.

Sería difícil encontrar a alguien menos informado acerca de tales fenómenos que yo; pero por supuesto, había oído hablar de fuentes minerales tan saturadas de sílice que las hojas y las ramillas que caían en ellas se convertían en piedra al cabo de un tiempo. Comprendía el proceso de manera oscura: el sílice reemplaza al tejido vegetal átomo por átomo, y el resultado era un duplicado del objeto en piedra. Esto, lo confieso, nunca me había interesado demasiado, y en cuanto a los fósiles antiguos producidos de esta manera, me disgustaban. Boris, según parecía, sintiendo curiosidad en lugar de repugnancia, había investigado el tema e incidentalmente había tropezado con una solución que atacaba al objeto sumergido con ferocidad inaudita, en un segundo cumplía la obra de años. Esto fue todo lo que pude comprender de la extraña historia que acababa de contarme. Volvió a hablar al cabo de un largo silencio.

—Casi me da miedo cuando pienso en lo que he descubierto. Los científicos enloquecerían si se enteraran. Por lo demás, fue tan simple; se descubrió por sí mismo. Cuando pienso en esa fórmula y el nuevo elemento precipitado en escamas metálicas...

—¿Qué nuevo elemento?

—Oh, no he pensado en darle un nombre, y no creo que nunca se lo dé. Ya hay suficientes metales preciosos en el mundo con los que cortar cuellos.

Agucé las orejas.

—¿Has producido oro, Boris?

—No, algo mejor; pero... ¡repara un poco, Alec! —dijo riéndose y poniéndose en pie—. Tú y yo tenemos todo lo que necesitamos en este mundo. ¡Ah, qué siniestro y codicioso es ya tu aspecto!

También yo reí, y le dije que me devoraba el deseo del oro y era mejor hablar de otra cosa; de modo que cuando llegó Geneviève poco después le habíamos dado la espalda a la alquimia.

Geneviève estaba vestida de gris plateado de la cabeza a los pies. La luz resplandeció a lo largo de las suaves ondulaciones de su cabello claro al volverle la mejilla a Boris; me vio y devolvió mi saludo. Nunca antes había olvidado de enviarme un beso con la puntas de sus blancos dedos, y yo prestamente me quejé de la omisión. Ella se sonrió y me tendió la mano que cayó casi antes de rozar la mía; luego dijo mirando a Boris:

—Debes invitar a Alec a que se quede a comer.

También esto era algo nuevo. Siempre antes lo había hecho ella misma.

—Ya lo hice —dijo Boris lacónico.

—Y tú aceptaste, espero —dijo ella. Se volvió hacia mí con una encantadora sonrisa convencional. Podría haber estado dirigida a una amistad iniciada anteayer.

Le hice una reverencia.

—J'avais bien l'honneur, madame.

Pero ella, rehusándose a adoptar el tipo de chanza acostumbrado, murmuró un hospitalario lugar común y desapareció. Boris y yo nos miramos.

—Quizá sería mejor que me marchara ¿no crees?

—¡Que me cuelguen si lo sé! —respondió él con franqueza.

Mientras discutíamos la conveniencia de mi partida, Geneviève reapareció en la puerta sin sombrero. Estaba maravillosamente hermosa, pero su color era demasiado profundo y sus bellos ojos brillaban en exceso. Vino directamente hacia mí y me tomó del brazo.

—La comida está pronta. ¡Me mostré malhumorada, Alec? Creí que tenía jaqueca, pero no la tengo. Ven aquí, Boris —y deslizó su otro brazo bajo el de él—. Alec sabe que después de ti no hay nadie a quien quiera tanto, de modo que si alguna vez se siente desdeñado no ha de ofenderse.

—¡A la bonheur! —exclamé—. ¿Quién dice que no hay tormentas en abril?

—¿Estáis listos? —canturreó Boris.

—¡Sí que lo estamos!

Y cogidos del brazo nos precipitamos corriendo al comedor con escándalo de los sirvientes. Después de todo, no se nos podía inculpar demasiado; Geneviève tenía dieciocho años, Boris veintitrés y yo no había cumplido todavía los veintiuno.

II

Cierto trabajo que hacía por entonces, destinado a la decoración del boudoir de Geneviève, era causa de que estuviera constantemente en el extraño petit hotel de la rue Sainte-Cécile. Boris y yo en esos días trabajábamos duro, pero cuando nos venía en gana, lo cual sucedía irregularmente, de modo que los tres, junto con Jack Scott, compartíamos el ocio.

Una tranquila tarde estaba yo recorriendo solo la casa examinando curiosidades, examinando extraños rincones, encontrando confituras y cigarros en extravagantes escondrijos, y por fin me detuve en el cuarto de baño. Allí estaba Boris cubierto de arcilla lavándose las manos.

El cuarto era de mármol rosado con excepción del suelo, teselado de rosa y de gris. En el centro había un estanque cuadrado por debajo del nivel del suelo; se descendía a él por algunos escalones y pilares esculpidos sostenían un cielo raso en el que había pintados frescos. En el extremo del cuarto, un delicioso Cupido de mármol parecía acabar de posarse en su pedestal. Todo el interior era obra de Boris y mía. Boris, en sus ropas de trabajo de lona blanca, se quitaba huellas de arcilla y cera roja de modelar de sus hermosas manos, y coqueteaba por sobre el hombro con el Cupido.

—Te veo —insistía—, no trates de mirar a otra parte y fingir que tú no me ves a mí. Bien sabes quién te hizo, pequeño hipócrita.

En estas conversaciones siempre me correspondía el papel de intérprete de los sentimientos del Cupido, y cuando me llegó el turno, respondí de manera tal que Boris me cogió del brazo y me arrastró hacia el estanque declarando que me echaría en él. Instantáneamente me soltó el brazo y empalideció.

—Dios mío! —dijo—. ¡Había olvidado que el estanque está lleno de la solución!

Yo tuve un ligero estremecimiento y secamente le aconsejé recordar mejor donde almacenaba el precioso líquido.

—¡Por todos los cielos! ¿Cómo se te ocurre guardar precisamente aquí una laguna de esa sustancia horripilante? —le pregunté.

—Quiero experimentar con algo grande —replicó.

—Conmigo, por ejemplo!

—¡Ah, estuve muy cerca de hacerlo como para gastar bromas! Pero por cierto quiero observar la acción de esa solución en un cuerpo viviente más elaboradamente organizado; he allí ese gran conejo blanco —dijo siguiéndome al estudio.

Jack Scott, con una chaqueta manchada de pintura, entró errante en la estancia, se apoderó de todas las confituras orientales en las que pudo meter mano, saqueó la caja de cigarros y finalmente, junto con Boris, fueron a visitar la galería de Luxemburgo, donde un nuevo bronce de Rodin y un paisaje de Monet reclamaban la exclusiva atención de la Francia artística. Yo volví al estudio y reanudé mi trabajo. Era un biombo renacentista que Boris quería que pintara para el boudoir de Geneviève. Pero el niñito que de mala gana posaba para él, hoy rechazaba todo soborno que le ofrecía para que adoptara la actitud adecuada. No se quedaba un instante en la misma posición, y en el término de cinco minutos, tuve otros tantos esbozos del pequeño miserable.

—¿Estás posando o estás ejecutando un baile y una canción? —inquirí.

—Lo que plazca a monsieur —replicó con una sonrisa angelical.

Por supuesto, lo despedí por ese día y, por supuesto, le pagué por sesión entera, pues así es como corrompemos a nuestros modelos.

Después que el diablillo se hubo marchado, dediqué al trabajo unas pocas pinceladas rutinarias, pero estaba de humor tan destemplado, que me llevó el resto de la tarde deshacer lo hecho, de modo que por fin raspé la paleta, metí los pinceles en un cuenco de aguarrás y me dirigí al cuarto de fumar. En realidad creo que, con excepción de los apartamentos de Geneviève, ningún cuarto de la casa estaba tan despojado de olor de tabaco como este. Era un extraño caos de objetos diversos y tapices gastados. Junto a la ventana había una antigua espineta de dulces tonos en buen estado. Había mostradores de armas, de armaduras indias y turcas sobre la repisa de la chimenea, dos o tres buenos cuadros y una colección de pipas. Aquí solíamos venir en busca de nuevas sensaciones al fumar. Dudo que haya existido nunca un tipo de pipa que no estuviera representado en esa colección. Cuando habíamos elegido una, íbamos con ella a otro sitio y la fumábamos; porque en conjunto el lugar era el más lóbrego y el menos acogedor de toda la casa. Pero esa tarde el crepúsculo era tranquilizante, las alfombras y las pieles sobre el suelo lucían pardas, suaves y somnolientas; el gran diván estaba cubierto de cojines y me tendí allí para fumar una desacostumbrada pipa en el cuarto de fumar. Había elegido una con largo cañón flexible y al encenderla me sumí en ensueños. Al cabo de un rato se apagó, pero no me moví. Seguí con mis ensueños y no tardé en quedarme dormido.

Me despertó la música más triste que hubiera escuchado nunca. El cuarto estaba totalmente a oscuras, no tenía idea de la hora. Un rayo de luna plateaba un ángulo de la vieja espineta, y la madera pulida parecía exhalar los sonidos como flota el perfume sobre una caja de madera de sándalo. Alguien se levantó en la oscuridad y se alejó llorando quedamente, y yo fui lo bastante necio como para exclamar:

—¡Geneviève!

Ella, al sonido de mi voz, se desvaneció, y yo tuve tiempo de maldecirme mientras encendía una luz y trataba de alzarla del suelo. Ella me rechazó con un murmullo de dolor. Estaba muy quieta y pidió ver a Boris. La llevé hasta el diván y fui en su busca, pero no se encontraba en la casa y los sirvientes habían ido a acostarse. Perplejo y ansioso, fui de nuevo al encuentro de Geneviève. Estaba donde la había dejado y lucía muy blanca.

—No encuentro a Boris ni a ninguno de los sirvientes —dije.

—Lo sé —respondió débilmente—. Boris ha ido a Ept con el señor Scott. No lo recordé cuando te envié en su busca.

—Pero en ese caso no puede estar de regreso antes de mañana por la tarde y... ¿te has hecho daño? ¿Te caíste por el susto que te di? Qué estúpido soy, pero estaba solo despierto a medias.

—Boris creyó que te habías marchado antes de la cena. Perdóname, por favor, por dejarte estar aquí todo este tiempo.

—Dormí una larga siesta —dije riendo—, tan profunda que no sabía si soñaba todavía cuando vi una figura que avanzaba sobre mí y pronuncié tu nombre. ¿Has estado probando la vieja espineta? Debiste de haberla tocado muy despacio.

Había contado mil mentiras peores que aquella por ver la mirada de alivio que percibí en su cara. Se sonrió de un modo adorable y dijo con su voz natural:

—Alec, tropecé en la cabeza de ese lobo y creo que me luxé el tobillo. Por favor, llama a Marie y luego vete a casa.

Hice lo que me pedía y la dejé allí cuando vino la doncella.

III

Al día siguiente a mediodía, cuando fui de visita, encontré a Boris que andaba agitado por el estudio.

—Geneviève duerme ahora —me dijo—, la luxación no ha sido nada, pero ¿por qué le habrá subido tanto la fiebre? El doctor no puede explicarlo o quizás no quiera hacerlo —musitó.

—¿Geneviève tiene fiebre? —pregunté.

—Ya lo creo, y por momentos anoche tuvo mareos. Vaya idea, la alegre pequeña Geneviève sin una sola preocupación... no deja de decir que tiene el corazón destrozado y que quiere morir.

Mi propio corazón se detuvo.

Boris se apoyaba en la puerta del estudio con la mirada baja, las manos en los bolsillos, sus bondadosos ojos penetrantes anublados y una nueva línea de inquietud tendida «sobre el bondadoso ángulo de la boca que trazaba la sonrisa». La doncella tenía órdenes de llamarlo en el instante mismo en que Geneviève abriera los ojos. Esperamos y esperamos, y Boris, inquieto, erraba manipulando cera de modelar y arcilla roja. De pronto se dirigió al cuarto vecino.

—Ven a ver mi baño color rosa lleno de muerte —exclamó.

—¿De muerte? —le pregunté para seguirle el humor.

—No pretenderás llamarla vida, supongo —respondió. Mientras hablaba cogió a un solitario pececillo dorado de la pecera que se retorcía y se agitaba—. Enviaremos a este en pos del otro... dondequiera que esté.

Había una febril agitación en su voz. La fiebre me embotaba los miembros y el cerebro cuando lo seguí al hermoso estanque de cristal de lados rosados; y arrojó al animalito dentro. Al caer, sus escamas resplandecieron con un cálido brillo anaranjado en medio de sus coléricas contorsiones; en el momento de penetrar en el líquido, se puso rígido y se hundió pesadamente hasta el fondo. Luego se produjo la espuma lechosa, los espléndidos matices irradiaron a la superficie y luego el rayo de pura luz serena irrumpió desde lo que parecía una infinita profundidad. Boris sumergió la mano y extrajo un objeto de mármol exquisito de venas azuladas, rosado y con refulgentes gotas opalescentes.

—Un juego de niños —murmuró, y me miró fatigado, anhelante, como si yo pudiera dar respuesta a semejantes preguntas. Pero llegó Jack Scott y se unió al «juego», como lo llamaba con vehemencia. No había otro remedio que intentar el experimento con el conejo blanco allí mismo en ese preciso instante. Deseaba que Boris se distrajera de sus preocupaciones, pero no quería ver privado de vida a esa cálida criatura y me negué a estar presente. Cogiendo un libro al azar, me senté en el estudio a leer. Había cogido ¡ay! El Rey de Amarillo. Al cabo de unos instantes que parecieron siglos, lo dejé a un lado con un estremecimiento nervioso, cuando Boris y Jack entraron con el conejo de mármol. Boris desapareció como un rayo y en seguida gritó:

—Jack, ve corriendo en busca del doctor; tráelo contigo. Alec, ven aquí.

Fui a la habitación de Geneviève y aguardé a la puerta. Una doncella asustada salió deprisa y se alejó corriendo a buscar un remedio. La joven, sentada rígidamente con mejillas enrojecidas y ojos brillantes balbuceaba sin cesar y oponía resistencia a Boris, que con gentileza intentaba retenerla. Me llamó pidiéndome ayuda. A mi primer contacto, la joven suspiró, se dejó caer de espaldas cerrando los ojos y entonces —entonces— mientras estábamos todavía inclinados sobre ella, volvió a abrirlos, miró a Boris directamente a la cara, la pobre muchacha enloquecida por la fiebre, y confesó su secreto. En ese mismo instante, nuestras tres vidas siguieron nuevos senderos; el

vínculo que nos había mantenido unidos durante tanto tiempo estalló para siempre y un nuevo vínculo se forjó en su lugar, porque había pronunciado mi nombre y como la fiebre la torturaba, su corazón dejó escapar el peso de su dolor oculto. Atónito y confundido incliné la cabeza mientras el rostro me ardía como carbón encendido y la sangre me fluía a las orejas, dejándome estupefacto con su clamor. Incapaz de moverme, incapaz de hablar, escuché sus febres palabras en medio de una agonía de vergüenza y dolor. No me era posible hacerla callar, no me era posible mirar a Boris. Entonces sentí un brazo sobre mi hombro y Boris volvió hacia mí una cara exangüe.

—No es tu culpa, Alec, no te apenes si te ama...

Pero no pudo terminar; el doctor entró deprisa a la habitación diciendo:

—¡Ah, la fiebre!

Yo tomé del brazo a Jack Scott y me lo llevé conmigo a la calle diciendo:

—Boris prefiere estar solo.

Cruzamos la calle para dirigirnos a nuestros apartamentos y esa noche, al ver que también yo enfermaría, Jack fue nuevamente en busca del doctor. Lo último que recuerdo haber oído con distinción fue a Jack que decía:

—¡Por Dios, doctor! ¿Qué puede tener para que se le haya puesto así la cara?

Y yo pensé en El Rey de Amarillo y en la Máscara Pálida.

Estuve muy enfermo, porque la tensión que padecí durante dos años desde la mañana de mayo en que Geneviève murmuró «Te amo, pero creo que amo más a Boris», me afectó por fin. Nunca imaginé que podría superar mi capacidad de resistencia. Externamente tranquilo, me había engañado a mí mismo. Aunque la batalla interior se libraba furiosa noche tras noche y solo en mi cuarto me maldecía por concebir rebeldes pensamientos desleales para con Boris e indignos de Geneviève, la mañana siempre me traía alivio, y volvía a Geneviève y a mi querido Boris con el corazón lavado por las tempestades de la noche.

Nunca de palabra, hecho o pensamiento había delatado mi dolor delante de ellos, ni siquiera a mí mismo.

La máscara del autoengaño no era ya una máscara para mí, era una parte de mí mismo. La noche me la quitaba dejando al desnudo la verdad sofocada por debajo; pero no había nadie que la viera con excepción de mí mismo, y cuando rompía el día la máscara se me ajustaba nuevamente de manera espontánea. Estos pensamientos me pasaban por la mente perturbada mientras yacía enfermo, pero se entremezclaban implacables con visiones de blancas criaturas, pesadas como la piedra, que se arrastraban por la tina de Boris: de la cabeza de lobo sobre la alfombra que con la boca espumante trataba de morder a Geneviève, que estaba tendida junto a ella sonriente. También pensaba en el Rey de Amarillo envuelto en los fantásticos colores de su capa harapienta y el amargo grito de Cassilda: «¡No a nosotros, oh Rey, no a nosotros!» Febrilmente luchaba por apartarlo de mí, pero veía el lago de Hali, incoloro

e inmóvil sin onda ni ráfaga que lo agitara, y veía las torres de Carcosa tras la luna. Aldebarán, las Hiadas, Alar, Hastur se deslizaban por entre las nubes desgarradas que ondulaban y flameaban como los harapos bordados del Rey de Amarillo. Entre todos estos, un pensamiento sano persistía. Jamás oscilaba, no importa qué fuera lo que acaecía en mi mente desordenada: que la razón fundamental de mi existencia era satisfacer algún requerimiento de Boris y Geneviève. Nunca estuvo claro en qué consistía esta obligación; a veces parecía protección, otras apoyo en medio de una gran crisis. Lo que fuere, su peso recaía todo sobre mí, y nunca me sentí tan débil o enfermo que no estuviera dispuesto a responder con toda el alma. Siempre me rodeaba una multitud de rostros, extraños en su mayoría, aunque a algunos los reconocía, al de Boris entre ellos. Después me dijeron que no era posible que ocurriera, pero sé que una vez al menos se inclinó sobre mí. Fue solo un contacto, un eco ligero de su voz, luego mis sentidos se anublaron nuevamente y lo perdí, pero él estaba allí, y se inclinó sobre mí una vez al menos.

Por fin, una mañana me desperté y la luz del sol iluminaba mi cama y Jack Scott estaba leyendo a mi lado. No tenía fuerzas suficientes como para hablar en alta voz, ni me era posible pensar y mucho menos recordar, pero sonréí débilmente cuando Jack me miró. Se puso en pie de un salto y me preguntó ansioso si necesitaba algo. Pude musitar:

—Sí, a Boris.

Jack se dirigió a la cabecera de mi cama y se inclinó para arreglar la almohada; no le vi la cara, pero me contestó cordial:

—Debes esperar, Alec, estás demasiado débil aún para ver a Boris.

Esperé y fortalecí; en unos pocos días fui capaz de ver a quien quería, pero entretanto había pensado y recordado. Desde el momento en que el pasado volvió a serme claro, ni por un instante dudé de lo que haría cuando el instante llegara, y me sentí plenamente seguro de que Boris habría adoptado las mismas medidas en lo que a él le concernía; en cuanto a lo que a mí solo me incumbía, sabía que vería las cosas como yo. Ya no pedí ver a nadie. Nunca pregunté por qué no me llegaban mensajes de ellos; todavía más, durante la semana que me estuve acostado esperando y fortaleciéndome no oí pronunciar su nombre una sola vez. Preocupado por mi propia búsqueda del camino correcto y mi débil pero decidida lucha contra la desesperación, sencillamente acepté la reticencia de Jack, teniendo por seguro que no se animaba a hablar de ellos por temor de que me volviera ingobernable e insistiera en verlos. Entretanto me repetía una y otra vez cómo irían las cosas cuando la vida recomenzara para todos nosotros. Reemprenderíamos nuestras relaciones exactamente como habían sido antes que Geneviève cayera enferma. Boris y yo nos miraríamos a los ojos, y no habría rencor, ni cobardía, ni desconfianza en esa mirada. Estaría una corta temporada en la querida intimidad de su hogar y luego, sin explicación alguna,

desaparecería para siempre de sus vidas. Boris sabría, Geneviève... el único consuelo era que no lo sabría nunca. Cuando lo volví a pensar, me pareció que había descubierto el significado de esa sensación de obligación que no me abandonó nunca durante mi delirio, y la única respuesta que le cabía. De modo que cuando estuve pronto, le hice señas a Jack de que se me acercara un día y le dije:

—Jack, quiero ver a Boris en seguida: y da mis cariñosos saludos a Geneviève.

Cuando por fin me hizo entender que los dos habían muerto, fue tan grande la cólera que se apoderó de mí, que mis escasas fuerzas de convaleciente quedaron reducidas a átomos. Rabié y me maldije hasta recaer en la enfermedad, de la que salí arrastrándome al cabo de una semana convertido en un muchacho de veintiún años convencido de que había perdido la juventud para siempre. Parecía haber perdido la capacidad de sufrir más todavía, y un día, cuando Jack me dio una carta y las llaves de la casa de Boris, las cogí tembloroso y le pedí que me lo contara todo. Era cruel de mi parte pedírselo, pero no era posible evitarlo, y él se inclinó fatigado sobre sus delgadas manos para reabrir la herida que nunca podría curar por completo. Empezó a hablar con plena calma.

—Alec, a no ser que tengas una clave de la que nada sé, no podrás explicar más que yo lo que ha sucedido. Sospecho que preferirías no escuchar estos detalles, pero debes saberlos, de otro modo te ahorraría el relato. Dios es testigo de que quería hacerlo. Utilizaré pocas palabras.

»Ese día en que te dejé al cuidado del doctor y volví a lo de Boris, lo encontré trabajando en los 'Hados'. Geneviève, dijo, estaba dormida bajo el efecto de sedantes. Había estado por completo fuera de sí, me dijo. Siguió trabajando sin decir ya nada y yo me quedé observándolo. Antes que no mucho transcurriera, advertí que la tercera figura del grupo —la que mira directamente hacia adelante por sobre el mundo— tenía su cara; no como nunca se la viste, sino como lucía entonces y como lució hasta el final. Me gustaría encontrar una explicación para esto, pero no me será nunca posible.

»Bien, él trabajaba y yo lo observaba en silencio, y así seguimos casi hasta medianoche. Entonces oímos una puerta que se abría y se cerraba después de un golpe, y una rápida carrera en el cuarto vecino. Boris salió disparado por la puerta y yo fui tras él; pero llegamos demasiado tarde. Ella estaba en el fondo del estanque con las manos cruzadas sobre el pecho. Entonces Boris se disparó un tiro en el corazón. — Jack dejó de hablar, tenía gotas de sudor bajo los ojos y las delgadas mejillas le temblaban—. Llevé a Boris a su habitación. Luego volví y quité el infernal fluido del estanque y, dejando correr el agua, lavé el mármol hasta la última gota. Cuando por fin me atreví a descender los peldaños, la encontré yacente allí, blanca como la nieve. Por último, cuando hube decidido cuál sería la mejor medida por adoptar, fui al laboratorio, y primero vertí la solución del cuenco en el tubo de evacuación; luego, tras

ella, vertí el contenido de todas las botellas y todos los frascos. Había leña en el hogar, de modo que hice un fuego y rompiendo el cerrojo del gabinete de Boris, quemé todos sus papeles, las libretas de notas y las cartas que allí había. Con un mazo que hallé en el estudio, hice pedazos todas las botellas vacías y cargándolas en un cubo para carbón, las llevé al sótano y las arrojé al suelo calentado al rojo del horno. Seis veces repetí el viaje, y por fin ni el menor vestigio quedó de nada que pudiera servir de ayuda para reencontrar la fórmula que Boris había descubierto. Entonces, por fin, me atreví a llamar al doctor. Es un buen hombre y juntos luchamos por mantener el secreto ante el público. Sin su ayuda nunca yo lo habría logrado. Por último pagamos a los sirvientes y los enviamos al campo, donde el viejo Rosier los mantiene tranquilos con el cuento de los viajes de Boris y Geneviève por tierras distantes, desde donde no retornarán en largos años. Dimos sepultura a Boris en el pequeño cementerio de Sèvres. El doctor es un buen hombre y sabe cuándo tener piedad de alguien a quien no le es posible soportar ya más. Dio su certificado de una enfermedad cardíaca y no me formuló preguntas.

Entonces, levantando la cabeza de las manos, dijo:

—Abre la carta, Alec; es para los dos.

Rompí el sobre. Era el testamento de Boris fechado un año antes. Dejaba todo a Geneviève, y en caso de que ella muriera sin tener hijos, yo debía hacerme cargo de la casa de la rue Sainte-Cécile, y Jack Scott, de la administración en Ept. Al morir nosotros, la propiedad debía volver a la familia de su madre en Rusia, con excepción de los mármoles esculpidos ejecutados por él. Estos me los dejaba a mí.

La página se anubló ante nuestros ojos y Jack se puso de pie y se dirigió hacia la ventana. En seguida volvió y se sentó nuevamente. Tenía miedo de oír lo que iba a decir, pero él habló con la misma sencillez y gentileza.

—Geneviève yace ante la Madona en el cuarto de mármol. La Madona se inclina tiernamente sobre ella, y Geneviève sonríe a su vez a esa cara serena que jamás habría existido de no haber sido por ella.

Se le quebró la voz, pero me cogió la mano diciendo:

—Coraje, Alec.

A la mañana siguiente partió a Ept para cumplir el cometido de su cargo.

IV

Esa misma tarde cogí las llaves y me dirigí a la casa que tan bien conocía. Todo estaba en orden, pero el silencio era terrible. Aunque fui dos veces hasta la puerta del

cuarto de mármol, no me decidí a entrar. Estaba más allá de mis fuerzas. Fui al cuarto de fumar y me senté frente a la espineta. Sobre el teclado había un pañuelito de encaje y me alejé ahogado por la congoja. Era evidente que no podía quedarme allí, de modo que cerré todas las puertas, todas las ventanas y los tres portales delanteros y traseros y partí. A la mañana siguiente Alcide preparó mi maleta y dejándolo a cargo de mis apartamentos, cogí el expreso Oriente en dirección de Constantinopla. Durante los dos años que erré por el Oriente, en un principio nunca mencionábamos a Geneviève y a Boris en nuestras cartas, pero gradualmente sus nombres fueron apareciendo. Recuerdo en particular un pasaje de una de las cartas de Jack en respuesta a una de las mías.

«Lo que me dices de que viste a Boris inclinándose sobre ti y que te tocó la cara y que oíste su voz, por supuesto, me perturba. Lo que describes debió de haber sucedido una semana después de haber muerto. Me digo a mí mismo que estabas soñando, que eso formaba parte de tu delirio, pero la explicación no me satisface, ni tampoco te satisfaría a ti».

Hacia fines del segundo año me llegó una carta de Jack a la India tan distinta de nada que pudiera esperarse de él, que decidí volver a París sin demora. Escribía:

«Me encuentro bien y vendo mis cuadros como suelen hacerlo los artistas que no necesitan dinero. No tengo preocupaciones propias, pero me encuentro tan inquieto como si las tuviera. Me es imposible desembarazarme de cierta ansiedad por ti. No es aprensión, es más bien una expectativa extrema de Dios sabe qué. Por la noche siempre sueño contigo y con Boris. No recuerdo nunca nada después, pero me despierto a la mañana con el corazón palpitante y durante todo el día la excitación aumenta hasta que me quedo dormido a la noche para repetir la misma experiencia. Ello me tiene agitado, y me he decidido a terminar con tan mórbida situación. Debo verte. ¿Iré yo a Bombay o vendrás tú a París?»

Le telegrafié diciéndole que me esperara en el próximo vapor.

Cuando nos encontramos, lo encontré muy poco cambiado; yo, insistía él, tenía aspecto de gozar una perfecta salud. Era bueno escuchar nuevamente su voz, y cuando nos sentamos y conversamos acerca de lo que la vida nos tenía aún reservado, sentimos que era hermoso estar vivos en el esplendor de la primavera.

Nos quedamos en París una semana juntos, y luego fui con él por una semana a Ept, pero antes que nada visitamos el cementerio de Sèvres donde yacía Boris.

—¿Pondremos los «Hados» en el bosquecillo sobre su cuerpo? —preguntó Jack.

—Creo que solo la «Madona» debería vigilar la tumba de Boris —le respondí.

Pero mi regreso en nada mejoró la situación de Jack. Los sueños de los que no podía retener ni el menor esbozo definido continuaron, y decía que en ocasiones la sensación de expectativa intensa le resultaba sofocante.

—Ya ves que te hago daño en lugar de bien —le dije—. Prueba un cambio de vida sin mí.

De modo que él inició un viaje entre las Islas del Canal y yo regresé a París. No había entrado en casa de Boris, ahora mía, desde mi retorno, pero sabía que tendría que hacerlo. Jack la había mantenido en orden; había sirvientes en ella, de modo que abandoné mi propio apartamento y fui a vivir allí. En lugar de la agitación que había temido, descubrí que podía pintar allí tranquilamente. Visité todos los cuartos... menos uno. No podía decidirme a entrar en el cuarto de mármol donde yacía Geneviève y, sin embargo, sentía día a día crecer el anhelo de verla la cara, de arrodillarme junto a ella.

Una tarde de abril estaba tendido soñando en el cuarto de fumar, como lo había estado dos años antes, y mecánicamente busqué la piel de lobo entre las atezadas alfombras orientales. Por fin distinguí las orejas puntiagudas y la cruel cabeza achatada, y recordé el sueño en que había visto a Geneviève reclinada junto a ella. Los yelmos todavía colgaban sobre los raídos tapices, entre ellos el antiguo morrión español que Geneviève se había puesto una vez cuando nos divertíamos con las viejas armaduras. Miré nuevamente la espineta; cada una de las teclas amarillentas parecía dar expresión a su mano acariciante, y me puse en pie, atraído por la fuerza de la pasión de mi vida hacia la puerta sellada del cuarto de mármol. Las pesadas puertas giraron hacia adentro bajo mis manos temblorosas. La luz del sol se vertía por la ventana tiñendo de oro las alas de Cupido y se demoraba como una aureola sobre la frente de la Madona. Su tierna cara se inclinaba compasiva sobre una forma de mármol tan exquisitamente pura, que me arrodillé y me persigné. Geneviève yacía en la sombra bajo la Madona y, sin embargo, a través de sus blancos brazos veía la pálida vena azul, y bajo sus manos ligeramente asidas los pliegues de su vestido estaban teñidos de rosa, como si emanara de alguna luz apenas cálida dentro de su pecho.

Inclinándome con el corazón roto, rocé con los labios los pliegues de mármol, y luego volví a la casa silenciosa.

Vino una doncella que me trajo una carta, y me senté en el pequeño conservatorio para leerla; pero cuando estaba por romper el sello, al ver que la joven se demoraba, le pregunté qué quería.

Tartamudeó algo acerca de un conejo blanco que había sido atrapado en la casa y preguntó qué debía hacerse con él. Le dije que lo dejara libre en el jardín vallado tras la casa y abrí la carta. Era de Jack, pero tan incoherente que pensé que habría perdido el juicio. No era más que una serie de ruegos de que no abandonara la casa hasta que él regresara; no podía decirme por qué, eran los sueños, decía; no le era posible explicar nada, pero estaba seguro de que no debía abandonar la casa de la rue Sainte-Cécile.

Cuando terminé de leer, levanté la vista y vi a la misma sirvienta a la puerta que sostenía una pecera de cristal en la que nadaban dos pececillos dorados.

—Ponlos de nuevo en el tanque y explícame por qué me interrumpes —le dije.

Con un gemido a medias reprimido vació agua y peces en un acuario que había en el extremo del conservatorio, y volviéndose hacia mí me pidió permiso para abandonar su puesto a mi servicio. Dijo que la gente se estaba burlando de ella evidentemente con el fin de perjudicarla; habían robado el conejo de mármol y habían introducido otro vivo en la casa; los dos hermosos peces de mármol habían desaparecido y acababa de encontrar otros dos vivos saltando en el suelo del comedor. La consolé y le despedí diciéndole que yo mismo vigilaría. Fui al estudio; no había nada allí fuera de mis telas y algunos vaciados, con excepción del Lirio Pascual de mármol. Lo vi sobre una mesa en el otro extremo del cuarto. Me acerqué a él con enfado. Pero la flor que cogí de la mesa estaba fresca y frágil y llenaba el aire con su fragancia.

Entonces de pronto comprendí y me precipité por la puerta hacia el cuarto de mármol. Las puertas se abrieron bruscamente, la luz del sol me dio en la cara, a través de ellas la Madona sonreía mientras Geneviève levantaba su cara arrebolada de su lecho de mármol y abría sus ojos somnolientos.

EN LA CORTE DEL DRAGÓN

Oh, Tú que en tu corazón te quemas por los que se queman
En el infierno, cuyos fuegos alientas a tu vez;
¿Cuánto cundirá el grito «Tened piedad de ellos, Dios»?
¡Vaya! ¿Quién eres tú para enseñar y Él para aprender?

En la iglesia de St. Barnabé las vísperas habían terminado; el clérigo abandonó el altar; los pequeños niños del coro atravesaron el presbiterio y ocuparon su sitio en el banco. Un suizo de rico uniforme avanzó por el pasillo del sur haciendo resonar su bastón cada cuatro pasos sobre el suelo de piedras; tras él venía ese elocuente predicador y buen hombre que es Monseigneur C.

Mi asiento se encontraba cerca de la baranda del presbiterio. Me volví hacia el extremo oeste de la iglesia. Los demás entre el altar y el púlpito se volvieron también. Hubo algún arrastrar de pies y crujir de telas mientras la congregación se acomodó nuevamente; el predicador subió al púlpito y el órgano se acalló.

Siempre me había parecido sumamente interesante la música del órgano en St. Barnabé. Erudita y científica, era demasiado para mis escasos conocimientos, pero expresaba una vívida inteligencia, si bien fría. Además, poseía la francesa cualidad del gusto. El gusto reinaba supremo, autocontrolado, digno y reticente.

Hoy sin embargo, desde el primer acorde, había sentido un cambio para peor, un cambio siniestro. Durante las vísperas había sido principalmente el órgano del presbiterio el que había apoyado el hermoso coro, pero de vez en cuando, de modo del todo caprichoso, según parecía, desde la galería del Oeste donde se encontraba el gran órgano, una mano pesada había irrumpido en la iglesia alterando la serena paz de esas diáfanas voces. Era algo más que aspereza y disonancia y delataba no poca habilidad. Mientras irrumpía una y otra vez, recordé lo que mis libros de arquitectura decían acerca de la antigua costumbre de consagrar el coro no bien se edificaba, y la nave, que se terminaba a veces medio siglo más tarde, a menudo quedaba sin bendición alguna: me pregunté fantasioso si no sería ese el caso de St. Barnabé y si algo que no debía ser advertido se habría apoderado de la galería del Oeste. Había leído que tales cosas sucedían también, pero no en obras de arquitectura.

Entonces recordé que St. Barnabé no tenía mucho más de cien años, y me sonréí ante la incongruente asociación de las supersticiones medievales con esa animada obruta del rococó del siglo XVIII.

Pero ahora las vísperas habían terminado y deberían haber seguido unos pocos acordes tranquilos adecuados para acompañar la meditación mientras esperábamos el sermón. En lugar de ello, la discordancia en el extremo inferior de la iglesia irrumpió junto con la partida del clérigo como si nada pudiera controlarla.

Pertenezco a la especie de una generación más antigua y simple a la que no le gusta buscar en el arte sutilezas psicológicas; y me he negado siempre a encontrar en la música algo más que melodía y armonía, pero sentí que en el laberinto de sonidos que salían de ese instrumento se perseguía a alguien. Arriba y abajo los pedales iban tras él, mientras el teclado bramaba su aprobación. ¡Pobre diablo! Quienquiera que fuese no parecía tener esperanzas de escapatoria.

Mi fastidio nervioso transformóse en enfado. ¿Quién era el que estaba haciendo eso? ¿Cómo se atrevía a tocar así en medio del servicio divino? Miré a la gente que me rodeaba: nadie parecía perturbado para nada. Las plácidas frentes de las monjas arrodilladas, vueltas todavía hacia el altar, no habrían perdido nada de su devota abstracción bajo la pálida sombra de sus blancos tocados. La elegante señora a mi lado miraba expectante a Monseigneur C. Por lo que su cara delataba, el órgano podría haber estado tocando un Ave María.

Pero ahora, por fin, el predicador había hecho el signo de la cruz y ordenado silencio. Me volví hacia él de buen grado. Hasta entonces no había hallado el descanso que había buscado al entrar a St. Barnabé esa tarde.

Estaba agotado por tres noches de sufrimiento físico y perturbación mental: la última había sido la peor, y era un cuerpo exhausto y una mente obnubilada aunque agudamente sensitiva lo que había llevado a mi iglesia favorita para su curación. Porque había estado leyendo El Rey de Amarillo.

«El sol se eleva; ellos se reúnen y yacen en sus cubiles.» Monseigneur C. pronunciaba su texto con voz serena, mirando con calma a la congregación. Dirigí la mirada, no sé por qué, al extremo inferior de la iglesia. El organista salía detrás de los tubos y al pasar por la galería, lo vi desaparecer por una pequeña puerta que conduce a unas escaleras que descienden directamente a la calle. Era un hombre delgado y tenía la cara tan blanca como negro era su abrigo.

«¡De buena nos libramos! —pensé—. ¡Vaya música tan maligna! Espero que tu asistente improvise el final.»

Con un sentimiento de alivio, con un profundo y calmo sentimiento de alivio, me volví hacia la humilde cara en el púlpito, y me dispuse a escuchar. Aquí, por fin, estaba la paz mental que anhelaba.

—Hijos míos —decía el predicador— hay una verdad que el alma humana encuentra la más difícil: que nada tiene que temer. Nunca aprende que nada puede dañarla realmente.

«¡Curiosa doctrina —pensé— para un sacerdote católico! Veamos cómo reconcilia eso con los Padres.»

—Nada puede realmente dañar el alma —prosiguió con sus tonos más serenos y claros— porque...

Pero no oí el resto; mi mirada abandonó su cara, no sé por qué razón, y buscó el extremo inferior de la iglesia. El mismo hombre salía de detrás del órgano y avanzaba por la galería siguiendo el mismo camino. Pero no había tenido tiempo de volver y, si hubiera vuelto, lo habría visto. Sentí un ligero escalofrío y el corazón me dio un vuelco; y, sin embargo, sus idas y venidas no eran nada que me concerniera. Lo miré: no podía apartar la mirada de su figura negra y su cara pálida. Cuando estaba exactamente frente a mí, se volvió y lanzó a través de la iglesia, directamente a mis ojos, una mirada de odio intenso y mortal: jamás he visto otra igual. ¡Quiera Dios que jamás vuelva a verla! Luego desapareció por la misma puerta por la que lo había visto partir hacía menos de sesenta segundos.

Traté de ordenar mis pensamientos. Mi primera sensación fue como la de un niño muy pequeño que se ha lastimado y demora el aliento para echarse a llorar.

Descubrirme de pronto el objeto de un odio tal era exquisitamente doloroso: y ese hombre era un perfecto desconocido. ¿Por qué me odiaba así? A mí, a quien jamás había visto antes. Por un momento todas mis otras sensaciones se mezclaron con esta angustia: aún el miedo estaba subordinado a la pena y por ese momento no abrigué la menor duda; pero empecé a razonar y una sensación de incoherencia vino en mi ayuda.

Como lo he dicho, St. Barnabé es una iglesia moderna. Es pequeña y bien iluminada; uno la abarca toda casi de una mirada. La galería del órgano recibe una intensa luz blanca de una hilera de ventanas bajas en el triforio que no tiene siquiera cristales coloreados.

Como el púlpito está en medio de la iglesia, cuando me volvía hacia él, todo lo que se moviera en el extremo Oeste no escaparía a mi mirada. No era extraño que hubiera visto pasar al organista: sencillamente había calculado mal el intervalo entre su primera y su segunda aparición. Había entrado en ese lapso por la otra puerta lateral. En cuanto a la mirada que tanto me había alterado, no la había habido y yo no era más que un tonto víctima de mis propios nervios.

Miré a mi alrededor. ¡Vaya lugar para dar albergue a horrores sobrenaturales! La cara regular y razonable de Monseigneur C, sus modales controlados, sus ademanes aplomados y graciosos ¿no desalentaban la idea de un misterio espantable? Miré por sobre su cabeza y por poco no me echo a reír. Esa veleidosa señora que sostenía una esquina del pabellón del púlpito, semejante a un mantel de damasco con flecos al viento, en el primer intento de un basilisco de aposentarse en la galería del órgano lo apuntaría con su trompeta de oro y apagaría sin más su existencia. Reí a solas de la

ocurrencia que, en aquel momento, me pareció muy divertida, y me quedé sentado mofándose de mí mismo y de todos los demás, de la vieja arpía fuera de la baranda, que me había hecho pagar diez céntimos por mi asiento antes de permitirme pasar (me dije que se parecía mucho más a un basilisco que el organista de tan anémica apariencia): desde la tétrica vieja señora hasta... ¡ay, sí!, hasta el mismo Monseigneur C. Porque toda devoción había desaparecido. Nunca había hecho cosa semejante en mi vida, pero ahora sentía deseos de mofarme.

En cuanto al sermón, no escuché de él ni una palabra, pues en mis oídos resonaba
De cuaresma nos ha endilgado
Catorce sermones el predicador
Untuosos y largos y muy aburridos
al compás de los pensamientos más fantásticos e irreverentes.

No tenía ya sentido seguir allí sentado: debía salir afuera y desembarazarme de este odioso estado de ánimo. Sabía la grosería que estaba cometiendo, pero me puse de pie y abandoné la iglesia.

El sol primaveral brillaba en la rue St. Honoré mientras bajaba corriendo la escalinata de la iglesia. En una esquina había una carretilla llena de junquillos amarillos, pálidas violetas de la Riviera, oscuras violetas rusas y jacintos romanos blancos en medio de una nube dorada de mimosas. La calle estaba llena de gente endomingada en busca de placer. Hice girar mi bastón y reí junto con ellos. Alguien me alcanzó y siguió de largo. No se volvió, pero había en su pálido perfil la misma malignidad mortal que la que había habido en sus ojos. Lo observé mientras estuvo al alcance de mi vista. Su espalda estrecha expresaba la misma amenaza; cada paso que lo separaba de mí parecía llevarlo a cierto cometido relacionado con mi destrucción.

Avancé arrastrándome; mis pies casi se rehusaban a transportarme. Empezó a despertar en mí cierto sentimiento de responsabilidad por algo desde mucho tiempo atrás olvidado. Empezó a parecerme que merecía aquello con lo que me amenazaba: era algo que remontaba hasta muy atrás... muy, muy atrás. Había permanecido dormido todos estos años: estaba allí sin embargo, y no tardaría en surgir y enfrentarme. Pero intentaría escapar; y avancé con dificultad lo mejor que pude por la rue de Rivoli, a través de la Place de la Concorde, hasta el Quai. Miré con ojos enfermos el sol, que brillaba a través del rocío blanco de la fuente, derramado sobre las espaldas de oscuro bronce de los dioses fluviales, en el extremo lejano del Arc, una estructura de niebla amatista, en los incontables panoramas de tallos grises y ramas desnudas ligeramente verdes. Entonces lo vi venir nuevamente por la alameda de nogales del Cours la Reine.

Abandoné la vera del río, me interné ciegamente en los Champs Elysées y me dirigí hacia el Arc. El sol poniente iluminaba el césped verde del Rond-point: en pleno resplandor él estaba sentado en un banco rodeado de niños y de madres. No era más

que un ocioso en domingo, como los demás, como yo mismo. Pronuncié las palabras casi en voz alta, sin cesar de contemplar el odio maligno que había en su rostro. Pero él no me miraba. Pasé arrastrándome a su lado y avancé con pies de plomo por la Avenue. Sabía que cada vez que lo encontrara, el cumplimiento de su cometido y mi destino estarían más cerca. Y aún trataba de salvarme.

Los últimos rayos del sol poniente se vertían a través del gran Arc. Pasé bajo él, y me lo encontré cara a cara. Lo había dejado muy atrás en los Champs Elysées y, sin embargo, venía con un montón de gente que volvía del Bois de Boulogne. Se me acercó tanto que me rozó. Sentí su frágil estructura como de hierro dentro de su floja cubertura negra. No daba muestras de prisa, ni de fatiga, ni de sentimiento humano alguno. Todo su ser no expresaba más que una cosa: la voluntad y el poder de hacerme daño.

Lo miré angustiado avanzar por la ancha avenida llena de gente, en la que resplandecían ruedas y los jaeces de los caballos y los cascos de la Garde Republicaine.

Pronto lo perdí de vista; entonces me volví y hui. Al Bois y mucho más lejos todavía... no sé dónde fui, pero al cabo de un largo rato, según me pareció, la noche había caído y me encontré sentado a la mesa ante un pequeño café. Había vuelto errante al Bois. Habían transcurrido horas desde la última vez que lo había visto. La fatiga física y el sufrimiento mental no me dejaban ya capacidad para pensar o sentir. Estaba cansado ¡tan cansado! Anhelaba ocultarme en mi propia guarida. Me decidí a ir a casa. Pero había que recorrer un largo camino.

Vivo en la Corte del Dragón, un pasaje estrecho que va de la rue de Rennes a la rue du Dragon.

Era un Impasse, transitable solo por peatones. Sobre la entrada de la rue de Rennes hay un balcón sostenido por un dragón de hierro. Dentro del patio se levantan a ambos lados viejas casas altas y cierran los extremos que dan a ambas calles. Enormes portones giran en los goznes de profundas arcadas durante el día y cierran el patio después de anochecer, teniendo uno entonces que entrar llamando a ciertas puertecitas a los lados. El pavimento hundido acumula insalubres charcos. Empinadas escaleras bajan a las puertas que se abren al patio. Las plantas bajas están ocupadas por tiendas de artículos de segunda mano y herreros. Durante todo el día resuenan en el lugar martillos y barras de metal.

Aunque es insalubre abajo, hay vivacidad, comodidad y trabajo duro y honesto arriba.

En la quinta planta están los talleres de arquitectos y pintores y los refugios de estudiantes de edad mediana como yo, que quieren vivir solos. Cuando vine a vivir aquí era joven y no estaba solo.

Tuve que andar largo rato antes que un vehículo conveniente apareciera, pero por fin, cuando casi había llegado al Arc de Triomphe nuevamente, vino un coche vacío y lo cogí.

Desde el Arc hasta la rue de Rennes hay un camino de más de media hora, especialmente cuando uno es transportado por un caballo cansado que ha estado a merced de la gente que pasea en domingo.

Hubo tiempo antes de pasar bajo las alas del Dragón de encontrar a mi enemigo una y otra vez, pero no lo vi y mi escondite ahora no estaba lejos.

Ante el portón estaba jugando un grupo de niños. Nuestro conserje y su mujer estaban entre ellos con su perro de lanas negro manteniendo el orden; en la acera algunas parejas valsaban. Devolví su saludo y entré apresuradamente.

Todos los habitantes del patio habían salido a la calle. El lugar estaba completamente desierto, iluminado por unas pocas linternas que colgaban desde lo alto y en las que el gas ardía opacado.

Mi apartamento estaba en la última planta de la casa sobre el medio del patio, y se llegaba a él por una escalera que descendía casi hasta la misma calle dejando libre solo un estrecho pasaje. Puse el pie en el umbral de la puerta abierta; la amistosa y ruinosa escalera se alzaba ante mí para conducirme al descanso y el abrigo. Al mirar por sobre el hombro derecho, lo vi a diez pasos de distancia. Había entrado en el patio conmigo.

Avanzaba derecho, ni lenta ni velozmente, sino derecho hacia mí. Y ahora me estaba mirando. Por primera vez desde que nuestras miradas se cruzaron en la iglesia, volvían ahora a encontrarse nuevamente, y supe que la hora había llegado.

Retrocediendo por el patio, lo enfrenté. Tenía intención de escapar por la entrada de la rue du Dragon. Sus ojos me dijeron que jamás podría hacerlo.

Parecieron transcurrir siglos mientras yo retrocedía y él avanzaba por el patio en perfecto silencio; pero por fin sentí la sombra de la arcada, y el paso siguiente me llevó a su interior. Había tenido intención de volverme aquí y de un salto huir a la calle. Pero la sombra no era la de una arcada; era la de una bóveda. Las grandes puertas de la rue du Dragón estaban cerradas. Lo sentí por la negrura que me rodeaba, y en el mismo instante pude leer en su rostro. ¡Cómo brillaba su rostro en la oscuridad mientras se me acercaba! La profunda bóveda, las enormes puertas cerradas, los fríos cerrojos de hierro estaban todos de su lado. Aquello con que me había amenazado había llegado: se recogía y pesaba sobre mí en las insondables sombras; el punto desde el cual atacaría eran sus ojos infernales. Sin esperanzas, apoyé la espalda contra las puertas atrancadas y lo desafié.

Hubo arrastrarse de sillas en el suelo de piedra y crujir de vestidos al ponerse la congregación de pie. Podía oír a la guardia suiza en el pasillo sur que precedía a Monseigneur C. al dirigirse a la sacristía.

Las monjas arrodilladas abandonaron su devota abstracción y, haciendo una reverencia, partieron. La dama elegante, mi vecina, también se levantó con graciosa reserva. Al partir su mirada recorrió ligeramente mi rostro con desaprobación.

Medio sordo, o así me lo pareció a mí, aunque con suma intensidad atento a la menor trivialidad, me quedé sentado entre la multitud ociosa que avanzaba; luego me levanté yo también y me dirigí hacia la puerta.

Había estado dormido durante todo el sermón. ¿Lo había estado en realidad? Levanté la cabeza y lo vi dirigirse por la galería a su sitio. Solo lo vi de lado; su delgado brazo en su negra cobertura parecía uno de esos diabólicos instrumentos sin nombre esparcidos por las cámaras de tortura inutilizadas en los castillos medievales.

Pero me había escapado de él a pesar que sus ojos me habían dicho que no podría hacerlo. ¿Me había escapado de él? Del olvido, donde había tenido esperanzas de dejarlo, volvió lo que le daba poder sobre mí. Porque ahora lo conocí. La muerte y la espantosa morada de las almas perdidas a donde mi debilidad hacía ya mucho que lo había enviado, lo habían cambiado para cualesquiera ojos que no los míos. Lo había reconocido casi desde el principio; ni un momento dudé de lo que se proponía hacer; y ahora sabía que mientras mi cuerpo estaba sentado a salvo y animado en la pequeña iglesia, él había estado persiguiendo mi alma en el Patio del Dragón.

Me arrastré hacia la puerta; el órgano irrumpió en lo alto con estruendo. Una luz deslumbrante llenó la iglesia que borró el altar de mis ojos. La gente se desvaneció, los arcos, el techo abovedado desaparecieron. Dirigí mis ojos agostados al insondable resplandor y vi las estrellas negras en el cielo y los vientos húmedos del lago de Hali me helaron el rostro.

Y ahora, a lo lejos, sobre leguas de nubosas olas agitadas, vi la luna con perlas de rocío; y más allá las torres de Carcosa se alzaban tras la luna.

La muerte y la espantosa morada de las almas perdidas donde mi debilidad hacía ya mucho que lo había enviado, lo habían cambiado para cualesquiera ojos que no los míos. Y ahora oí su voz que se alzaba, crecía, tronaba en la luz relumbrante, y al yo caer, la radiación que aumentaba más y más vertía sobre mí olas de fuego. Entonces me hundí en las profundidades y oí al Rey de Amarillo que me susurraba al oído:

—¡Es terrible caer en las garras del Dios vivo!

EL HACEDOR DE LUNAS

He escuchado lo que los Conversadores conversaban: la conversación
Del principio y el fin;
Pero yo no converso del principio y el fin.
¡Vaya! ¿Quién eres tú para enseñar y Él para aprender?

I

Respecto a Yue-Laou y el Xin no sé más que lo que sabrán ustedes. Siento una tremenda ansiedad por aclarar el asunto. Quizá lo que escriba salve el dinero y las vidas del Gobierno de los Estados Unidos, quizás impulse al mundo científico a la acción; de cualquier modo pondré fin a la terrible incertidumbre que sufren dos personas. La certeza es mejor que la incertidumbre.

Si el Gobierno se atreve a no tener en cuenta esta advertencia y se niega a enviar sin demora, una expedición bien equipada, el pueblo del Estado se vengará sin vacilar de toda la región y dejará un devastado yermo ennegrecido donde ahora arboledas y prados florecidos bordean el lago de los Bosques del Cardenal.

Ustedes conocen ya parte de la historia; los periódicos de Nueva York publicaron abundantes y supuestos detalles. Esto sí es cierto: Barris atrapó al «Abrillantador» con las manos rojas o, más bien amarillas, porque sus bolsillos, sus botas y sus sucios puños estaban llenos de piezas de oro. Yo digo oro con conocimiento de causa. Ustedes llámenlo como quieran. Saben también cómo Barris fue... pero a no ser que empiece por el principio de mis propias experiencias, no estarán ustedes después de todo mejor enterados.

El tres de agosto de este año estaba yo en Tiffany's conversando con George Godfrey del departamento de diseño. Sobre el mostrador de cristal que nos separaba había una serpiente enrollada, una exquisita pieza de oro cincelado.

—No —replicó Godfrey a mi pregunta—, no es obra mía; me gustaría que lo fuera. ¡Vaya, hombre, es una obra maestra!

—¿De quién? —pregunté.

—También a mí me gustaría saberlo —dijo Godfrey—. Se la compramos a un viejo charlatán que dice que vive en el campo no lejos de los bosques del Cardenal. O sea cerca del lago Luz de Estrellas, según creo...

—¿El lago de las Estrellas? —sugirió.

—Algunos lo llaman lago Luz de Estrellas... es igual. Pues bien, mi rústico Reuben dice que él representa al escultor de esta serpiente para todo fin práctico y comercial. Obtuvo su precio, por lo demás. Esperamos que traiga alguna otra pieza. Ya hemos vendido esta al museo Metropolitan.

Yo me inclinaba ocioso sobre la caja de cristal, observando los ojos penetrantes del artista que parecían preciosos metales mientras observaban de cerca la serpiente de oro.

—¡Una obra maestra! —musitó para sí mientras acariciaba la ondulante figura—. ¡Mire la textura! ¡Vaya!

Pero yo no estaba mirando la serpiente. Algo se movía, salía arrastrándose del bolsillo de la americana de Godfrey, el bolsillo que tenía más cerca de mí, algo blando y amarillo con patas de cangrejo, cubierto de áspero vello amarillo.

—¡Por Dios! —exclamé—. ¿Qué tiene usted en el bolsillo? Está saliendo... ¡Está tratando de subir por su americana, Godfrey!

Él se volvió rápidamente y cogió a la criatura con la mano izquierda.

Yo me eché atrás mientras sostenía al repulsivo bicho colgando delante de mí; rio y lo puso sobre el mostrador.

—¿Vio alguna vez algo parecido? —preguntó.

—No —dije con sinceridad—, y espero no volver a verlo nunca. ¿Qué es?

—No lo sé. Pregúntaselo al museo de Historia Natural... ellos pueden decírtelo. Es, creo, el eslabón perdido, entre el erizo de mar, la araña y el diablo. Parece venenoso, pero no le encuentro colmillo ni boca. ¿Es ciego? Puede que estos sean sus ojos, pero parecen pintados. Un escultor japonés podría haber creado una bestia así de inverosímil, pero es difícil creer que sea obra de Dios. Además, parece sin terminar. Se me ocurre la loca idea de que esta criatura es solo una parte de un organismo más grande y todavía más grotesco... parece tan solitaria, tan desesperadamente dependiente, tan desdichadamente inacabada. La utilizaré como modelo. Si no sobrepaso a los japoneses en japonesidad, no me llamo Godfrey.

La criatura avanzaba lentamente por el cristal hacia mí. Me eché hacia atrás.

—Godfrey —dije—, asesinaría al hombre que realiza la obra que usted se propone. ¿Con qué fin quiere perpetuar semejante reptil? Puedo soportar los grotescos japoneses, pero no puedo soportar... esa... araña.

—Es un cangrejo.

—Cangrejo o araña o gusano ciego... ¡ajj! ¿Para qué quiere hacerlo? Es una pesadilla... ¡Es inmundo!

Odiaba al bicho. Era la primera criatura viviente por la que había sentido odio.

Hacía un tiempo que venía notando en el aire un húmedo olor acre, y Godfrey dijo que provenía del reptil.

—Pues entonces, mátelo y sepúltelo —dijo—. Además ¿de dónde ha salido?

—Tampoco eso lo sé —dijo Godfrey riendo—; lo vi adherido a la caja en que fue traída esta serpiente de oro. Supongo que mi viejo Reuben es el responsable.

—Si en los bosques del Cardenal acechan criaturas de esta laya —dijo—, siento ir allí.

—¿Irá usted de caza? —preguntó Godfrey.

—Sí, con Barris y Pierpont. ¿Por qué no mata a esa criatura?

—Vaya usted a esa expedición de caza y déjeme a mí en paz —dijo Godfrey riendo.

Yo me estremecí ante el «cangrejo» y me despedí de Godfrey hasta diciembre.

Esa noche Pierpont, Barris y yo estábamos sentados charlando en el vagón de fumar del Expreso de Quebec cuando el largo tren abandonó la estación del Gran Central. El viejo David se había adelantado con los perros; pobres animales, detestaban viajar en el vagón de equipajes, pero el ferrocarril de Quebec no dispone de comodidades para deportistas, de modo que David y los tres perdigueros deberían pasar una mala noche.

Con excepción de Pierpont, Barris y yo, el vagón estaba vacío. Barris, apuesto, corpulento, rojizo y bronceado, tamborileaba sobre el antepecho de la ventanilla mientras fumaba una corta y fragante pipa. La funda de su rifle estaba en el suelo junto a él.

—Cuando tenga el pelo cano y años de discreción —dijo Pierpont con languidez— no flirtearé con las doncellas bonitas. ¿Y tú, Roy?

—No —contesté mirando a Barris.

—¿Te refieres a la doncella de la cofia en el vagón pullman? —preguntó Barris.

—Sí —dijo Pierpont.

Me sonréí porque también yo la había visto.

Barris se retorció el rizado bigote grisáceo y bostezó.

—Es mejor que vosotros, chicos, os vayáis a la cama —dijo—. La doncella de esa señora es miembro del Servicio Secreto.

—Oh —dijo Pierpont— ¿una de tus colegas?

—Podrías presentárnosla, sabes —dijo—; el viaje resulta monótono.

Barris extrajo un telegrama de su bolsillo, y mientras se estaba allí sentado dándole vueltas entre sus dedos, se sonreía. Al cabo de un instante o dos, se lo alcanzó a Pierpont que lo leyó con las cejas ligeramente arqueadas.

—Es un chasco... supongo que está cifrado —dijo—. Veo que lo firma el general Drummond...

—Drummond, jefe del Servicio Secreto del Gobierno —dijo Barris.

—¿Se trata de algo interesante? —pregunté yo encendiendo un cigarrillo.

—Algo tan interesante —respondió Barris—, que yo mismo me ocuparé de ello...

—Y estropearás así nuestro trío de caza...

—No. ¿Quieres saber de qué se trata? ¿Tú quieras, Billy Pierpont?

—Sí —respondió ese inmaculado joven.

Barris frotó la boquilla de ámbar de su pipa con el pañuelo, despejó el cañón con un trocito de alambre, inhaló una o dos veces y apoyó las espaldas en el asiento.

—Pierpont —dijo— ¿recuerdas esa velada en el Club de los Estados Unidos, cuando el general Miles, el general Drummond y yo estábamos examinando esa pepita de oro que tenía el capitán Mahan? También tú la examinaste, creo.

—Lo hice —dijo Pierpont.

—¿Era oro? —preguntó Barris tamborileando sobre la ventana.

—Lo era —replicó Pierpont.

—También yo la vi —dije—; por supuesto, era oro.

—El profesor La Grange la vio también —dijo Barris—; dijo que era oro.

—¿Pues bien? —dijo Pierpont.

—Pues bien —dijo Barris—, no era oro.

Al cabo de un momento de silencio, Pierpont preguntó qué pruebas se habían hecho.

—Las pruebas habituales —contestó Barris—. La Casa de Moneda de los Estados Unidos está convencida de que es oro; también lo están todos los joyeros que la han visto. Pero no es oro y, sin embargo... sí es oro.

Pierpont y yo nos miramos.

—Ahora, para que Barris dé su acostumbrado efecto teatral —dije—: ¿de qué era la pepita?

—Prácticamente era de oro puro; pero —dijo Barris disfrutando intensamente la situación—, en verdad no era de oro. Pierpont ¿qué es el oro?

—El oro es un elemento, un metal...

—¡Equivocado, Billy Pierpont! —dijo Barris con tranquilidad.

—El oro era un elemento cuando yo iba a la escuela —dije.

—Hace dos semanas que ya no lo es —dijo Barris—; y con excepción del general Drummond, el profesor La Grange y yo, vosotros dos, jóvenes, sois las dos únicas personas, salvo una, que lo sabéis... o lo habéis sabido.

—¿Quieres decir que el oro es un metal compuesto? —preguntó Pierpont lentamente.

—Exactamente. La Grange lo ha logrado. Anteayer hizo una hoja de oro puro. La pepita era de oro manufacturado.

—¿Era posible que Barris bromeara? ¿Era esto un engaño colosal? Miré a Pierpont. Murmuró algo acerca de solucionar la cuestión de la plata y volvió la cara hacia Barris,

pero algo había en la expresión de este que prohibía las burlas, y Pierpont y yo nos quedamos pensativos.

—No me preguntéis cómo se hace —dijo Barris tranquilamente—; no lo sé. Pero si sé que en cierto sitio de la región de los bosques del Cardenal hay una banda de gente que sí sabe cómo se hace el oro y que lo hace. Sabéis el peligro que esto constituye para todas las naciones civilizadas. Hay que ponerle fin, por supuesto. Drummond y yo hemos decidido que yo soy el hombre indicado para hacerlo. Dondequiera esté esta gente y sea quien fuere... estos hacedores de oro... deben ser atrapados, cada uno de ellos... atrapados o muertos.

—O muertos —repitió Pierpont, que era propietario de la mina de oro de Traviesa y sus ingresos le parecían demasiado escasos—; el profesor La Grange será por supuesto prudente; no es preciso que la ciencia conozca cosas que alterarían el mundo.

—Pequeño Billy —dijo Barris riendo—, tus ingresos no corren peligro.

—Supongo —dije— que alguna falla de la pepita puso a La Grange sobre aviso.

—Exactamente. Quitó la falla antes de que la pepita fuera puesta a prueba. Trabajó en la falla y separó los tres elementos del oro.

—Es un gran hombre —dijo Pierpont—, pero será el hombre más grande del mundo si se guarda el descubrimiento para sí.

—¿Quién? —preguntó Barris.

—El profesor La Grange.

—Al profesor La Grange le dispararon un tiro en el corazón hace dos horas —dijo Barris lentamente.

II

Hacía cinco días que estábamos de caza en los bosques del Cardenal cuando un mensajero montado llevó un telegrama a Barris de la estación telegráfica más próxima, en Fuentes del Cardenal, un villorrio junto al ferrocarril de transporte de madera que se une al de Quebec y del Norte en la confluencia de los Tres Ríos, a treinta millas al sur.

Pierpont y yo estábamos sentados bajo los árboles, cargando como experimento ciertas cápsulas especiales; Barris estaba de pie junto a nosotros, bronceado, erecto, sosteniendo la pipa con cuidado para que ninguna chispa fuera a caer en la caja de pólvora. El ruido de cascós sobre la hierba llamó nuestra atención y cuando el delgado mensajero detuvo su cabalgadura frente a la casa, Barris avanzó y cogió el telegrama

sellado. Cuando lo hubo abierto, entró en la casa y reapareció en seguida leyendo algo que había escrito.

—Esto debe partir sin demora —dijo mirando al mensajero de lleno en la cara.

—Inmediatamente, coronel Barris —contestó el andrajoso campesino.

Pierpont levantó la cabeza y yo le sonréi al mensajero que cogía las riendas y se aprestaba a usar las espuelas. Barris le alcanzó la respuesta escrita y movió la cabeza en señal de despedida: hubo un sonido apagado de cascos en la hierba, un resonar de herraduras en la grava, y el mensajero desapareció. A Barris se le apagó la pipa y él fue a barlovento para reencenderla.

—Es raro —dije— que tu mensajero, un rústico nativo, hablara como alguien educado en Harvard.

—Se ha educado en Harvard —dijo Barris.

—La trama se complica —dijo Pierpont—. ¿Están los bosques del Cardenal llenos de hombres del Servicio Secreto, Barris?

—No —replicó Barris—, pero las estaciones telegráficas, sí. ¿Cuántas onzas de perdigón utilizas, Roy?

Se lo dije alcanzándole el vaso de medición ajustable de acero. Hizo una señal de aprobación. Al cabo de un instante o dos se sentó en un asiento de campamento junto a nosotros y cogió unas tenazas para detonador.

—El telegrama era de Drummond —dijo—; el mensajero era uno de mis hombres como vosotros dos brillantes muchachos lo habéis adivinado. ¡Bah! Si hubiera hablado el dialecto del condado del Cardenal, no os habrías dado cuenta.

—Su maquillaje era bueno —dijo Pierpont.

Barris hizo girar las tenazas para detonador y miró la pila de cápsulas cargadas. Luego cogió una y dobló hacia adentro su borde.

—Déjalas —dijo Pierpont—, tú aprietas demasiado.

—¿Recula tu pequeño rifle cuando los cartuchos están demasiado apretados? —preguntó Barris con ternura—; bien, que doble él sus propios cartuchos entonces. ¿Dónde está tu hombrecito?

«Su hombrecito» era una extravagante importación de Inglaterra, rígido, escrupulosamente limpio, que se embrollaba en la aspiración de las hachas, de nombre Howlett. Como valet, transportador de equipos, portador del rifle y doblador de cartuchos, ayudaba a Pierpont a soportar el ennui de la existencia haciéndolo todo por él excepto respirar. Últimamente, sin embargo, los escarnios de Barris habían logrado que Pierpont hiciera unas pocas cosas por sí mismo. Para su asombro, descubrió que limpiar el propio rifle no era una lata, de modo que tímidamente cargó una cápsula o dos, sintiéndose muy contento de sí mismo, cargó unas pocas más, las plegó y se fue a desayunar con gran apetito. De modo que cuando Barris preguntó

dónde estaba «su hombrecito», Pierpont no contestó, sino que sacó un vaso de perdigones de la bolsa y los volcó solemnemente en la cápsula llenada a medias.

El viejo David vino con los perros y, por supuesto hubo toda una fiesta cuando Voyou, mi perdiguero Gordon, meneó su espléndida cola sobre la mesa de cargar y arrojó por tierra una docena de cartuchos abiertos que vomitaron pólvora y perdigones.

—Llévate a los perros a una milla o dos de distancia —dijo—; estaremos en el refugio de caza de los Helechos Dulces aproximadamente a las cuatro, David.

—Dos rifles, David —agregó Barris.

—¿No irás? —preguntó Pierpont mirándolo mientras David desaparecía con los perros.

—Me espera una caza mayor —dijo Barris lacónico. Cogió un vaso de cerveza de la bandeja que Howlett acababa de dejarnos y bebió un largo trago. Nosotros hicimos lo mismo en silencio. Pierpont puso su vaso en el césped a su lado y reanudó la tarea de cargar cartuchos.

Hablamos del asesinato del profesor La Grange, de cómo las autoridades de Nueva York no lo habían hecho público por pedido de Drummond, de la certeza de que era uno de los miembros de la banda de los hacedores de oro el que lo había cometido y del posible estado de alerta de la banda.

—Oh, saben que Drummond los perseguirá tarde o temprano —dijo Barris—, pero no saben que los molinos de Dios ya han empezado la molienda. Esos listos periódicos de Nueva York hicieron algo mejor de lo que creían cuando uno de sus reporteros con ojos de hurón metió sus rojas narices en la casa de la calle Cincuenta y ocho y se deslizó fuera de ella con una columna escrita en los puños acerca del «suicidio» del profesor La Grange. Billy Pierpont, mi revólver está colgado en tu habitación; me llevaré el tuyo también...

—Sírvete a tu gusto —dijo Pierpont.

—Pasaré la noche afuera —continuó Barris—; todo lo que llevaré será mi poncho y algo de pan y de carne, con excepción de los «ladradores».

—¿Ladrarán esta noche? —pregunté.

—No, confío en que durante varias semanas. Solo olfatearé un poco. Roy ¿nunca te pareció extraño que esta maravillosa región estuviera deshabitada?

—Es como esos magníficos rápidos y extensiones de estanques que se encuentran en los ríos donde abundan las truchas y en los que jamás se ve un pez —sugirió Pierpont.

—Exacto, y solo Dios sabe por qué —dijo Barris—; creo que los seres humanos esquivan esta región por las mismas misteriosas razones.

—En consecuencia, la caza es más abundante —observé.

—La caza no está mal —dijo Barris—. ¿No has visto las agachadizas en el prado junto al lago? Todo teñido de pardo, tal es su abundancia. Ese es un magnífico prado.

—Es natural —dijo Pierpont—; jamás un ser humano despejó nunca esa tierra.

—Entonces es sobrenatural —dijo Barris—; Pierpont, ¿quieres venir conmigo?

El bello rostro de Pierpont se arreboló mientras contestaba lentamente:

—Es muy amable de tu parte... Si puedo...

—Tonterías —dije yo picado porque había invitado a Pierpont— ¿de qué sirve un pequeño Willy sin su hombre?

—Es cierto —dijo Barris gravemente—, puedes llevar a Howlett, ya sabes.

Pierpont musitó algo que terminaba en «dicción».

—Entonces —dije— habrá un solo rifle esta tarde en el refugio del Dulce Helecho.

Muy bien, espero que disfrutéis de vuestra cena fría y de vuestro lecho más frío aún. Llévate el camisón, Willy, y no duermas sobre la tierra húmeda.

—Deja a Pierpont tranquilo —replicó Barris—; tú irás la próxima vez, Roy.

—Oh, muy bien... ¿Quieres decir cuando haya tiroteo?

—¿Y yo? —preguntó Pierpont afligido.

—Tú también, hijo mío. ¡Dejad de pelear! ¿Quieres pedirle a Howlett que prepare nuestro equipo? Muy livianos, tenlo en cuenta... y nada de botellas, hacen ruido.

—Mi frasco no —dijo Pierpont y se fue a aprontarse para una noche de encuentros con merodeadores peligrosos.

—Es raro —dije— que nunca nadie se asiente en esta región. ¿Cuánta gente habita en Fuentes del Cardenal, Barris?

—Veinte contando al telegrafista y sin contar a los leñadores; estos están siempre cambiando y mudándose. Tengo a seis hombres entre ellos.

—¿Dónde no tienes hombres? ¿En los Cuatro Cientos?

—Tengo hombres allí también... camaradas de Willy, solo que él no lo sabe. David me dijo que hubo una gran desbandada de becadas anoche. Quizá caces algunas esta tarde.

Entonces charlamos de refugios de alisos y de pantanos hasta que Pierpont llegó de la casa y fue hora de partir.

—Au revoir —dijo Barris, sujetando con hebilla su equipo—, ven Pierpont y no andes por la hierba húmeda.

—Si no estás de vuelta mañana al mediodía —dije—, llevaré a Howlett y a David conmigo y os buscaremos. ¿Dijiste que ibais hacia el norte?

—Hacia el norte —respondió Barris consultando su brújula.

—Hay un sendero de dos millas y luego una huella señalada de otras dos —dijo Pierpont.

—Que no utilizaremos por varias razones —agregó Barris con amabilidad—; no te preocunes, Roy, y no te entrometas con tu maldita expedición; no hay peligro alguno.

Sabía, por supuesto, de qué estaba hablando y yo me tranquilicé.

Cuando el extremo de la chaqueta de caza de Pierpont hubo desaparecido en la espesura, me encontré solo con Howlett. Me sostuvo la mirada por un instante y luego, cortésmente, bajó la suya.

—Howlett —dije—, lleva estos cartuchos e implementos a la sala de armas y no dejes caer nada. ¿Le sucedió algo a Voyou esta mañana entre las zarzas?

—No le sucedió nada malo, señor Cardenhe —dijo Howlett.

—Entonces, ten cuidado de no dejar caer nada más —dije y me alejé dejándolo decorosamente desconcertado. Porque no había dejado caer ningún cartucho. ¡Pobre Howlett!

III

A las cuatro, poco más o menos, de aquella tarde, encontré a David y los perros en el soto desde donde se va al refugio del Dulce Helecho. Los tres perdigueros, Voyou, Gamin y Mioche, estaban cubiertos de plumas —David había matado a una becada y un par de gallos del bosque sobre ellos esa mañana— y correteaban cerca por el soto cuando yo aparecí con el rifle bajo el brazo y la pipa encendida.

—¿Cuáles son las perspectivas, David? —pregunté tratando de mantener tranquilos a los perros que agitaban la cola y gimoteaban—. ¡Hola!, ¿qué le sucede a Mioche?

—Una zarza en la pata, señor; se la quité y le cubrí la herida, pero le debe de haber entrado pedregullo. Si no tiene inconveniente, señor, podría regresar conmigo.

—Sería menos riesgoso —dije—; llévate también a Gamin, Solo necesito un perro esta tarde. ¿Cuál es la situación?

—Bastante buena, señor; los gallos del bosque están a un cuarto de milla del segundo robledal. Las becadas están en su mayoría en los alisos. Vi gran cantidad de becadas en los prados. Había algo más junto al lago... no sé qué, pero los patos silvestres salieron en desbandada con gran estruendo cuando yo estaba en la espesura como si una docena de zorros les mordiera las plumas de la cola.

—Probablemente un zorro —dije—; ata a esos perros, deben aprender a soportarlo. Estaré de regreso para la cena.

—Hay algo más, señor —dijo David demorándose con su rifle bajo el brazo.

—¿Y bien? —dije yo.

—Vi a un hombre en los bosques junto al refugio del Roble... al menos me pareció.

—¿Un leñador?

—Creo que no, señor... a menos... ¿hay un chino entre ellos?

—¿Un chino? No. ¿Quieres decir que viste a un chino en el bosque?

—Yo... creo que sí, señor. No puedo asegurarlo. Cuando corrí al refugio había desaparecido.

—¿Los perros lo advirtieron?

—No puedo decirlo con exactitud. Actuaron de modo algo raro. Gamin se echó a tierra y gimió... pudo haber sido un cólico... y Mioche aulló, quizá fuera el brezo.

—¿Y Voyou?

—Voyou fue el más notable, señor: se le erizó el pelo del lomo. Vi a una marmota que se dirigía a un árbol en la cercanía.

—No es raro entonces que a Voyou se le erizara el pelo. David, tu chino era un tronco o un montecillo de hierbas. Ahora llévate a los perros.

—Supongo que así fue señor; buenas tardes, señor —dijo David y se alejó con los Gordon dejándome solo con Voyou en el soto.

Miré al perro y él me miró a mí.

—¡Voyou!

El perro se sentó e hizo danzar las patas delanteras con sus hermosos ojos pardos resplandecientes.

—Eres un trámposo —dije—. ¿Dónde iremos, a los alisos o a las tierras altas? ¿A las tierras altas? ¡Bien! ¡A la busca de gallos del bosque! Sígueme de cerca, amigo mío, y demuestra tu milagroso autodominio.

Voyou se me pegó a los talones rehusándose noblemente a tener en cuenta las descaradas ardillas y los mil y un olores tentadores e importantes que un perro corriente no habría vacilado un instante en investigar.

En los bosques amarillos y pardos del otoño resonaban móviles montones de hojas y las ramas se quebraban a nuestro paso cuando abandonamos el soto para internarnos en el bosque. Todos los silenciosos arroyuelos, que se precipitaban al lago, lucían alegres transportando coloreadas hojas flotantes, las escarlatas del arce o las amarillas del roble. Sobre los estanques había manchas de luz solar que buscaban las pardas profundidades e iluminaban el fondo de grava donde escuelas de pececillos nadaban de aquí para allá y de allá para aquí, afanados en los objetivos de sus vidas minúsculas. Los grillos cantaban entre la larga hierba quebradiza a la vera del bosque, pero los dejamos muy atrás al penetrar el silencio del bosque profundo.

—¡Ahora! —le dije a Voyou.

El perro dio un salto adelante, trazó una vez un círculo, zigzagueó entre los helechos que nos gobernaban, todo en un momento, y se quedó inmóvil, rígido como un bronce esculpido. Avancé dos pasos levantando la escopeta, tres pasos, diez quizás, antes que un gran gallo del bosque se agitara en el helechal e irrumpiera entre la maleza en dirección de arbustos más espesos. Resplandeció mi escopeta, resonó el

eco en los acantilados boscosos y tras el ligero velo del humo algo oscuro cayó desde el aire en medio de una nube de plumas, pardas como eran pardas las hojas debajo.

—¡Busca!

Voyou partió de un salto y en un instante volvió al trote con el cuello arqueado, la cola rígida aunque en movimiento, sosteniendo tiernamente en su boca rosa una masa de plumas bronceadas y moteadas. Con suma gravedad, dejó el ave a mis pies y se agazapó muy cerca de ella, con sus sedosas orejas sobre las patas y el hocico en el suelo.

Dejé caer el gallo del bosque en la bolsa, mantuve un momento de acariciante comunicación silenciosa con Voyou y me puse la escopeta bajo el brazo e indiqué al perro que se pusiera en movimiento.

Debía de ser las cinco cuando llegué a un pequeño claro del bosque y me senté a respirar. Voyou se acercó y se me sentó delante.

—¿Y bien? —pregunté.

Voyou gravemente me ofreció una pata que yo cogí.

—No podremos estar de vuelta para la cena —dije—, de modo que lo mismo da no preocuparse. Es culpa tuya, lo sabes. ¿Tienes una espina en la pata? Veamos... ¡Ya está! Salió amigo, y estás en libertad de husmear por ahí y lamértela. Si dejas la lengua fuera se te llenará de ramitas y musgo. ¿No puedes echarte e intentar no jadear tanto? No, es inútil olfatear y mirar ese helechal, porque fumaremos un poco, echaremos un sueño y volveremos a casa a la luz de la luna. ¡Piensa en la gran cena que nos haremos! ¡Piensa en la desesperación de Howlett cuando no lleguemos a tiempo! ¡Piensa en todas las historias que podrás contar a Gamin y Mioche! ¡Piensa en lo buen perro que has sido! Vaya, estás cansado, viejo; parpadea cuarenta veces conmigo.

Voyou estaba algo fatigado. Se estiró sobre las hojas a mis pies, pero si dormía o no, no lo supe hasta que agitó sus patas traseras mientras soñaba con grandes proezas.

Ahora bien, puede que hubiera parpadeado cuarenta veces. Pero cuando me senté y abrí los ojos el sol no parecía haber descendido. Voyou levantó la cabeza, vio en mis ojos que no me disponía a partir todavía, dio con la cola media docena de veces contra las hojas secas y con un suspiro se reacomodó.

Miré ocioso a mi alrededor y por primera vez me di cuenta cuán bello era el sitio que había elegido para dormir una siesta. Era un claro oval en el corazón del bosque, nivelado y cubierto por una alfombra de hierba verde. Los árboles que lo rodeaban eran gigantescos; formaban un alto muro circular de verdor, borrándolo todo excepto el azul turquesa del óvalo de cielo. Y ahora notaba que en el centro del verdor había un estanque de aguas cristalinas, que resplandecían como un espejo en la hierba del prado, junto a una roca de granito. Apenas parecía posible que la simetría de árboles, prado y estanque translúcido pudieran ser uno de los accidentes de la naturaleza.

Nunca había visto antes este prado ni había oído a Pierpont o a Barris hablar de él. Era una maravilla ese claro cuenco diamantino, regular y gracioso como una fuente romana, engastado en la gema de las hierbas, Y estos gigantescos árboles... tampoco ellos correspondían a América, sino a algún bosque de Francia habitado de leyendas, donde mármoles cubiertos de musgo se levantan descuidados en oscuros valles y el crepúsculo del bosque cobija hadas y esbeltas figuras de tierras sombrías.

Yacía y contemplaba la luz del sol que bañaba la espesa maleza donde resplandecían flores carmesíes o un rayo aislado en el que brillaba el polvo y rozaba el borde de las hojas flotantes tiñéndolas del más pálido color dorado. Había pájaros también, que irrumpían entre las penumbras avenidas de los árboles como lenguas de fuego, el magnífico cardenal vestido de carmesí, el pájaro que daba al bosque, a la aldea a quince millas de distancia, al condado todo, el nombre de Cardenal.

Me volví de espaldas y contemplé el cielo. Qué pálido —más pálido que el huevo de un tordo— parecía. Era como si me encontrara en el fondo de un pozo de verdes paredes que se elevaban por todas partes. Y mientras yacía todo el aire a mi alrededor se llenó de delicado aroma. Más y más dulce, más y más penetrante era el perfume y me pregunté qué brisa errante que soplaría sobre acres de lirios podría haberlo traído. Pero no soplaba brisa; el aire estaba inmóvil. Una mosca dorada se posó en mi mano... una abeja. Parecía tan perturbada como yo ante el perfumado silencio.

Entonces, tras de mí, mi perro gruñó.

Me senté muy quieto en un principio, respirando apenas, pero mis ojos estaban fijos en una figura que se trasladaba a lo largo del borde del estanque entre las hierbas del prado. El perro había dejado de gruñir y miraba ahora fijamente, alerta y tembloroso.

Por fin me puse en pie y avancé rápidamente hacia el estanque con mi perro pegado a mis talones.

La figura de una mujer se volvió lentamente hacia nosotros.

IV

Estaba inmóvil cuando me aproximé al estanque. El bosque a nuestro alrededor estaba tan silencioso, que al hablar el sonido de mi propia voz me sobresaltó.

—No —dijo ella, y su voz era suave como el fluir del agua—, no me he perdido. ¿Su hermoso perro vendrá a mí?

Antes que pudiera hablar, Voyou se le acercó arrastrando y apoyó su sedosa cabeza contra las rodillas de ella.

—Por supuesto —le dije— no habrá venido usted aquí sola.

—¿Sola? Claro que vine sola.

—Pero el establecimiento más cercano es Cardenal, probablemente a diecinueve millas desde donde nos encontramos.

—No conozco Cardenal —dijo ella.

—Santa Cruz, en Canadá está a cuarenta millas cuando menos. ¿Cómo llegó a los bosques del Cardenal? —pregunté asombrado.

—A los bosques? —repitió ella con algo de impaciencia.

—Sí.

No respondió en un principio, sino que se estuvo acariciando a Voyou con gentileza en las palabras y en los gestos.

—Me gusta su hermoso perro, pero no me interroguen —dijo tranquilamente—. Me llamo Ysonde y vengo a la fuente a ver a su perro.

Había sido puesto en mi lugar. Al cabo de un instante dije que dentro de una hora oscurecería, pero ella no me replicó ni me miró.

—Este —aventuré— es un hermoso estanque... usted lo llama fuente... una deliciosa fuente; nunca la había visto antes. Es difícil imaginar que la naturaleza hizo todo esto.

—¿Lo es? —preguntó ella.

—¿No lo cree usted? —pregunté a mi vez.

—Nunca lo he pensado; querría cuando se fuera que me dejara su perro.

—¿Mi... mi perro?

—Si no tiene inconveniente —dijo ella con dulzura, y por primera vez me miró a la cara.

Por un instante nuestras miradas se encontraron, luego asumió un aire grave y advertí que su mirada estaba fija en mi frente. Súbitamente se puso en pie y se me acercó mirando con suma atención mi frente. Tenía una ligera marca allí, un minúsculo cuarto creciente sobre la ceja. Era una marca de nacimiento.

—¿Es eso una cicatriz? —preguntó acercándose.

—¿Esa marca con forma de cuarto creciente? No.

—¿No? ¿Está usted seguro? —insistió.

—Completamente —respondí atónito.

—¿Una... una marca de nacimiento?

—Sí ¿puedo preguntar por qué?

Cuando se alejó de mí, vi que el color le había abandonado las mejillas. Por un segundo se cubrió los ojos con ambas manos como para alejar mi imagen, luego dejando caer las manos, se sentó en un largo bloque de piedra que a medias rodeaba el cuenco y sobre el que, con asombro, vi grabados. Voyou fue a ella nuevamente y hundió la cabeza en su regazo.

—¿Cómo se llama? —preguntó después de transcurrido cierto tiempo.

—Roy Cardenhe.

—Yo me llamo Ysonde. Yo grabé estas libélulas en la piedra, estos peces y conchas y mariposas que ve.

—¡Usted! Son maravillosamente delicadas... pero esas no son libélulas americanas...

—No... son más hermosas. Mire, tengo el martillo y el cincel conmigo.

Sacó de un extraño bolsillo que llevaba a un lado un pequeño martillo y un cincel y me los tendió.

—Tiene usted mucho talento —dijo—. ¿Dónde ha estudiado?

—Yo? Nunca estudié. Sabía cómo hacerlo. Veía las cosas y las tallaba en piedra. ¿Le gustan? Alguna vez le mostraré otras cosas que he hecho. Si tuviera un gran pedazo de bronce podría hacer a su perro. ¡Es tan hermoso!

Se le cayó el martillo al agua y yo me incliné y sumergí el brazo en el agua para recuperarlo.

—Está allí brillando en la arena —dijo ella inclinándose junto conmigo.

—¿Dónde? —inquirí mirando el reflejo de nuestros rostros en el agua. Porque solo en el agua hasta entonces me había atrevido yo a mirarla largo tiempo.

El estanque espejaba el exquisito óvalo de su cabeza, los pesados cabellos, los ojos. Oí el sedoso crujido de su vestido, tuve el atisbo de un brazo blanco y el martillo fue recobrado goteante del agua.

La cara preocupada del estanque se serenó y una vez más vi reflejados sus ojos.

—Escuche —dijo en voz baja— ¿cree que volverá otra vez a mi fuente?

—Volveré —dijo. Tenía la voz opacada; el sonido del agua me llenaba los oídos.

Entonces una rápida sombra pasó sobre el estanque; me froté los ojos. Donde su cara reflejada había estado inclinada junto a la mía, nada se espejaba salvo el sol rosado de la tarde donde titilaba una pálida estrella. Me puse en pie y me volví. Había desaparecido. Vi la ligera estrella brillar sobre mí en el crepúsculo, vi los altos árboles inmóviles en el tranquilo aire de la tarde, vi mi perro dormido a mis pies.

El dulce aroma en el aire se había desvanecido, dejándome en las narices el pesado olor de los helechos y el moho del bosque. Un miedo ciego se apoderó de mí, cogí la escopeta y de un salto me interné en los bosques en penumbra. El perro me siguió haciendo crujir las malezas a mi lado. La luz se opacaba más y más, pero yo seguí avanzando, el sudor me bañaba la cara y el pelo, mi cabeza era un caos. Cómo llegué al soto, no lo sé. Al girar por el sendero, tuve el atisbo de una cara que me espiaba desde la negra espesura: una horrible cara humana, amarilla y tensa sobre altos pómulos y ojos estrechos.

Involuntariamente me detuve; el perro gruñó a mis tobillos. Entonces avancé de un salto hacia ella abriéndome camino ciegamente en la espesura, pero la noche había

caído deprisa, y me encontré jadeante y luchando en un laberinto de matorrales retorcidos y viñas entrelazadas, incapaz de ver siquiera la maleza que me tenía atrapado.

Fue con una cara pálida y llena de rasguños que me hice presente a una tardía cena aquella noche. Howlett me sirvió con mudo reproche en el rostro, pues la sopa había estado esperando y el gallo del bosque se había secado.

David trajo a los perros después que hubieron comido y yo acerqué la silla al fuego y puse la cerveza en una mesa junto a mí. Los perros se echaron a mis pies pestañeando gravemente ante las chispas que crepitaban y volaban en lluvias remolineantes desde los pesados leños de abedul.

—David —pregunté—, ¿dijiste que hoy viste a un chino?

—Así es, señor.

—¿Qué piensas de ello ahora?

—Debo de haberme equivocado, señor...

—Pero no lo crees. ¿Con qué clase de whisky llenaste hoy mi frasco?

—El de siempre, señor.

—¿He bebido mucho?

—Unos tres tragos, como de costumbre, señor.

—¿No crees que haya podido haber algún error con el whisky... alguna medicina que se haya mezclado con él, por ejemplo?

David se sonrió y dijo:

—No, señor.

—Pues bien —dije yo—, he tenido un sueño extraordinario.

Cuando dije «sueño», me sentí consolado y confiado. Apenas me había atrevido a decirlo antes, aún a mí mismo.

—Un sueño extraordinario —repetí—; me quedé dormido en el bosque a las cinco poco más o menos, en ese bonito claro donde la fuente... quiero decir, donde se encuentra el estanque. ¿Conoces el sitio?

—No, señor.

Lo describí minuciosamente dos veces, pero David sacudió la cabeza.

—¿Piedra tallada dijo usted, señor? Nunca la he visto. No se referirá a la Fuente Nueva...

—¡No, no! El claro se encuentra mucho más lejos ¿Es posible que alguien habite en el bosque entre este sitio y la frontera con Canadá?

—Nadie salvo en Santa Cruz; al menos, que yo lo sepa.

—Claro —dije—, cuando creí ver a un chino, fue mi imaginación que me engañó. Tu aventura seguramente me había impresionado más de lo que creía, claro. Tú no viste chino alguno, por supuesto, David.

—Probablemente no, señor —dijo David dubitativo.

Lo mandé a dormir diciéndole que mantendría a los perros toda la noche conmigo; y cuando se hubo ido, bebí un largo trago de cerveza «solo para avergonzar al diablo», como solía decir Pierpont, y encendí un cigarro. Luego pensé en Barris y Pierpont y en el frío lecho en que pasarían la noche, porque sabía que no se atreverían a encender un fuego y a pesar de la cálida chimenea que ardía crepitante en el rincón, me estremecí por identificación de ellos.

—Contaré a Barris y a Pierpont toda la historia y los llevaré a ver la roca tallada y la fuente —me dije—. ¡Qué maravilloso sueño fue... Ysonde! Si fue un sueño.

Entonces fui hacia el espejo y me examiné la ligera marca blanca por sobre la ceja.

V

A las ocho de la mañana siguiente poco más o menos yo miraba distraídamente la taza de café que Howlett estaba llenando, Gamin y Mioche empezaron a aullar y al instante siguiente oí los pasos de Barris en el portal.

—Hola, Roy —dijo Pierpont entrando ruidoso en el comedor—. ¡Quiero mi desayuno, caramba! ¿Dónde está Howlett...? ¡Nada de café au lait para mí! Quiero una chuleta con huevos. Mira ese perro, se arrancará la bisagra de la cola en cualquier momento...

—Pierpont —dije—, esa locuacidad es asombrosa, pero bienvenida. ¿Dónde está Barris? Estás empapado de la cabeza a los pies.

Pierpont se sentó y se arrancó sus tiesas sobre calzas embarradas.

—Barris está telefoneando a Fuentes del Cardenal... Creo que quiere que le envíen a algunos de sus hombres. ¡Gamin, idiota! Howlett, tres huevos escalfados y un poco más de tostadas... ¿Qué estaba diciendo? Oh, Barris. Dio con una cosa y otra que, espera, le permitirá localizar a esos fabricantes de oro. Lo pasé muy a gusto... Ya él te contará.

—¡Willy, Willy! —dije con complacido asombro—. ¡Estás aprendiendo a hablar! ¡Dios! Cargas tus propios cartuchos, llevas tu propia escopeta y la disparas tú mismo. ¡Vaya! Aquí está Barris completamente cubierto de barro. Verdaderamente tendrías que cambiarlos... ¡Pfui! ¡Qué olor tan espantoso!

—Es probablemente esto —dijo Barris arrojando algo al hogar donde se estremeció durante un momento y luego empezó a retorcerse—. Lo encontré en el bosque junto al lago. ¿Sabes qué puede ser, Roy?

Con disgusto vi que era otra de esas criaturas con algo de cangrejo, gusano y araña que Godfrey tenía en Tiffany's.

—Me pareció que reconocía ese olor acre —dijo—. ¡Por todos los santos, llévatelo de la mesa de desayuno, Barris!

—Pero ¿qué es? —insistió mientras se quitaba los prismáticos y el revólver.

—Te diré lo que sé después del desayuno —repliqué con firmeza—. Howlett, trae una escoba y barre esa cosa fuera de aquí. ¿De qué te ríes, Pierpont?

Howlett barrió la repulsiva criatura y Barris y Pierpont fueron a cambiar sus ropas empapadas de rocío por otras más secas. David vino para llevarse a los perros a tomar aire y a los pocos minutos reapareció Barris y ocupó su sitio a la cabecera de la mesa.

—Bien —dijo— ¿hay algo que contar?

—Sí, no mucho. Están cerca del lago al otro lado de los bosques... me refiero a los fabricantes de oro. Pillaré a uno de ellos esta tarde. No localicé todavía con certidumbre al grueso de la banda... Alcánzame la tostadora ¿quieres, Roy? No, sin certidumbre todavía, pero le echaré mano a uno de cualquier modo. Pierpont me ayudó mucho, en verdad y... ¿Qué te parece, Roy? ¡Quiere formar parte del Servicio Secreto!

—¿El pequeño Willy?

—Exactamente. ¡Oh, lo disuadiré! ¿Qué clase de reptil es el que traje? ¿Lo barrió Howlett?

—Por mí, puede volver a traerlo —dijo con indiferencia—. Terminé de desayunar.

—No —dijo Barris tragándose deprisa el café—, no tiene importancia; puedes hablarme del animal...

—Te merecerías que te lo hubieran servido sobre una tostada —le repliqué.

Pierpont entró radiante, refrescado por un baño.

—Sigue con tu historia, Ray —dijo; y yo les conté de Godfrey y su mascota reptil.

—Ahora bien ¿qué puede encontrar Godfrey de interesante en esa criatura, en nombre del sentido común? —terminé arrojando el cigarrillo a la chimenea.

—¿Crees que es japonesa? —preguntó Pierpont.

—No —dijo Barris—, no es un grotesco artístico, es vulgar y horrible... tiene aspecto barato y sin terminar...

—Sin terminar... Exacto —dijo—, como un humorista americano...

—Sí —dijo Pierpont—, barato. ¿Y qué hay de esa serpiente de oro?

—Oh, la compró el museo Metropolitan; tienes que verla, es una maravilla.

Barris y Pierpont habían encendido sus cigarrillos y, al cabo de un momento, todos nos levantamos y fuimos andando hacia el prado, donde se habían puesto sillas y tendido hamacas bajo los arces.

Pasó David con la escopeta bajo el brazo y los perros a los talones.

—Tres escopetas en los prados a las cuatro de esta tarde —dijo Pierpont.

—Roy —dijo Barris mientras David inclinaba la cabeza en señal de asentimiento— ¿qué hiciste ayer?

Esta era la pregunta que había estado esperando. Toda la noche había soñado con Ysonde y el claro en el bosque donde, en el fondo de la fuente cristalina, veía el reflejo de sus ojos. Toda la mañana, mientras me duchaba y me vestía me había estado convenciendo a mí mismo que no valía la pena contar el sueño y que buscar el claro y las imaginarias tallas de piedra era ridículo. Pero ahora, cuando Barris formuló la pregunta, me decidí a contar toda la historia.

—¡Ea, compañeros! —dije abruptamente—. Os contaré algo verdaderamente extraño. Os podéis reír tanto como queráis también, pero antes quiero hacerle a Barris una o dos preguntas. ¿Has estado en China, Barris?

—Sí —dijo Barris mirándome a los ojos.

—¿Es probable que un chino se hiciera leñador?

—¿Has visto a un chino? —preguntó con voz serena.

—No lo sé; David y yo imaginamos que sí lo vimos.

Barris y Pierpont se intercambiaron una mirada.

—¿También vosotros lo habéis visto? —pregunté, volviéndome para incluir a Pierpont en la pregunta.

—No —dijo Barris lentamente—; pero sé que hay o ha habido un chino en el bosque.

—¡El diablo! —exclamé.

—Sí —dijo Barris gravemente—; el diablo, si quieras... un diablo... un miembro de los Kuen-Yuin.

Acerqué mi silla a la hamaca donde Pierpont yacía extendido cuan largo era alcanzándome una bola de oro puro.

—¿Y bien? —dije mientras examinaba los grabados que había en su superficie, que representaban una masa de criaturas entrelazadas, dragones, supuse.

—Pues bien —repitió Barris extendiendo la mano para coger la bola de oro—, este globo en el que hay grabados reptiles y jeroglíficos chinos es el símbolo de los Kuen-Yuin.

—¿Cómo lo obtuviste? —pregunté, con el sentimiento de que oiría algo sorprendente.

—Pierpont lo encontró esta mañana junto al lago al amanecer. Es el símbolo de los Kuen-Yuin —repitió—, los terribles Kuen-Yuin, los hechiceros de China, y la más diabólica secta de asesinos que hay sobre la tierra.

Fumamos en silencio hasta que Barris se puso en pie y empezó a andar de aquí para allá entre los árboles, retorciéndose los bigotes grises.

—Los Kuen-Yuin son hechiceros —dijo deteniéndose ante la hamaca donde yacía Pierpont que los observaba—; quiero decir exactamente lo que digo: hechiceros. Los he visto, los he visto en sus diabólicas prácticas, y os repito solemnemente que así como hay ángeles en lo alto, hay una raza de diablos en la tierra, y son hechiceros.

¡Bah —exclamó—, habladme de la magia de la India y de yoguis y de todos esos engañabobos! Roy, te aseguro que los Kuen-Yuin tienen absoluto control de un centenar de millones de personas, dominan su mente y su cuerpo, su cuerpo y su alma. ¿Sabes lo que sucede en el interior de la China? ¿Lo sabe Europa? ¿Podría algún ser humano concebir la situación de esa inmensa fosa del infierno? Leéis los periódicos, oís cotorreos diplomáticos acerca de Li Chang y el Emperador. Veis crónicas de guerras en mar y tierra y sabéis que Japón ha iniciado una tempestad de juguete a lo largo del mellado filo de ese gran desconocido. Pero jamás habéis oído antes de los Kuen-Yuin; no, ni tampoco ningún europeo, salvo algún misionero aislado o dos, y sin embargo os digo que cuando las llamas de ese foso infernal hayan devorado el continente hasta la costa, la explosión inundará la mitad del mundo... y Dios ayude a la otra mitad.

A Pierpont se le apagó el cigarrillo; encendió otro y miró fijamente a Barris.

—Pero —agregó—, basta por hoy; sabéis, no tenía intención de decir tanto como lo hice; de nada serviría; aun tú y Pierpont lo olvidaréis; parece algo tan imposible y tan lejano... como que se apagara el sol. Lo que quiero discutir es la posibilidad o la probabilidad de que un chino, un miembro de los Kuen-Yuin se encuentre aquí en este momento, en el bosque.

—Si lo está —dijo Pierpont—, es posible que los fabricantes de oro le deban su descubrimiento.

—No lo dudo ni por un instante —dijo Barris con seriedad.

Cogí en la mano el pequeño globo de oro y examiné los caracteres que había grabados en él.

—Barris —dijo Pierpont—, no me es posible creer en la hechicería mientras llevo uno de los trajes de caza de Sandford's en uno de cuyos bolsillos hay un volumen de la Duquesa con las páginas sin cortar todavía.

—Tampoco yo —dije—, porque leo el Evening Post y sé que el señor Godkin no lo permitiría. ¡Vaya! ¿Qué sucede con esta bola de oro?

—¿Qué sucede? —preguntó Barris torvamente.

—Pues... pues, está cambiando de color... púrpura, carmesí... no, quiero decir, verde... ¡Dios de los Cielos! Los dragones se retuercen bajo mis dedos...

—¡Imposible! —murmuró Pierpont inclinándose sobre mí—; esos no son dragones...

—¡No! —exclamé excitado—. Son imágenes de ese reptil que trajo Barris... Mirad, mirad como se arrastran y se vuelven...

—Déjala caer —ordenó Barris; y yo arrojé la bola por tierra. En un instante todos nos habíamos arrodillado en la hierba junto a ella, pero la bola era otra vez de oro, con sus grotescos grabados de dragones y signos extraños.

Pierpont, con la cara algo enrojecida, la recogió y se la alcanzó a Barris. Este la puso en una silla y se sentó a mi lado.

—¡Pfui! —exclamé enjugándome el sudor de la cara—. ¿Cómo es el truco, Barris?

—¿Truco? —dijo Barris despectivo.

Miré a Pierpont y el corazón me dio un vuelco. Si no era un truco ¿qué era? Pierpont me devolvió la mirada y enrojeció, pero todo lo que dijo fue:

—Diabólicamente extraño.

Y Barris respondió:

—Diabólicamente, sí.

Entonces Barris me pidió que volviera a contar mi historia, y yo lo hice, empezando por el instante en que me encontré en el soto con David hasta el momento en que salté a la espesura en sombras desde donde esa máscara amarilla se había sonreído como una calavera fantasma.

—¿Intentamos encontrar la fuente? —pregunté al cabo de una pausa.

—Sí... y... este... la joven —sugirió Pierpont vagamente.

—No seas asno —dije con algo de impaciencia—, no es preciso que vengas, ya lo sabes.

—Oh, iré —dijo Pierpont—, a no ser que me crean indiscreto...

—Calla, Pierpont —dijo Barris—, esto es serio; jamás oí de semejante claro o de semejante fuente, claro que nadie conoce enteramente este bosque. Vale la pena intentarlo; Roy ¿puedes encontrar el camino de regreso hasta allí?

—Sin dificultad —respondí—. ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

—Se echará a perder nuestra partida de caza —dijo Pierpont—, pero cuando uno tiene la oportunidad de encontrar en la realidad una mujer de ensueños...

Me puse en pie profundamente ofendido, pero Pierpont no estaba muy compungido y su risa era irresistible.

—La joven te pertenece por derecho, pues tú la descubriste —dijo—. Prometo no inmiscuirme en tus sueños... O soñar con otras mujeres...

—Vamos, vamos —dije—, haré que Howlett te ponga en cama dentro de un minuto. Barris, si estás pronto... Podemos volver para la casa.

Barris se había puesto en pie y me miraba con gravedad.

—¿Qué ocurre? —pregunté nervioso, porque vi que su mirada se me clavaba en la frente, y recordé a Ysonde y la blanca cicatriz en forma de cuarto creciente.

—¿Es eso una marca de nacimiento? —preguntó Barris.

—Sí ¿por qué, Barris?

—Por nada, es una interesante coincidencia...

—¿Cómo? ¡Por Dios...!

—La cicatriz... o más bien, la marca de nacimiento. Es la huella de la garra del dragón: el símbolo en forma de cuarto creciente de Yue-Laou.

—¿Y quién demonios es Yue-Laou? —pregunté bastante enfadado.

—Yue-Laou, el Hacedor de Lunas, Dzil-Nbu de los Kuen-Yuin; es mitología china, pero creo que Yue-Laou ha retorna do para gobernar a los Kuen-Yuin...

—La conversación —interrumpió Pierpont— sabe a pavos reales, plumas y avispas con pintas amarillas. Las viruelas locas le han dejado su tarjeta de visita a Roy y Barris nos está tomando el pelo. Vamos, compañeros, y visitemos a la mujer de los sueños. Barris, oigo el ruido de galope; aquí vienen tus hombres.

Dos jinetes chapalearon salpicando barro hasta la galería y desmontaron ante una señal de Barris. Noté que los dos llevaban rifles de repetición y pesados revólveres Colt.

Siguieron a Barris con deferencia al comedor y en seguida oímos tintinear de platos y botellas y el bajo canturreo de la musical voz de Barris.

Media hora más tarde volvieron a salir, saludaron a Pierpont y a mí y se alejaron galopando en dirección a la frontera de Canadá. Transcurrieron diez minutos y, como Barris no aparecía, nos pusimos en pie y entramos en la casa para encontrarlo. Estaba sentado en silencio frente a la mesa observando el pequeño globo de oro, en el que refulgía ahora un fuego escarlata y anaranjado, brillante como un carbón encendido. Howlett, boquiabierto y los ojos que se le saltaban de las órbitas, estaba de pie petrificado detrás de él.

—¿Vienes? —preguntó Pierpont algo sobresaltado. Barris no respondió. El globo, lentamente, recobró su color de oro pálido... pero la cara con que nos miró Barris estaba blanca como un papel. Luego se puso en pie y se sonrió con un esfuerzo que nos resultó penoso a todos.

—Dadme un lápiz y un trozo de papel —dijo.

Howlett los trajo. Barris se dirigió a la ventana y escribió rápidamente. Dobló el papel, lo puso en el cajón superior de su mesa escritorio, cerró el cajón, me dio la llave y nos hizo señas de que lo precediéramos.

Cuando estuvimos otra vez bajo los arces, se volvió hacia mí con una expresión impenetrable.

—Ya sabrás cuándo utilizar esa llave —dijo—. Ven, Pierpont, debemos tratar de encontrar la fuente de Roy.

Esa tarde a las dos, por sugerencia de Barris, abandonamos la búsqueda del claro y atravesamos el bosque hasta el soto donde David y Howlett nos esperaban con nuestras escopetas y los tres perros.

Pierpont me tomó el pelo implacablemente por la «mujer de ensueño», como la llamaba, y, si no hubiera sido por la significativa coincidencia de las preguntas de Ysonde y Barris acerca de la cicatriz blanca que tenía en la frente, yo sabría estado perfectamente persuadido que todo no había sido más que un sueño. Tal como el asunto se manifestaba, no tenía explicación alguna. No habíamos podido encontrar el claro, aunque cincuenta veces llegué a las señales que me convencieron que estábamos a punto de entrar en él. Durante toda la búsqueda Barris se mantuvo en silencio sin dirigirnos apenas una palabra. Nunca lo había visto antes con tal depresión de espíritu. No obstante, cuando avistamos el soto donde nos esperaba una pieza de gallo del bosque fría y una botella de Borgoña, Barris pareció recobrar su buen humor habitual.

—¡Por la mujer de ensueño! —dijo Pierpont levantando la copa y poniéndose de pie.

No me gustó. Aun cuando no fuera más que un sueño me irritaba oír la voz burlona de Pierpont. Quizá Barris lo comprendió, no lo sé, pero le pidió a Pierpont que se bebiera su vino sin hacer más bulla, y el joven obedeció con una confianza infantil que hizo casi sonreír a Barris.

—¿Qué hay de las agachadizas, David? —pregunté—. El prado debe de estar en buenas condiciones.

—No hay ni una agachadiza en el prado, señor —dijo David solemnemente.

—Imposible —exclamó Barris—, no pueden haber partido.

—Pues partieron, señor —dijo David con una voz sepulcral que apenas le reconocí.

Los tres miramos al hombre con curiosidad a la espera de una explicación de esta decepcionante aunque asombrosa información.

David miró a Howlett y Howlett examinó el cielo.

—Yo iba —empezó el viejo con la mirada fija en Howlett— yo iba a lo largo del soto con los perros, cuando oí un ruido en el refugio y vi a Howlett que marchaba deprisa hacia mí. De hecho —continuó David—, puedo afirmar que corría. ¿Corría usted, Howlett?

Howlett dijo con una voz decorosa:

—Les pido perdón —dijo David—, pero preferiría que Howlett contara el resto. Él vio cosas que yo no vi.

—Prosigue Howlett —ordenó Pierpont sumamente interesado.

Howlett tosió otra vez tras su manzana roja.

—Lo que dice David es cierto, señor —empezó—; observé a los perros desde cierta distancia, señor, cómo actuaban, y David se detuvo para encender la pipa tras el abedul cuando una cabeza asomó por el refugio sosteniendo un palo como si apuntara con él a los perros, señor...

—¿Una cabeza que sostenía un palo? —preguntó Pierpont con severidad.

—La cabeza y las manos, señor —explicó Howlett—, las manos sostenían un palo pintado... así, señor. «Howlett» me digo, «esto es bien raro», de modo que salto y corro, pero el miserable me había visto, y cuando llego a la altura de David, había desaparecido.

»—¡Vaya, Howlett! —me dice David—. ¿Cómo diablos, con su perdón, señor, cómo llegó aquí? —dice en voz alta.

»—¡Corra! —le digo—. ¡El chino está azuzando a los perros!

»—¡Por Dios! ¿Qué chino? —dice David apuntando con su escopeta a cada arbusto. Entonces me parece que lo veo y los dos corremos y corremos y los perros vienen saltando a nuestros talones, señor, pero no vemos al chino.

—Yo contaré el resto —dijo David mientras Howlett tosió y se retiró modestamente tras los perros.

—Prosigue —dijo Barris con voz extraña.

—Pues bien, señor, cuando Howlett y yo abandonamos la persecución, estábamos en el acantilado que da al prado del sur. Vi que había centenares de aves allí, en su mayoría zarapitos y frailecillos, y Howlett las vio también. Entonces, antes que pudiera decirle una sola palabra a Howlett, algo en el lago salpicó, una salpicadura como si todo el acantilado hubiera caído en el agua. Me asusté tanto que de un salto me oculté tras la maleza y Howlett se sentó deprisa, y todas las agachadizas giraron en lo alto, por centenares, todas chillando de miedo, y los patos silvestres pasaron aturdidos sobre el prado como si los persiguiera el diablo.

David hizo una pausa y miró pensativo a los perros.

—Prosigue —dijo Barris con la misma tensión en la voz.

—Nada más, señor. Las agachadizas no volvieron.

—Pero ¿la salpicadura en el lago?

—No sé lo que fue, señor.

—¿Un salmón? ¿Un salmón no podría haber asustado de ese modo a las agachadizas y a los patos?

—No ¡oh, no, señor! Si cincuenta salmones hubieran saltado, no habrían producido semejante salpicadura. ¿No es cierto, Howlett?

—De ningún modo —dijo Howlett.

—Roy —dijo Barris por fin—, lo que nos cuenta David interrumpe la caza por hoy. Llevaré a Pierpont a la casa. David y Howlett nos seguirán con los perros... Tengo algo

que decirles. Si quieres, ven; si no, ve a cazar un par de gallos del bosque para la cena y vuelve a las ocho si quieras ver lo que Pierpont y yo descubrimos anoche.

David silbó para que Mioche y Gamin acudieran y siguió a Howlett cargado de enseres a la casa. Llamé a Voyou a mi lado, cogí mi escopeta y me volví a Barris.

—Estaré de regreso a las ocho —dije—; esperas atrapar a uno de los fabricantes de oro ¿no es cierto?

—Sí —dijo Barris distraídamente.

Pierpont empezó a hablar del chino, pero Barris le hizo señas de que lo siguiera y, saludándose con la cabeza, cogió el camino que Howlett y David habían seguido hacia la casa. Cuando desaparecieron, me puse la escopeta bajo el brazo y me volví bruscamente hacia el bosque mientras Voyou me seguía trotando a los talones.

A pesar de mí mismo, la continua aparición del chino me ponía nervioso. Si volvía a molestarme, estaba firmemente decidido a pillarlo y averiguar qué estaba haciendo en los bosques del Cardenal. Si no podía dar una explicación satisfactoria, lo llevaría ante Barris como sospechoso de ser uno de los fabricantes de oro; lo pillaría de cualquier manera, pensé, y libraría al bosque de su fea cara. Me preguntaba qué sería lo que David había oído en el lago. Debió de haber sido un pez grande, un salmón, pensé; probablemente el caso del chino habría exasperado los nervios de David y Howlett.

Un gemido del perro rompió el hilo de mis meditaciones y levanté la cabeza. Me detuve en seco.

El cloro perdido estaba delante de mí.

El perro había ya entrado en él de un salto y corrido por el aterciopelado césped hacia la piedra tallada donde estaba sentada una esbelta figura. Vi que mi perro apoyaba su sedosa cabeza cariñosamente sobre su túnica de seda; vi la cara de ella inclinada sobre él y sin respirar apenas, entré lentamente en el claro iluminado por el sol.

Casi con timidez me tendió una blanca mano.

—Ahora que ha venido —dijo— puedo mostrarle otros trabajos míos. Le dije que podía hacer otras cosas además de estas libélulas y mariposas en la piedra. ¿Por qué me mira así? ¿Se encuentra enfermo?

—Ysonde —farfullé.

—Sí —dijo ella con un ligero color bajo los ojos.

—Yo... no esperaba volver a verla —dije con dificultad—. Tú... creí que eras un sueño... Pensé que había soñado...

—¿Soñar contigo? Quizá soñaste. ¿Es eso tan raro?

—¿Raro? No... pero ¿dónde fuiste cuando... cuando nos inclinábamos juntos sobre la fuente? Veía tu cara... tu cara reflejada junto a la mía y de pronto solo vi el cielo azul en que brillaba una estrella.

—Fue porque te quedaste dormido —dijo— ¿no fue así?

—¿Yo... dormido?

—Te dormiste... Pensé que estarías muy fatigado y regresé...

—¿Regresaste? ¿A dónde?

—A mi casa, donde tallo mis hermosas imágenes; mira, aquí hay una que traje para mostrarte.

Cogí el animal esculpido que me ofrecía, un lagarto de oro macizo con frágiles alas desplegadas de oro tan delgado que el sol ardía a través de él y teñía el suelo de flamígeras manchas doradas.

—¡Dios de los cielos! —exclamé—. ¡Esto es asombroso! ¿Dónde aprendiste a hacer un trabajo semejante? ¡Ysonde, esto no tiene precio!

—Oh, así lo espero —dijo ella con seriedad—. No me gusta vender mi obra, pero mi padrastro la coge y se la lleva. Esto es lo segundo que hago y ayer me dijo que debo dárselo. Supongo que es pobre.

—No me explico cómo puede ser pobre si te da oro para esculpir —dije asombrado.

—¡Oro! —exclamé—. ¡Oro! ¡Tiene una habitación llena! Él lo fabrica.

Me senté en la hierba a sus pies enteramente amilanado.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella algo perturbada.

—¿Dónde vive tu padrastro?

—Aquí.

—¡Aquí!

—En los bosques cerca del lago. Nunca podrías encontrar su casa.

—¡Una casa!

—Pues claro. ¿Creías que vive en un árbol? Qué tontería. Vivo con mi padrastro en una hermosa casa... una casa pequeña, pero muy hermosa. Él fabrica el oro allí, pero los hombres que se lo llevan jamás van a la casa porque no saben dónde se encuentra y, si lo supieran, no podrían entrar en ella. Mi padrastro lleva el oro a un saco de lona. Cuando el saco está lleno, lo lleva a los bosques donde viven los hombres y no sé qué hacen con él. Me gustaría que vendiera el oro y se enriqueciera, pues entonces podría regresar a Yian, donde todos los jardines son dulces y el río fluye bajo los mil puentes.

—¿Dónde está esa ciudad? —pude musitar apenas.

—¿Yian? No lo sé. El perfume y el sonido de las campanas de plata la llenan de dulzura todo el día. Ayer llevaba una flor de loto seca de Yian en el pecho y todos los bosques se llenaron de fragancia. ¿No la oliste? Me preguntaba anoche si la habrías sentido. ¡Qué hermoso es tu perro! Lo amo. Ayer pensaba más en tu perro, pero anoche...

—Anoche —repetí por debajo de mi aliento.

—Pensé en ti. ¿Por qué llevas la garra del dragón?

Llevé la mano impulsivamente a la frente ocultando la cicatriz.

—¿Qué sabes de la garra del dragón? —musité.

—Es el símbolo de Yue-Laou y Yue-Laou gobierna a los Kuen-Yuin, dice mi padrastro. Mi padrastro me dice todo lo que sé. Vivimos en Yian hasta que tuve dieciséis años. Ahora tengo dieciocho; hace dos años que vivimos en el bosque. ¡Mira esos pájaros de color escarlata! ¿Qué son? Hay pájaros del mismo color en Yian.

—¿Dónde está Yian, Ysonde? —pregunté con calma mortal.

—Yian? No lo sé.

—Pero tú has vivido allí.

—Sí, mucho tiempo.

—¿Está más allá del océano, Ysonde?

—Está más allá de siete océanos y el gran río, más largo que la distancia de la tierra a la luna.

—¿Quién te dijo eso?

—¿Quién? Mi padrastro. Él me lo dice todo.

—¿Quieres decirme su nombre Ysonde?

—No lo sé, él es mi padrastro, eso es todo.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Lo sabes, Ysonde.

—Sí, pero el otro, el apellido.

—Eso es todo, Ysonde. ¿Tú tienes dos nombres? ¿Por qué me miras con tanta impaciencia?

—¿Tu padrastro fabrica oro? ¿Lo has visto hacerlo alguna vez?

—Oh, sí. Lo fabricaba también en Yian, y me encantaba ver las chispas en la noche, revoloteando como abejas doradas. Yian es hermosa... es como nuestro jardín y los jardines de alrededor. Desde mi jardín puedo ver los mil puentes y la montaña blanca más allá...

—¿Y la gente? ¡Háblame de gente, Ysonde! —la insté con gentileza.

—¿La gente de Yian? Podía verla en enjambres, como hormigas, muchos millones que cruzaban y recruzaban los mil puentes.

—Pero ¿qué aspecto tenían? ¿Vestían como yo?

—No lo sé. Estaban muy lejos, eran como manchas móviles sobre los mil puentes. Durante dieciséis años los vi cada día desde mi jardín, pero nunca salí de mi jardín a las calles de Yian porque mi padrastro me lo había prohibido por completo.

—¿Nunca viste de cerca en Yian a un ser vivo? —le pregunté exasperado.

—Mis pájaros, oh, pájaros de aspecto tan sabio, de color gris y rosado.

Se inclinó sobre el agua y rozó la superficie con su tersa mano.

—¿Por qué me haces estas preguntas? —musité—. ¿Estás disgustado?

—Háblame de tu padrastro —insistí—. ¿Tiene aspecto semejante al mío? ¿Viste, habla como yo? ¿Es americano?

—¿Americano? No lo sé. No viste como tú, ni tampoco tiene tu aspecto. Es viejo, muy, muy viejo. A veces habla como tú, otras como lo hacen en Yian. También yo hablo de las dos maneras.

—Entonces habla como lo hacen en Yian —la insté con impaciencia—, habla como... ¡Vaya! ¡Ysonde! ¿Por qué lloras? ¿Te he ofendido? No era mi intención... ¡Ni soñaba que te molestaría! Vamos, Ysonde, perdóname... Mira, te lo pido de rodillas a tus pies.

Me interrumpí, mi mirada fija en una pequeña bola de oro que le colgaba de la cintura por una cadena dorada. La vi temblando sobre su muslo, la vi cambiar de color, ora carmesí, ora púrpura, ora llameante escarlata. Era el símbolo de los Kuen-Yuin.

Ella se inclinó sobre mí y puso sus dedos suavemente en mi brazo.

—¿Por qué me preguntas esas cosas? —inquirió, y las lágrimas le brillaban en las pestañas—. Me hace doler aquí —se presionó el pecho con la mano—, me duele. No sé por qué. ¡Ah, tienes los ojos duros y fríos otra vez! Miras la bola de oro que me cuelga de la cintura. ¿Deseas saber qué es?

—Sí —murmuré con la mirada fija en el infernal color flameante que empalideció mientras hablaba cobrando otra vez un claro color dorado.

—Es el símbolo de los Kuen-Yuin —dijo con voz temblorosa—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Es tuyo?

—Sí.

—¿Cómo lo obtuviste? —grité con aspereza.

—Mi... mi padres...

Luego me apartó de sí con toda la fuerza de sus delgadas muñecas y se cubrió la cara.

Si la rodeé con el brazo y la atraje hacia mí, si borré con mis besos las lágrimas que se escurrían lentamente entre sus dedos, si le dije cuánto la amaba —¡cómo me dañaba el corazón verla desdichada!—, después de todo eso era cuestión mía. Cuando se sonrió a través de las lágrimas, el puro amor y la dulzura que había en sus ojos elevó mi alma más alto que la vaga luna que lucía en el cielo azul iluminado por el sol. Mi felicidad fue tan súbita, tan aguda y abrumadora que solo pude quedarme allí de rodillas, con sus dedos entrelazados con los míos, con la mirada alzada hacia la bóveda azul y la pálida luna. Entonces algo entre las largas hierbas junto a mí se movió cerca de mis rodillas y un húmedo hedor acre invadió mis narices.

—¡Ysonde! —grité, pero el tacto de su mano ya había desaparecido y mis dos puños cerrados estaban fríos y húmedos de rocío.

—¡Ysonde! —volví a llamar, con la lengua rígida de miedo; pero llamé como alguien que despierta de un sueño, de un horrible sueño, porque las ventanas de la nariz se me estremecían por el húmedo olor acre del cangrejo-reptil que se me pegaba

a la rodilla. ¿Por qué la noche había caído tan pronto...? ¿Y dónde me encontraba? ¿Dónde? Rígido, helado, desgarrado y sangrante, tendido como un cadáver en mi propio umbral mientras Voyou me lamía la cara y Barris se inclinaba sobre mí a la luz de una lámpara que resplandecía y humeaba en la brisa de la noche como una antorcha. ¡Ajjj! El olor asfixiante de la lámpara me despertó y grité:

—¡Ysonde!

—¿Qué diablos pasa? —murmuró Pierpont levantándose en sus brazos como a un niño. —¿Ha sido apuñalado, Barris?

VII

En unos pocos minutos fui capaz de mantenerme en pie e ir con rigidez a mi dormitorio donde Howlett me tenía preparado un baño caliente y un vaso de whisky escocés más caliente todavía. Pierpont, con una esponja, me limpiaba la sangre que se me había coagulado en la garganta. El corte era poco profundo, el mero pinchazo de una espina. Un lavado de cabeza me despejó la mente y una inmersión en agua fría y una fricción con alcohol hicieron el resto.

—Ahora —dijo Pierpont—, trágate el whisky caliente y acuéstate. ¿Quieres algo de gallo del bosque al horno? Muy bien, creo que te estás recuperando.

Barris y Pierpont me observaban mientras yo, sentado en el borde de la cama, masticaba solememente el huesecillo de los deseos del gallo y sorbía mi Bordeaux con suma complacencia.

Pierpont suspiró de alivio.

—De modo —dijo con agrado— que no había sido nada. Creí que te habían apuñalado...

—No estaba intoxicado —repliqué cogiendo serenamente un trocito de apio.

—¿Solo un pinchazo? —preguntó Pierpont pleno de cariñoso interés.

—¡Tonterías! —dijo Barris—. Déjalo en paz. ¿Quieres algo más de apio, Roy? Te hará dormir.

—No quiero dormir —respondí—. ¿Cuándo atraparéis a vuestro fabricante de oro tú y Pierpont?

Barris consultó su reloj y lo cerró bruscamente.

—Dentro de una hora. ¿No te propondrás venir con nosotros?

—Pues, sí. Alcánzame una taza de café, Pierpont ¿quieres? Eso es que me propongo hacer. Howlett, tráeme la nueva caja de Panatella's... La importada suave; y

deja la jarra. Ahora Barris, voy a vestirme, y tú y Pierpont quedaos quietos y escuchad lo que tengo que decir. ¿Está esa puerta bien cerrada?

Barris le echó cerrojo y se sentó.

—Gracias —dijo—. Barris ¿dónde se encuentra la ciudad de Yian?

Una expresión emparentada con la del terror resplandeció en los ojos de Barris y vi que por un momento dejaba de respirar.

—No existe tal ciudad —dijo por último—. ¿He estado hablando en sueños?

—Es una ciudad —continué con calma— en la que el río serpentea bajo los mil puentes, donde los jardines tienen dulce fragancia y en el aire resuena la música de las campanas de plata...

—¡Basta! —dijo Barris jadeante, y se puso en pie tembloroso. Había envejecido diez años.

—Roy —intervino Pierpont severo— ¿por qué diablos atormentas a Barris?

Miré a Barris y él me miró a mí. Al cabo de un segundo o dos volvió a sentarse.

—Prosigue, Roy —dijo.

—Debo hacerlo —respondí—, porque ahora estoy seguro de que no he soñado.

Les dije todo; pero aun mientras lo contaba, todo parecía tan vago, tan irreal, que a veces me interrumpía con la sangre caliente que me resonaba en los oídos, pues parecía imposible que hombres juiciosos pudieran hablar seriamente de tales cosas en el año 1896 después de Cristo.

Tuve miedo por Pierpont, pero este ni siquiera sonreía. En cuanto a Barris, se sentó con la cabeza hundida sobre el pecho y la pipa apagada asida fuertemente con ambas manos.

Cuando hube terminado, Pierpont se volvió lentamente y miró a Barris. Dos veces movió los labios como si fuera a preguntar algo y luego permaneció mudo.

—Yian es una ciudad —dijo Barris como si hablara en sueños—. ¿Es eso lo que querías saber, Pierpont?

Los dos asentimos con la cabeza en silencio.

—Yian es una ciudad —repitió Barris— donde el gran río serpentea bajo mil puentes... donde los jardines tienen dulce aroma y el aire se llena de la música de las campanas de plata.

Mis labios formaron la pregunta:

—¿Dónde está la ciudad?

—Se extiende —dijo Barris casi quejumbroso— más allá de los siete océanos y el río que es más largo que la distancia que separa la tierra de la luna.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pierpont.

—Ah —dijo Barris rehaciéndose con esfuerzo y levantando la mirada que había mantenido baja—, estoy usando las alegorías de otra tierra; dejémoslo pasar. ¿No os he hablado de los Kuen-Yuin? Yian es el centro de los Kuen-Yuin. Se esconde en esa

sombra gigantesca llamada China, vaga y vasta como los Cielos de la medianoche... un continente desconocido, impenetrable.

—¿Impenetrable? —repitió Pierpont bajo su aliento.

—Lo he visto —dijo Barris como entre sueños—. He visto las llanuras muertas de la negra Catay y he cruzado las montañas de la Muerte, cuyas cimas se elevan por sobre la atmósfera. He visto la sombra de Xangi arrojada sobre Abddon. ¡Es mejor morir a un millón de millas de Yezd y Ater Quedah que haber visto de cerca el loto blanco a la sombra de Xangi! He dormido entre las ruinas de Xaindu donde los vientos nunca cesan y el Wulwulleh es lamentado por los muertos.

—¿Y Yian? —insté gentilmente.

Había una mirada que no era de este mundo en su cara cuando se volvió hacia mí.

—Yian... he vivido allí... y he amado allí. Cuando el aliento de mi cuerpo cese, cuando la garra del dragón se desvanezca de mi brazo —se desgarró la manga y vimos un cuarto creciente blanco que le brillaba sobre el codo—, cuando la luz de mis ojos se haya apagado para siempre, ni siquiera entonces olvidaré la ciudad de Yian. Pues... ¡es mi hogar! ¡El mío! El río y los mil puentes, el pico blanco más allá, los jardines de dulce aroma, los lirios, el placentero ruido de los vientos del verano, cargado de la música de las abejas y de la música de las campanas... todas esas cosas son mías. ¿Creéis acaso que porque los Kuen-Yuin temían la garra del dragón en mi brazo he terminado con ellos? ¿Creéis que porque Yue-Laou podía dar, yo reconozco su derecho a quitar? ¡Es él Xangi, en cuya sombra el loto blanco no osa levantar la cabeza? ¡No, no! —gritó con violencia— ¡No fue de Yue-Laou, el hechicero, el Hacedor de Lunas, de quien vino mi felicidad! ¡Era real, no era una sombra para desvanecerse como una pompa de color! ¿Puede un hechicero crear y dar a un hombre la mujer que ama? ¡Es Yue-Laou tan grande como Xangi entonces? Xangi es Dios. En Su propio tiempo, en Su infinita bondad y clemencia me devolverá otra vez la mujer que amo. Y sé que ella me espera a los pies de Dios.

En el tenso silencio que siguió, pude oír el latido redoblado de mi corazón, y vi la cara de Pierpont, pálida y transida de piedad. Barris se sacudió y levantó la cabeza. El cambio habido en su cara rojiza me asustó.

—¡Atención! —dijo dirigiéndome una terrible mirada— tienes en la frente la huella de la garra del dragón, y Yue-Laou lo sabe. Si debes amar, ama como un hombre, porque sufrirás como un alma en el infierno al final. Dime otra vez su nombre.

—Ysonde —respondí simplemente.

VIII

A las nueve de esa noche atrapamos a uno de los fabricantes de oro. No sé cómo Barris le había tendido la trampa; todo lo que vi del asunto puede contarse en un minuto o dos.

Nos habíamos apostado en el camino de Cardenal a una milla de la casa poco más o menos, Pierpont y yo, con revólveres desenfundados a un lado, bajo el nogal ceniciente, Barris al otro con un Winchester cruzado sobre las rodillas.

Acababa de preguntarle a Pierpont la hora, y él tanteaba en busca de su reloj, cuando a lo lejos camino arriba oímos el galope de un caballo que se acercaba más y más con creciente estruendo de cascos hasta pasar a nuestro lado. Entonces el rifle de Barris escupió fuego y la masa oscura, caballo y jinete, se desmoronaron en el polvo. Pierpont en un segundo tuvo asido por el cuello al jinete a medias atontado; el caballo había muerto; cuando encendimos una rama de pino para examinar al individuo, los dos jinetes de Barris se acercaron al galope y tiraron de las riendas junto a nosotros.

—¡Hm! —dijo Barris frunciendo el ceño—. Es el «Abrillantador» o yo soy un contrabandista de licores.

Nos agrupamos curiosos para ver al «Abrillantador». Era pelirrojo, gordo e inmundo, y sus ojillos rojos le ardían en la cabeza como los de un cerdo airado.

Barris le revisó los bolsillos metódicamente mientras Pierpont lo sujetaba y yo sostenía la antorcha. El Abrillantador era una mina de oro; los bolsillos, la camisa, las cañas de las botas, el sombrero, aun los puños sucios que mantenía apretados y sangrantes, reventaban de pálido oro amarillo. Barris dejó caer este «oro lunar», como habíamos llegado a llamarlo, en los bolsillos de su chaqueta de caza, y se apartó para interrogar al prisionero. Volvió al cabo de unos pocos minutos e hizo señas a sus hombres montados para que se hicieran cargo del Abrillantador. Los observamos; conducían lentamente a sus caballos con el rifle sobre el muslo, adentrándose lentamente en la oscuridad mientras el Abrillantador, fuertemente atado arrastraba torvo los pies entre ellos.

—¿Quién es el Abrillantador? —preguntó Pierpont deslizándose nuevamente el revólver en el bolsillo.

—Un contrabandista de licores, un falsificador y un asaltante de caminos —dijo Barris—, y probablemente un asesino. Drummond se alegrará de verlo, y creo que es probable que lo persuada de confesar lo que se negó a confesarme a mí.

—¿Se negó a hablar? —pregunté.

—No dijo ni una sílaba. Pierpont, ya no tienes más que hacer.

—¿Nada más que hacer? ¿No regresas con nosotros, Barris?

—No —dijo Barris.

Caminamos por el camino oscuro en silencio por un rato, mientras me preguntaba que intentaría hacer Barris, pero él no dijo nada más hasta que llegamos a nuestra galería. Allí tendió su mano primero a Pierpont y luego a mí despidiéndose como si estuviera por emprender un largo viaje.

—¿Cuándo estarás de regreso? —le pregunté en alta voz cuando ya se acercaba al portalón. Atravesé el prado otra vez y otra vez nos tomó la mano con un sereno afecto del que no lo creía capaz.

—Iré —dijo— a poner fin a la fabricación de oro esta misma noche. Sé que jamás sospechasteis lo que me traía entre manos durante mis solitarios paseos nocturnos después de la cena. Os lo diré. Ya he matado sin hacer ruido a cuatro de estos fabricantes de oro. Mis hombres los pusieron bajo tierra junto al mojón cuarto. Quedan tres con vida: el Abrillantador que atrapamos, otro criminal llamado «Amarillo» o «Yaller» en el habla vernacular y el tercero...

»Al tercero no lo he visto nunca. Pero sé quién y qué es... lo sé; y si es de carne humana y de sangre, su sangre será derramada esta noche.

Mientras hablaba, un débil ruido que venía desde más allá del prado atrajo mi atención. Un hombre montado avanzaba en silencio a la luz de las estrellas por las tierras esponjosas. Cuando estuve cerca, Barris encendió una cerilla, y vimos que llevaba un cadáver cruzado sobre la montura.

—Yaller, coronel Barris —dijo el hombre, tocándose el flácido sombrero como saludo.

La lúgubre aparición del cadáver hizo que me estremeciera y al cabo de un instante de haber examinado el rígido cuerpo de grandes ojos abiertos, retrocedí.

—Identificado —dijo Barris—, llévalo al puesto del mojón cuarto y envía sus efectos a Washington... sellados, Johnstone, tenlo en cuenta.

El hombre se alejó a medio galope con su carga fantasmal, y Barris nos estrechó la mano por última vez. Luego se alejó alegremente con una broma en los labios, y Pierpont y yo nos volvimos a casa.

Durante una hora fumamos ensimismados en la sala ante el fuego, hablando muy poco, hasta que Pierpont dijo de pronto:

—Habría querido que Barris hubiera llevado consigo a uno de nosotros esta noche.

El mismo pensamiento me había estado rondando en la cabeza, pero dije:

—Barris sabe lo que hace.

Esta conversación no nos sirvió de consuelo ni abrió el camino de la conversación, y al cabo de unos pocos minutos Pierpont me dio las buenas noches y llamó a Howlett para que le trajera agua caliente. Cuando Howlett lo dejó bien arropado en cama, dejé encendida solo una lámpara, envié a los perros con David y despedí a Howlett por esa noche.

No sentía deseos de retirarme porque sabía que no podría dormir. Había un libro abierto en la mesa junto al fuego, lo cogí y leí una página o dos, pero tenía la mente en otras cosas.

La persiana de la ventana estaba abierta y miré el firmamento cuajado de estrellas. No había luna esa noche, pero el cielo estaba cubierto de estrellas titilantes y una pálida radiación, más brillante aún que la de la luna, cubría el prado y el bosque. A lo lejos oía la voz del viento, un cálido viento suave que murmuraba un nombre, Ysonde.

—Escucha —suspiró la voz del viento, y «escucha» repitieron como un eco las ramas mecidas de los árboles con cada hoja estremecida. Escuché.

Donde las largas hierbas temblaban con la cadencia del grillo, oía su nombre, Ysonde; lo oía en la susurrante madreselva donde revoloteaban grises mariposas nocturnas; lo oía en el repetido gotear del rocío en la galería. El silencioso arroyo del prado murmuraba su nombre, las ondulantes corrientes del bosque lo repetían, Ysonde, Ysonde, hasta que toda la tierra y el cielo se colmaron del suave tremor, Ysonde, Ysonde, Ysonde.

Un tordo nocturno cantaba en la espesura junto al porche, y yo me deslicé a la galería para escuchar. Al cabo de un momento volvió a empezar algo más lejos. Me aventuré por el camino. Otra vez lo oí a lo lejos en el bosque, y lo seguí, porque sabía que cantaba de Ysonde.

Cuando llegué al sendero que abandona el camino principal y conduce al refugio del Dulce Helecho en el seto, vacilé; pero la belleza de la noche me sedujo y seguí adelante mientras los tordos nocturnos me llamaban desde la espesura. En la radiación estelar, arbustos, hierbas, flores del campo se destacaban distintos, pues no había luna que arrojara sombras. Prado y arroyo, bosquecillo y río estaban iluminados por el pálido resplandor. Como grandes lámparas encendidas, los planetas colgaban del alto cielo abovedado y a través de sus rayos misteriosos, las estrellas fijas, calmas, serenas, miraban desde lo alto como ojos.

Vadeé hasta la cintura por campos de varas de oro cubiertas de rocío, a través de tréboles tardíos y avena silvestre, eglantinas de frutos carmesíes, moras y ciruelos salvajes, hasta que el acallado murmullo del arroyo Wier me advirtió que el camino había terminado.

Pero no me detuve porque en el aire nocturno pesaba el perfume de los nenúfares y a lo lejos, por sobre los acantilados boscosos y el húmedo prado más allá, había un distante fulgor de plata, y oí el murmullo de las adormecidas aves acuáticas. El camino estaba despejado, salvo por los densos renuevos de los arbustos y las trampas que tendían las malezas.

Los tordos nocturnos habían cesado su canto, pero no tenía deseos de la compañía de criaturas vivientes. Esbeltas figuras veloces se me cruzaban como dardos en el camino por intervalos, delgados visones que huían como sombras a mi paso, nervudas

comadrejas y gordas ratas almizcleras que avanzaban presurosas a una cita o una matanza.

Nunca había visto tantos animalitos del bosque en movimiento. Empecé a preguntarme dónde se dirigían con tanta prisa, por qué se precipitaban todos en la misma dirección. Ora me cruzaba una liebre que iba saltando entre las malezas, ora un conejo que se escurría. Al penetrar el segundo bosquecillo de abedules, dos zorros se deslizaron junto a mí; algo más adelante una gama irrumpió desde los arbustos, y de cerca la siguió un lince con ojos brillantes como brasas.

No hizo caso de la gama ni de mí, sino que se alejó deprisa hacia el norte.

El lince estaba huyendo.

—¿De qué? —me pregunté asombrado. No había incendio en el bosque, ni ciclón, ni inundación.

Si Barris hubiera pasado por allí ¿habría suscitado semejante éxodo? Imposible; ni siquiera un regimiento en el bosque había podido poner en fuga a estas aterradas criaturas.

«¿Qué demonios —pensé, volviéndome para contemplar el vuelo decidido de un martín pescador—, qué demonios puede haber espantado a los animales a esta hora de la noche?»

Miré el cielo. El plácido fulgor de las estrellas detenidas me serenó y avancé por el estrecho sendero bordeado de abetos que conduce a la orilla del Lago de las Estrellas.

Viburnos silvestres y enredaderas me trababan los pies, ramas cubiertas de rocío me humedecían y las duras agujas de los abetos me arañaban la cara mientras me abría camino por sobre troncos cubiertos de musgo y profundos montecillos esponjosos de hierbas hasta la grava nivelada de las orillas del lago.

Aunque no soplaban viento, pequeñas ondas se apresuraban en el lago y las oí romper sobre el pedregullo. En la pálida luz de las estrellas miles de nenúfares levantaban hacia el cielo sus cálices a medias cerrados.

Me tendí cuan largo era en la orilla y, con la barbilla apoyada en la mano, contemplé la orilla opuesta del lago.

Las ondas del lago avanzaban salpicando a lo largo de la orilla, cada vez más altas, cada vez más cercanas, hasta que una película de agua, delgada y resplandeciente como la hoja de un cuchillo, llegó hasta mis codos. No podía entenderlo; el lago crecía, pero no había llovido. A lo largo de toda la costa el agua crecía; oí las ondas entre las juncias; las plantas a mi lado se anegaban. Los nenúfares se mecían en las pequeñas olas, cada uno elevándose, hundiéndose, elevándose otra vez hasta que todo el lago resplandeció de ondulantes flores. ¡Qué dulce y profunda era la fragancia de los nenúfares! Y ahora el agua descendía lentamente, las ondas retrocedían apartándose del borde de la orilla hasta que las blancas piedrecillas aparecieron otra vez, brillantes como la escarcha de un vaso lleno hasta el borde.

Ningún animal que nadara en la oscuridad a lo largo de la orilla, ningún salmón que emergiera podría haber anegado la entera orilla como si la onda de un gran barco hubiera surcido las aguas. ¿Podría haber sido la inundación consecuencia de alguna lluvia precipitada a lo lejos en el bosque y llegada aquí por el arroyo de la Presa? Esta era la única explicación que le encontraba, aunque cuando había cruzado el arroyo de la Presa no había notado que estuviera crecido.

Y mientras yacía allí pensando, sopló una ligera brisa y vi la superficie del lago blanquear de lirios.

A mi alrededor suspiraban los alisos; oí que el bosque tras de mí se agitaba; las ramas entrecruzadas se frotaban suavemente corteza contra corteza. Algo —quizá fuera un búho— salió de la noche, bajó, levantó vuelo y volvió a perderse y lejos, más allá de las aguas oí su ligero grito salir de las sombras: Ysonde.

Entonces, por primera vez, porque tenía el corazón colmado, me eché de bruces llamándola por su nombre. Tenía los ojos húmedos cuando levanté la cabeza —porque el agua crecía nuevamente— y mi corazón latía pesadamente:

—Ya nunca más, nunca más.

Pero mi corazón mentía porque mientras alzaba la cabeza hacia las serenas estrellas, la vi en pie silenciosa cerca de mí; y pronuncié su nombre muy quedo, Ysonde. Ella extendió ambas manos.

—Me sentí sola —dijo— y fui al claro, pero el bosque está lleno de animales espantados que me asustaron a mí. ¿Ha sucedido algo en los bosques? Los ciervos huyen hacia las tierras altas.

Tenía su mano inmóvil en la mía mientras avanzábamos a lo largo de la orilla, el golpeteo de las ondas sobre la roca no era más bajo que nuestras voces.

—¿Por qué me dejaste sin decir palabra allí en la fuente del claro? —me preguntó.

—Yo dejarte...!

—En verdad lo hiciste, corriste veloz con tu perro internándote entre la maleza y los arbustos... oh, me asustaste.

—¿Te he dejado de ese modo?

—Sí... después de...

—De que me besaste.

Entonces nos recostamos juntos y contemplamos las negras aguas en las que había engarzadas estrellas, como nos habíamos inclinado juntos sobre la fuente del claro.

—¿Lo recuerdas? —pregunté.

—Sí. Mira en el agua hay engarzadas estrellas de plata... por todas partes flotan lirios blancos, y las estrellas debajo, en lo profundo.

—¿Qué flor es esa que tienes en la mano?

—Un loto acuático blanco.

—Cuéntame de Yue-Laou, Dzil-Nbu de los Kuen-Yuin —susurré levantándole la cabeza para poder verle los ojos.

—¿Te gustaría escucharlo?

—Sí, Ysonde.

—Todo lo que sé te pertenece ahora, como te pertenezco yo, todo lo que soy. Acérdate. ¿Quieres saber de Yue-Laou? Yue-Laou es Dzil-Nbu de los Kuen-Yuin. Vivió en la Luna. Es viejo... muy, muy viejo, y una vez antes que viniera a regir a los Kuen-Yuin, era el viejo que une con una cuerda de seda a todas las parejas predestinadas, de modo tal que nada después puede prevenir la unión. Pero todo eso ha cambiado desde que vino a regir a los Kuen-Yuin. Ahora ha pervertido a los Xin —los genios bondadosos de China— y ha modelado con sus cuerpos retorcidos un monstruo que llama el Xin. Este monstruo es horrible, porque no solo vive en su propio cuerpo, sino que tiene miles de espantables satélites, criaturas vivientes sin boca, ciegas, que se mueven cuando el Xin se mueve, como un mandarín y su escolta. Son parte del Xin, aunque no estén unidos con él. No obstante, si se lastima a uno de los satélites, el Xin se retuerce de dolor. Es terrible... ese enorme bullo viviente y esas criaturas esparcidas como dedos arrancados que se retuercen alrededor de una mano espantosa.

—¿Quién te ha contado eso?

—Mi padrastro.

—¿Tú lo crees?

—Sí. He visto a una de las criaturas del Xin.

—¿Dónde, Ysonde?

—Aquí, en estos bosques.

—Entonces ¿crees que hay un Xin aquí?

—Debe haberlo... quizás en el lago.

—¡Oh! ¿Los Xins habitan en los lagos?

—Sí, y en los siete mares. Aquí no tengo miedo.

—¿Por qué?

—Porque llevo el símbolo de los Kuen-Yuin.

—Entonces yo no estoy a salvo —dije sonriendo.

—Sí, lo estás, porque te sostengo entre mis brazos. ¿Te cuento algo más sobre el Xin? Cuando el Xin está a punto de dar muerte a un hombre los perros de Yeth galopan en la noche...

—¿Qué son los perros de Yeth, Ysonde?

—Los perros de Yeth no tienen cabeza. Son los espíritus de niños asesinados, que merodean por los bosques en la noche, emitiendo sonidos plañideros.

—¿Crees en eso?

—Sí, porque he llevado el loto amarillo...

—El loto amarillo...

—El amarillo es el símbolo de la fe...

—¿Dónde?

—En Yian —dijo débilmente.

Al cabo de un rato, le pregunté:

—Ysonde ¿sabes que hay un Dios?

—Dios y Xangi son uno.

—¿Has oído alguna vez de Cristo?

—No —respondió quedamente.

El viento empezó a soplar otra vez entre la copa de los árboles. Sentí que sus manos se cerraban en las mías.

—Ysonde —volví a preguntar— ¿crees en los hechiceros?

—Sí, los Kuen-Yuin son hechiceros; Yue-Laou es un hechicero.

—¿Has sido testigo de brujerías?

—Sí, el satélite reptil del Xin...

—¿Y algo más?

—Mi hechizo... la bola de oro, el símbolo de los Kuen-Yuin. ¿No la has visto cambiar...? ¿No has visto los reptiles retorcerse...?

—Sí —contesté lacónico, y luego permanecí en silencio, porque un repentino estremecimiento de aprensión me había asido. También Barris había hablado grave, ominoso de los hechiceros, los Kuen-Yuin, y yo había visto con mis propios ojos los reptiles grabados girar y retorcerse en el globo resplandeciente.

—Sin embargo —dije en voz alta—, Dios existe y la hechicería no es más que un nombre.

—Ah —murmuró Ysonde, acercándoseme aún más—, en Yian dicen que los Kuen-Yuin existen; Dios no es más que un nombre.

—Mienten —susurré con fiereza.

—Ten cuidado —me rogó— puede que te oigan. Recuerda que tienes la marca de la garra del dragón en la frente.

—¿Y qué? —pregunté, recordando al mismo tiempo la marca blanca en el brazo de Barris.

—¡Ah!, ¿no sabes que los que tienen la marca de la garra del dragón son seguidos por Yue-Laou para bien o para mal y que el mal significa la muerte si lo ofendéis?

—¿Tú crees eso? —pregunté con impaciencia.

—Lo sé —dijo ella suspirando.

—¿Quién te contó todo esto? ¿Tu padrastro? ¿Qué es él entonces, en nombre del Cielo... un chino?

—No lo sé; no es como tú.

—¿Te ha... te ha dicho algo acerca de mí?

—Sabe de ti... no, yo no le he dicho nada... ¡Ah! ¿Qué es esto...? Mira, una cuerda, una cuerda de seda en torno a tu cuello... ¡y en torno al mío!

—¿De dónde salió esto? —pregunté asombrado.

—Debe de ser... debe de ser Yue-Laou que me ata a ti... es como mi padrastro lo dijo... él dijo que Yue-Laou nos uniría...

—Tonterías —dije casi con rudeza, y cogí la cuerda de seda, pero para mi sorpresa, se deshizo en mi mano como si fuera humo.

—¿Qué significan todos estos malditos trucos? —murmuré irritado, pero mi irritación se desvaneció al pronunciar las palabras y un estremecimiento convulsivo me sacudió entero. De pie a la orilla del lago, a una pedrada de distancia, se encontraba una figura retorcida y encorvada... Era un viejecito que despedía chispas de un carbón encendido que tenía en la palma desnuda soplando en él. El carbón resplandecía con creciente intensidad iluminando la cabeza semejante a una calavera del anciano y arrojando un fulgor rojizo en la arena a sus pies. Pero ¡la cara! ¡La espantosa cara china sobre la que la luz titilaba! ¡Y los oblicuos ojos de serpiente que echaban chispas a medida que el carbón refulgía más ardiente! ¡Carbón! No era carbón, sino un globo de oro que teñía la noche con llamas carmesíes... era el símbolo de los Kuen-Yuin.

—¡Mira! ¡Mira! —jadeó Ysonde temblando violentamente—. ¡Mira la luna que se remonta entre sus dedos! Oh, creí que era mi padrastro y es Yue-Laou, el Hacedor de Lunas... ¡No, no! Es mi padrastro... ¡Oh, Dios, son el mismo!

Helado de terror, me dejé caer de rodillas buscando a tientas mi revólver que abultaba en el bolsillo de mi chaqueta; pero algo me detuvo... algo que me ceñía como una red de fuerte trama sedosa. Me debatí y luché, pero la red me ajustaba cada vez más... nos rodeaba por todas partes atrayéndonos, volcándonos el uno en los brazos del otro hasta que yacimos juntos, unidos mano, cuerpo y pie, palpitantes, jadeantes como un par de palomas en una red.

¡Y esa criatura allí en la orilla! Cuán no fue mi horror al ver una luna enorme y plateada alzarse como una burbuja de entre sus dedos, elevarse más y más en el aire inmóvil y quedarse suspendida en lo alto en el cielo de medianoche, mientras otra luna se alzaba de entre sus dedos, y otra y otra más, hasta que la vasta expansión del cielo quedó cubierta de lunas y la tierra chisporroteaba como un diamante en el blanco fulgor.

Un fuerte viento empezó a soplar desde el este y trajo a nuestros oídos un prolongado aullido luctuoso... un grito tan extraterreno, que por un instante nuestros corazones se detuvieron.

—¡Los perros de Yeth! —dijo Ysonde sollozando—. ¿Los oyes? ¡Corren por el bosque! ¡El Xin está cerca!

Entonces todo a nuestro alrededor en las hierbas secas de las juncias se oyó un crujido como si se arrastraran animales pequeños y un acre hedor húmedo llenó el aire.

Conocía el olor, vi las criaturas semejantes a cangrejos y arañas aparecer como un enjambre a mi alrededor y arrastrar sus cuerpos de amarillo vello por entre las hierbas apartadas. Pasaban por centenares envenenando el aire, cayendo, retorciéndose, arrastrándose con las ciegas cabezas alzadas y sin boca. Los pájaros medio adormilados y confundidos por la oscuridad se alejaban volando delante de ellos con temor impotente, los conejos saltaban fuera de sus madrigueras, las comadrejas se deslizaban como sombras huidizas. Las criaturas del bosque que quedaban se pusieron en marcha y huyeron de la asquerosa invasión; oí el lamento de una aterrorizada liebre, el resoplido de un ciervo espantado y el torpe galope de un oso; todo el tiempo me estaba ahogando, medio sofocado por el aire envenenado.

Entonces, mientras me debatía para librarme de la trama de seda que me rodeaba, miré con mortal terror al hechicero y vi que se volvía sobre sus pasos.

—¡Alto! —exclamó una voz de entre los arbustos.

—¡Barris! —grité dando casi un salto en mi agonía.

Vi al hechicero saltar hacia adelante, oí el bang, bang, bang de un revólver y, al caer el hechicero sobre el borde del agua, vi a Barris avanzar en el blanco resplandor y disparar otra vez, una, dos, tres veces sobre la figura que se retorcía a sus pies.

Entonces ocurrió algo espantoso. Del negro lago surgió una sombra, una innombrable masa informe sin cabeza, ciega, gigantesca, que boqueaba de un extremo al otro.

Una gran ola dio contra Barris y este cayó, otra lo arrastró por las piedras, otra lo llevó remolineando al agua y entonces... entonces esa cosa se abalanzó sobre él... y yo me desvanecí.

Esto es, pues, todo lo que sé acerca de Yue-Laou y el Xin. No temo el ridículo a que puedan exponerme los científicos o la prensa, porque he dicho la verdad. Barris se ha ido y la cosa que lo mató vive hoy en el Lago de las Estrellas mientras que sus arácnidos satélites rondan por los bosques del Cardenal. La caza ha huido, los bosques alrededor del lago se han vaciado de criaturas vivientes, salvo los reptiles que se arrastraban cuando el Xin se mueve en las profundidades del lago.

El general Drummond sabe lo que ha perdido con Barris, y nosotros, Pierpont y yo, también lo sabemos. Encontramos su testamento en el cajón del que me había dado la llave.

Estaba envuelto en un papel en el que había escrito:

Yue-Laou, el hechicero, se encuentra aquí en los bosques del Cardenal. Debo matarlo o, de lo contrario, él me matará a mí. Él hizo y me dio la mujer que amé... Él la hizo —yo lo vi—; la hizo con un capullo de loto acuático de color blanco. Cuando nació

nuestra hija, se presentó de nuevo ante mi y me exigió la devolución de la mujer que amaba. Entonces, cuando me negué, se fue, y esa noche mi esposa y mi hija desaparecieron de mi lado y encontré en la almohada de ella un capullo de loto blanco. Roy, la mujer de tu sueño, Ysonde, quizá sea mi hija. Dios te asista si la amas, porque Yue-Laou da... y quita, como si fuera Xangi, que es Dios. Mataré a Yue-Laou antes de abandonar este bosque... o él me matará a mí.

FRANKLYN BARRIS

Ahora el mundo sabe lo que Barris pensaba de los Kuen-Yuin y de Yue-Laou. Veo que los periódicos están empezando a entusiasmarse con los atisbos que les ha procurado Li-Hung-Chang acerca del negro Catay y los demonios de los Kuen-Yuin. Los Kuen-Yuin están al acecho.

Pierpont y yo hemos desmantelado el refugio de caza de los bosques del Cardenal. Estamos dispuestos en cualquier momento a unirnos y dirigir la primera partida gubernamental para dragar el lago de las Estrellas y limpiar el bosque de los cangrejos reptantes. Pero será necesario disponer de una gran fuerza y muy bien armada por lo demás, porque nunca encontramos el cuerpo de Yue-Laou y, esté vivo o muerto, le temo. ¿Vivirá acaso?

Pierpont, que nos encontró a Ysonde y a mí inconscientes a la orilla del lago a la mañana siguiente, no vio la menor señal del cadáver ni huellas de sangre en la arena. Puede que haya caído al lago, pero me temo, e Ysonde también lo teme, que esté vivo. Nunca pudimos volver a encontrar el lugar donde ella moraba, ni el claro o la fuente. Lo único que queda de su vida anterior es la serpiente de oro en el museo Metropolitan y el globo dorado, el símbolo de los Kuen-Yuin; pero este último ya no cambia de color.

David y los perros me esperan en el patio mientras escribo. Pierpont está en el cuarto de armas llenando cartuchos, y Howlett le lleva un jarro de mi cerveza tras otro desde el bosque. Ysonde se inclina sobre mi mesa escritorio: siento su mano en mi brazo, y me dice:

—¿No crees que ya has trabajado bastante por hoy, querido? ¿Cómo es posible que escribas tales disparates sin el menor rastro de verdad o fundamento?

UNA AGRADABLE VELADA

Et pis, doucement on s'endort,
On fait sa carne, on fait sa sorgue,
On ronffle, et, comme un tuyau d'orgue,
Le tuyau se met à ronffler plus fort...

ARISTI DE BRUANT

|

Al ascender a la plataforma de un vagón funicular de Broadway de la calle Cuarenta y dos, alguien dijo:

—Hola, Hilton; Jamison te está buscando.

—Hola, Curtis —contesté—. ¿Qué es lo que desea Jamison?

—Quiere saber qué has estado haciendo toda la semana —dijo Curtis aferrándose desesperadamente de la barandilla al ponerse el coche en movimiento—; dice que pareces creer que el Manhattan Illustrated Weekly fue creado con el solo propósito de procurarte salario y vacaciones.

—¡El viejo gato capón e hipócrita! —dije indignado—. Sabe perfectamente dónde he estado. ¡Vacaciones! ¿Cree que el Campamento del Estado en junio es cosa fácil de sobrellevar?

—Oh —dijo Curtis— ¿has estado en Peekskill?

—Yo diría que sí —respondí mientras sentía crecer mi cólera al pensar en mi cometido.

—¿Mucho calor? —preguntó Curtis con aire ensoñador.

—Treinta y dos a la sombra —respondí—. Jamison quería tres páginas completas y tres medias páginas para impresión policroma y un montón de dibujos lineales por añadidura. Podría haberlos inventado. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Fui lo bastante tonto como para preocuparme y deslomarme con el fin de lograr algunos dibujos honestos y este es el agradecimiento que recibo.

—¿Llevabas una cámara?

—No. La llevaré la próxima vez. No desperdiciaré ya mi tiempo trabajando a conciencia para Jamison —dijo malhumorado.

—No compensa hacerlo —dijo Curtis—. Cuando se me asigna algún tema militar, no represento el acto del artista que hace rápidos bocetos, puedes apostarlo; voy a mi estudio, enciendo la pipa, busco un montón de Illustrated London News, elijo varias escenas de batallas de Caton Woodville... y las utilizo.

El coche cogió la curva cerrada de la calle Catorce.

—Sí —continuó Curtis mientras el coche se detuvo por un momento frente a la casa Morton para lanzarse de nuevo hacia adelante en medio de furiosas campanas—, no compensa trabajar con honestidad para la pléyade de estúpidos que dirigen el Manhattan Illustrated. No son capaces de apreciarlo.

—Creo que el público sí lo aprecia —dijo—, pero estoy seguro que Jamison no. Se merecería que hiciera lo que la mayoría de vosotros hacéis: echar mano de un montón de dibujos de Caton Woodville y Thulstrup, cambiar los uniformes, modificar con habilidad una figura o dos y crear un trabajo tomado «del natural». De cualquier forma, todo esto me tiene harto. Casi todos los días de esta semana he estado corriendo de aquí para allá en ese campamento tropical o galopando tras esos regimientos. Tengo una página completa del «campamento a la luz de la luna», páginas enteras de «ejercitación en artillería» y «regimientos en acción» y una docena de dibujos menores que me costaron más gemidos y sudores que los que conocerá Jamison en toda su linfática vida.

—Jamison tiene ruedas —dijo Curtis—, más ruedas que bicicletas hay en Harlem. Quiere que tengas una página completa para el sábado.

—¿Una qué? —exclamé espantado.

—Sí, es lo que quiere... Iba a enviar a Jim Crawford, pero Jim debe ir a California para la feria de invierno, y tú tendrás que hacerla.

—¿De qué se trata? —pregunté frenético.

—De los animales en el Central Park —dijo Curtis con una risa ahogada.

Yo estaba furioso. ¡Los animales! ¡Vaya! Le demostraría a Jamison que tenía derecho a cierta consideración. Era jueves; eso me dejaba un día y medio para terminar una página entera, y después del trabajo realizado en el Campamento del Estado, sentía que tenía derecho a un poco de descanso. Además, objetaba el tema. Tenía intención de decírselo a Jamison... Tenía intención de decírselo con firmeza. No obstante, muchas de las cosas que, a menudo teníamos intención de decirle a Jamison, no eran nunca dichas. Era un hombre peculiar, ancho de cara, de labios finos, voz suave, modales gentiles y movimientos flexibles como los de un gato. Por qué nuestra firmeza cedía cuando estábamos concretamente en su presencia, nunca lo

supe de cierto. Hablaba muy poco... como también nosotros, aunque a menudo íbamos a su encuentro con otras intenciones.

La verdad era que el Manhattan Illustrated Weekly era el mejor periódico ilustrado y que mejor pagaba de América, y nosotros los jóvenes no estábamos ansiosos por ser arrojados a la deriva. El conocimiento que tenía Jamison del arte era probablemente tan vasto como el de cualquier otro «director artístico» de la ciudad. Eso, por supuesto, no quería decir nada, pero el hecho merecía escrupulosa consideración de nuestra parte y, por cierto, se la concedíamos no poco.

Esta vez, sin embargo, decidí hacerle saber a Jamison que los dibujos no se producen por metro, y que yo no era un profesional de segunda mano. Exigiría respeto por mis derechos; le diría al viejo Jamison unas pocas cosas que pondrían en movimiento las ruedecillas bajo su sombrero de seda, y si intentaba utilizar conmigo su estilo gatuno, lo pondría al tanto de unos pocos hechos rotundos que le rizarían el poco pelo que le quedaba.

Fulgurante de espléndida indignación, salté del coche en City Hall seguido de Curtis y unos pocos minutos más tarde entré en las oficinas del Manhattan Illustrated Weekly.

—El señor Jamison desea verlo, señor —dijo uno de los compositores al entrar yo en el prolongado vestíbulo. Arrojé mis dibujos sobre la mesa y me pasé un pañuelo por la frente.

—El señor Jamison desea verlo, señor —dijo un niño pequeño y pecoso con una mancha de tinta en la nariz.

—Lo sé —dije, y empecé a quitarme los guantes.

—El señor Jamison desea verlo, señor —dijo un flaco mensajero que llevaba un paquete de pruebas a la planta de abajo.

—Que el diablo cargue con Jamison —dije para mí. Me dirigí hacia el oscuro pasaje que lleva a la guarida de Jamison, repasando mentalmente el discurso claro y sarcástico que venía componiendo desde hacía diez minutos.

Jamison levantó la cabeza que movió lentamente de arriba hacia abajo cuando entré al despacho. Me olvidé el discurso.

—Señor Hilton —dijo—, queremos una página completa sobre el Zoo antes de que sea trasladado al parque del Bronx. El sábado a las tres de la tarde el dibujo debe estar en manos del grabador. ¿Pasó una semana agradable en el campamento?

—Hacía calor —musité furioso por no recordar mi discursillo.

—El tiempo —dijo Jamison con suave cortesía— está agobiante en todas partes. ¿Los dibujos estarán pronto, señor Hilton?

—Sí. Hacía un calor infernal y trabajé como un demonio...

—Supongo que debió de haberse sentido abrumado. ¿Es por eso que hizo un viaje de dos días a Catskills? Espero que el aire de la montaña le haya permitido

recuperarse, pero... ¿fue prudente ir a Cranston para el cotillón el martes? Bailar con un tiempo tan abrumador es verdaderamente desaconsejable. Buenos días, señor Hilton, recuerde que el grabador debe tener sus dibujos el sábado a las tres.

Salí del despacho a medias hipnotizado, a medias furioso. Curtis me sonrió al pasar. Le habría dado un golpe en la cabeza.

—¿Por qué diablos me trago la lengua cada vez que ese viejo gato capón ronronea? —me pregunté al entrar al ascensor y bajar al primer piso—. No aguantaré esto mucho más. ¿Cómo, en nombre de todo lo que es zorruno, sabía que fui a las montañas? Supongo que me considera holgazán por no querer morir hervido. ¿Cómo supo del baile en Cranston? ¡El viejo gato capón!

El bramido y el torbellino de la maquinaria y de los hombres afanados me aturdieron cuando crucé la avenida y me dirigí al parque de la Ciudad.

Desde el asta en la torre la bandera pendía al sol caliente sin que hubiera casi brisa suficiente como para agitar sus barras carmesíes. En lo alto se extendía un espléndido cielo sin nubes, de un azul profundo en el que refulgían los rayos enjoyados del sol.

Las palomas revoloteaban y giraban sobre el tejado gris de la Oficina de Correos o se dejaban caer desde el azul para aletear en torno a la fuente de la plaza.

En la escalinata del parque de la Ciudad, se demoraba el desagradable político explorándose la pesada mandíbula inferior con un mondadiembre de madera, retorciéndose los negros bigotes caídos o desparramando jugo de tabaco por los escalones de mármol o el césped recortado.

Mis ojos erraron desde esas sabandijas humanas a la serena cara despectiva de Nathan Hale, sobre su pedestal, y luego hacia el policía del Parque enfundado en una chaqueta gris, cuya misión consistía en mantener apartados a los niños del césped fresco.

Un joven de manos delgadas y círculos azules bajo los ojos dormitaba en un banco junto a la fuente; el policía se le acercó y le golpeó la suela de los zapatos con una corta porra.

El joven se levantó mecánicamente, miró a su alrededor enceguecido por el sol, se estremeció y se alejó renqueando. Lo vi sentarse en la escalinata del edificio de mármol blanco, me le acerqué y le hablé. Él no me miró, ni advirtió la moneda que le ofrecía.

—Está enfermo —le dije—. Haría bien en ir al hospital.

—¿Dónde? —preguntó vacuamente—. He ido, pero no me reciben.

Se inclinó y se ató el fragmento de cordón que sujetaba el resto del zapato al pie.

—Usted es francés —le dije.

—Sí.

—¿No tiene amigos? ¿No ha ido a ver al cónsul francés?

—¡El cónsul! —replicó—. No, no he ido a ver al cónsul francés.

Al cabo de un momento le dije:

—Habla usted como un caballero.

Se puso de pie y se irguió muy derecho delante de mí mirándome por primera vez directamente a los ojos.

—¿Quién es usted? —le pregunté de súbito.

—Un paria —dijo sin emoción, y se alejó renqueando con las manos en los raídos bolsillos.

—¿Eh? —dijo el policía del parque, que se me había acercado a mis espaldas a tiempo para escuchar mi pregunta y la respuesta del vagabundo—. ¿No sabe quién es ese vago? ¿Y siendo usted un periodista?

—¿Quién es, Cusick? —pregunté mientras observaba la desgastada figura que cruzaba Broadway en dirección del río.

—De veras no lo sabe, señor Hilton? —repitió Cusick sospechosamente.

—No, no lo sé; nunca lo había visto antes.

—¡Vaya! —dijo el policía de gorriones—. Es «Soger Charlie», ya recuerda... el oficial francés que vendía secretos al emperador holandés.

—¿Y que debió haber sido fusilado? Ya lo recuerdo, hace cuatro años... Y escapó... ¿De veras es él?

—Todo el mundo lo sabe —dijo Cusick resoplando por las narices—. Supongo que vosotros los hombres de prensa deberíais de saberlo antes que nadie.

—¿Cómo es su nombre? —pregunté al cabo de un momento de reflexión.

—Soger Charlie...

—Me refiero al nombre en su patria.

—Oh, algún nombre francés como los que esos tienen. Ningún francés aquí le dirige la palabra; a veces lo maldicen y lo patean. Supongo que se está muriendo centímetro por centímetro.

Ahora recordaba el caso. Dos jóvenes oficiales de caballería franceses fueron arrestados, acusados de vender planes de fortificaciones y otros secretos militares a los alemanes. La víspera de su condena, uno de ellos, Dios sabe cómo, logró escapar y apareció en Nueva York. El otro fue debidamente fusilado. El asunto hizo algún ruido porque ambos jóvenes pertenecían a familias de alcurnia. Había sido un episodio lamentable, y yo me había apresurado a olvidarlo. Ahora que me volvía a la mente, recordé las crónicas periodísticas del caso, pero me había olvidado de los nombres de esos miserables jóvenes.

—Vendió a su patria —observó Cusick mientras vigilaba con el rabillo del ojo a un grupo de niños—. No es posible confiar en los franceses, ni en los latinos de piel oscura, ni en los holandeses, tampoco. Creo que los yanquis son los únicos blancos.

Miré la noble cara de Nathan Hale y asentí con la cabeza.

—No tenemos nada de solapados nosotros ¿no es cierto, señor Hilton?

Pensé en Benedict Arnold y me miré los zapatos.

Entonces el policía dijo:

—Bien, adiós, señor Hilton —y se fue a asustar a una niña de cara pálida que se había trepado a la barandilla y se inclinaba para oler la hierba fragante.

—¡Cuidado, el poli! —gritaron sus amiguitas con aguda voz, y toda la bandada de golillas se dispersó corriendo por la plaza.

Con un sentimiento de depresión me volví y fui andando hacia Broadway, donde muchos vagones funiculares amarillos iban de un lado a otro y el sonido de las campanadas y el retumbo ensordecedor de los pesados camiones resonaba en los muros de mármol de la Casa de Justicia y en la masa de granito de la Oficina de Correos.

Multitudes de personas afanadas iban deprisa de un lado al otro de la ciudad, empleados de delgada cara sobria, atildados cambistas de ojos fríos, aquí y allí algún político de cuello rojo del brazo de algún paniaguado favorito, aquí y allí algún abogado del ayuntamiento de rostro amarillento y saturnino. A veces un bombero en su severo uniforme azul pasaba entre la muchedumbre, a veces un policía de chaqueta azul se pasaba la mano por el pelo corto mientras sostenía el casco en su mano enguantada de blanco. Había mujeres también, empleadas de tiendas de cara pálida y bonitos ojos, altas jóvenes rubias que podrían ser dactilógrafas o quizás no, y muchas, muchas mujeres mayores cuya misión en esa parte de la ciudad nadie se habría aventurado a adivinar, pero que se apresuraban de un lado al otro de la ciudad, todas ocupadas en algo que daba a la inquieta muchedumbre entera una cualidad común: la expresión de quien se apresura hacia una meta sin esperanzas.

Conocía a algunos de los que pasaban a mi lado. La pequeña Jocelyn del Mail Express; Hood, que tenía más dinero del que le hacía falta y que tendría menos del que necesitaría cuando abandonara Wall Street; el coronel Tidmouse del 450 Regimiento de Infantería de Nueva York, que probablemente vendría de la oficina del Army and Navy Journal, y Dick Harding, que escribía los mejores cuentos sobre la vida de Nueva York nunca publicados. La gente decía que el sombrero ya no le sentaba... especialmente algunos de los que también escribían cuentos acerca de la vida de Nueva York y cuyos sombreros amenazaban sentar en tanto les durara la vida.

Miré la estatua de Nathan Hale, y luego la corriente humana que fluía en torno a su pedestal.

—Quand même —musité y me dirigí andando hacia Broadway e hice señas al guarda de un coche funicular que iba al norte de la ciudad.

Entré al parque por la Quinta Avenida y el portal de la calle 59; nunca pude decidirme a entrar por el portal que guarda la horrible estatua pigmea de Thorwaldsen.

El sol de la tarde se vertía por las ventanas del hotel New Netherland, haciendo resplandecer todos los paneles con cortinas anaranjadas y llamear las alas de los dragones de bronce.

Maravillosos macizos de flores refulgían a la luz del sol en las grises terrazas del Savoy, el patio enrejado del palacio Vanderbilt y los balcones de la plaza de enfrente.

La fachada de mármol blanco del Club Metropolitan era un bienvenido alivio en el universal resplandor, y mantuve en ella fija la mirada hasta que hube cruzado la calzada polvorienta y penetrado en la sombra de los árboles.

Antes de llegar al Zoo, lo olí. La semana próxima sería trasladado a los frescos prados y bosques del parque del Bronx, lejos del aire asfixiante de la ciudad, lejos del infernal ruido de los autobuses de la Quinta Avenida.

Un noble venado me miró fijamente desde su jaula entre los árboles mientras yo pasaba por el sendero serpenteante de asfalto.

—No te aflijas, viejo —le dije—, la semana próxima estarás chapoteando en el río del Bronx y comiendo brotes de arce a tu entera satisfacción.

Seguí adelante pasando junto a manadas de ciervos de mirada fija, grandes alces y renos de arbórea cornamenta y antílopes africanos de larga cara, hasta que llegué a la guarida de los grandes carnívoros.

Los tigres estaban esparrancados al sol, guiñando y lamiéndose las patas; los leones dormían a la sombra o, sentados, bostezaban con gravedad. Una esbelta pantera se paseaba de un extremo al otro de su jaula, deteniéndose a veces para atisbar ansiosa el libre mundo soleado. Las criaturas silvestres enjauladas me partían el corazón, y seguí adelante encontrándome a veces con la mirada vacía de un tigre o los mezquinos ojos huidizos de una hiena maloliente.

Más allá del prado podía ver los elefantes que mecían sus grandes cabezas, los sobrios bisontes que babeaban solemnes sobre sus vástagos, la sarcástica expresión de los camellos, las pequeñas cebras malignas y un montón de animales más de la tribu del camello y de la llama, todos parecidos entre sí, todos igualmente ridículos, estúpidos, mortalmente faltos de interés.

En algún sitio detrás del viejo arsenal chillaba un águila, probablemente un águila yanki; oí el «chung, chung» de un hipopótamo que resoplaba, el grito de un halcón y el «yap» que gruñían los lobos en contienda.

«¡Lindo sitio para un día caluroso!», medité con amargura, y pensé algunas cosas acerca de Jamison que no insertaré en este volumen. Pero encendí un cigarrillo para atenuar el aroma de las hienas, abrí mi libro de esbozos, afilé mi lápiz y me puse a trabajar sobre un grupo de la familia de hipopótamos.

Deben de haberme tomado por un fotógrafo, porque todos ellos sonreían como para «dar la bienvenida a un amigo», y mi libro de esbozos ofrecía una serie de mandíbulas abiertas, tras las que los informes cuerpos abultados se desvanecían en una alarmante perspectiva.

Los caimanes eran fáciles; me miraban como si no se hubieran movido desde la fundación del Zoo, pero pasé un mal momento con el gran bisonte que constantemente me volvía la cola y me miraba impertérrito por sobre su flanco para comprobar qué tal me impresionaba. De modo que fingí estar absorto en las travesuras de dos oseznos, y el viejo bisonte cayó en la trampa, porque hice de él algunos buenos bocetos y me le reí en la cara cuando cerré el libro.

Había un banco junto a la morada de las águilas, y me senté para dibujar los buitres y los cóndores, inmóviles como momias entre las rocas apiladas. Gradualmente fui ampliando el esbozo incorporando la plaza con grava, la escalinata que conducía a la Quinta Avenida, el somnoliento policía del parque frente al arsenal... y una esbelta joven de blanca frente con un vestido negro y gastado que estaba silenciosa a la sombra de los sauce.

Al cabo de un rato descubrí que el boceto, en lugar de ser un estudio de las águilas, era en realidad una composición en la que la joven de negro ocupaba el punto principal de interés. Sin advertirlo, lo había subordinado todo a ella: los reflexivos buitres, los árboles y las veredas, y los grupos apenas esbozados de los que se paseaban al sol.

Estaba totalmente inmóvil, con la pálida cara inclinada y las manos blancas cogidas flojamente por delante.

«Se le ve como perdida en amargas reflexiones —pensé—, probablemente no tiene trabajo.»

Entonces vi el resplandor de un anillo de diamantes en el dedo medio de su mano izquierda.

«No se va a morir de hambre con semejante piedra», me dije, mirando con curiosidad sus ojos oscuros y su boca sensitiva. Los ojos y la boca eran hermosos... hermosos, pero tocados por el dolor.

Al cabo de un rato me puse de pie y volví sobre mis pasos para hacer un esbozo o dos de los leones y los tigres. Evité los monos; no puedo soportarlos y nunca me parecieron graciosas esas degradadas criaturas de todo lo que hay de innoble en nosotros.

«Ya tengo bastante —pensé—; iré a casa y prepararé una página completa que probablemente complacerá a Jamison.»

De modo que coloqué la banda elástica alrededor de mi libro de bocetos, guardé el lápiz y la goma en el bolsillo del chaleco y me dirigí hacia la Alameda para fumar un cigarrillo a la luz de la tarde antes de volver a mi estudio y trabajar hasta medianoche, hasta ensuciarme la barbillia de gris con la carbonilla y de blanco con la tinta china.

A través del extenso prado podía ver los tejados de la ciudad que asomaban ligeramente sobre los árboles. Una niebla por detrás de ella, chapitel y bóveda, tejado y torre, y las altas chimeneas donde delgadas hebras de humo se rizaban ociosas, se habían transformado en pináculos de berilo y llameantes minaretes, bañados en delgado fulgor. Lentamente el encantamiento se acrecentaba; todo lo que era feo y desgastado y mezquino se había desvanecido de la ciudad distante, y se alzaba ahora hacia el cielo del atardecer, espléndido, dorado, magnífico, purificado en el horno feroz del sol poniente.

El disco rojo estaba a medias oculto ahora; el encaje de los árboles, el sauce plumoso y el abedul en flor; se oscurecían recortados sobre el fulgor; los rayos de fuego se disparaban lejos por el prado dorando las hojas muertas, manchando de suave carmesí los oscuros troncos húmedos a mi alrededor.

A lo lejos, al otro extremo del prado, pasó un pastor tras la estela de un rebaño con el perro a sus talones, motas grises apenas en movimiento.

Una ardilla estaba en un sendero de grava frente a mí, corrió unos pocos pies y volvió a detenerse, tan cerca, que me era posible ver sus flancos palpitantes.

En algún lugar de la hierba un insecto escondido ensayaba los últimos soles del verano; oí el ¡tap, tap! ¡tat-tat-t-t-tat! de un pájaro carpintero entre las ramas por sobre mi cabeza y la nota quejumbrosa de un petirrojo somnoliento.

El atardecer volvíase más denso; desde la ciudad la música de las campanas llegaba flotante al bosque y el prado; ligeras sirenas dulces venían de las barcas del río a lo largo de la ribera norte, y el distante trueno de un cañón anunciaba el fin de un día de junio.

El extremo de mi cigarrillo empezó a resplandecer con una luz más roja; el pastor y el rebaño se habían desvanecido en el crepúsculo y solo sabía que aún se trasladaba por el cencerro de las ovejas que tintineaba ligero.

Entonces esa extraña inquietud que todos han conocido, esa sensación a medias ensoñada de haberlo visto todo antes, de haberlo experimentado todo, me sobrecogió, y levanté la cabeza y me volví lentamente.

Una figura estaba sentada a mi lado. Mi mente luchaba con el instinto del recuerdo. Algo vago y sin embargo familiar, algo que se evadía de él y sin embargo lo incitaba, algo... ¡Dios sabe qué!, me perturbaba. Y ahora, al mirar, sin interés, la figura oscura a

mi lado, una urgencia, totalmente involuntaria, una impaciencia por comprender se apoderó de mí; suspiré y me volví otra vez inquieto hacia el oeste en sombra.

Me pareció escuchar el eco de mi suspiro; apenas le presté atención; y en un instante suspiré otra vez y arrojé la colilla consumida de mi cigarrillo sobre la grava a mis pies.

—¿Me habló usted? —dijo alguien en voz baja, tan cerca que me volví casi con brusquedad.

—No —respondí al cabo de un momento de silencio.

Era una mujer. No le podía ver la cara claramente, pero vi en sus manos entrelazadas, que tenía apoyadas distraídamente en el regazo, la chispa de un gran diamante. La reconocí en seguida. No me hizo falta examinar su gastado vestido negro, la cara pálida, una mancha blanca en el crepúsculo, para saber que tenía su retrato en el libro de bocetos.

—¿Tendría... tendría inconveniente en que le hablara? —preguntó con timidez.

La desconsolada tristeza de su voz me conmovió y le dije:

—¡Pues, no, por supuesto que no! ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí —dijo ella animándose un poco—, si solo... si solo usted quisiera.

—Lo haré si puedo —dije animoso—. ¿De qué se trata? ¿Está corta de fondos por el momento?

—No, no se trata de eso —dijo ella echándose atrás.

Le pedí perdón, algo sorprendido, y saqué la mano del bolsillo donde llevo el cambio.

—Se trata solo... solo deseo que coja usted estas... —sacó un delgado paquete del escote— estas dos cartas.

—¿Yo? —pregunté asombrado.

—Sí, si tiene la bondad.

—Pero ¿qué he de hacer con ellas? —inquirí.

—No lo sé; solo sé que debo dárselas. ¿Las cogerá?

—Oh, sí, las cogeré —dije riendo—. ¿Es preciso que las lea? —Y añadí para mí: «Es seguramente alguna treta de mendicidad.»

—No —respondió lentamente—, no debe leerlas; debe entregarlas a alguien.

—¿A alguien? ¿A cualquiera?

—No, no a cualquiera. Sabrá usted a quién cuando llegue el momento.

—Entonces debo guardarlas hasta recibir nuevas instrucciones?

—Su propio corazón será el que lo instruya —dijo en voz apenas audible. Me tendió el delgado paquete y yo, para darle gusto, lo cogí. Estaba húmedo.

—Las cartas cayeron al mar —dijo—. Había una fotografía que debía acompañarlas, pero el agua salada la estropeó. ¿Tiene inconveniente en que le pida algo más?

—¿Yo? Oh, no.

—Entonces, déme el retrato que hoy me hizo.

Reí nuevamente y le pregunté cómo sabía que la había dibujado.

—¿Se me parece? —preguntó.

—Creo que se le parece mucho —respondí sinceramente.

—¿No quiere dármelo?

Estuve a punto de negárselo, pero pensé que tenía bastantes bocetos como para una página completa sin necesidad de ese, de modo que se lo di, hice señal de que se lo merecía y me puse de pie. También ella lo hizo, con el diamante que le resplandecía en el dedo.

—¿Está segura de que no está necesitada? —le pregunté no sin un cierto sarcasmo buenhumorado.

—¡Atención! —susurró—. ¡Escuche! ¿No oye las campanas del convento?

Miré la noche neblinosa.

—No suena ninguna campana —dije—, y además no hay campanas conventuales aquí. Estamos en Nueva York, mademoiselle —había notado su acento francés—, nos encontramos en una tierra de yanquis protestantes, y las campanas que suenan son mucho menos dulces que las de Francia.

Me volví con agrado para despedirme. Había desaparecido.

III

—¿Ha dibujado alguna vez un cadáver? —me preguntó Jamison a la mañana siguiente cuando entré a su despacho privado con un boceto de la página completa propuesta sobre el Zoo.

—No, y no quiero hacerlo —repliqué de manera insociable.

—Deje que vea la página sobre el Central Park —dijo Jamison con su voz gentil mientras yo la desplegaba. No tenía casi valor alguno desde el punto de vista artístico, pero a Jamison le gustó tal como yo de antemano lo sabía.

—¿Puede terminarla para esta tarde? —preguntó mirándome con ojos persuasivos.

—Oh, supongo que sí —dije con cansancio—. ¿Algo más, señor Jamison?

—El cadáver —contestó—; quiero un boceto para mañana... terminado.

—¿Qué cadáver? —inquirí controlando mi indignación mientras miraba los ojos dulzones de Jamison.

Hubo un mudo duelo de miradas. Jamison se pasó la mano por la frente levantando ligeramente las cejas.

—Lo quiero tan pronto como sea posible —dijo con voz acariciadora.

Lo que pensé fue:

«¡Maldito gato ronroneante!»

Lo que dije fue:

—¿Dónde se encuentra el cadáver?

—En la Morgue. ¿No ha leído los periódicos de la mañana? ¿No? Ah, como correctamente lo observa usted, se encuentra demasiado ocupado como para leer los periódicos de la mañana. Los jóvenes deben aprender la industria primero, claro, claro. Lo que ha de hacer es lo siguiente: la policía de San Francisco ha dado la alarma acerca de la desaparición de una tal señorita Tufft... la hija del millonario, ya lo sabe usted. Hoy un cadáver fue transportado a la Morgue de Nueva York, aquí, y se lo identificó como el de la joven desaparecida... por un anillo de diamante. Ahora bien, estoy convencido de que no lo es, y le diré por qué, señor Hilton.

Cogió una pluma e hizo un esbozo de un anillo en el margen del Tribune de la mañana.

—Así es la descripción del anillo que nos llegó de San Francisco. Observará que el diamante está engarzado en el centro del anillo donde se cruzan las dos colas de las serpientes de oro.

»Pues bien, el anillo del dedo de la mujer que está en la Morgue es así —y rápidamente esbozó otro anillo en el que el diamante reposaba entre los colmillos de las dos serpientes de oro—. Esa es la diferencia —dijo con su voz placentera y regular.

—Los anillos de esa clase son infrecuentes —dijo, recordando que había visto un anillo semejante en el dedo de la joven de cara pálida en el Parque la tarde antes. Entonces, un súbito pensamiento adquirió forma: ¡Quizás el cuerpo que yacía en la Morgue era el de esa joven!

—Bien —dijo Jamison mirándome— ¿en qué piensa?

—En nada —respondí, pero toda la escena se desplegaba ante mis ojos, los buitres agazapados entre las rocas, el gastado vestido negro y la cara pálida... y el anillo resplandeciente en la delgada mano blanca.

—En nada —repetí—. ¿Cuándo debo partir, señor Jamison? ¿Quiere un retrato... o qué?

—Un retrato, un cuidadoso dibujo del anillo y... una vista de la Morgue por la noche. No estaría mal comunicar el horror a la gente de paso.

—Pero —dije—, la política de este periódico...

—No se preocupe, señor Hilton —ronroneó Jamison—, soy capaz de dirigir la política de este periódico.

—No me cabe duda —dije con enfado.

—Lo soy —repitió imperturbable y sonriente—; este caso de la Tufft interesa a la sociedad, sabe usted. Yo estoy... también interesado.

Me tendió un periódico de la mañana y me señaló un titular.

Leí «¡La señorita Tufft muerta! Novia del señor Jamison, el conocido Redactor.»

—¡Qué! —exclamé con horrorizado asombro. Pero Jamison había abandonado el despacho, y lo oí charlar y reír suavemente con algunos visitantes en el despacho de al lado.

Dejé caer el periódico y salí.

—¡Ese sapo de sangre fría! —exclamé una y otra vez—. ¡Hacer dinero con la desaparición de su prometida! Bien, que me cuelguen, sabía que no tenía sangre, ni corazón, que era codicioso, pero nunca pensé... nunca imaginé... —Las palabras me faltaron.

Apenas consciente de lo que hacía, saqué un ejemplar del Herald de mi bolsillo y vi una columna titulada: «¡Encuentro de la señorita Tufft! Identificada por un anillo. Terrible dolor del señor Jamison, su prometido.»

Era demasiado. Salí a la calle y me senté en el parque del Ayuntamiento. Mientras estaba allí sentado, llegué a una terrible resolución; dibujaría la cara de la joven muerta de tal manera que la sangre morosa de Jamison se congelaría, poblaría las sombras negras de la Morgue con formas y caras fantasmales, y cada cara tendría algo de la de Jamison. ¡Oh, ya lo arrancaría de su apatía de serpiente! Lo enfrentaría con la Muerte de modo tan espantable que, desapasionado, bajo, inhumano como era, se sobrecogería ante ella como ante un puñal que le fuera arrojado. Perdería mi colocación, claro, pero eso no me importaba, pues me había decidido a renunciar de cualquier manera, pues no me sentí inclinado a mantener contactos sociales con los reptiles humanos. Y mientras me estaba sentado allí, furioso, tratando de imaginar un cuadro cuyo sombrío horror dejaría en su mente una cicatriz imborrable, pensé de pronto en la joven pálida vestida de negro del Central Park. ¡Quizá su pobre cuerpo esbelto era el que yacía en las sombras de la lúgubre Morgue! Si hubo nunca reflexiva desesperación estampada en una cara, la había visto en la de ella cuando se me dirigió en el Parque y me dio las cartas. ¡Las cartas! No había vuelto a pensar en ellas desde entonces, pero ahora me las quité del bolsillo y examiné las direcciones.

—Es raro —pensé—, las cartas están todavía mojadas; huelen a agua salada, además.

Examiné la dirección nuevamente, escrita con la larga letra fina de una mujer culta, educada en un convento francés. Las dos cartas tenían la misma dirección, en francés:

CAPITÁN D'YNIOL.

(Por bondad de un desconocido)

—Capitán d'Yniol —repetí en voz alta—. ¡Que me cuelguen, ya he oído mencionar ese nombre! ¿Dónde diablos... dónde, en nombre de todo lo que es extraño...? —Alguien que se había sentado en el banco junto a mí, me puso una mano pesada sobre el hombro.

Era el francés, «Soger Charlie».

—Ha pronunciado usted mi nombre —dijo con tono apático.

¡Su nombre!

—Capitán d'Yniol —repitió—; es mi nombre.

Lo reconocí a pesar de las gafas protectoras negras que llevaba y, al mismo momento, como un rayo relumbró en mi mente que d'Yniol era el nombre del traidor que había escapado. ¡Ah, ahora lo recordaba!

—Soy el capitán d'Yniol —dijo otra vez, y vi sus dedos cerrarse en la manga de mi americana.

Pudo haber sido mi involuntario movimiento de rechazo, no lo sé, pero el individuo me soltó y se sentó tieso en el banco.

—Soy el capitán d'Yniol —dijo por tercera vez—, acusado de traición y sentenciado a muerte.

—¡Es inocente! —musité antes de tener conciencia de haber hablado. Qué fue lo que me arrancó esas palabras involuntarias de los labios, no lo sabré nunca quizá; pero era yo, no él, el que temblaba, poseído de extraña agitación, y fui yo, no él que le tendió una mano impulsiva rozando la suya.

Sin el menor temblor me cogió la mano, me la apretó casi imperceptiblemente y la dejó caer. Entonces yo le tendí las dos cartas y, como no las miraba, ni tampoco me miraba a mí, se las puse en la mano. Entonces él se sobresaltó.

—Léalas —dije—, son para usted.

—¡Cartas! —dijo con voz ahogada que nada tenía de humano.

—Sí, son para usted... ahora lo sé...

—¡Cartas! ¿Cartas dirigidas a mí?

—¿No puede verlo? —grité.

Entonces levantó una mano frágil y se quitó las gafas de protección de los ojos y, cuando lo miré, vi dos pequeñas manchas blancas exactamente en el centro de las pupilas.

—¡Ciego! —dije tartamudeando.

—Hace dos años que no me es posible leer —dijo.

Al cabo de un momento puso las yemas de los dedos sobre las cartas.

—Están húmedas —dije—. ¿Querría... quería que yo se las leyera?

Durante largo tiempo se quedó sentado a la luz del sol jugueteando con su bastón y yo lo miraba sin hablar. Por último dijo:

—Léalas, monsieur.

Yo tomé las cartas y rompí los sellos.

La primera carta contenía una hoja de papel, húmeda y descolorida, sobre las que había escritas unas pocas líneas:

Mi querido, sabía que eras inocente...

Allí terminaba la escritura, pero en el texto borroso por debajo, leí:

París lo sabrá... Francia lo sabrá, porque por fin tengo las pruebas e iré a tu encuentro, soldado mío, y las pondré en tus manos de valiente. Lo saben ahora en el Ministerio de Guerra —tienen una copia de la confesión del traidor—, pero no se atreven a darlo a publicidad y enfrentar el asombro y la cólera del pueblo. Por tanto me embarcaré el lunes en Cherburgo en la línea transatlántica de la Cruz Verde, y te devolveré a lo que te pertenece, donde podrás erguirte ante el mundo sin temor ni vergüenza.

Aline

—¡Esto... esto es terrible! —tartamudeé—. ¿Es posible que Dios exista y permita cosas semejantes?

Pero me asió el brazo con su mano pidiéndome que leyera la otra carta; y yo me estremecí ante la amenaza que había en su voz.

Entonces, con sus ojos sin vista fijados en mí, saqué la otra carta del sobre mojado y manchado. Y antes que tuviera conciencia... antes que hubiera entendido el sentido de lo que veía, había leído en alta voz la mitad de las líneas borroneadas:

«El Lorient se está hundiendo... un iceberg... mitad del océano... adiós... eres inocente... te amo...»

—¡El Lorient! —exclamé—. Era el vapor francés del que nunca volvió a saberse nada... ¡El Lorient de la línea transatlántica de la Cruz Verde! Me había olvidado... Me...

El fuerte estruendo de un revólver me ensordeció; los oídos me retumbaban y me dolían cuando me aparté bruscamente de una figura andrajosa y polvorienta que se desmoronaba en el banco junto a mí, se estremecía un momento y caía sobre el asfalto a mis pies.

Las pisadas de la multitud ansiosa y de mirada dura, el polvo y el olor de la pólvora en el aire caliente, la estrepitosa alarma de la ambulancia que avanzaba por la calle Mail... todas estas cosas recuerdo mientras estaba allí arrodillado, sosteniendo impotente las manos del muerto en las mías.

—¿Soger Charlie —murmuró el policía de los gorriones— se suicidó, no, señor Hilton? Usted lo vio, señor... se voló la tapa de los sesos ¿no es cierto, señor Hilton?

—Soger Charlie —repetían—, un francés oscuro que se suicidó... —Y las palabras resonaban como un eco en mis oídos mucho tiempo después que la ambulancia se alejara y se dispersara la multitud de mala gana cuando un par de policías despejó un espacio alrededor del charco de espesa sangre sobre el asfalto.

Me querían como testigo y le di mi tarjeta a uno de los policías que me conocía. El populacho trasladó sobre mí su mirada fascinada, y yo me volví abriéndome camino entre asustadas empleadas de tiendas y ociosos malolientes, hasta que me perdí en el torrente humano de Broadway.

El torrente me trasladó hacia donde fluía. ¿Al Este? ¿Al Oeste? No lo sabía ni me importaba, sino que iba entre la multitud sin hacer caso de nada, mortalmente cansado de tratar de resolver la justicia de Dios, de luchar por comprender Sus fines, Sus leyes, Sus dictámenes que son justos y sin tacha por entero.

IV

—Más deseables son que el oro, sí, mucho más que el oro fino. Más dulces también que la miel y que los panales.

Me volví hacia el que hablaba, que andaba renqueando tras de mí. Tenía los ojos hundidos opacados y sin brillo, la cara exangüe lucía pálida como una máscara de la muerte sobre un jersey rojo como sangre, el emblema de los soldados de Cristo.

No sé por qué me detuve demorándome, pero al pasar junto a mí, le dije:

—Hermano, también yo estaba meditando sobre la sabiduría de Dios y Sus testimonios.

El pálido fanático me lanzó una mirada, vaciló y se ajustó a mi paso caminando a mi lado. Bajo la visera de su gorra del Ejército de Salvación, los ojos brillaban en la sombra con un extraño fulgor.

—Dígame algo más —dije mientras mi voz se hundía bajo el bramido del tránsito, el clang, clang de los coches cariles y el ruido de las pisadas sobre el pavimento gastado—, hábleme de Sus testimonios.

—Además por ellas Tu sirviente es advertido y en su cumplimiento hay gran recompensa. ¿Quién puede entender Sus errores? Límpiame de mis pecados secretos. Aparta también a Tu sirviente de los pecados de la presunción. Que no tengan dominio sobre mí. Entonces seré enderezado y me volveré inocente de la gran trasgresión. Que las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón sean aceptables a Tu vista... ¡oh, Señor! ¡Mi fuerza y mi Redentor!

—Es la Sagrada Escritura lo que cita —dije—; también yo puedo leer eso cuando quiero. Pero no me aclara las razones... no me hace comprender...

—¿Qué? —preguntó, y murmuró para sí.

—Eso, por ejemplo —repliqué señalando a un tullido que había nacido sordo, mudo y horriblemente deformé, un desdichado bulto enfermo en la acera junto a la iglesia de San Pablo, una criatura de ojos vacíos que boqueaba y mugía y hacía resonar peniques en un bote de lata como si el sonido del cobre pudiera detener a la banda humana que avanzaba caliente tras el olor del oro.

Entonces el hombre que renqueaba a mi lado se volvió y me miró largamente y con severidad a los ojos. Y al cabo de un momento un opacado recuerdo se agitó en mí, un algo vago que parecía el despertar de un recuerdo de un pasado mucho, mucho tiempo olvidado, penumbroso, oscuro, demasiado sutil, demasiado frágil, demasiado indefinido... ¡Ah, el viejo sentimiento que todos han conocido...! La vieja extraña inquietud, esa inútil lucha por recordar cuándo y dónde todo había ocurrido antes.

Y la cabeza del hombre se hundió en su jersey carmesí, y murmuró, murmuró para sí sobre Dios, el amor y la compasión hasta que me di cuenta de que el terrible calor de la ciudad le había afectado el cerebro, y me alejé y lo dejé parboteando de los misterios que ningún otro, salvo alguien como él, osa nombrar.

Así avancé a través del polvo y el calor; y el cálido aliento de los hombres me rozaba las mejillas y sus ojos ansiosos miraban los míos. Ojos, ojos que se encontraban con los míos, atravesaban mi mirada y seguían más allá, mucho más allá, donde el oro resplandecía en medio del espejismo de la eterna esperanza. ¡Oro! Estaba en el aire donde la luz del sol doraba las motas flotantes, estaba bajo los pies en el polvo que el sol doraba, resplandecía desde el panel de cada ventana donde los largos rayos rojos hacían saltar chispas doradas sobre las jadeantes hordas hambrientas de oro de Wall Street.

Altos, muy altos se alzaban en el cielo profundo los edificios, y la brisa de la bahía movía las banderas del comercio teñidas por el sol hasta que flameaban sobre el torbellino de las colmenas por debajo; flameaban comunicando coraje, esperanza y fuerza a los que sentían la codicia del oro.

El sol se hundía tras el Castillo William al dirigirme yo distraído hacia la Batería, y las largas sombras rectas de los árboles se extendían sobre el césped y la acera de asfalto.

Ya las luces eléctricas brillaban entre el follaje aunque la bahía refulgía como latón pulido y las velas de los barcos resplandecían como un matiz más profundo allí donde los rayos rojos del sol daban oblicuamente sobre los aparejos.

Algunos viejos avanzaban trabajosamente a lo largo del rompeolas, golpeando el asfalto con gastados bastones; algunas viejas se arrastraban de aquí para allá en el crepúsculo, viejas que cargaban cestos entreabiertos en demanda de limosna o paquetes abultados. ¿Comida, ropa? No lo sabía; no me importaba saberlo.

El pesado trueno de los parapetos del Castillo William murió a la distancia en la plácida bahía, el último brazo rojo del sol se extendió por el mar, y se agitó y se desvaneció en los tonos sombríos del crepúsculo. Entonces llegó la noche, tímida en un comienzo, rozando el cielo y el agua con dedos grises, envolviendo el follaje en suaves formas macizas, avanzando reptante más y más, cada vez más veloz, hasta que el color y la forma desaparecieron de toda la tierra y el mundo se convirtió en un mundo de sombras.

Y mientras estaba sentado sobre el rompeolas oscuro, gradualmente los amargos pensamientos me fueron abandonando y contemplé la noche serena con algo de la paz que gana a todos cuando termina el día.

La muerte a mi lado del pobre desdichado ciego en el parque me había afectado, pero ahora la tensión de mis nervios se relajó y empecé a pensar en todo el asunto: las cartas y la extraña mujer que me las había dado. Me pregunté dónde las habría encontrado, si en realidad habrían sido arrastradas por una corriente errante desde el naufragio fatal del Lorient.

Nada más que estas cartas habían quedado del Lorient, nada más que ellas habían visto de él ojos humanos, aunque creíamos que el fuego o un iceberg había sido su suerte; pues no había habido tormentas cuando el Lorient partió de Cherburgo.

¿Y qué era de la joven de cara pálida que me había dado las cartas diciéndome que el corazón me dictaría dónde colocarlas?

Me palpé el bolsillo en busca de las cartas donde las había metido arrugadas y húmedas. Allí estaban, y decidí entregarlas a la policía. Luego pensé en Cusick y en el parque del Ayuntamiento, y estos pusieron mi mente en funcionamiento al encuentro de Jamison y mi propio trabajo. ¡Ah, me había olvidado de eso! Me había olvidado que había jurado conmover la fría y morosa sangre de Jamison. ¡Especular con el suicidio o asesinato de su prometida! Es verdad que me había dicho que no creía que el cuerpo de la Morgue fuera el de la señorita Tufft, pues la descripción del anillo no coincidía con el de su prometida. Pero ¡qué clase de hombre era ese! ¡Ir arrastrándose y olfateando por las morgues y las tumbas en busca de ilustraciones para páginas enteras que podrían ser ocasión de que se vendieran algunos millares de ejemplares adicionales! Jamás había conocido a un hombre semejante. Era extraño además, porque esa no era la especie de ilustración que solía publicar el Weekly; estaba en contra de todo precedente, en contra de toda política del periódico. Perdería un centenar de suscriptores por cada uno que ganara con semejante trabajo.

—¡Ese bruto desalmado! —musité—. ¡Ya haré que se despierte, ya...!

Estaba sentado derecho en el rompeolas y miraba fijamente la figura que se me acercaba bajo la chisporroteante luz eléctrica.

Era la mujer que había encontrado en el parque.

Vino derecho hacia mí, con la cara pálida que lucía como mármol en la oscuridad y sus manos delgadas extendidas.

—He estado buscándolo todo el día... todo el día —dijo con los mismos tonos bajos y excitados—. Quiero recuperar las cartas. ¿Las tiene aquí?

—Sí —dije—. Las tengo aquí... Lléveselas, en nombre del Cielo. ¡Ya han hecho bastante daño por el día!

Ella cogió las cartas de mis manos; vi el anillo hecho de las dos serpientes que le resplandecía en el dedo delgado; me le acerqué y la miré a los ojos.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—¿Yo? Mi nombre no tiene importancia para usted —respondió.

—Tiene razón —dije—. No me importa cuál sea su nombre. Ese anillo suyo...

—¿Qué pasa con mi anillo? —murmuró.

—Nada... una mujer muerta que yace en la Morgue lleva un anillo semejante.

¿Sabe lo que han ocasionado sus cartas? ¿No? Pues bien, se las he leído a un pobre desdichado y se ha saltado la tapa de los sesos.

—Se las ha leído a un hombre!

—Lo hice. Y se mató.

—¿Quién era ese hombre?

—El capitán d'Yniol...

Con algo entre sollozo y una risa, me cogió la mano y me la cubrió de besos, y yo, asombrado e indignado, aparté la mano de sus labios fríos y me senté en el banco.

—No es preciso que me lo agradezca —dije con aspereza—; si lo hubiera sabido... pero no importa. Quizá después de todo el pobre diablo se encuentra mejor en otras regiones con su novia ahogada... Sí, imagino que así es. Estaba ciego y enfermo... y con el corazón destrozado.

—¿Ciego? —preguntó con suavidad.

—Sí. ¿Lo conocía usted?

—Lo conocía.

—¿Y a su novia, Aline?

—Aline —repitió suavemente—. Está muerta. Vengo a agradecérselo en su nombre.

—¿Agradecerme qué? ¿Su muerte?

—Sí, eso.

—¿Cómo consiguió usted esas cartas? —le pregunté de súbito.

No respondió y se quedó tocando con la yema de los dedos las cartas mojadas.

Antes de que pudiera volver a hablar se alejó entre la sombra de los árboles, ligera, silenciosamente, y a lo lejos, en el sendero oscuro, vi resplandecer su diamante.

En lúgubre meditación, me puse de pie y me dirigí a través de la Batería hacia la escalinata del ferrocarril elevado. Las ascendí, compré mi billete y salí a la húmeda plataforma. Cuando llegó el tren, subí a él haciendo con el resto, aún reflexionando en mi venganza, sintiendo y creyendo que iba a fustigar la conciencia de un hombre que había especulado con la muerte.

Por fin el tren se detuvo en la calle Veintiocho, y yo lo abandoné deprisa y descendí las escaleras para dirigirme a la Morgue.

Cuando entré a ella, Skelton, el sereno, estaba en pie junto a una losa que brillaba débilmente bajo los mezquinos picos de gas. Oyó mis pasos y se volvió para ver quién se acercaba. Entonces saludó con la cabeza diciendo:

—Señor Hilton, eche usted una mirada a este cadáver; yo volveré en un momento; esta es la que dicen que es la señorita Tufft, pero se equivocan todos, porque este cadáver ha estado aquí desde hace ya dos semanas.

Saqué el cuaderno de bocetos y los lápices.

—¿Cuál es, Skelton? —pregunté mientras buscaba la goma.

—Esta, señor Hilton, la joven que sonríe. La sacaron de Sandy Hook. ¿No parece como si estuviera dormida?

—¿Qué es lo que tiene apretado en la mano? Oh... una carta. Sube el gas, Skelton. Quiero verle la cara.

El viejo giró la llave y la llama resplandeció y silbó en el húmedo aire fétido. Entonces súbitamente fijé la mirada en la muerta.

Rígido, respirando apenas miré el anillo formado por dos serpientes retorcidas en las que había engarzado un gran diamante; vi las cartas mojadas apretadas en la mano delgada. Miré y ¡Dios me ayude! Vi la cara muerta de la joven con la que había estado hablando en la Batería.

—Hace un mes que ha muerto cuando menos —dijo Skelton con serenidad.

Entonces, al sentir que mis sentidos me abandonaban, grité y, en el mismo instante, alguien por detrás me cogía del hombro y me sacudía salvajemente; me sacudió hasta que abrí los ojos boqueando y tosiendo.

—Vamos, pues, joven —dijo un policía del parque inclinado sobre mí—, si se duerme en un banco, alguien le robará el reloj.

Me volví frotándome los ojos desesperadamente.

Entonces, todo había sido un sueño: ninguna joven tímida había acudido a mí con cartas mojadas, no había ido a la oficina, no existía la tal señorita Tufft, Jamison no era un villano insensible, no por cierto. Nos trataba a todos mejor de lo que merecíamos y era bueno y generoso por añadidura. ¡Y el espantoso suicidio! Gracias a Dios también eso era un mito... y la Morgue y la Batería por la noche en que la joven de cara pálida... jaj!

Me palpé en busca del cuaderno de bocetos y lo encontré; volví las páginas donde aparecían todos los animales que había dibujado, los hipopótamos, los búfalos, los tigres... jah! ¿Dónde estaba el boceto en el que había hecho de la mujer del negro vestido gastado la figura principal, con los buitres meditativos alrededor y la multitud a la luz del sol...? Había desaparecido.

Busqué por todas partes, en cada bolsillo. Había desaparecido.

Por fin me puse de pie y avancé por el estrecho sendero de asfalto a la luz del crepúsculo.

Y cuando doblé por la vereda más amplia, vi a un grupo de personas, un policía que sostenía una linterna, algunos jardineros y un conjunto de ociosos que rodeaban algo... una masa oscura sobre el suelo.

—Los encontré así —decía uno de los jardineros—, es mejor no tocarlos hasta que llegue el pesquisador.

El policía alzó la linterna un poco; los rayos cayeron sobre dos caras, sobre dos cuerpos, a medias sostenidos contra el banco del parque. En el dedo de la joven resplandecía un espléndido diamante engarzado entre los colmillos de dos serpientes de oro. El hombre se había disparado un tiro; tenía apretadas en la mano dos cartas mojadas. La ropa y los cabellos de la joven estaban mojados y su cara era la cara de una ahogada.

—Bien, señor —dijo el policía mirándome—; usted parece conocer a estas dos personas... pero su aspecto...

—Nunca los he visto en mi vida —dije jadeante, y seguí mi camino temblando de pies a cabeza.

Desde entre los pliegues del gastado vestido negro había visto el extremo de un papel: ¡El dibujo que había perdido!

EL MENSAJERO

Pequeño mensajero gris,
vestido como la Muerte pintada,
polvo es tu vestido.

¿A quién buscas
entre lirios y capullos cerrados
al atardecer?

Entre lirios y capullos cerrados
al atardecer
¿a quién buscas,
pequeño mensajero gris
vestido en el espantable atuendo
de la Muerte pintada?

Omniprudente

¿has visto todo lo que hay que ver con tus dos ojos?
¿Conoces todo lo que hay por conocer y, por tanto,
omnisciente
te atreves a decir no obstante que tu hermano miente?

R. W. C.

|

—La bala entró por aquí —dijo Max Fortin, y puso su dedo medio en un limpio boquete exactamente en medio de la frente.

Yo estaba sentado en un montículo de algas y me descolgué la escopeta con que cazaba aves.

El pequeño químico palpó con precaución los bordes del agujero abierto por el disparo, primero con el dedo medio, luego con el pulgar.

—Déjeme ver el cráneo otra vez —dije.

Max Fortin lo alzó del suelo.

—Es como todos los otros —observó. Yo asentí con la cabeza sin ofrecerme a aliviarlo de la carga. Al cabo de un momento, reflexivamente volvió a ponerlo sobre la hierba a mis pies.

—Es como todos los otros —repitió, limpiando sus gafas con el pañuelo—. Pensé que querría ver uno de los cráneos, de modo que traje este del cascajar. Los hombres de Bannalec están todavía cavando. Tendrían que detenerse.

—¿Cuántos cráneos hay en total? —pregunté.

—Encontraron treinta y ocho cráneos; hay treinta y nueve anotados en la lista. Están apilados en el cascajar al borde del trigal de Le Bihan. Los hombres están trabajando todavía. Le Bihan los detendrá.

—Vayamos allí —dije; y cogí mi escopeta y me puse en camino a través de los riscos, Fortin a un lado, Môme al otro.

—¿Quién tiene la lista? —pregunté mientras encendía la pipa—. ¿Dice que hay una lista?

—La lista se encontró enrollada en un cilindro de latón —dijo el pequeño químico. Añadió—. No debería fumar aquí. Sabe que si una sola chispa volara hasta el trigal...

—Ah, pero mi pipa tiene una cubierta —dije sonriendo.

Fortin me observó mientras yo ajustaba la cubierta de pimentero sobre la taza resplandeciente de la pipa. Luego continuó:

—La lista estaba escrita sobre un grueso papel amarillo; el tubo de latón la preservó. Se encuentra hoy en tan buen estado como en 1760. Ya la verá.

—¿Es esa la fecha?

—La lista está fechada «abril de 1760». La tiene el brigadier Durand. No está escrita en francés.

—¡No está escrita en francés! —exclamé.

—No —replicó Fortin solemnemente—, está escrita en bretón.

—Pero —protesté—, la lengua bretona no se escribió ni se imprimió nunca en 1760.

—Salvo los sacerdotes —dijo el químico.

—Solo oí de un sacerdote que escribió en lengua bretona.

Fortin me dirigió una mirada furtiva.

—¿Se refiere a... al Sacerdote Negro? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

Fortin abrió la boca para volver a hablar, vaciló y finalmente apretó los dientes con obstinación sobre el tallo de trigo que estaba masticando.

—¿Y el Sacerdote Negro? —sugerí alentador. Pero sabía que era inútil; porque es más fácil apartar a las estrellas de su curso que hacer que un bretón obstinado hable. Anduvimos un minuto o dos en silencio.

—¿Dónde está el brigadier Durand? —pregunté mientras hacía una seña a Môme para que se apartara del trigal, que pisoteaba como si fuera brezos. En ese momento llegamos a la vista del extremo más alejado del trigal y la oscura masa húmeda de los riscos más allá.

—Durand está allí... puede verlo; se encuentra detrás del alcalde de St. Gildas.

—Ya lo veo —dije; y descendimos por un sendero para ganado abrasado al sol entre el brezal.

Cuando llegamos al borde del trigal, Le Bihan, el alcalde de St. Gildas, me llamó; me puse la escopeta bajo el brazo y bordeé el trigal hasta el sitio en que el buen hombre se encontraba.

—Treinta y ocho cráneos —dijo con su vocecita aguda—; solo resta uno y me opongo a que se siga buscando. ¿Supongo que Fortin se lo dijo?

Le estreché la mano y devolví el saludo al brigadier Durand.

—Me opongo a que se siga la búsqueda —repitió Le Bihan toqueteándose nervioso los botones de plata que cubrían la parte delantera de su chaqueta de terciopelo y velarte como el peto de una armadura de escamas.

Durand abultó los labios, se retorció sus tremendos bigotes y metió el pulgar bajo el cinturón del sable.

—En cuanto a mí —dijo—, soy partidario de que se continúe la búsqueda.

—¿Que se siga la búsqueda de qué? ¿Del trigésimo noveno cráneo? —pregunté.

Le Bihan asintió con la cabeza. Durand frunció el ceño ante el mar iluminado por el sol, que se mecía como un cuenco de oro fundido desde los riscos hasta el horizonte. Seguí su mirada. Sobre los riscos oscuros, recortado sobre el centelleo del mar, había un cormorán, negro, inmóvil, con la horrible cabeza alzada hacia el cielo.

—¿Dónde está esa lista, Durand? —pregunté.

El gendarme revolvió en su bolsa de despacho y sacó un cilindro de latón de un pie de longitud poco más o menos. Con suma gravedad desatornilló la tapadera e hizo caer un rollo de grueso papel amarillo cubierto de densa escritura por ambos lados. Ante una señal de Le Bihan, me alcanzó el rollo. Pero no entendí nada de la torpe escritura, desvaída ahora y de un pardo opacado.

—Vamos, vamos, Le Bihan —dije con impaciencia—, tradúzcala ¿quiere? Usted y Max Fortin hacen de nada un gran misterio, según parece.

Le Bihan se acercó al foso donde los tres hombres de Bannalec estaban cavando, dio una orden o dos en bretón y se volvió hacia mí.

Al dirigirme al borde del foso, los hombres de Bannalec estaban quitando un fragmento cuadrado de lona de lo que parecía ser una pila de adoquines.

—¡Mire! —dijo con voz aguda Le Bihan. Miré. La pila era un montón de cráneos. Al cabo de un momento bajé por los lados pedregosos del foso y me acerqué a los

hombres de Bannalec. Me saludaron gravemente apoyados sobre los picos y las palas y enjugándose las caras sudorosas con las manos curtidas por el sol.

—¿Cuántos? —pregunté en bretón.

—Treinta y ocho —respondieron.

Miré a mi alrededor. Más allá del montón había dos pilas de huesos humanos. Junto a ellos había un montículo de fragmentos rotos y herrumbrados de hierro y acero. Al mirar más de cerca, vi que el montículo se componía de bayonetas herrumbradas, hojas de sables y de hoces y, aquí y allá, hebillas deslucidas unidas a trozos de cuero duro como el hierro.

Recogí un par de botones y una hebilla. Los botones tenían las armas reales de Inglaterra: la hebilla tenía por blasón las armas inglesas y también el número «27».

—Oí a mi abuelo hablar del terrible regimiento inglés, el 27º de Infantería, que desembarcó en esta región y la asoló —dijo uno de los hombres de Bannalec.

—¡Oh! —dije—. ¿Entonces estos son los huesos de soldados ingleses?

—Sí —dijeron los hombres de Bannalec.

Le Bihan me llamaba desde el borde del foso arriba, y di la hebilla y los botones a los hombres y trepé por el lado de la excavación.

—Bien —dije, tratando de impedir que Môme me saltara encima y me lamiera la cara al emerger yo del foso—, supongo que sabrá a quiénes pertenecen estos huesos. ¿Qué hará con ellos?

—Un hombre —dijo Le Bihan enfadado—, un inglés, pasó por aquí en un carro liviano camino de Quimper hace una hora... ¿y a que no sabe lo que quería hacer?

—¿Comprar las reliquias? —pregunté sonriendo.

—Exactamente... ¡el muy cerdo! —dijo el alcalde de St. Gildas en su vocecilla aguda—. Jean Marie Tregunc, que encontró los huesos, estaba aquí, donde está Max Fortin ¿y sabe lo que respondió? Escupió al suelo y dijo: «Cerdo inglés ¿me toma por un profanador de tumbas?»

Conocía a Tregunc, un bretón sobrio de ojos azules, que vivía de un extremo del año al otro sin poder permitirse ni una sola vez comer un trozo de carne.

—¿Cuánto le ofreció el inglés a Tregunc? —pregunté.

—Doscientos francos por solo los cráneos.

Pensé en los cazadores y los compradores de reliquias en los campos de batalla de nuestra guerra civil.

—El año 1760 hace ya mucho que pasó —dije.

—El respeto por los muertos no puede morir nunca —dijo Fortin.

—Y los soldados ingleses vinieron aquí para matar a vuestros padres y quemar vuestras casas —continué.

—Eran asesinos y ladrones, pero... están muertos —dijo Tregunc acercándose por la playa con su rastra marina y su chaqueta mojada.

—¿Cuánto ganas al año, Jean Marie? —le pregunté acercándome a estrecharle la mano.

—Doscientos veinte francos, monsieur.

—Cuarenta y cinco dólares al año —dije—. ¡Bah!, tú te mereces más, Jean. ¿Quieres hacerte cargo del cuidado de mi jardín? Mi esposa quería que te lo preguntara. Creo que sería justo para ti y para mí pagarte cien francos al mes. Venga, Le Bihan, venga, Fortin... y usted Durand. Quiero que alguien me traduzca esa lista en francés.

Tregunc se me había quedado mirando con sus ojos azules dilatados.

—Puedes empezar en seguida —le dije sonriente—, si el salario te parece adecuado.

—Es adecuado —dijo buscando su pipa de una manera torpe que molestaba a Le Bihan.

—Pues ve entonces y empieza a trabajar —gritó el alcalde con impaciencia; y Tregunc se puso en camino por el brezal hacia St. Gildas, saludándose con la gorra con cintas de terciopelo y asiendo con fuerza la rastra marina.

—Le ofrece más de lo que yo recibo de salario —dijo el alcalde, al cabo de un momento de contemplación de sus botones de plata.

—¡Bah! —dije—. ¿Qué hace usted para ganarse el salario excepto jugar al dominó con Max Fortin en la taberna de Groix?

Le Bihan enrojeció, pero Durand hizo resonar su sable y le guiñó el ojo a Max Fortin, y yo, riendo, pasé mi brazo bajo el del ofendido magistrado.

—Hay un sitio con sombra bajo el acantilado —dije—, venga, Le Bihan, y léame lo que dice el rollo.

En pocos instantes llegamos a la sombra del acantilado, y yo me tendí sobre el césped con la barbilla en la mano para escuchar.

El gendarme, Durand, también se sentó retorciéndose los bigotes hasta que sus extremos fueron agudos como agujas. Fortin se apoyó en el acantilado puliendo sus gafas y examinándonos con su vaga mirada de miope; y le Bihan, el alcalde, se plantó en medio de nosotros, enrollando el papel y poniéndoselo bajo el brazo.

—En primer lugar —empezó con voz aguda—, encenderé la pipa y, mientras lo hago, les contaré lo que sé acerca del ataque del fuerte que allí ven. Mi padre me lo contó; su padre se lo contó a él.

Señaló con la cabeza en dirección a un fuerte en ruinas, una pequeña estructura cuadrada de piedra sobre el acantilado, que no era ahora sino un montón de muros a punto de derrumbarse. Entonces sacó lentamente una bolsita de tabaco, un pedazo de pedernal y yesca y una larga pipa con una minúscula taza de arcilla cocida. Llenar una pipa semejante requiere diez minutos de concentrada atención. Fumarla por entero,

cuatro inhalaciones. Es muy propia de los bretones, esta pipa bretona. Es la cristalización de todo lo que es bretón.

—Adelante —dijo, encendiendo un cigarrillo.

—El fuerte —dijo el alcalde— fue levantado por Luis XIV, y fue desmantelado dos veces por los ingleses. Luis XV lo restauró en 1793. En 1760 los ingleses lo tomaron por asalto. Vinieron desde la isla de Groix —en tres barcos— y asolaron el fuerte y saquearon St. Julien, y empezaron a quemar St. Gildas... pueden verse todavía las marcas de sus balas en mi casa; pero los hombres de Bannalec y los hombres de Lorient cayeron sobre ellos con picas y hoces y trabucos, y los que no huyeron yacen aquí en el foso abajo... treinta y ocho en total.

—¿Y el cráneo trigésimo noveno? —pregunté terminando mi cigarrillo.

El alcalde había logrado llenar su pipa y ahora empezó a guardar la bolsita de tabaco.

—El trigésimo noveno cráneo —masculló sosteniendo la pipa entre sus dientes defectuosos—, el trigésimo noveno cráneo no es asunto que me incumba. He dicho a los hombres de Bannalec que dejen de cavar.

—Pero ¿qué es...? ¿A quién pertenece el cráneo que falta? —insistí con curiosidad.

El alcalde estaba ocupado tratando de lograr una chispa con el yesquero. No bien lo hizo, encendió la pipa, inhaló lo prescrito, quitó la ceniza de la taza y gravemente se guardó la pipa en el bolsillo.

—¿El cráneo que falta? —preguntó.

—Sí —dijo con impaciencia.

El alcalde lentamente desenrolló el papel y empezó a leer traduciendo el bretón al francés. Y esto es lo que leyó:

En los Acantilados de S. Gildas

13 de abril de 1760

En esta fecha, por orden del conde de Soisic, general en jefe de las fuerzas bretonas que se encuentran en el bosque de Kerselec, los cuerpos de treinta y ocho soldados ingleses de los Regimientos de Infantería 27°, 50° y 72° fueron sepultados en este sitio junto con sus armas y pertrechos.

El alcalde hizo una pausa y me miró reflexivamente.

—Adelante Le Bihan —le dije.

—Con ellos —continuó el alcalde dando vuelta al papel y leyendo el otro lado— se sepultó el cuerpo del vil traidor que entregó el fuerte a los ingleses. El modo de su muerte fue como sigue: por orden del muy noble conde de Soisic, el traidor fue primero marcado en la frente con la impronta de una cabeza de flecha. El hierro quemó la carne y fue presionado con fuerza de modo que la marca quemara aun el hueso del cráneo. El traidor fue luego sacado afuera y se le ordenó que se arrodillara.

Admitió haber guiado a los ingleses desde la isla de Groix. Aunque sacerdote y francés, había violado su oficio sacerdotal para ayudarlos revelando la contraseña que daba paso al fuerte. La contraseña la obtuvo al confesar a una joven bretona que solía venir remando desde la isla de Groix para visitar a su marido en el fuerte. Cuando el fuerte cayó, esta joven, enloquecida por la muerte de su marido, fue en busca del conde de Soisic y le contó cómo el sacerdote la había forzado a confesarle todo lo que sabía acerca del fuerte. El sacerdote fue arrestado en St. Gildas mientras estaba por cruzar el río para dirigirse a Lorient. Al ser arrestado, maldijo a la joven, Marie Trevec...

—¡Cómo! —exclamé—. ¡Marie Trevec!

—Marie Trevec —repitió Le Bihan—; el sacerdote maldijo a Marie Trevec y a toda su familia y descendientes. Se le disparó mientras estaba arrodillado con una máscara de cuero que le cubría la cara, pues los bretones que componían el escuadrón de ejecución se rehusaban a hacer fuego contra un sacerdote a no ser que su cara estuviera oculta. El sacerdote era l'Abbé Sorgue, comúnmente conocido como el Sacerdote Negro por causa de su cara oscura y sus cejas prietas. Fue sepultado con una estaca atravesada en el corazón.

Le Bihan hizo una pausa, vaciló, me miró y devolvió el manuscrito a Durand. El gendarme lo recibió y lo metió en el cilindro de latón.

—De modo —dije— que el trigésimo noveno cráneo es el del Sacerdote Negro.

—Sí —dijo Fortin—. Espero que no lo encuentren.

—Les he prohibido seguir adelante —dijo el alcalde irritado—. Ya me ha oído, Max Fortin.

Me puse en pie y cogí mi escopeta. Môme se me acercó y puso su cabeza en mi mano.

—Ese es un magnífico perro —observó Durand poniéndose también él en pie.

—¿Por qué no quiere hallar su cráneo? —pregunté a Le Bihan—. Sería interesante ver si la marca de la flecha quemó también el hueso.

—Hay algo en el rollo que no le he leído —dijo el alcalde con aire lúgubre—. ¿Quiere saber de qué se trata?

—Pues claro —repliqué sorprendido.

—Deme otra vez el escrito, Durand —dijo; entonces leyó la parte inferior: «Yo, l'Abbé Sorgue, obligado a escribir lo que precede por mis ejecutores, lo he hecho con mi propia sangre; y con ella dejo mi maldición. Mi maldición a St. Gildas, a Marie Trevec y a sus descendientes. Volveré a St. Gildas cuando mis restos sean perturbados. ¡Ay del inglés que toque mi cráneo marcado!»

—¡Qué disparate! —dije—. ¿Crees de veras que fue escrito con su propia sangre?

—Voy a comprobarlo —dijo Fortin— por requerimiento de monsieur le Maire. No obstante, no siento la menor ansiedad por llevar a cabo la tarea.

—Mire —dijo Le Bihan tendiéndome el escrito—, está firmado «l'Abbé Sorgue».

Miré el papel con curiosidad.

—Debe de ser el Sacerdote Negro —dijo—. Era el único hombre que escribió en lengua bretona. Este es un descubrimiento sumamente interesante, pues ahora, por fin, se ha aclarado el misterio de la desaparición del Sacerdote Negro. ¿Por supuesto enviará esto a París, Le Bihan?

—No —dijo el alcalde con obstinación—, será enterrado en el foso abajo con el resto de las mentiras del Sacerdote Negro.

Lo miré y reconocí que cualquier argumento resultaría inútil. Pero sin embargo, dije:

—Será una pérdida para la historia, monsieur Le Bihan.

—Tanto peor para la historia entonces —dijo el esclarecido alcalde de St. Gildas.

Habíamos vuelto a descender al foso mientras hablábamos. Los hombres del Bannalec estaban llevando los huesos de los soldados ingleses al cementerio de St. Gildas, sobre los acantilados del este, donde ya un grupo de mujeres de cofia blanca estaban reunidas en actitud de plegaria; y vi la sombría sotana de un sacerdote entre las cruces del pequeño cementerio.

—Eran ladrones y asesinos; ahora están muertos —murmuró Max Fortin.

—Respete a los muertos —repitió el alcalde de St. Gildas mirando a los hombres de Bannalec.

—Estaba escrito en ese rollo que Marie Trevec, de la isla de Groix, fue maldecida por el sacerdote... ella y sus descendientes —dijo tocando a Le Bihan en el brazo—. Hubo una tal Marie Trevec que se casó con un tal Yves Trevec de St. Gildas.

—Es la misma —dijo Le Bihan mirándome de soslayo.

—¡Oh! —dijo—. Entonces son antepasados de mi esposa.

—¿Tiene miedo de la maldición? —preguntó Le Bihan.

—¿Qué? —dije riendo.

—Hubo el caso del Emperador Púrpura —dijo Max Fortin con timidez.

Sobrecogido por un momento, lo enfrenté, luego me encogí de hombros y pateé un alisado pedazo de roca que estaba cerca del borde del foso, casi enterrado entre la grava.

—¿Cree usted que el Emperador Púrpura bebió hasta enloquecer porque descendía de Marie Trevec? —pregunté despectivo.

—Claro que no —dijo Max Fortin apresurado.

—Claro que no —dijo el alcalde con una voz fuerte y aguda—. Solo que... ¡Vaya! ¿Qué está usted pateando?

—¿Cómo? —pregunté mirando hacia abajo y al mismo tiempo involuntariamente pateando de nuevo. El liso fragmento de roca se soltó y rodó de la grava aflojada a mis pies.

—¡El trigésimo noveno cráneo! —exclamé—. ¡Caramba, es la mollera del Sacerdote negro! ¡Miren, allí tiene la marca de la flecha en la frente!

El alcalde dio un paso atrás. Max Fortin también retrocedió. Hubo una pausa durante la cual los miré y ellos miraban a todas partes menos a mí.

—No me gusta —dijo el alcalde por fin con aguda voz enronquecida—. ¡No me gusta! El escrito dice que volvería cuando sus restos fueran perturbados. No... no me gusta, monsieur Darrel...

—¡Tonterías! —dije—. El pobre maldito diablo está en un sitio del que no puede salir. Por Dios, Le Bihan, ¿qué es todo eso de lo que habla en el año de gracia de 1896?

El alcalde me miró.

—Y dice «inglés». Usted es inglés, monsieur Darrel —anunció.

—Sabe que no. Sabe que soy americano.

—Es lo mismo —dijo el alcalde de St. Gildas con obstinación.

—No, no lo es —respondí exasperado y deliberadamente empujé el cráneo hasta que rodó al fondo del foso.

—Cúbralo —dije—; entierre el rollo junto con él, si insiste, pero creo que debería enviarlo a París. No esté tan lúgubre, Fortin, a no ser que crea en licántropos y fantasmas. ¡Eh! ¿Qué...? ¿Qué diablos les sucede después de todo? ¿Qué mira usted de ese modo, Le Bihan?

—Venga, venga —murmuró el alcalde en voz baja y trémula—, es hora de que nos vayamos de aquí. ¿Lo vio? ¿Lo vio, Fortin?

—Lo vi —musitó Max Fortin pálido de miedo.

Los dos hombres corrían casi a través de la hierba soleada y yo me apresuré tras ellos preguntando qué sucedía.

—¡Qué sucede! —dijo el alcalde con rechinar de dientes, jadeando de exasperación y terror—. ¡El cráneo rueda hacia arriba! —y se lanzó a una aterrada carrera. Max Fortin lo seguía de cerca.

Los vi correr como en una estampida a través de la hierba y me volví hacia el foso, perplejo, incrédulo. El cráneo estaba en el borde del foso, exactamente donde se encontraba antes que lo empujara. Durante un segundo me quedé mirándolo fijamente; una singular sensación helada me recorrió la columna vertebral, y me volví y me eché a andar mientras el sudor brotaba de cada una de las raíces de mis cabellos. Antes de haberme alejado veinte pasos, cobré conciencia de lo absurdo de la entera situación. Me detuve ardiendo de vergüenza y fastidiado conmigo mismo y volví sobre mis pasos.

Allí estaba el cráneo.

—Empujé una piedra en lugar del cráneo —murmuré para mí. Entonces, con la culata de la escopeta, empujé el cráneo sobre el borde del foso y lo miré rodar hasta el fondo; y cuando dio contra él, Môme, mi perro, de pronto con la cola entre las piernas aulló y se lanzó a la carrera por el brezal.

—¡Môme! —grité enfadado y atónito; pero el perro solo corrió más deprisa, y dejé de llamar de mera sorpresa.

«¿Qué diablos le sucede a ese perro? —pensé—. Nunca antes me había jugado una pasada semejante.»

Mecánicamente miré al foso, pero no pude ver el cráneo. Miré abajo. El cráneo estaba a mis pies otra vez, rozándolos.

—¡Dios del Cielo! —musité, y lo golpeé ciegamente con la culata de la escopeta. La espantosa cosa voló por el aire, girando una vez y otra sobre sí misma y cayó finalmente de nuevo al fondo del foso. Sin aliento la miré fijamente; luego, confundido y casi sin comprender nada, retrocedí mirándola todavía, uno, diez, veinte pasos, con los ojos casi saltados de las órbitas, como si esperara verla subir arrastrándose del foso bajo mi misma mirada. Por fin di la espalda al foso y avancé a largos pasos por el brezal en dirección de mi casa. Al llegar al camino que serpentea desde St. Gildas hasta St. Julien eché una rápida mirada por sobre el hombro al foso. Había algo blanco, desnudo y redondeado sobre el césped junto a él. Quizá fuera una piedra; había muchas esparcidas.

II

Cuando entré a mi jardín, vi a Môme echado sobre el escalón del umbral. Me miró de soslayo y dejó caer la cola.

—¿No estás avergonzado, perro idiota? —le dije buscando a Lys con la mirada en las ventanas del piso alto.

Môme se echó de espaldas y levantó una suplicante pata como para apartar de sí la calamidad.

—No actúes como si yo acostumbrara a molerte a palos —le dije disgustado. Nunca en mi vida había amenazado al animal con un látigo—. Pero eres un perro tonto —continué—. No, no hay por qué mimarte ni llorar por ti; Lys puede hacerlo, si quiere, pero yo estoy avergonzado de ti y, por lo que me atañe, puedes irte al diablo.

Môme se metió en la casa y yo lo seguí subiendo directamente al boudoir de mi esposa. Estaba vacío.

—¿Dónde ha ido? —inquirí mirando con severidad a Môme, que me había seguido—. ¡Oh! No lo sabes. No finjas saberlo. ¡Sal de ese sofá! ¿Crees que Lys quiere pelos color canela en su asiento?

Hice sonar la campanilla, pero cuando Catherine y 'Fine acudieron no sabían dónde «madame» había ido; de modo que me dirigí a mi cuarto, me bañé, cambié el traje de

caza algo tétrico por unos cálidos pantalones bombachos y, después de demorarme un tiempo en mi arreglo personal —porque era muy escrupuloso ahora que me había casado con Lys—, bajé al jardín y me senté bajo las higueras.

—¿Dónde puede estar? —me pregunté. Môme vino arrastrándose en busca de consuelo y lo perdoné por consideración a Lys, de lo cual se regocijó con múltiples cabriolas.

—Eres un cachorro retozón —le dije—. ¿Qué fue lo que te asustó en el brezal? Si vuelves a hacerlo tendrás un castigo.

Hasta entonces apenas me había atrevido a pensar en la espantosa alucinación de la que había sido víctima, pero ahora la enfrenté directamente, ruborizándome un tanto ante mi veloz retirada del foso.

—Pensar —dije en alta voz— que esos cuentos de viejas de Max Fortin y Le Bihan me hicieron ver lo que no existe en absoluto. Perdí la cabeza como un escolar en un dormitorio a oscuras.

Porque sabía ahora que había confundido una piedra redondeada con un cráneo en cada caso y había empujado un par de grandes piedras al foso en lugar del cráneo.

—¡Disparate! —dije—. Debo de tener el hígado en muy malas condiciones para ver cosas semejantes mientras estoy despierto. Lys sabrá qué darme.

Me sentí mortificado, irritado y malhumorado, y pensé con disgusto en Le Bihan y Max Fortin.

Pero al cabo de un rato dejé de especular y aparté de mi mente al alcalde, el químico y el cráneo, y me puse a fumar pensativo mirando cómo el sol se hundía en el mar al oeste. Cuando el crepúsculo cubrió el océano y el brezal, una inquieta felicidad me llenó el corazón, la felicidad que todos los hombres conocen... todos los hombres que han amado.

Lentamente la niebla púrpura se arrastró sobre el mar; los acantilados se oscurecieron; el bosque estaba amortajado.

Nube tras nube fue tiñéndose de rosa; los acantilados se tiñeron asimismo; yermo y pastizal, brezal y bosque ardían y pulsaban con el gentil rubor. Vi las gaviotas volar y girar sobre la barra de arena, con sus níveas alas punteadas de rosa; vi las golondrinas de mar navegar por la superficie del río sereno, manchado hasta sus plácidas profundidades con el cálido reflejo de las nubes. El gorjeo de los pájaros del seto quebró el silencio; un salmón lució su flanco brillante por sobre la superficie del agua.

La interminable monotonía del océano intensificaba el silencio. Estaba sentado inmóvil reteniendo el aliento como quien escucha el primer rumor bajo de un órgano. De pronto el límpido silbido de un ruiseñor quebró el silencio y el primer rayo de luna plateó las aguas bañadas por la neblina.

Levanté la cabeza.

Lys estaba de pie frente a mí en el jardín.

Después de besarnos, cogidos del brazo nos paseamos por los senderos de grava contemplando los rayos de luna resplandecer en la barra de arena mientras la marea subía más y más. Los amplios macizos de clavelinas blancas a nuestro alrededor vibraban con el movimiento de blancas mariposas nocturnas; las rosas de octubre estaban en flor y perfumaban el viento salino.

—Querida —dije— ¿dónde está Yvonne? ¿Prometió pasar la Navidad con nosotros?

—Sí, Dick; me trajo desde Plougat esta tarde. Te envía su cariño. No estoy celosa. ¿Qué cazaste?

—Una liebre y cuatro perdices. Están en el cuarto de caza. Le dije a Catherine que no las tocara hasta que tú no las vieras.

Pues bien, supongo que sabía que Lys no sentía particular entusiasmo por la caza o las armas; pero fingía sentirlo, y siempre negaba despectiva que fuera por mí y no por el puro amor del deporte. De modo que me arrastró a inspeccionar el saco de caza bastante magro; me felicitó y dio un gritito de deleite y pena cuando saqué del saco por las orejas a la enorme liebre.

—Ya no nos comerá la lechuga —dije tratando de justificar el asesinato.

—Desdichado conejito... y ¡qué belleza! ¡Oh, Dick! Tienes muy buena puntería ¿no es así?

Esquivé la pregunta y saqué del saco una perdiz.

—¡Pobrecillas criaturas! —dijo Lys en un susurro—; dan lástima, ¿no te parece? Claro que tú eres tan inteligente...

—Las haremos al horno —dije con cautela—; díselo a Catherine.

Catherine vino a recoger las piezas de caza y en seguida 'Fine Lelocard, la doncella de Lys, anunció la cena y Lys se marchó a su boudoir.

Me quedé un instante contemplándola beatífico y pensando:

—Muchacho, eres el tío más dichoso del mundo: ¡estás enamorado de tu esposa!

Me dirigí al comedor, contemplé entusiasmado los platos; volví a marcharme; me encontré con Tregunc en el vestíbulo; le sonréi; miré la cocina, le sonréi a Catherine y subí las escaleras todavía sonriente.

Antes que pudiera llamar a la puerta de Lys, esta se abrió y Lys salió deprisa. Cuando me vio exhaló un gritito de alivio y apoyó su cabeza en mi pecho.

—Algo me espiaba por la ventana —dijo.

—¿Cómo? —exclamé enfadado.

—Un hombre, creo, disfrazado como un sacerdote, y lleva una máscara. Debe de haber trepado por el laurel.

Bajé y salí fuera de la casa en un segundo. El jardín a la luz de la luna estaba absolutamente desierto. Tregunc acudió y juntos registramos el seto y las plantas alrededor de la casa y junto al camino.

—Jean Marie —dije por fin—, suelta a mi bulldog, te conoce, y llévate la cena a la galería desde donde puedes vigilar. Mi esposa dice que el individuo está disfrazado de sacerdote y lleva una máscara.

Tregunc mostró sus blancos dientes en una sonrisa.

—No creo que se aventure de nuevo aquí, monsieur Darrel.

Volví y encontré a Lys sentada tranquilamente a la mesa.

—La sopa está pronta, querido —dijo—. No te preocunes; seguramente no fue sino algún rústico patán de Bannalec. Nadie de St. Gildas o St. Julien podría haber hecho algo semejante.

Yo estaba demasiado exasperado en un principio como para responder, pero Lys trató la cuestión como una estúpida broma y al cabo de un rato también yo empecé a considerarla bajo esa luz.

Lys me contó de Yvonne y recordó mi promesa de que invitaría a Herbert Stuart para que la conociera.

—¡Eres una traviesa diplomática! —protesté—. Herbert está en París trabajando fuerte para el Salón.

—¿No crees que podría dedicar una semana a cortejar a la joven más bonita de Finistére? —preguntó Lys inocentemente.

—¡La joven más bonita! ¡No tanto! —dije.

—¿Quién lo es entonces? —instó Lys.

Me eché a reír algo avergonzado.

—Supongo que te refieres a mí, Dick? —dijo Lys ruborizándose.

—Supongo que te estoy aburriendo, ¿no es así?

—¿Aburrirme? Oh, no, Dick.

Después de servidos el café y los cigarrillos, hablé de Tregunc, y Lys estuvo de acuerdo.

—¡Pobre Jean! Estará contento, ¿no es cierto? ¡Eres un verdadero tesoro!

—¡Tonterías! —dije—. Necesitábamos un jardinero; tú misma lo dijiste, Lys.

Pero Lys se inclinó sobre mí y me besó, y luego se agachó y abrazó a Môme, que silbó a través del hocico con sentimental agradecimiento.

—Soy una mujer muy feliz —dijo Lys.

—Môme se ha comportado hoy como un mal perro —observé.

—¡Pobre Môme! —dijo Lys sonriendo.

Cuando hubo terminado la cena y Môme roncaba junto al fuego —porque las noches de octubre son frías en Finistére—, Lys se acomodó en el rincón de la chimenea con su bordado y me dirigió una rápida mirada desde bajo sus pestañas.

—Pareces una escolar, Lys —le dije provocativo—. No creo que hayas cumplido los dieciséis todavía.

Ella echó atrás sus pesados cabellos broncíneos meditativa. Su muñeca era blanca como la espuma de las olas.

—¿Hace cuatro años que estamos casados? No puedo creerlo —dijo.

Ella me dirigió otra rápida mirada y tocó el bordado sobre su rodilla sonriendo apenas.

—Ya veo —dijo sonriendo también a la prenda bordada—. ¿Crees que le sentará?

—¿Qué le sentará? —repitió Lys. Luego se echó a reír.

—Y —insistí— ¿estás perfectamente segura de que tu... de que la necesitaremos?

—Perfectamente —dijo Lys. Un delicado color le tiñó las mejillas y el cuello. Sostuvo en alto la pequeña prenda, toda vellosa de encajes y refinados bordados.

—Es muy hermosa —dijo—. No abuses demasiado de tu vista, querida. ¿Puedo fumarme una pipa?

—Pues claro —dijo ella, escogiendo una madeja de seda celeste.

Por un rato me quedé sentado y fumé en silencio observando sus dedos delgados entre sedas teñidas y una hebra de oro.

Entonces ella habló:

—¿Cuál dijiste que era tu timbre, Dick?

—¿Mi timbre? Oh, algo rampante sobre algo, o...

—¡Dick!

—¿Querida?

—No seas impertinente.

—No lo recuerdo, de veras. Es un timbre ordinario; todos en Nueva York lo tienen. No hay familia que se pase sin él.

—Te estás comportando de modo desagradable, Dick. Envía a Josephine arriba en busca de mi álbum.

—¿Pondrás ese timbre en el... lo que fuere?

—Así es; y el mío también.

Pensé en el Emperador Púrpura y medité un instante.

—¿No sabías que yo tenía un timbre, no es cierto? —dijo sonriendo.

—¿En qué consiste? —contesté evasivo.

—Ya lo verás. Llama a Josephine.

La llamé, y cuando 'Fine apareció, Lys le impidió alguna orden en voz baja, y Josephine se alejó al trote asistiendo con la cabeza de blanca cofia y diciendo:

—Bien, madame.

Al cabo de unos minutos volvió cargando un mohoso volumen ajado del que el azul y el oro habían desaparecido casi por completo.

Cogí el libro en mis manos y examiné las antiguas portadas blasonadas.

—¡Lirios! —exclamé.

—Fleur-de-lis —dijo mi esposa con recato.

—Oh —dije yo asombrado, y abrí el libro.

—¿No has visto nunca antes este libro? —preguntó Lys con una chispa de malicia en la mirada.

—Sabes que no. ¡Vaya!, ¿qué es esto? ¡Ajá! ¿De modo que debería haber un de antes de Trevec? ¿Lys de Trevec? Entonces, ¿por qué diablos el Emperador Púrpura...?

—¡Dick! —gritó Lys.

—Esta bien —dije—. ¿Leeré acerca del Sieur de Trevec que cabalgó solo hasta la tienda de Saladin en busca de la medicina del San Luis? ¿O leeré acerca de... qué es esto? Oh, aquí está, todo en blanco y negro... ¿acerca del marqués de Trevec que se ahogó ante los ojos de Alba antes que someter el estandarte de la fleur-de-lis a España? Está todo escrito aquí. Pero, querida ¿qué me dices de ese soldado llamado Trevec, muerto en el viejo fuerte del acantilado?

—Abandonó el de y los Trevec desde entonces han sido republicanos —dijo Lys— ... todos excepto yo.

—Eso está muy bien —dije—: es hora de que nosotros los republicanos acordemos la adopción de algún sistema feudal. ¡Mi querida, bebo por el rey! —y levanté la copa de vino y miré a Lys.

—Por el rey —dijo Lys ruborizándose. Alisó la pequeña prenda sobre sus rodillas; rozó sus labios con la copa; tenía los ojos muy dulces. Vacié la copa por el rey.

Al cabo de un silencio dije:

—Contaré historias al rey. Su Majestad se verá complacida.

—Su Majestad —repitió Lys suavemente.

—O su Majestad la Reina —dije riendo—. ¿Quién puede saberlo?

—¿Quién, en verdad? —murmuró Lys con un gentil suspiro.

—Conozco algunas historias acerca del Jack el Matador de Gigantes —anuncié—. ¿Y tú, Lys?

—¿Yo? No, no acerca de un matador de gigantes, pero lo sé todo acerca de los licántropos y Jeanne-la-Flamme y el Hombre Vestido de Andrajos Púrpuras y... ¡Oh, Dios, y un montón más!

—Eres muy sabia —dije—. Le enseñaré inglés a su Majestad.

—Y yo bretón —exclamó Lys celosa.

—Le traeré juguetes al rey —dije—: grandes lagartos verdes del yermo, pequeñas lisas grises para que naden en globos de cristal, conejillos del bosque de Kerselec...

—Y yo —dijo Lys— le traeré la primera primula, la primera rama de espino albar, el primer junquillo al rey... a mi rey.

—Nuestro rey —dije; y hubo paz en Finistére.

Me apoyé en el respaldo de mi asiento hojeando ocioso las páginas del curioso viejo volumen.

—Estoy buscando el timbre —dije.

—¿El timbre, querido? Es la cabeza de un sacerdote con la marca de una flecha en la frente, sobre un campo...

Me enderezé y miré fijamente a mi esposa.

—Dick ¿qué te sucede? —dijo sonriendo—. La historia figura en ese libro. ¿Quieres leerla? ¿No? ¿Quieres que te la cuente? Bien, pues: sucedió en la tercera cruzada. Había un monje al que llamaban el Sacerdote Negro. Se volvió apóstata y se vendió a los enemigos de Cristo. Un Sieur de Trevec irrumpió en el campamento sarraceno al mando de solo un centenar de lanceros y les arrebató al Sacerdote Negro del medio mismo de su ejército.

—¿De modo que así fue cómo se hicieron del timbre? —dije tranquilamente; pero pensé en el cráneo marcado en el fondo del foso y quedé meditabundo.

—Sí —dijo Lys—. El Sieur de Trevec le cortó la cabeza al Sacerdote Negro, pero antes le marcó la frente con la cabeza de una flecha. El libro dice que esa fue una acción pía, y el Sieur de Trevec obtuvo gran honra con ella. Pero yo pienso que marcarlo fue una crueldad —dijo suspirando.

—¿Oíste hablar de algún otro Sacerdote Negro?

—Sí. Hubo otro el siglo pasado, aquí en St. Gildas. Arrojaba una sombra blanca al sol. Escribió en lengua bretona. Crónicas, según me parece. Nunca las he visto. Su nombre era el mismo del viejo cronista y del otro sacerdote, Jacques Sorgue. Algunos dijeron que descendía en línea directa del traidor. Claro que el primer Sacerdote Negro tuvo maldad suficiente como para cometer cualquier cosa. Pero si tuvo un hijo, no necesariamente tuvo que ser el antecesor del último Jacques Sorgue. Dicen que este fue un santo. Dicen que era tan bueno que no se lo dejó morir, sino que un buen día fue arrebatado al cielo —añadió Lys con ojos crédulos.

Yo sonréí.

—Pero desapareció —insistió Lys.

—Me temo que su viaje fue en otra dirección —dije jocoso e, irreflexivamente, le conté la historia de la mañana. Había olvidado por completo al hombre enmascarado de su ventana pero, antes de haber terminado, lo recordé perfectamente, y advertí lo que había hecho al verla empalidecer.

—Lys —la insté con ternura—, esa no fue sino la jugarreta de un torpe bufón. Tú misma lo dijiste. No eres supersticiosa, mi querida.

Su mirada estaba fija en la mía. Lentamente se quitó la pequeña cruz de oro que llevaba en el escote y la besó. Pero sus labios temblaban al presionar sobre el símbolo de la fe.

III

A las nueve de la mañana del día siguiente, poco más o menos, entré en la taberna de Groix y me senté a una larga mesa de roble descolorido, dando los buenos días a Marianne Bruyère, quien a su vez, me saludó con su cabeza tocada de una cofia blanca.

—Mi inteligente doncella de Bannalec —le dije— ¿qué copa estimulante tenéis en la taberna de Groix?

—¿Schist? —sugirió en bretón.

—Con unas gotas de vino tinto, entonces —repliqué.

Trajo la deliciosa cidra de Quimperlé y le agregó un poco de Bordeaux. Marianne me observaba con sus rientes ojos negros.

—¿Cómo es que tienes las mejillas tan rojas, Marianne? —pregunté—. ¿Ha estado aquí Jean Marie?

—Estamos comprometidos para casarnos, monsieur Darrel —dijo riendo.

—¡Ah! ¿Desde cuándo ha perdido la cabeza Jean Marie Tregunc?

—¿La cabeza? ¡Oh, monsieur Darrel, quiere usted decir el corazón!

—Así es, en efecto —dije—. Jean Marie es un individuo práctico.

—Y todo se lo debe a su bondad... —empezó la muchacha, pero yo levanté la mano y sostuve en alto la copa.

—Se lo debe a sí mismo. A tu felicidad, Marianne —y bebí un largo trago del schist—. Dime ahora —le dije— dónde puedo encontrar a Le Bihan y Max Fortin.

—Monsieur Le Bihan y monsieur Fortin están arriba en la estancia grande. Creo que están examinando los efectos del Almirante Rojo.

—¿Para enviarlos a París? Oh, ya sé. ¿Puedo subir, Marianne?

—Y Dios vaya con usted —dijo la joven sonriendo.

Cuando llamé a la puerta de la amplia habitación arriba, el pequeño Max Fortin la abrió. Tenía las gafas y la nariz cubiertas de polvo; el sombrero, con las pequeñas cintas de terciopelo esparcidas, estaba torcido.

—Pase usted, monsieur Darrel —dijo—; el alcalde y yo estamos empacando los efectos del Emperador Púrpura y del pobre Almirante Rojo.

—¿Las colecciones? —pregunté entrando en la estancia—. Deben tener mucho cuidado al empacar esas cajas de mariposas; el más ligero movimiento puede romper alas y antenas, ya saben.

Le Bihan me estrechó la mano y señaló la gran pila de cajas.

—Están todas forradas de corcho —dijo—, pero Fortin y yo estamos poniendo fieltro en cada una de las cajas. La Sociedad Entomológica de París paga los gastos del envío.

Las colecciones combinadas del Almirante Rojo y el Emperador Púrpura constituían una magnífica exhibición.

Levanté y examiné una caja tras otra, llenas de coloridas mariposas y polillas, cada uno de los especímenes cuidadosamente rotulado en latín. Había cajas llenas de carmesíes mariposas nocturnas de la especie llamada tigre que parecían llamear; cajas consagradas a las mariposas amarillas comunes; sinfonías de anaranjado y amarillo pálido; cajas de mariposas nocturnas de la especie llamada esfinge, de suave color gris o arena; y cajas de llamativas mariposas de las ortigas pertenecientes a la numerosa familia de Vanessa.

Sola en una caja estaba clavado el emperador púrpura, el Apatura Iris, ese espécimen fatal que le había dado al Emperador Púrpura el nombre y la muerte.

Recordaba la mariposa y me quedé allí mirándola con el entrecejo fruncido.

Le Bihan miró desde el suelo donde estaba clavando la cubierta de un cajón lleno de cajas.

—¿Está acordado entonces —dijo— que madame, su esposa, dona la entera colección del Emperador Púrpura a la ciudad de París?

Asentí con la cabeza.

—¿Sin aceptar nada a cambio?

—Es una donación —dije.

—¿Incluido el emperador púrpura en la caja? Esa mariposa vale mucho dinero —insistió Le Bihan.

—No supondrá que deseamos vender ese espécimen ¿no es cierto? —respondí con algo de aspereza.

—Si fuera usted, lo destruiría —dijo el alcalde con su agudo timbre.

—Eso sería una tontería —dije—, como lo fue que enterrara ayer el cilindro de latón y el rollo.

—No fue una tontería —dijo Le Bihan tercamente—, y preferiría no discutir el asunto del rollo.

Miré a Max Fortin, que inmediatamente esquivó mis ojos.

—Son ustedes un par de viejas supersticiosas —dije, metiéndome las manos en los bolsillos—; se tragan todos los cuentos de parvulario que se inventan.

—¿Y qué? —dijo Le Bihan malhumorado—; hay más verdad que mentira en la mayor parte de ellos.

—Oh —dije con befa— ¿el alcalde de St. Gildas y St. Julien cree en el Loup-Garou?

—No, no en el Loup-Garou.

—¿En qué, entonces? ¿En Jeanne-la-Flamme?

—Eso —dijo Le Bihan con convicción— es historia.

—¡El diablo lo es! —dije—. Y quizá monsieur el alcalde ¿su fe en los gigantes es inquebrantable?

—Hubo gigantes... todo el mundo lo sabe —gruñó Max Fortin.

—¡Y es usted químico! —observé despectivo.

—Escuche, monsieur Darrel —chilló Le Bihan—, usted mismo sabe que el Emperador Púrpura era un científico. Ahora suponga que le dijera que se rehusó siempre a incluir en su colección a un Mensajero de la Muerte.

—¿Un qué? —exclamé.

—Ya sabe a qué me refiero... esa mariposa que vuela de noche; algunos la llaman Cabeza de la Muerte, pero en St. Gildas la llamamos Mensajero de la Muerte.

—Oh —dije—, se refiere a esa gran mariposa nocturna llamada comúnmente «cabeza de la muerte». ¿Por qué diablos la llama la gente aquí mensajero de la muerte?

—Durante centenares de años ha sido llamada en St. Gildas mensajero de la muerte —dijo Max Fortin—. Aún Froissart habla de él en sus comentarios sobre las Crónicas de Jacques Sorgue. El libro está en su biblioteca.

—¿Sorgue? ¿Y quién era Jacques Sorgue? Nunca he leído su libro.

—Jacques Sorgue era el hijo de un cura que había depuesto sus hábitos... no recuerdo de quién. Fue durante las cruzadas.

—¡Dios de los cielos! —exploté—. No oigo hablar más que de cruzadas, curas, muerte y hechicería desde que lancé al foso de una patada ese cráneo y ya estoy cansado, se lo digo francamente. Cualquiera diría que vivimos en edades oscuras. ¿Sabe el año de gracia en que nos encontramos, Le Bihan?

—Mil ochocientos noventa y seis —dijo el alcalde.

—Y, sin embargo, ustedes dos, hombres crecidos, tienen miedo de una mariposa.

—No me gustaría que entrara una volando por la ventana —dijo Max Fortin—; significa desgracia para la casa y los que moran en ella.

—Solo Dios sabe por qué marcó a una de sus criaturas con una calavera amarilla en el dorso —observó píamente Le Bihan—, pero supongo que con ello nos hace una advertencia; y propongo beneficiarnos con ella —añadió con aire triunfal.

—Pues mire usted un poco, Le Bihan —dije—, con cierto esfuerzo de la imaginación, es posible percibir un cráneo en el tórax de cierta variedad de la mariposa esfinge. ¿Qué hay con ello?

—No conviene tocarla —dijo Le Bihan moviendo de un lado al otro la cabeza.

—Chilla cuando se la roza —agregó Max Fortin.

—Algunas criaturas chillan todo el tiempo —observé mirando fijamente a Le Bihan.

—Los cerdos —agregó el alcalde.

—Sí, y los asnos —contesté—. Escuche, Le Bihan: ¿pretende que vio ayer el cráneo rodando cuesta arriba?

El alcalde cerró apretadamente la boca y cogió el martillo.

—No sea terco —dije—; le he hecho una pregunta.

—Y yo me niego a contestarla —replicó Le Bihan—. Fortin vio lo que yo vi; que hable él.

Miré inquisitivo al pequeño químico.

—No digo que lo haya visto en realidad rodar hacia arriba desde el fondo del foso por sí mismo —dijo Fortin estremeciéndose—, pero... pero entonces ¿cómo salió del foso si no rodó por sí solo?

—Pues no salió; lo que confundió con el cráneo era una piedra amarillenta —repliqué—. Está usted nervioso, Max.

—Una... una piedra muy curiosa, monsieur Darrel —dijo Fortin.

—También yo fui víctima de la misma alucinación —continué—, y lamento decir que me tomé la molestia de enviar al fondo del foso a dos inocentes piedras, imaginando cada vez que era el cráneo.

—Es lo que era —dijo Le Bihan encogiéndose de hombros displicente.

—Eso demuestra —dije sin tener en cuenta la réplica del alcalde— qué fácil es relacionar una serie de coincidencias de modo que el resultado tenga el sabor de lo sobrenatural. Pues bien, anoche mi esposa imaginó que había visto a un sacerdote que la espiaba por la ventana...

Fortin y Le Bihan se pusieron de pie rápidamente dejando caer martillo y clavos.

—¿Q-q-qué fue eso? —preguntó el alcalde.

Repetí lo que había dicho. Max empalideció.

—¡Dios mío! —murmuró Le Bihan—. ¡El Sacerdote Negro en St. Gildas!

—¿N-n-no conoce usted la profecía? —tartamudeó Fortin—. Froissart la cita refiriéndose a Jacques Sorgue:

Cuando el Sacerdote Negro se levante de entre los muertos

La gente de St. Gildas gemirá en su sueño;

Cuando el Sacerdote Negro se levante de su tumba,

¡Que el buen Dios salve a St. Gildas!

—Aristide Le Bihan —dije enfadado—, y usted, Max Fortin, ya he aguantado bastantes disparates. Algún estúpido patán de Bannalec ha estado en St. Gildas gastando bromas y asustando a tontos como ustedes. Si no tienen cosa mejor que hablar que meras leyendas de parvularios, esperaré hasta que recobren el juicio. Buenos días —y me marché más perturbado de lo que quería confesarme.

El día se había vuelto neblinoso y anublado. En el este flotaban pesadas nubes húmedas. Oí las olas tronando contra los riscos, y las grises gaviotas chillaban mientras revoloteaban y giraban altas en el cielo. La marea se arrastraba por las arenas del río más y más alta, y vi algas que flotaban en la playa y lançons que saltaban desde la espuma, plateados trazos luminosos en la lobreguez. Los zarapitos volaban río arriba de a dos o de a tres; las tímidas golondrinas de mar atravesaban el yermo hacia algún

estanque tranquilo y solitario, a salvo de la tempestad que se acercaba. En cada seto se reunían los pájaros del campo, apiñándose, gorjeando incesantes.

Cuando llegué a los acantilados, me senté apoyando la barbilla en las manos cerradas. Ya una vasta cortina de lluvia que caía en el océano a millas de distancia, ocultaba la isla de Groix. Al este, tras el blanco semáforo sobre las colinas, se amontonaban nubes negras sobre el horizonte. Al cabo de un momento resonó el trueno, triste, distante y una fina madeja de relámpagos se desarrolló a través de la cresta de la tormenta que se aproximaba. Bajo el acantilado a mis pies, las olas se precipitaban espumosas sobre la costa, y los lançons saltaban y se estremecían al punto de parecer los reflejos de los rayos atrapados en una red.

Me volví hacia el este. Llovía sobre Groix, llovía en Sainte Barbe, llovía ahora en el semáforo. Muy altas en el remolino de la tormenta, chillaban unas pocas gaviotas; una nube más cercana arrastraba velos de lluvia en su estela; el cielo estaba recorrido de relámpagos; los truenos resonaban.

Cuando me puse en pie para marcharme, una gota de lluvia me cayó sobre el dorso de la mano, y otra, y otra aun en la cara. Dirigí una última mirada al mar, donde las olas explotaban en extrañas formas blancas que parecían arrojar brazos amenazantes hacia mí. Entonces algo se movió en el acantilado, algo negro como la negra roca que aferraba: un inmundo cormorán que alzaba su espantosa cabeza hacia el cielo.

Lentamente me dirigí a casa a través del sombrío yermo donde los tallos de los tojos lucían un opacado verde metálico y los brezos, ya no violetas ni púrpuras, colgaban transidos y parduscios entre las lóbregas rocas. El césped mojado crepitaba bajo mis pesadas botas, el espino negro rasgaba y araÑaba codos y rodillas. Sobre todo flotaba una luz extraña, pálida, espectral, donde el rocío del mar giraba en el paisaje y me bañaba la cara, hasta que la tuve entumecida de frío. En amplias franjas, fila tras fila, onda sobre onda, la lluvia descendía sobre el yermo infinito, y, sin embargo, no había viento que la obligara a ese ritmo.

Lys estaba a la puerta cuando llegué al jardín, y me hizo señas de que me apresurara; y entonces, por primera vez, me di cuenta de que estaba calado hasta los huesos.

—¿Cómo se te ocurrió salir cuando amenazaba semejante tormenta? —dijo—. ¡Oh, estás empapado! Ve rápido y cámbiate; puse tu ropa interior de abrigo sobre la cama, Dick.

Besé a mi esposa y subí a cambiar mis ropas empapadas por algo más cómodo.

Cuando volví a la sala ardía un fuego en el hogar, y Lys bordaba sentada en el rincón de la chimenea.

—Catherine me dice que la flota de pesca de Lorient se ha hecho a la mar. ¿Crees que hay peligro, querido? —preguntó Lys dirigiendo sus ojos azules a los míos cuando entré.

—No sopla viento y no soplará en el mar —dije mirando por la ventana. A lo lejos, más allá del yermo veía los negros acantilados que se destacaban en la niebla.

—¡Cómo llueve! —murmuró Lys—. Acércate al fuego, Dick.

Me tendí sobre la alfombrilla de pieles con las manos en los bolsillos y la cabeza sobre las rodillas de Lys.

—Cuéntame un cuento —dije—. Me siento como un niño de diez años.

Lys se llevó un dedo a sus labios escarlatas. Siempre esperaba que hiciera ese movimiento.

—¿Te quedarás muy quieto entonces? —preguntó.

—Quietó como la muerte.

—Muerte —repitió como un eco una vocecita muy suavemente.

—¿Hablaste, Lys? —pregunté volviéndome para poder verle la cara.

—No, ¿y tú, Dick?

—¿Quién dijo «muerte»? —pregunté sobresaltado.

—Muerte —repitió como un eco una voz suavemente.

Me puse en pie de un salto y miré a mi alrededor. También Lys se puso en pie y sus agujas y bordados cayeron al suelo. Parecía estar por desmayarse apoyando todo su peso en mí, y la conduje a la ventana y la abrí un poco para que le diera el aire. Cuando la cadena del rayo hendió el cenit, el trueno resonó y una cortina de lluvia irrumpió en el cuarto arrastrando con ella algo que revoloteaba... algo que aleteaba y chillaba y cayó sobre la alfombrilla con blandas alas mojadas.

Nos inclinamos sobre ella juntos, Lys asida a mí, y vimos que era una mariposa «cabeza de la muerte» transida por la lluvia.

El día oscuro transcurrió lentamente mientras nos estuvimos sentados junto al fuego, cogidos de la mano, con su cabeza sobre mi pecho, hablando del dolor, el misterio y la muerte. Porque Lys creía que había cosas en la tierra que nadie podría entender, que permanecían innominadas por siempre hasta que Dios descubriese el rollo de la vida y todo hubiera terminado. Hablamos de la esperanza, el miedo y la fe, y del misterio de los santos; hablamos del principio y el fin, de la sombra del pecado, de presagios y de amor. La mariposa todavía yacía en el suelo agitando sus alas sombrías al calor del fuego, con el cráneo y las costillas claramente esbozadas sobre su cuello y cuerpo.

—Si es el mensajero de la muerte que visita esta casa —dije— ¿por qué habríamos de tener miedo, Lys?

—La muerte es bienvenida para los que aman a Dios —murmuró Lys, se quitó la cruz del escote y la besó.

—La mariposa podría morir si la arrojara fuera a la tormenta —dije al cabo de un silencio.

—Deja que se quede —suspiró Lys.

Esa noche, mientras mi esposa dormía, yo me quedé sentado a su lado leyendo la Crónica de Jacques Sorgue. Puse una pantalla a la candela, pero Lys empezó a inquietarse y, finalmente, me llevé el libro abajo, a la sala donde las cenizas del fuego susurraban y blanqueaban en el hogar.

La mariposa «cabeza de la muerte» yacía sobre la alfombra ante el fuego donde la había dejado. Al principio creí que había muerto, pero cuando la miré más de cerca, vi un suave brillo en sus ojos de ámbar. La blanca sombra recta que arrojaba sobre el suelo se estremecía con el titilar de la candela.

Las páginas de la Crónica de Jacques Sorgue estaban húmedas y pegajosas; las iniciales iluminadas de oro y azul dejaban escamas azulinas y doradas donde mis dedos las rozaban.

—No es de papel; es de pergamino delgado —me dije; y sostuve la página descolorida cerca de la flama de la candela y leí traduciendo laboriosamente:

«Yo, Jacques Sorgue, vi todas estas cosas. Vi la Misa Negra celebrada en la capilla de St. Gildas-sobre-el-Acantilado. Y la dijo el Abbé Sorgue, mi pariente: por ese pecado mortal el sacerdote apóstata fue capturado por el muy noble Marquis de Plougastel y por él condenado a ser quemado con hierros candentes, hasta que su alma chamuscada abandonó su cuerpo para volar al encuentro de su amo el diablo. Pero cuando el Sacerdote Negro yacía en la cripta de Plougastel, su amo Satán llegó por la noche y lo liberó, y lo llevó por tierra y por mar a Mahmoud, que es Soldan o Saladin. Y yo, Jacques Sorgue, al viajar posteriormente por mar, vi con mis propios ojos a mi pariente, el Sacerdote Negro de St. Gildas, transportado por aire sobre una vasta ala negra, que era el ala de su amo Satán. Y esto lo vieron también dos hombres de la tripulación.»

Volví la página. Las alas de la mariposa en el suelo empezaron a agitarse. Seguí adelante la lectura y los ojos me ardían a la luz titilante de la candela. Leí de batallas y de santos, y me enteré de cómo el gran Soldan hizo un pacto con Satán, y llegué luego al Sieur de Trevec y leí cómo atrapó al Sacerdote Negro en medio de las tiendas de Saladin, lo llevó consigo y lo decapitó marcándolo primero en la frente. «Y antes de perecer», decía la Crónica, «maldijo al Sieur de Trevec y a sus descendientes, y dijo que volvería con seguridad a St. Gildas. 'Por la violencia a que me sometéis, os haré violencia. Por el mal que sufro de vuestras manos, obraré el mal sobre vos y vuestros descendientes. ¡Ay de vuestros hijos, Sieur de Trevec!'»

Hubo un zumbido, un batir de fuertes alas y mi candela se avivó como en una súbita brisa. El cuarto se llenó de una vibración; la gran mariposa se lanzaba aquí y allá, aleteando, zumbando sobre el cielo raso y la pared. Dejé caer el libro y avancé un

paso adelante. Estaba ahora aleteante sobre el antepecho de la ventana y, por un momento, lo tuve bajo mi mano, pero el bicharraco chillaba y retrocedí. Entonces, súbitamente, se lanzó a través de la llama de la candelabro; la luz refulgía y luego se apagó y, al mismo tiempo, una sombra se movió en la oscuridad afuera. Dirigí la mirada hacia la ventana. Una cara enmascarada me atisbaba.

Rápido como el pensamiento, cogí el revólver y disparé hasta el último cartucho, pero la cara avanzó más allá de la ventana, el cristal se desvaneció como niebla delante de ella y a través del humo del revólver vi algo que se deslizaba velozmente dentro del cuarto. Traté entonces gritar, pero la cosa me había atrapado por el cuello y caí de espaldas entre las cenizas del hogar.

Cuando abrí los ojos yacía en el hogar con la cabeza entre las cenizas frías. Lentamente me alcé sobre las rodillas, me puse en pie penosamente y llegué a tientas hasta una silla. En el suelo estaba mi revólver brillante a la pálida luz de la mañana temprano. Mientras la mente ibaseme aclarando de a poco, miré estremecido la ventana. El cristal estaba intacto. Me agaché rígido, cogí el revólver y abrí el cilindro. Cada cartucho había sido disparado. Mecánicamente cerré el cilindro y me guardé el revólver en el bolsillo. El libro, las Crónicas de Jacques Sorgue, estaba en la mesa junto a mí, y cuando quise cerrarlo, miré la página en que estaba abierto. Estaba salpicada de lluvia y las letras se habían borroneado, de modo que la página no era más que una mera confusión de oro, rojo y negro. Al dirigirme tambaleante hacia la puerta, miré temeroso por sobre mi hombro. La mariposa «cabeza de muerte» se arrastraba estremecida por la alfombrilla.

IV

El sol hacía ya tres horas que había salido. Debo de haber dormido, porque me despertó un súbito galope de caballos bajo nuestra ventana. Había gente que gritaba y llamaba en el camino. Me levanté de un salto y abrí la ventana. Allí estaba Le Bihan, la imagen misma del desvalimiento, y Max Fortin, a su lado, limpiaba sus gafas. Algunos gendarmes acababan de llegar de Quimperlé y me era posible oírlos a la vuelta de la casa, pisando fuerte y haciendo resonar sus sables y carabinas mientras conducían sus caballos a mis establos.

Lys se sentó mientras murmuraba a medias dormida, preguntas a medias ansiosas.

—No lo sé —respondí—. Bajaré para ver qué significa.

—Es como el día que vinieron a arrestarte —dijo Lys dirigiéndome una mirada perturbada. Pero la besé y me reí hasta que ella sonrió también. Entonces me puse la chaqueta y la gorra y me precipité escaleras abajo.

La primera persona a la que vi junto al camino fue el brigadier Durand.

—¡Hola! —dije—. ¿Ha venido usted a arrestarme de nuevo? ¿Cuál es la causa de todo este ajetreo?

—Hace una hora recibimos un telegrama —dijo Durand con animación—, y con razón suficiente, según me parece. Mire, monsieur Darrel.

Señaló el suelo casi a mis pies.

—¡Dios de los cielos! —grité—. ¿De dónde ha salido ese charco de sangre?

—Eso es lo que quiero saber, monsieur Darrel. Max Fortin lo encontró al romper el alba. Mire, hay salpicaduras por todas partes en la hierba también. Un rastro de ella conduce a su jardín, a través de los macizos de flores hasta su misma ventana, la que da a la sala. Hay otro rastro que va desde este sitio a través del camino hasta los acantilados y al foso de grava y, desde allí, por el yermo hasta el bosque de Kerselec. En un minuto montaremos e iremos a registrar entre los árboles. ¿Quiere unírsenos? ¡Bon Dieu! El individuo ha sangrado como un buey. Max Fortin dice que se trata de sangre humana, de lo contrario, no lo habría creído.

El pequeño químico de Quimperlé se acercó en ese momento frotando las gafas con un pañuelo de colores.

—Sí, es sangre humana —dijo—, pero una cosa me intriga: los corpúsculos son amarillos. Nunca vi antes sangre humana con corpúsculos amarillos. Pero ese su doctor inglés, Thompson, afirma que tiene...

—Pero se trata de sangre humana de cualquier modo ¿no es así? —insistió Durand.

—S-sí —admitió Max Fortin.

—Pues entonces es de mi incumbencia seguir el rastro —dijo el corpulento gendarme, y llamó a sus hombres y les dio orden de montar.

—¿Oyó usted algo anoche? —me preguntó Durand.

—Oí la lluvia. Me asombra que no haya lavado estas huellas.

—Deben de haberse producido después de que cesara la lluvia. Mire esa espesa salpicadura, cómo pesa sobre las hojas de hierba y las inclina. ¡Ajj!

Era un coágulo pesado de maligno aspecto que me hizo retroceder con la garganta apretada de asco.

—Mi teoría —dijo el brigadier— es la siguiente: algunos de esos pescadores biribis, probablemente los islandeses se echaron al estómago alguna copa de cognac de más y se pelearon junto al camino. Algunos fueron acuchillados y fueron arrastrándose hasta su casa. Pero hay un solo rastro y, sin embargo... sin embargo ¿cómo es posible que toda esa sangre provenga de una sola persona? Bien, el herido, digamos, se

arrastró primero hasta su casa y luego de vuelta hacia aquí, y se dirigió, borracho y agonizando, Dios sabe hacia dónde. Esa es mi teoría.

—Y muy buena, por cierto —dije con calma—. ¿Y va a seguirle el rastro?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En seguida. ¿Vendrá usted?

—Ahora no. Luego lo alcanzaré al galope. ¿Irá hasta la linde del bosque de Kerselec?

—Sí; oirá nuestras voces. ¿Viene usted, Max Fortin? ¿Y usted, Le Bihan? Bien; coged el carro.

El corpulento gendarme dobló la esquina de la casa en dirección del establo y en seguida volvió montado en un vigoroso caballo gris; su sable brillaba sobre la montura; sus guarniciones amarillas y blancas estaban inmaculadas. La pequeña muchedumbre de mujeres tocadas de cofias con sus hijos retrocedió cuando Durand espolgó y se alejó trotando seguido de dos policías montados. Poco después también Le Bihan y Max Fortin partieron en el desmantelado carro del alcalde.

—¿Vendrá usted? —preguntó Le Bihan con su vocecilla aguda.

—Dentro de un cuarto de hora —repliqué, y volví a la casa.

Cuando abrí la puerta de la sala, la mariposa «cabeza de la muerte» batía sus fuertes alas contra el panel de la ventana. Por un segundo vacilé, luego me acerqué y abrí la ventana. El bicharraco salió volando, revoloteó un momento sobre los macizos de flores y luego se lanzó a través del yermo hacia el mar. Llamé a los sirvientes y los interrogué. Josephine, Catherine, Jean Marie Tregunc, ninguno de ellos había oído la menor señal de perturbación durante la noche. Entonces le dije a Jean Marie que ensillara mi caballo y, mientras hablaba con él, Lys bajó.

—Querida —empecé yendo a su encuentro.

—Debes decirme todo lo que sabes, Dick —me interrumpió mirándome el rostro con gravedad.

—Pero no hay nada que decir... solo una riña de borrachos y alguien que resultó herido.

—Y tú te dispones a partir... ¿A dónde, Dick?

—Pues hasta el borde del bosque de Kerselec. Durand, el alcalde y Max Fortin se han adelantado siguiendo... un rastro.

—¿Qué rastro?

—Algo de sangre.

—¿Dónde la encontraron?

—Afuera, junto al camino. —Lys se persignó.

—¿Se acerca a nuestra casa?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Llega hasta la ventana de la sala —dije dándome por vencido.

Su mano me asió fuertemente por el brazo.

—Anoche soñé...

—También yo... —pero pensé en los cartuchos vacíos de mi revólver y callé.

—Soñé que corrías un grave peligro, y no me era posible mover mano ni pie para salvarte; pero tú tenías tu revólver y yo te gritaba que dispararas...

—¡Y disparé! —grité excitado.

—¿Tú... tú disparaste?

La tomé en mis brazos.

—Querida —dijo—, algo extraño ha ocurrido... algo que no puedo entender todavía. Pero, por supuesto, tiene una explicación. Anoche creí que disparaba contra el Sacerdote Negro.

—¡Ah! —exclamó Lys angustiada.

—¿Es eso lo que soñaste?

—Sí, sí ¡eso era! Y te rogaba que dispararas...

—Y lo hice.

Su corazón latía contra mi pecho. La sostuve junto a mí en silencio.

—Dick —dijo ella por fin—, quizá mataste... mataste a eso.

—Si era humano, di en el blanco —respondí lóbrego—. Y era humano —proseguí recuperándome, avergonzado de haberme casi desmoronado—. ¡Claro que era humano! Todo el asunto es bastante sencillo. No fue una riña de borrachos, como lo cree Durand; fue una broma pesada de un patán borracho, por la que ha recibido su merecido. Supongo que debo de haberle llenado el cuerpo de balas, y se ha ido arrastrando a morir al bosque de Kerselec. Es algo terrible; siento haber disparado de modo tan precipitado; pero los idiotas de Le Bihan y Max Fortin han estado crispándome los nervios al punto que me encuentro tan histérico como un escolar —terminé con enfado.

—Has disparado... pero el cristal de la ventana no se ha roto —dijo Lys en voz baja.

—Pues entonces la ventana estaba abierta. En cuanto al... al resto... Sufro de indigestión nerviosa y un médico ha de curarme del Sacerdote Negro, Lys.

Vi por la ventana a Tregunc que aguardaba con mi caballo junto al portón.

—Querida, creo que es mejor que vaya a unirme a Durand y los demás.

—Iré yo también.

—¡Oh, no!

—Sí, Dick.

—No, Lys.

—Estaré en agonía cada instante que estés ausente.

—La cabalgata es demasiado fatigosa, y no sabemos el cuadro con que puedas toparte. Lys ¿no creerás realmente que en esto haya nada sobrenatural?

—Dick —respondió ella con gentileza—, yo soy bretona. —Con sus dos brazos en torno a mi cuello, mi mujer dijo—: La muerte es don de Dios. No le tengo miedo cuando estamos juntos. Pero sola... ¡oh, marido mío, tendría miedo de un Dios que te me quitara!

Nos besamos con sencillez, como dos niños. Entonces Lys se fue deprisa a cambiar de vestido y yo me paseé por el jardín mientras la esperaba.

Salió poniéndose sus delgados guanteletes. La alcé hasta la montura, di una rápida orden a Jean Marie y monté a mi vez.

Pues bien, dejarse abrumar por pensamientos de horror en semejante mañana con Lys montada junto a mí, no importa qué hubiera sucedido la noche precedente, era imposible. Además Môme venía a la carrera junto a nosotros. Le pedí a Tregunc que lo cogiera, pues temía que los cascos de los caballos lo descerebraran si nos seguía, pero el astuto cachorro se esquivó y se lanzó tras Lys que iba al trote a lo largo del camino.

«No importa», pensé, «si recibe un golpe, seguirá viviendo, pues no tiene cerebro que perder.»

Lys me esperaba en el camino junto a la capilla de Nuestra Señora de St. Gildas cuando me uní a ella. Se persignó, yo me quité la gorra y luego sacudimos nuestras riendas y galopamos hacia el bosque de Kerselec.

Hablamos muy poco mientras cabalgamos. Era maravilloso contemplar a Lys montada. Su exquisita figura y su cara adorable eran la encarnación de la juventud y la gracia; sus cabellos rizados refulgían como hebras de oro.

Con el rabillo del ojo vi al mimado cachorro Môme que saltaba animoso, olvidado de los cascos de los caballos. Nuestro camino serpenteaba cerca de los riscos. Un inmundo cormorán levantó vuelo desde las rocas negras y aleteó pesadamente a través de nuestro camino. El caballo de Lys se alzó sobre las patas traseras, pero ella lo obligó a asumir la posición normal y señaló con el látigo el ave.

—La veo —dije—; parece seguir nuestro camino. Es raro ver un cormorán en un bosque ¿no es cierto?

—Es un mal signo —dijo Lys—. Conoces el proverbio de Morbihan: «Cuando el cormorán abandona el mar, la Muerte ríe en el bosque y los hombres prudentes construyen embarcaciones.»

—Me gustaría —dije sinceramente— que hubiera menos proverbios en Bretaña.

Nos era posible divisar el bosque ahora; a través del brezal me era posible ver el brillo de los adornos de los gendarmes y el resplandor de los botones de plata de la chaqueta de Le Bihan. El seto era bajo y lo superamos trotando luego a través del páramo donde estaban Le Bihan y Durand gesticulando.

Se inclinaron ceremoniosamente ante Lys cuando nos acercamos.

—El rastro es horrible... es un río —dijo el alcalde con su voz chillona—. Monsieur Darrel, creo que a madame no le agradaría acercarse más.

Lys cogió las riendas y me miró.

—¡Es horrible! —dijo Durand acercándose—. Parece que todo un regimiento sangrante hubiera pasado por aquí. El rastro serpentea y serpentea de un lado al otro allí en la espesura; lo perdemos a veces, pero siempre volvemos a encontrarlo. No puedo entender cómo un hombre... no, ni veinte, pueda sangrar de esa manera.

Una llamada, respondida por otra, resonó desde las profundidades del bosque.

—Son mis hombres; están siguiendo el rastro —murmuró el brigadier—. ¡Solo Dios sabe que habrá al final!

—¿Volvemos, Lys? —pregunté.

—No; cabalguemos a lo largo del borde occidental de los bosques y desmontemos. El sol calienta mucho ahora, y me gustaría descansar por un momento —dijo.

—La parte occidental del bosque no tiene nada desgradable —dijo Durand.

—Muy bien —respondí—; llámeme, Le Bihan, si encuentra algo.

Lys hizo girar a su yegua y yo la seguí a través de los flexibles brezos y, por detrás, venía Môme con animado trote.

Penetramos el bosque soleado a un cuarto de kilómetro poco más o menos de donde habíamos dejado a Durand. Bajé a Lys de su caballo, arrojé ambas riendas sobre una rama y, dándole a mi esposa el brazo, la ayudé a instalarse en una roca plana y musgosa que sobresalía sobre un arroyuelo que murmuraba entre los abedules. Lys se sentó y se quitó los guanteletes. Môme le apoyó la cabeza en el regazo, recibió inmerecidas caricias y se me acercó dubitativo. Tuve la debilidad de condonar su ofensa, pero hice que se tendiera a mis pies para gran disgusto suyo.

Apoyé mi cabeza en las rodillas de Lys mirando el cielo entre las ramas entrecruzadas de los árboles.

—Supongo que lo maté —dije—. Me afecta de manera terrible, Lys.

—No era posible que lo supieras, querido. Pudo haber sido un ladrón y... si... no... ¿Habías... habías disparado el revólver desde ese día hace cuatro años en que el Almirante Rojo trató de matarte? Pero sé que no.

—No —dije intrigado—. Así es, no lo he hecho. ¿Por qué?

—¿Y no recuerdas que te pedí que me dejaras cargarlo por ti el día en que Yves partió jurando que te mataría a ti y a su padre?

—Sí, lo recuerdo por cierto. ¿Y bien?

—Y bien... llevé los cartuchos a la capilla de St. Gildas primero y los sumergí en agua bendita. No te rías, Dick —dijo Lys gentilmente y puso sus frías manos en mis labios.

—¡Reír, querida mía!

Arriba el cielo de octubre era de pálida amatista, y la luz del sol ardía como una flama anaranjada a través de las hojas amarillas de las hayas y los robles. Mosquitos y jejenes danzaban y giraban en el aire; una araña se dejó caer desde una rama a cierta distancia del suelo y quedó suspendida del extremo de la imperceptible hebra.

—¿Tienes sueño, querido? —preguntó Lys inclinándose sobre mí.

—Sí... un poco; apenas dormí un par de horas anoche —respondí.

—Puedes dormir si lo deseas —dijo Lys y me tocó acariciadora los ojos.

—¿Te pesa mi cabeza en las rodillas?

—No, Dick.

Estaba ya medio adormecido; no obstante, oía el rumor del arroyo bajo las hayas y el zumbido de las moscas del bosque en el aire. En seguida, aun estas se acallaron.

Lo próximo de que tuve conciencia es que me encontraba sentado con el eco del grito todavía en los oídos, y vi a Lys ocultándose tras de mí, cubriendose la cara con ambas manos.

Cuando me puse en pie de un salto, volvió a gritar y se aferró a mis rodillas. Vi a mi perro lanzarse gruñendo entre unas malezas, luego lo oí gemir y salió retrocediendo con plañidero aullido, las orejas caídas y la cola arrastrada. Me agaché y me desembaracé de la mano de Lys.

—¡No vayas, Dick! —gritó—. ¡Oh, Dios, es el Sacerdote Negro!

En un momento había saltado el arroyo y me había abierto camino entre las malezas. No había nadie. Miré a mi alrededor; examiné cada tronco, cada arbusto. Súbitamente lo vi. Estaba sentado en un tronco caído, con la cabeza apoyada en las manos y la vieja sotana negra recogida a su alrededor. Por un momento se me erizó el pelo bajo la gorra; me brotó el sudor en la frente y los pómulos; luego recobré la razón y comprendí que el hombre era humano y estaba probablemente herido de muerte. Sí, de muerte; porque allí, a mis pies, se extendía el húmedo rastro de sangre, sobre hojas y piedras, hasta un pequeño hueco, desde la figura de negro que descansaba silenciosa bajo los árboles.

Vi que no podía escapar aun cuando hubiera tenido fuerza para hacerlo, porque por delante tenía, casi a sus pies, un profundo pantano brillante.

Al dar un paso adelante, mi pie quebró una rama. Ante el sonido la figura se sobresaltó un tanto, y luego su cabeza cayó hacia adelante nuevamente. Tenía la cara enmascarada. Me acerqué al hombre y le pedí que me dijera dónde estaba herido. Durand y los demás irrumpieron entre las malezas en ese mismo momento y se apresuraron a acudir a mi lado.

—¿Quién es usted que se oculta tras una máscara con sotana de sacerdote? —preguntó el gendarme en alta voz.

No hubo respuesta.

—¡Mire...! ¡Mire la sangre coagulada en la sotana! —dijo por lo bajo Le Bihan a Fortin.

—Se niega a hablar —dije.

—Quizás esté muy malherido —susurró Le Bihan.

—Lo vi alzar la cabeza —dije—; mi esposa lo vio arrastrarse hasta aquí.

Durand se acercó a la figura y la tocó.

—¡Hable! —dijo.

—¡Hable! —dijo trémulo Fortin.

Durand aguardó un momento, luego, con un súbito movimiento hacia arriba, arrancó la máscara del hombre y echó hacia atrás su cabeza. Estábamos viendo las órbitas de una calavera. Durand se quedó rígido; el alcalde chilló. El esqueleto cayó de sus ropas putrefactas al suelo delante de nosotros. De entre las costillas y los dientes sonrientes fluyó un torrente de sangre negra que corrió entre las hierbas estremecidas; luego la cosa tembló y cayó al lodo negro de la ciénaga. Desde el barro surgieron pequeñas burbujas de aire iridiscente; los huesos fueron tragados lentamente y, cuando los últimos fragmentos se perdieron de vista, desde las profundidades y a lo largo de la orilla se arrastró una criatura con brillantes alas estremecidas.

Era la mariposa «cabeza de la muerte».

Desearía tener tiempo para contar cómo Lys superó las supersticiones... porque nunca supo la verdad acerca de este asunto, ni nunca la sabrá, pues prometió no leer este libro. Desearía contar acerca del rey y su coronación, y lo bien que le sentó el vestido en esa ocasión. Desearía escribir cómo Yvonne y Herbert fueron juntos a la caza del jabalí en Quimperlé y cómo los perros corrieron la presa por el medio del pueblo, derribando a tres gendarmes, el notario y una vieja. Pero me estoy volviendo charlatán, y Lys me llama para que acuda y oiga cómo el rey dice que tiene sueño. Y no es posible hacer esperar a su Alteza.

LA LLAVE DEL DOLOR

El halcón salvaje al cielo que el viento barre,
El ciervo al salutífero monte,
Y el corazón del hombre al corazón de la joven,
Así era en los días antiguos.

KIPLING

|

Estaba haciendo muy mal su trabajo. Le rodearon el cuello con la cuerda y le ataron las muñecas con juncos, pero de nuevo cayó esparrancado, revolviéndose, retorciéndose sobre las hojas, desgarrándolo todo a su alrededor, como una pantera atrapada.

Les arrancó la cuerda; se aferró de ella con puños sangrantes; le clavó sus blancos dientes hasta que las hebras de yute se aflojaron, se deshicieron y se rompieron roídas por sus blancos dientes.

Dos veces Tully lo golpeó con una porra de goma. Los pesados golpes dieron contra una carne rígida como la piedra.

Jadeante, sucio de tierra y hojas podridas, con las manos y la cara ensangrentadas, estaba sentado en el suelo mirando al círculo de hombres que lo rodeaban.

—¡Disparadle! —exclamó Tully jadeante, enjugándose el sudor de la frente bronceada; y Bates, respirando pesadamente, se sentó en un leño y sacó un revólver de su bolsillo trasero. El hombre echado por tierra lo observaba; tenía espuma en la comisura de los labios.

—¡Retroceded! —susurró Bates, pero la voz y la mano le temblaban—. Kent —tartamudeó— ¿no dejarás que te colguemos?

El hombre por tierra lo miró con ojos refulgentes.

—Tienes que morir, Kent —lo instó—; todos lo dicen. Pregúntaselo a Zurdo Sawyer; pregúntaselo a Dyce; pregúntaselo a Carrots. Tienes que columpiarte por lo que hiciste ¿no es cierto, Tully? Kent, por amor de Dios, ¡cuelga! ¡Hazlo por esta gente!

El hombre por tierra jadeaba: sus ojos brillantes estaban inmóviles.

Al cabo de un momento, Tully saltó sobre él otra vez. Hubo un crujir de hojas, ruido de ramas quebradas, un jadeo, un gruñido y luego el ruido de dos cuerpos que se retorcían entre las malezas. Dyce y Carrots saltaron sobre los hombres en el suelo. Zurdo Sawyer cogió la cuerda nuevamente, pero las hebras de yute cedieron y él se cayó. Tully empezó a gritar:

—¡Me está ahogando!

Dyce se alejó con paso vacilante gimiendo con la muñeca rota.

—¡Dispara! —gritó Zurdo Sawyer, y arrastró a Tully a un lado—. ¡Dispara, Jim Bates! ¡Dispara en seguida, por Dios!

—¡Retroceded! —dijo jadeante Bates, poniéndose en pie.

La multitud se apartó a derecha e izquierda; resonó un rápido estampido... y otro... y otro. Luego desde el remolino de humo surgió vacilante una alta forma que asestaba golpes... golpes que sonaban duros como el chasquido de un látigo.

—¡Se ha soltado! ¡Disparad! —gritaron.

Hubo un galope de pesadas botas en los bosques, Bates, débil y atontado, volvió la cabeza.

—¡Dispara! —chilló Tully.

Pero Bates se sentía enfermo; su revolver humeante cayó por tierra; su rostro blanco y sus ojos pálidos se le contrajeron. Solo duró un momento; en seguida fue en pos de los otros abriéndose camino trabajosamente entre malezas mimbreras y cicuta.

A lo lejos oía a Kent que se precipitaba como un alce joven en noviembre, y supo que se dirigía a la costa. Los demás lo supieron también. Ya el resplandor gris del mar trazaba una línea recta a lo largo del borde del bosque; ya el suave golpeteo de las olas sobre las rocas irrumpía débilmente en el silencio del bosque.

—¡Tiene una canoa allí! —bramó Tully—. ¡Se escapará!

Y se había subido a ella, arrodillado en la proa, cogiendo el canalete. El sol que salía resplandecía como un relámpago rojo en él; la canoa se disparó en la cresta de una ola, se mantuvo suspendida con la proa goteante al viento, se hundió en las profundidades, se deslizó, se ladeó, se meció, se disparó hacia arriba otra vez, vaciló, y avanzó.

Tully se dirigió corriendo a la ensenada; el agua le bañó el pecho, desnudo y sudoroso. Bates se sentó en una desgastada roca negra y observó distraídamente la canoa.

La canoa menguó hasta convertirse en una mancha gris y plateada; y cuando Carrots, que había ido corriendo al campamento en busca de un rifle, volvió, habría

sido más fácil darle a la mancha en el agua que a la cabeza de un somorgujo en el crepúsculo. De modo que Carrots, que era ahorrativo por naturaleza, disparó una vez y se satisfizo con conservar el resto de los cartuchos para mejor ocasión. La canoa era todavía visible y se dirigía a mar abierto. En algún lugar más allá del horizonte se encontraban las llaves, una cadena de rocas desnudas como cráneos, negras y lodosas donde el mar cortaba su base, blanqueadas en la parte superior por el excremento de las aves marinas.

—¡Se dirige a la Llave del Dolor! —le susurró Bates a Dyce.

Dyce, gimiendo y palpándose la muñeca quebrada, volvió la cara enferma hacia el mar.

La última roca hacia el mar era la Llave del Dolor, un pináculo quebrado pulido por las aguas. Desde la Llave del Dolor, a un día de remo mar adentro si se era lo bastante osado, había una larga isla boscosa en el océano conocida como Dolor en las cartas de la lóbrega costa.

En la historia de la costa, dos hombres habían hecho el viaje hasta la Llave del Dolor y, desde allí, hasta la isla. Uno de ellos había sido un cazador de pieles enloquecido por el alcohol, que sobrevivió y retornó; el otro, un joven estudiante universitario; encontraron su canoa destruida en el mar, y un día más tarde su destruido cuerpo fue devuelto a la costa.

De modo que cuando Bates le habló en voz baja a Dyce y cuando Dyce llamó a los demás, supieron que el fin de Kent y de su canoa no estaban lejos; y volvieron al bosque, malhumorados, pero satisfechos de que Kent recibiría su merecido cuando el diablo recibiera el suyo.

Zurdo habló vagamente de la cosecha del pecado. Carrots, que nunca olvidaba la propiedad, sugirió un plan para una división equitativa de las posesiones de Kent.

Cuando llegaron al campamento, apilaron los efectos personales de Kent sobre una manta.

Carrots hizo el inventario: un revólver, dos porras de goma, una gorra de piel, un reloj de níquel, una pipa, una baraja nueva, un saco de goma, cuarenta libras de goma de abeto y una sartén.

Carrots barajó los naipes, cogió el comodín y lo arrojó pensativo al fuego. Luego repartió la baraja.

Cuando los bienes de su difunto compañero hubieron sido divididos por azar —pues no había posibilidades de hacer trampas— alguien se acordó de Tully.

—Está allí en la costa vigilando la canoa —dijo Bates con voz ronca.

Se puso en pie y se acercó a un montón sobre el suelo cubierto por una manta. Empezó a levantar la manta, vaciló y, finalmente, se alejó. Bajo la manta yacía el hermano de Tully, a quien la noche antes Kent había matado de un tiro.

—Creo que es mejor que esperemos hasta que Tully vuelva —dijo Carrots intranquilo. Bates y Kent habían sido compañeros de tienda. Una hora más tarde, Tully volvió al campamento.

Ese día no le dirigió la palabra a nadie. Bates lo encontró en la costa cavando, y le dijo:

—¡Hola, Tully! Parece que no pudimos lincharlo.

—No —dijo Tully—. Consigue una pala.

—¿Lo enterrarás aquí?

—Sí.

—¿Dónde pueda escuchar el sonido de las olas?

—Sí.

—Bonito sitio.

—Sí.

—¿Hacia qué lado mirará?

—¡Hacia donde pueda ver esa maldita canoa! —gritó Tully con firmeza.

—No... no puede ser —aventuró Bates intranquilo—. Está muerto ¿no es así?

—Levantará la arena cuando la canoa regrese. ¡Y lo oiré! ¡Y estaré aquí! Y viviremos para ver colgado a Bud Kent.

A la hora del crepúsculo enterraron al hermano de Tully de cara al mar.

II

Las verdes olas bañan todo el día la Llave del Dolor. Blancas arriba, negras en la base, las rocas erguidas mantienen pináculos oblicuos como boyas acanaladas. Sobre los pulidos pilares empollan las aves marinas de alas blancas, y ojos brillantes, que anidan y se recomponen las plumas y aletean y hacen resonar sus picos anaranjados cuando la espuma volátil avanza y retrocede por los riscos.

Cuando salió el sol pintando franjas carmesíes sobre las aguas, las aves marinas, unas junto a las otras, dormitaban en el sueño del alba.

Donde el sol de mediodía bruñía el mar, avanzó una ola opalina, distraída, sin ruido; un ave marina estiró un ala indiferente.

Y por el silencio de las aguas se deslizaba una canoa bronceada por la luz del sol, enjoyada por las gotas saladas que la cubrían de un lado al otro, con una estela de algas con diamantino esplendor, y en la proa un hombre bañado de sudor.

Arriba volaban las gaviotas en círculo, yendo de las rocas al mar, y su clamor llenaba el cielo despertando pequeños ecos en los peñascos.

La canoa rozó contra un oscuro bajío; las algas se mecieron y flotaron; los pequeños cangrejos marinos se internaron oblicuos en la límpida profundidad de las más verdes sombras. Así fue la llegada de Bud Kent a la Llave del Dolor.

Arrastró la canoa hasta mitad del camino por el bajío de roca y se sentó respirando pesadamente, con un brazo oscuro sobre la frente. Durante una hora se estuvo allí sentado. El sudor se le secó bajo los ojos. Las aves marinas regresaron, llenando el aire con suaves notas plañideras.

En torno al cuello tenía una marca lívida, un rojo círculo en carne viva. El viento salado hacía que le ardiera. Se lo tocaba a veces; se lo lavó con agua salada fría.

Lejos hacia el norte colgaba sobre el mar una cortina de niebla, densa, inmóvil como la neblina de las Grandes Costas. Ni una vez apartó la mirada de ella; sabía lo que era. Por detrás estaba la isla del Dolor.

Durante todo el año la isla del Dolor se oculta tras la neblina, muros de blanca niebla muerta que la rodean por todas partes. Los barcos le conceden amplio espacio para bornear. Algunos dicen que hay en la isla fuentes de aguas cálidas cuyas aguas fluyen al mar, levantando eternos vapores.

El cazador de pieles había vuelto con historias de bosques y ciervos y flores por todas partes; pero había estado bebiendo mucho y mucho era lo que se le perdonaba.

El cuerpo del joven estudiante devuelto a la costa estaba dañado al punto de que no era posible reconocerlo; pero dijeron algunos cuando lo hallaron que tenía asida en la mano una flor carmesí medio marchita, pero grande como un sapán.

De modo que Kent se mantenía inmóvil junto a la canoa, quemado por la sed; cada uno de los nervios le vibraba mientras pensaba en estas cosas. No era el miedo lo que le blanqueaba la carne firme bajo la piel tostada; era el miedo del miedo. No debía pensar; debía asfixiar el temor; sus ojos no debían desfallecer, su cabeza nunca apartarse del muro de niebla al otro lado del mar. Con las mandíbulas apretadas rechazaba el terror; con ojos refulgentes miraba los ojos huecos del espanto. Y de ese modo venció el miedo.

Se puso en pie. Las aves marinas giraban en el cielo precipitándose, elevándose, chillando, hasta que el áspero aleteo despertó ecos entre las rocas.

Bajo la proa aguda de la canoa, las algas se mecían, se sumergían, se separaban; las olas iluminadas por el sol avanzaban resplandecientes, danzantes, bañando una y otra vez proa y popa. Y entonces se arrodilló de nuevo, y el pulido canalete se columpió y se hundió, y se arrastró y se columpió y se hundió otra vez.

A lo lejos tras él, el clamor de las aves marinas se demoraba en los oídos, hasta que el suave hundirse del canalete ahogó todo otro sonido y el mar fue un mar de silencio.

No soplaban vientos que le refrescaran el sudor sobre las mejillas y el pecho. El sol encendía un sendero de flama ante él, y avanzó por un desierto de agua. El océano inmóvil se dividía ante la proa y se rizaba inocentemente a cada lado, resonando,

espumado, chisporroteando como la corriente de un arroyo en un bosque. Miró a su alrededor el mundo de aguas planas, y el miedo del miedo lo asaltó otra vez y lo asíó por la garganta. Entonces bajó la cabeza como un toro torturado y se sacudió el miedo del miedo de la garganta, y hundió el canalete en el mar como apuñala un carnicero hasta la empuñadura.

Así, por fin, llegó al muro de niebla. Era delgado en un principio, delgado y frío, pero fue espesándose y volviéndose más cálido, y el miedo del miedo se arrastraba tras él, pero no miraba atrás.

En la niebla la canoa se precipitó; las aguas grises corrían junto a él, altas como la borda, aceitosas, silenciosas. Se agitaban formas junto a proa, pilares de neblina sobre las aguas, vestidas en películas de desgarradas sombras. Formas gigantescas se alzaban a alturas que daban vértigo sobre él, rompiendo las mortajas harapientas de las nubes. Los vastos tapices de la niebla se estremecían y colgaban y temblaban cuando él los rozaba; el blanco crepúsculo hizose más profundo hasta adquirir sombría lobreguez. Y luego se hizo más delgado; la niebla se convirtió en neblina y la neblina en vapor y el vapor se alejó flotando y se desvaneció en el azul del cielo.

Todo a su alrededor había un mar de perla y zafiro que bañaba un bajío de plata.

Así llegó a la isla del Dolor.

III

Las olas bañaban una y otra vez el bajío de plata, rompiendo como ópalos quebrados donde las arenas cantaban con la espuma sonora.

Bandadas de pequeños pájaros costeros, vadeando en el bajío, sacudían sus alas teñidas por el sol y se escurrían isla adentro, donde, moteada de sombra desde el bosque circundante, se extendía la blanca playa de la isla.

El agua en torno era poco profunda y límpida como el cristal, y veía la arena ondulada y brillante en el fondo, donde flotaban algas purpúreas, y delicadas criaturas marinas se lanzaban como dardos, se agrupaban y se esparcían otra vez al hundir en el canalete.

Como terciopelo frotado contra terciopelo la canoa rozó la arena. Se puso con dificultad en pie, salió tambaleante a tierra, arrastró la canoa bajo los árboles, la dio vuelta y se hundió junto a ella de cara contra la arena. El sueño ahuyentó el miedo del miedo, pero el hambre, la sed y la fiebre lucharon contra el sueño, y soñó... soñó con una cuerda que le cortaba el cuello, con la pelea en el bosque y los disparos. Soñó también con el campamento, con sus cuarenta libras de goma de abeto, con Tully, con

Bates. Soñó con el fuego y la olla ennegrecida por el humo, con el inmundo olor del lecho mohoso, con las barajas grásientes y su propio nuevo juego, atesorado durante semanas para complacer a los otros. Todo esto soñó boca abajo en la arena; pero no soñó con el rostro de la muerte.

La sombra de las hojas se movían sobre su rubia cabeza, crespa con rizos cortados cortos. Una mariposa revoloteaba a su alrededor, posándose ora en sus piernas, ora en el dorso de sus manos bronceadas. Toda la tarde las abejas zumbaron entre las flores del bosque; las hojas arriba apenas susurraban; las aves costeras empollaban junto al borde cristalino del agua; la delgada marea, dormida sobre la arena, espejaba el cielo.

El crepúsculo empalideció el cenit; una brisa sopló en las profundidades del bosque; una estrella refulgía, se apagó, refulgía otra vez, se desvaneció y refulgía.

Llegó la noche. Una mariposa nocturna revoloteaba de un lado al otro bajo los árboles: un escarabajo zumbaba alrededor de un montón de algas marinas y cayó pataleando en la arena. En algún sitio entre los árboles, un sonido habíase hecho distinto: la canción de un arroyuelo, melodiosa, interminable. La escuchó en su sueño; entretejía todos sus sueños como una aguja de plata, y como una aguja lo pinchó: pinchó su garganta seca y sus labios resquebrajados. No pudo despertarlo; la noche fresca lo vendaba desde la cabeza hasta los pies.

Al acercarse el alba, un pájaro despertó y cantó. Otros pájaros se agitaron inquietos, a medias despiertos; una gaviota extendió un ala acalambrada en la costa, reacomodó sus plumas, se rascó el cuello empenachado y avanzó dos pasos somnolientos hacia el mar.

La brisa marina se estremeció tras la orilla neblinosa; agitó las plumas de las gaviotas dormidas; despertó el murmullo de las hojas. Una rana resonó, se quebró y cayó. Kent se agitó, suspiró, tembló y despertó.

Lo primero que oyó fue la canción del arroyo y se dirigió con paso tembloroso directamente al bosque. Allí estaba, una delgada corriente profunda a la luz grisácea de la mañana, y se extendió junto a él y metió en él su mejilla. También un pájaro bebía del estanque: un pajarillo de abultado plumaje, ojos vivaces y sin miedo.

Sus rodillas estaban más firmes cuando por último se puso de pie, sin hacer caso de las gotas que le perlaban los labios y la barbilla. Con el cuchillo excavó y raspó unas raíces blancas que crecían a la orilla del arroyo, y después de lavarlas en el estanque, se las comió.

El sol teñía el cielo cuando volvió a la canoa, pero la eterna cortina de niebla, mar adentro, impedía aún su visión.

Levantó la canoa, con el fondo hacia arriba, sobre su cabeza y, con el remo y la pértiga en cada mano, la llevó al bosque.

Después que la puso en tierra, se estuvo erguido un momento abriendo y cerrando su navaja. Luego miró los árboles. Había aves allí, si pudiera echarles mano. Miró el

arroyo. Las huellas de sus dedos estaban en la arena; había también las huellas de algo más: el casco puntiagudo de un ciervo.

No tenía sino su navaja. Volvió a abrirla y la miró.

Ese día excavó almejas y se las comió crudas. También vadeó las orillas y trató de ensartar peces con la pétiga, pero solo cogió un cangrejo amarillo.

Lo que necesitaba era fuego. Quebró y afiló piedras con aspecto de pedernal y raspó yesca de una rama secada al sol. Los nudillos le sangraron, pero no obtuvo fuego.

Esa noche oyó ciervos en los bosques y no le fue posible dormir de tanto pensar, hasta que llegó el alba tras el muro de niebla y se levantó con ella para beber y arrancar almejas con sus blancos dientes. Una vez más luchó por conseguir fuego, anhelándolo como nunca había anhelado el agua, pero los nudillos le sangraron y su cuchillo raspó el pedernal en vano.

La mente, quizá, se le había alterado un tanto. La blanca playa parecía levantarse y caer como una alfombra blanca en un hogar con corrientes de aire. También las aves que correteaban por la arena parecían grandes y jugosas como perdices; las persiguió arrojándoles conchillas y ramas hasta que apenas pudo sostenerse en pie sobre las arenas ascendente y descendente... o alfombra, lo que fuere. Esa noche los ciervos lo despertaron a intervalos. Los oyó salpicar, bramar y quebrar ramillas a lo largo del arroyo. En una oportunidad fue furtivo tras ellos navaja en mano, hasta que un paso en falso dentro del arroyo lo despertó de su locura, y volvió a tientas a la canoa temblando.

Llegó la mañana y nuevamente bebió en el arroyo, tendiéndose sobre la arena donde incontables cascós en forma de corazón habían dejado claras huellas; y otra vez arrancó almejas crudas de sus conchas y se las tragó gimiendo.

Durante todo el día la blanca playa ascendió y descendió, se alzó y se aplastó ante sus brillantes ojos secos. En ocasiones persiguió a la aves costeras, hasta que la playa inestable hizo que tropezara y cayó cuan largo era sobre la arena. Entonces se levantaba quejumbroso y se arrastraba a la sombra del bosque y observaba los pájaros canoros en las ramas, quejumbroso, siempre quejumbroso.

Sus manos, pegajosas de sangre, golpeaban el hierro contra el pedernal, pero tan débilmente que ahora ya ni siquiera brotaban frías chispas.

Empezó a temer la noche que se acercaba; temía oír en la espesura a los grandes ciervos cálidos. El miedo lo ganó de súbito, y bajó la cabeza, apretó los dientes y se arrancó otra vez el miedo de la garganta.

Entonces erró sin rumbo por el bosque pasando entre malezas, raspándose contra los árboles, pisando musgo, ramas y lodo, meciendo las manos magulladas al andar, siempre meciendo las manos.

El sol se ponía en la niebla al salir del bosque a otra playa: una playa cálida, suave, teñida de carmesí por el fulgor de las nubes de la tarde.

Y sobre la arena a sus pies yacía una joven dormida, envuelta en el vestido sedoso de sus propios negros cabellos, de miembros redondeados, morenos, suaves como la flor de la playa atezada.

Una gaviota revoloteó en lo alto chillando. Sus ojos, más profundos que la noche, se abrieron. Entonces sus labios se separaron para dar salida a un grito, dulcificado por el sueño:

—¡lhó!

Se puso en pie frotándose los aterciopelados ojos.

—¡lhó! —gritó maravillada—. ¡Inâh!

La arena dorada rodeaba sus piececitos. Las mejillas se le enrojecieron.

—¡E-hó! ¡E-hó! —susurró y escondió la cara en sus cabellos.

IV

El puente de las estrellas abarca los mares del cielo; el sol y la luna son los viajeros que lo recorren. Esto se sabía también en la morada de los Isantee hace centenares de años atrás. Chaské se lo dijo a Hârpam, y cuando Hârpam, lo supo, se lo dijo a Hapéda; y así el conocimiento se difundió hasta Hárka, y desde Winona a Wehárka, de arriba a abajo, de un extremo al otro y siempre más allá, por todos los hilos de la trama, hasta que llegó a la isla del Dolor. ¿Cómo? ¡Solo Dios lo sabe!

Wehárka, charlando entre los tules, pudo habérselo dicho a Ne-kâ; y Ne-kâ, alto entre las nubes de noviembre, pudo habérselo dicho a Kay-óshk, quien se lo dijo a Shinge-bis, quien se lo dijo a Skeé-skah, quien se lo dijo a Sé só-Kah.

¡lhó! ¡Inâh! ¡Ved que maravilla! Y este es el hado de todo conocimiento que llega a la isla del Dolor.

Cuando el fulgor rojo murió en el cielo y las arenas nadaron en las sombras, la joven apartó las cortinas de seda de sus cabellos y lo miró.

—¡E-hó! —susurró nuevamente con dulce deleite.

Porque le era ahora evidente que él era el sol. ¡Había cruzado el puente de estrellas en el crepúsculo azul! ¡Había venido!

—¡E-hó!

Se le acercó estremecida, debilitada por el éxtasis de este santo milagro obrado ante ella.

¡Él era el sol! Su sangre listaba el cielo al amanecer; su sangre teñía las nubes a la tarde. En sus ojos se demoraba todavía el azul del cielo ahogando dos estrellas azules; y su cuerpo era tan blanco como el pecho de la luna.

Ella abrió los dos brazos, con las manos tímidamente extendidas y la palma hacia arriba. Su cara se alzaba hacia la de él, cerrando suavemente los ojos; los párpados de densas pestañas le temblaban.

Se erguía como una joven sacerdotisa, inmóvil salvo por el súbito estremecimiento de un miembro, un breve aleteo del pulso en la garganta redondeada. Y así lo veneró, desnuda y sin vergüenza, aun después que él, flaqueando, cayó pesadamente sobre su rostro; aun cuando la brisa del crepúsculo sobre las arenas, agitó sus cortos rizos como el viento agita la piel de un animal muerto en el polvo.

Cuando el sol de la mañana se asomó por sobre el muro de niebla, y ella vio que era el sol, y lo vio a él caído en la arena a sus pies, se dio cuenta entonces de que era un hombre, solo un hombre, pálido como la muerte y manchado de sangre.

Y, sin embargo —¡milagro de milagros!— el divino asombro en sus ojos se hizo más profundo todavía, y le pareció que se le desmayaba el cuerpo, y caer temblando, y desmayarse nuevamente.

Porque, aunque no era más que un hombre lo que yacía a sus pies, le había sido más fácil contemplar a un dios.

Él soñó que respiraba fuego... fuego que había anhelado más que el agua. Loco de delirio, se arrodilló delante de las llamas, frotando sus manos desgarradas, lavándose las en las llamas de aroma carmesí. Tenía agua también, agua de fresco aroma, que salpicaba su carne quemada, que le lavaba los ojos, los cabellos, la garganta. Luego llegó el hambre, una desgarradora y feroz agonía que le quemaba, le apretaba y le desgarraba las entrañas; pero también eso se desvaneció y soñó que había comido y que toda su carne estaba tibia. Luego soñó que dormía; y cuando se durmió ya no siguió soñando.

Un día despertó y la encontró tendida a su lado, estrechamente cerradas las suaves palmas, sonriente, dormida.

V

Ahora los días empezaron a pasar más rápidamente que la marea por la atezada playa; y las noches, polvoreadas de estrellas y azules, llegaban y se desvanecían y retornaban, solo para oler al alba como el perfume de una violeta.

Contaban las horas como contaban las burbujas doradas que guiñaban con un millón de ojos a lo largo de la costa moteada de espuma; y las horas terminaban, y empezaban, y resplandecían iridiscentes, y terminaban como terminan las burbujas en el vaho de un minúsculo arco iris.

Había todavía fuego en el mundo; flameaba al tacto de ella y donde ella lo decidiera. Un arco tenso con una hebra de sus propios cabellos, una flecha alada como un ave marina con punta de concha, una línea obtenida del tendón de plata de un ciervo, un anzuelo de hueso pulido: estos fueron los misterios que él aprendió, y los aprendió riendo, la sedosa cabeza de ella inclinada junto a la suya.

La primera noche en que fue construido el arco y afinada la sedosa cuerda, ella se deslizó por el bosque iluminado por la luna hasta el arroyo; y allí se quedaron al acecho, susurrando, escuchando y susurrando, aunque ninguno entendía la voz que amaba.

En la profundidad del bosque, Kaug, el puercoespin, rascaba y husmeaba. Oían a Wabóse, el conejo, pit-a-pat, pit-a-pat, que saltaba por entre las hojas muertas a la luz de la luna. Skeé-skah, el pato silvestre, pasaba volando sin ruido, esplendoroso como un capullo flotante.

A lo lejos, en la argentina placidez del océano, Shinge-bis, el somorgujo, sacudía el perfumado silencio con su risa ociosa, hasta que Kay-óshk, la gaviota gris, se agitaba en sueños. Se producía una súbita ondulación en la corriente, una suave salpicadura, un dulce sonido en la arena.

—¡lhó! ¡Mira!

—No veo nada.

La amada voz era para ella solo una melodía sin palabras.

—¡lhó! ¡Ta-hinca, la hembra del ciervo rojo! ¡E-hó! ¡El macho vendrá detrás!

—Ta-hinca —repetía él preparando la flecha.

—¡E-hó! ¡Ta-mdóka!

De modo que él apuntaba la flecha a la cabeza, y las plumas grises de la gaviota le rozaban la oreja y en la oscuridad vibraba la armonía de la cuerda canora.

Así murió Ta-mdóka, el ciervo de siete puntas en las astas.

VI

Como una manzana lanzada en giro al aire, así giraba el mundo por sobre la mano que lo había arrojado al espacio.

Y un día a principios de primavera, Sé-só-Kah, el petirrojo, despertó al amanecer y vio a una joven al pie del árbol florecido que sostenía a un bebé acunado entre las sedosas sábanas de sus cabellos.

Al oír su débil gemido, Kaug, el puercoespín, levantó su cabeza cubierta de púas, Wabóse, el conejo se quedó inmóvil con flancos palpitantes. Kay-óshk, la gaviota gris, avanzó de puntillas por la playa.

Kent se arrodilló rodeándolos a ambos con su brazo bronceado.

—¡lhó! ¡Inâh! —susurró la joven, y sostuvo al bebé en las flamas rosadas del alba.

Pero Kent tembló al mirar, y sus ojos se anegaron. Sobre el pálido musgo verde se extendían sus sombras: tres sombras. Pero la sombra del bebé era blanca como la espuma.

Como era el primogénito, lo llamaron Chaské; y la joven cantaba mientras lo acunaba en las sedosas vestiduras de sus cabellos durante todo el día a la luz del sol cantaba:

Wâ wa, wâ-wa, wâ-we... yeá;
Kah wéen, nee-zhéka Ke-diaus-âi,
Ke-gâh nau-wái, ne-mé-go S'wéen,
Ne-bâun, ne-bâún, ne dâun-is âis.

E-we wâ-wa, wâ-we... yeá;

E we wâ-wa, wâ we... yeá.

Mar adentro, Shinge-bis, el somorgujo, escuchaba reacomodándose las plumas satinadas del pecho. En el bosque, Ta-hinca, el ciervo rojo, volvió su delicada cabeza al viento.

Esa noche Kent pensó en el muerto por primera vez desde que llegara a la Llave del Dolor.

—¡Aké-u! ¡Aké-u! —gorjeó Sé-só-Kah, el petirrojo. Pero los muertos nunca vuelven.

—Amado, siéntate junto a nosotros —susurró la joven viendo la perturbación que había en su mirada—. Ma-cânte maséca.

Pero él miró al bebé y a su blanca sombra sobre el musgo, y se limitó a suspirar:

—¡Ma-cânte maséca, amada! La Muerte nos vigila desde el otro lado del mar.

Ahora por primera vez conoció algo más que el miedo al miedo: conoció el miedo. Y con el miedo llegó el dolor.

Nunca antes había sabido que el dolor yacía oculto en el bosque. Ahora lo sabía. Sin embargo, esa felicidad, eternamente renacida cuando dos manecillas le rodean a uno el cuello, cuando débiles dedos lo cogen a uno de la mano, esa felicidad que Sé-só-Kah comprendía mientras gorjeaba para su compañera de nido, que Ta-mdóka conocía mientras lamía a sus cervatos moteados, esa felicidad le dio ánimos para salir al encuentro del dolor con calma, en sueños o en las profundidades del bosque, y lo ayudó a mirar del frente las cuencas vacías del miedo.

Ahora pensaba a menudo en el campamento; en Bates, su compañero de tienda; en Dyce, cuya muñeca había quebrado de un golpe; en Tully, a cuyo hermano había matado. Aún le parecía oír el disparo, el súbito estruendo entre las cicutas; otra vez veía el vaho del humo, la alta figura que caía entre las malezas.

Recordaba el mínimo detalle del juicio: la mano de Bates sobre su hombro; Tully, de roja barba y ojos feroces que exigía su muerte; mientras que Dyce escupía y escupía y fumaba y pateaba los leños ennegrecidos que sobresalían del fuego. También recordaba el veredicto, la terrible risa de Tully; y la nueva cuerda de yute que sacaron de los paquetes del mercado.

A veces pensaba en estas cosas mientras vadeaba en el bajío con la lanza de punta de concha pronta; en esas ocasiones a veces mientras se estaba arrodillado a la orilla del arroyo del bosque a la espera de la salpicadura de Ta-hinca entre los berros: en esos momentos la flecha emplumada silbaba lejos de su blanco, y Ta-mdóka pateaba y bufaba hasta que aun la marta blanca, extendida sobre un tronco podrido, fruncía el hocico y se alejaba furtiva hacia las más negras profundidades del bosque.

Cuando el niño tuvo un año, hora tras hora registrada con una muesca al ponerse el sol y al amanecer, charlaba con los pájaros y llamaba a Ne-kâ el ganso salvaje, que llamaba a su vez al niño desde el cielo:

—¡Hacia el norte! ¡Hacia el norte, amado!

Cuando llegó el invierno —no hay escarcha en la isla del Dolor—, Ne-kâ, el ganso salvaje, muy alto entre las nubes, clamaba:

—¡Hacia el sur! ¡Hacia el sur, amado!

Y el niño contestaba con un suave susurro en una lengua desconocida, hasta que su madre se estremecía y lo cubría con sus cabellos de seda.

—¡Oh, amado! —decía la joven—. Chaské habla con todas las criaturas vivientes... con Kaug, el puercoespin, con Wabóse, con Kay-óshk, la gaviota gris... él les habla y ellos lo comprenden.

Kent se inclinó y la miró en los ojos.

—Calla, amada; no es eso lo que temo.

—¿Entonces, qué, amado?

—Su sombra. Es blanca como la espuma de las olas. Y por la noche... he visto...

—¡Oh! ¿Qué?

—El aire a su alrededor brillar como una rosa pálida.

—Ma-cânte maséca. Solo la tierra dura. Hablo como quien se está muriendo joh, amado!

Su voz se apagó como el viento del verano.

—¡Amada! —gritó él.

Pero allí, ante sus ojos ella estaba cambiando; el aire se volvió neblinoso, y su cabello ondulaba como jirones de niebla, y su esbelta forma se mecía, se desvanecía, y viraba como la bruma sobre un estanque.

En sus brazos el niño era una figura de bruma, rosada, vaga como el aliento en un espejo.

—Solo la tierra dura. ¡Inâh! Es el fin ¡oh, amado!

Las palabras llegaron desde la niebla, una niebla tan informe como el éter, una niebla que avanzaba y lo cubría, que venía del mar, de las nubes, de la tierra a sus pies. Débil de terror, avanzó con dificultad gritando:

—¡Amada! Y tú, Chaské ¡oh, amado! ¡Aké-u! ¡Aké-u!

A la distancia sobre el mar, una estrella rosada brilló un instante y se apagó.

Un ave marina chilló elevándose sobre el desierto de aguas ahogadas en la niebla. Otra vez vio la estrella rosada; se acercaba; su reflejo resplandecía en el agua.

—¡Chaské! —gritó él.

Oyó una voz, opacada en la densa niebla.

—¡Oh, amada, estoy aquí! —volvió a gritar.

Hubo un sonido en el bajío, un resplandor en la niebla, el brillo de una antorcha, una cara blanca, lívida, terrible... la cara del muerto.

Cayó de rodillas; cerró los ojos y los abrió. Tully estaba de pie junto a él con una cuerda enrollada.

—¡lhó! ¡Contempla el fin! Solo la tierra dura. La arena, la ola opalina sobre la playa dorada, el mar de zafiro, la luz de las estrellas, el viento y el amor morirán. También la Muerte morirá y yacerá sobre las costas de los cielos como la calavera blanqueada allí en la Llave del Dolor, pulida, vacía, con sus dientes hundidos en la arena.